

MUSKETAQUID

HENRY DAVID THOREAU



Lectulandia

La posteridad de Henry David Thoreau ha quedado asegurada gracias a *Walden*, su libro más conocido, un auténtico clásico y una obra de culto. Sin embargo, *Walden* es inseparable del volumen que el lector tiene ahora en sus manos, ambos conforman un díptico y el gran proyecto literario y filosófico de su autor. Si *Walden* es un ensayo que se asienta en el bosque, habitado por el espíritu del lugar y centrado en el recogimiento de la cabaña, *Musketaquid* es un ensayo en movimiento: un viaje río abajo donde el pensamiento fluye en perfecta armonía con las aguas y el paisaje, y a contracorriente de toda reflexión domesticada.

En el verano de 1840 Thoreau decidió emprender un viaje, junto a su hermano John, por los ríos Concord y Merrimack. Para ello construyeron una barca y la llamaron *Musketaquid*: el nombre indio del río Concord, al igual que *Walden* era el nombre indio de la laguna. Ambos hermanos estaban aún enamorados de una misma mujer, ambos le habían propuesto matrimonio y ambos habían sido rechazados. Dominados por la melancolía inician su aventura. A su regreso, John se hace un profundo corte mientras se afeita y poco después muere de tétanos con apenas veintiséis años. Henry David se ve profundamente afectado por la súbita muerte de su hermano y compañero, con el que había compartido éste y otros muchos viajes y proyectos. Comienza así a exorcizar su dolor a través de la escritura, y como un homenaje a su hermano se lanza a la redacción de *Musketaquid*.

Este volumen es por tanto un libro de viajes, una memoria y un ensayo de primer orden sobre la amistad y el amor, sobre la literatura y la filosofía, sobre los grandes escritos de la tradición occidental y los textos sagrados de India y China, sobre la vida de los primeros colonos y la de los últimos indios, sobre la naturaleza salvaje y la serena Nueva Inglaterra. Y confirma que Thoreau era tanto el hombre de los bosques como el hombre de los ríos.

Lectulandia

Henry David Thoreau

Musketaquid

ePub r1.0

Titivillus 15.12.16

Título original: *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*

Henry David Thoreau, 1849

Traducción: Miguel Ros González

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Adondequiera que navegues, navegas conmigo,
Aunque ahora asciendas montañas más elevadas,
Y ríos más puros remotes,
Sé mi Musa, Hermano mío.

★ ★ ★

He puesto rumbo hacia una costa lejana,
En una isla solitaria, en unas remotas Azores.
Allí se encuentra el tesoro que busco,
En las arenas estériles de una inhóspita cala.

★ ★ ★

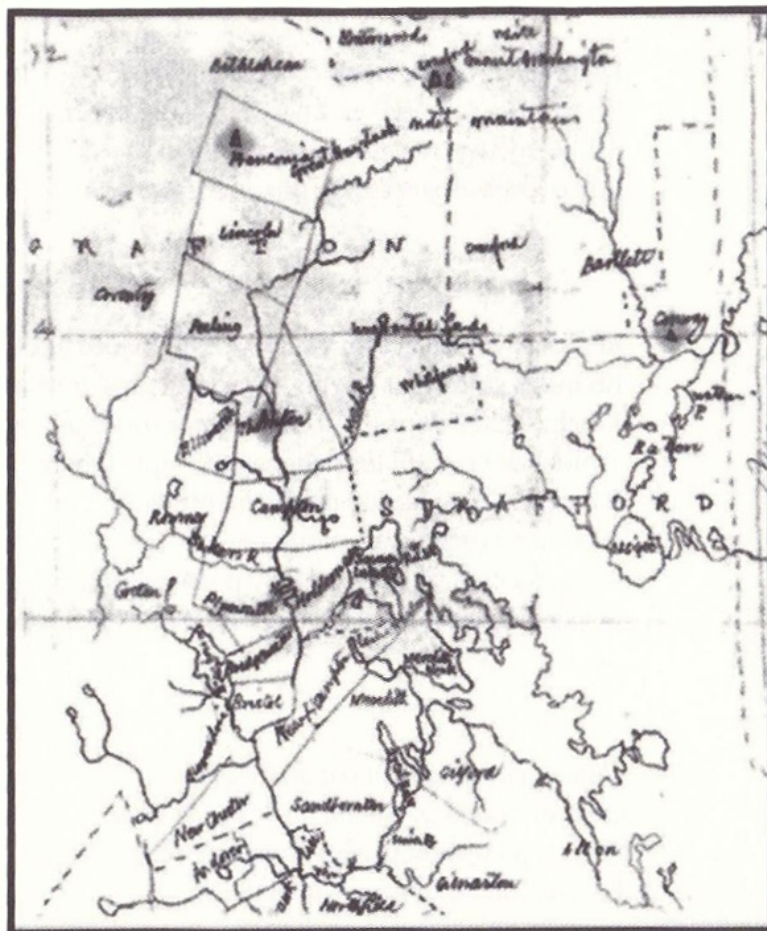
Remonté un río acompañado por un viento agradable,
En busca de nuevas tierras, nuevas gentes, nuevas ideas;
Muchas extensiones y bellos promontorios aparecieron,
Y muchos eran allí los peligros a los que temer;
Pero cuando recuerdo dónde he estado,
Y los hermosos paisajes que he visto,
TÚ pareces el único elemento permanente,
El cabo nunca doblado, por el que jamás surcamos.

★ ★ ★

*Fluminaque obliquis cinxit declivia ripis;
Quce, diversa locis, partim sorbentur ab ipsa;
In mare perveniunt partim, campoque recepta
Liberioris aquae, pro ripis litera pulsa^[1].*

Confinó entre sus márgenes inclinados a los ríos,
Que en algunos lugares son absorbidos por la tierra,
Y en otros llegan al mar, donde son recibidos en la sencillez
De sus aguas libres y hacen de las costas sus orillas.

Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 39



Detalle del mapa hecho por el propio Thoreau durante su viaje por los ríos Concord y Merrimack junto a su hermano John.

EL RÍO CONCORD



A los pies de las colinas bajas, en la vasta extensión
Donde nuestro riachuelo indio serpentea
A su antojo recordando aún al *sannup* y la *squaw*^[1],
Cuyas pipas y flechas el arado desentierra;
Aquí, en casas de madera, construidas con pinos recién caídos,
Viven los granjeros, sustitutos de la tribu.

Ralph Waldo Emerson^[2]

Aunque probablemente sea tan antiguo como el Nilo o el Éufrates, el Musketaquid, o «río herboso», no empezó a tener un lugar en la historia civilizada hasta que la fama de sus praderas verdes y sus peces llamó la atención de los colonos ingleses en 1635, fecha en la que recibió el nombre, no menos apropiado, de río Concord, en honor a la primera colonia instalada en sus orillas, que al parecer se fundó con un espíritu de paz y concordia. Será «río herboso» mientras la hierba crezca y el agua corra por aquí; será río Concord mientras los hombres lleven una vida apacible en sus orillas. Para una raza extinta fue herboso, pues en él cazaban y pescaban, y es y será siempre herboso para los granjeros de Concord, propietarios de las Grandes Praderas, que recogen el heno cada año. Según el historiador de Concord^[3], y me encanta citar a tamaña autoridad, «una de sus ramas sube por la parte sur de Hopkinton, y otra desde una laguna y un gran pantano con cedros de Westborough». Tras cruzar Hopkinton y Southborough, pasa a través de Framingham, y entre Sudbury y Wayland, donde a veces se le conoce como río Sudbury, entra en Concord por la parte sur del pueblo, y después de recibir al río North o Assabeth, cuyo nacimiento se encuentra un poco más al noroeste, sale por la esquina noreste, y fluye a través de Bedford y Carlisle, y de Billerica, hasta desembocar en el río Merrimack a la altura de Lowell. En Concord, durante el verano, tiene entre cuatro y quince pies de profundidad, y entre cien y trescientos de anchura, pero durante las crecidas de primavera, cuando se desbordan sus márgenes, roza la milla de ancho en algunos puntos. Entre Sudbury y Wayland las praderas alcanzan su mayor amplitud, y cuando están cubiertas de agua forman una hermosa cadena de lagos primaverales y superficiales, que frecuentan numerosas gaviotas y patos. Pasado el puente de Sherman Bridge, entre estos dos pueblos, se encuentra el tramo más ancho, y cuando el viento fresco sopla en los días crudos de marzo, rizando la superficie con ondas oscuras y sobrias u ondulaciones regulares, enmarcado en la distancia por pantanos con alisos y arces fuliginosos,

parece un lago Hurón en miniatura, y resulta hartamente agradable y emocionante para el marinero de tierra remar o navegar sobre él. Las granjas que flanquean la orilla de Sudbury, que se eleva suavemente hasta alcanzar una altura considerable, cuentan con buenas expectativas hídricas durante esta estación. En cambio, la orilla es más llana en el lado de Wayland, gran perdedor tras las crecidas. Sus agricultores me cuentan que miles de acres están inundados desde que se construyeron los diques, donde otrora recuerdan haber visto crecer la blanca madreselva o el trébol, y que sólo pueden cruzar sin mojarse los zapatos en verano. Ahora no hay allí más que calamagrostis y junco y leersia, que despuntan del agua en cualquier época del año. Durante mucho tiempo sacaron el máximo provecho de la estación seca para recoger el heno, trabajando a veces hasta las nueve de la noche, segando con diligencia, armados de sus guadañas, por las colinas que se habían librado de las heladas. Sin embargo, ahora la siega no es rentable, y miran tristes hacia sus bosques y sus tierras altas como último recurso.

Merece la pena remontar este río, sin ir más allá de Sudbury, aunque sólo sea para ver la enorme cantidad de campo que hay a nuestras espaldas: preciosas colinas, y cientos de arroyos, y granjas, y graneros, y pajares que nunca habíamos visto antes, y hombres por doquier, hombres de Sudbury —es decir, de *Southborough*^[4]—, y de Wayland, y de Nine Acre Corner, llegados para ver la Bound Rock, donde cuatro condados se encuentran en una roca del río: Lincoln, Wayland, Sudbury y Concord. Allí el viento riza el agua con fuerza, conservando siempre fresca la naturaleza, salpicándonos gotas en la cara, haciendo ondear los juncos. Los patos, que se cuentan por cientos, permanecen inquietos sobre el oleaje, en medio del viento crudo, preparados para elevarse, y ya se van con gran estrépito y graznidos, como los armadores hacia la península del Labrador, volando contra el severo vendaval con las alas plegadas, o girando en círculos a ras de agua, moviendo con brío sus remos, para observarte antes de abandonar esta región. Las gaviotas revolotean en lo alto; las ratas almizcleras nadan por sus vidas, mojadas y frías, sin fuego al que calentarse; sus elaboradas casas despuntan aquí y allá cual pajares; y hay un sinfín de ratones y topes y herrerillos alados a lo largo de la orilla soleada y ventosa. Los arándanos lanzados a las olas son devueltos a la orilla, y sus pequeños esquifes rojos viajan entre los alisos —tal alboroto, sano y natural, demuestra que aún queda lejos el día del Juicio Final—. Y por doquier se erigen los alisos, y los abedules, y los robles, y los arces repletos de alegría y de savia, conteniendo sus capullos hasta que las aguas bajen. Puede que encalles en la Isla Arándano, donde sólo unas cuantas hojas de cola de caballo, caídas el año pasado, marcan el lugar donde se encuentra el peligro, y pilles un resfriado igual de fuerte que en cualquier otro lugar de la Costa Noroeste. Nunca he viajado tan lejos en toda mi vida. Verás a hombres de los que nunca antes habías oído hablar, cuyos nombres ignoras, marcharse pradera abajo con largas escopetas, con sus botas de agua vadeando la hierba de la pradera, hacia orillas inhóspitas, frías y lejanas, con sus armas cargadas y el seguro echado. Y ellos, antes del anochecer, verán cercetas de

alas azules, de alas verdes, tarros, silbadores, ánades sombríos y águilas pescadoras, entre otras muchas visiones salvajes y nobles, visiones que ni siquiera en sueños verían quienes se sientan en los salones. Verás a hombres toscos y robustos, experimentados y sabios, vigilando sus refugios, o recogiendo su leña de verano, o cortando madera, solos, en los bosques. Hombres que tienen más conversación e insólitas aventuras bajo el sol y el viento y la lluvia que pulpa tiene la castaña, que no sólo salieron de sus casas en 1775 y 1812^[5], sino que han salido todos y cada uno de los días de su vida. Hombres más grandes que Homero, o Chaucer, o Shakespeare, pero que nunca tuvieron tiempo de decirlo, que nunca emprendieron el camino de la escritura. Mira sus campos, e imagina lo que podrían escribir si alguna vez pusiesen la pluma sobre el papel. Y qué no habrán escrito ya sobre la faz de la tierra, desbrozando, y quemando, y escarbando, y rastrillando, y labrando, y arando el subsuelo, concienzudamente, día sí, día también, una y otra vez, y vuelta a empezar, borrando lo que ya han escrito por falta de pergamino.

Así como el ayer y las épocas históricas son parte del pasado, así como el trabajo del hoy es presente, ciertas visiones fugaces y experiencias parciales de la vida que hay en la naturaleza, en el viento y la lluvia que nunca mueren, son verdaderamente futuras, o mejor dicho, atemporales, perennes, jóvenes, sagradas.

Los hombres respetables,
¿Dónde viven?
Susurran entre los robles,
Y suspiran en el heno;
Verano e invierno, noche y día,
Fuera, en las praderas, ahí viven.
Nunca mueren,
Ni gimotean, ni lloran,
Ni nos piden compasión
Con ojos húmedos.
De buena gana abonan las tierras
De todo aquel que se lo pida;
Al océano la riqueza,
A la pradera la salud,
Al Tiempo su duración,
A las rocas la fuerza,
A las estrellas la luz,
A los agotados la noche,
A los atareados el día,
A los ociosos el juego;
Y así su buen ánimo nunca cesa,
Pues todos son sus deudores, y todos sus amigos.

El río Concord es extraordinario por la dulzura de su corriente, apenas perceptible, y algunos atribuyen a su influencia la notoria moderación de los habitantes de Concord, tal y como demostraron durante la Revolución y en ocasiones posteriores. Incluso se ha propuesto que el pueblo adopte como escudo de armas un campo verde rodeado por el Concord nueve veces. He leído que una pendiente de un

octavo de pulgada a lo largo de una milla basta para producir una corriente; probablemente nuestro río esté muy cerca del mínimo necesario. En cualquier caso, es bien conocida la anécdota —aunque creo que la historia, en el sentido estricto de la palabra, no lo confirmará— de que el único puente que alguna vez hubo sobre el cauce principal, dentro de los confines del pueblo, se lo acabó llevando el viento y no la corriente. Sin embargo, allí donde da un giro brusco se vuelve menos profundo y más rápido, haciendo valer su título de río. Comparado con otros afluentes del Merrimack, parece que los indios hicieron bien en llamarlo Musketaquid, o «río herboso»: durante la mayor parte de su trayecto fluye a través de amplias praderas adornadas con robles dispersos, donde abundan los arándanos, que cubren el suelo como una capa de musgo. Una hilera de sauces enanos hundidos bordea el río a uno o ambos lados, y a mayor distancia la pradera está rodeada de arces, alisos y otros árboles fluviales, e invadida por las vides, que en su temporada dan frutos morados, rojos y blancos. Aún más lejos del río, en el límite de la tierra firme, se ven las casas grises y blancas de los habitantes. Según la estimación de 1831, en Concord había dos mil ciento once acres de pradera, aproximadamente una séptima parte de todo el territorio. Seguía en la lista a los pastos y las tierras improductivas, y a juzgar por las ganancias de los últimos años, la pradera no se recupera a la misma velocidad con la que se talan los bosques.

Leamos lo que el viejo Johnson^[6] dice de estas praderas en su *Prodigios de la Providencia*, donde se narra la historia de Nueva Inglaterra entre 1628 y 1652, y veamos qué le parecía el asunto. Sobre la Duodécima Iglesia de Cristo congregada en Concord, dice: «Este pueblo está asentado a orillas de un río claro y fresco, cuyos riachuelos están repletos de pantanos frescos y sus arroyos de peces, y que es un afluente del río Merrimack, más grande. Las pinchaguas y los sábalo ascienden hasta aquí en su temporada, pero el salmón y el leucisco no pueden remontar el río por culpa de las cascadas rocosas. El río inunda gran parte de sus praderas, algo que sus habitantes y los del pueblo vecino han intentado remediar en varias ocasiones, sin éxito, aunque al parecer podría desviarse invirtiendo una suma de cien libras». En cuanto a sus granjeros, afirma: «Tras desembolsar entre cinco y veinte libras por cabeza de ganado para sus fincas, cuando llegaba el invierno tenían que alimentarlas con heno traído del interior. Consumían tal cantidad que se las veían y se las deseaban para pasar todo el invierno, y por lo general, cuando llevaban ya uno o dos años en una nueva finca, muchas de sus reses morían». Y del mismo autor son también estas palabras «sobre la fundación de la décimo novena Iglesia del Gobierno de Mattachusets [sic], de nombre Sudbury»: «Este año [se refiere a 1652] se empezaron a poner las primeras piedras del pueblo y de la Iglesia de Cristo de Sudbury, que se ha ubicado en el territorio del interior, como ya hiciera Concord, su hermano mayor, establecido río arriba, que dispone de gran cantidad de pantanos frescos pero, al estar demasiado bajo, se ve muy afectado por las inundaciones, de modo que en los veranos húmedos pierde parte de su heno. Así y con todo, está tan

bien provisto que abastece el ganado de otros pueblos durante el invierno».

De este modo, la arteria principal e indolente de las praderas de Concord atraviesa desapercibida el pueblo, sin el menor murmullo o latido, y fluye desde el sudoeste al noreste a lo largo de sus cincuenta millas. Un volumen enorme de agua, que discurre sin cesar a través de las llanuras y valles de esta tierra rica, con el paso mocasinado de un guerrero indio, descendiendo desde las cumbres de la tierra hacia su reserva antigua. Los murmullos de los muchos ríos famosos, al otro lado del planeta, de los muchos riachuelos poéticos en cuyo seno flotan los yelmos y los escudos de los héroes, llegan hasta aquí, hasta nosotros, que vivimos algo más alejados de sus orillas. El Janto o Escamandro^[7] no es un mero cauce seco de un torrente de montaña, sino que se alimenta de los siempre fluyentes manantiales de la fama:

Y tú, Simois, que atraviesas Troya como una flecha
Para precipitarte en el mar^[8].

Y confío en que se me permita relacionar nuestro fangoso y muy denostado río Concord con los más famosos de la historia.

Sin duda hay poetas que nunca soñaron
con el Parnaso, ni probaron las aguas
Del Helicón^[9]; con lo que hemos de suponer que
Éstos no nos dieron poetas, sino al revés^[10].

El Misisipi, el Ganges y el Nilo, esos átomos que viajan desde las Montañas Rocosas, el Himalaya y las Montañas de la Luna, tienen una suerte de relevancia individual en los anales del mundo. Los manantiales de los cielos aún no se han secado, y las Montañas de la Luna siguen enviando sin falta su tributo anual al pachá, como ya hicieran con los faraones, aunque éste tenga que recaudar el resto de impuestos a punta de espada. Sin duda los ríos fueron los guías que dirigieron los pasos de los primeros viajeros. Son una tentación constante, cuando pasan junto a nuestras puertas, hacia empresas y aventuras lejanas, y, por un impulso natural, quienes viven a sus orillas acabarán acompañando a sus corrientes hacia las tierras bajas del planeta, o serán invitados a explorar el interior de los continentes. Son las carreteras naturales de todas las naciones, no sólo nivelando el terreno y apartando obstáculos del camino del viajero, aplacando su sed y llevándolo en su seno, sino conduciéndolo a través de los paisajes más interesantes, de las regiones más pobladas del planeta, donde los reinos animal y vegetal alcanzan su mayor perfección.

Solía quedarme de pie a orillas del Concord, observando el ritmo de la corriente, emblema de todo viaje, que obedece la misma ley que el Universo, el Tiempo y todo lo creado. Las hierbas del fondo, que se inclinaban suavemente con la corriente, agitadas por el viento acuoso, aún se erigen donde se hundieron sus semillas, pero pronto morirán y bajarán por el río como ya hicieran otras. Los guijarros brillantes, poco ansiosos por mejorar su condición, las astillas y las hierbas, y en ocasiones los

troncos y los tallos de los árboles que pasaban flotando, cumpliendo con su destino, todos eran elementos por los que sentía un particular interés, hasta que por fin me decidí a lanzarme a su corriente y flotar hacia donde me llevase.

SÁBADO



Ven, ven, mi dulce amada, y probemos
Estas delicias rurales.

Francis Quarles, *Invitación de Cristo al alma*

Por fin, un sábado, el último día de agosto de 1839, mi hermano y yo, nativos de Concord, levamos anclas en este puerto fluvial. Pues también Concord está bajo el sol, y es un puerto de llegada y salida de cuerpos y almas humanos. Al menos una de sus orillas está exenta de todo deber, salvo aquel con el que cumpliría con gusto todo hombre honesto. Una llovizna tibia había oscurecido la mañana y amenazaba con retrasar nuestro viaje, pero al final las hojas y la hierba se secaron y se presentó una tarde tranquila, tan serena y fresca que se diría que la Naturaleza estaba rumiando por su cuenta algún plan más elevado. Tras ese largo gotear y rezumar por cada poro, empezó a respirar de nuevo, más sana que nunca. Así pues, con un empujón vigoroso alejamos nuestro bote de la orilla, mientras los cálamos aromáticos y las espadañas nos deseaban buen viaje, y empezamos a descender el río en silencio.

Nuestro bote, cuya construcción nos había llevado una semana de trabajo en primavera, tenía la forma de una barca de pescador, con el fondo plano, de quince pies de largo por un máximo de tres y medio de ancho, pintado de verde y con una franja azul, un guiño a los dos elementos en los que pasaría su existencia. Lo habíamos cargado la tarde anterior frente a nuestra puerta, a media milla del río, con patatas y melones recogidos de una parcela que habíamos cultivado, y unos pocos utensilios. Contaba con ruedas para poder rodear por tierra las cataratas, así como con dos pares de remos, varias pértigas para empujarlo por las partes menos profundas, y también dos mástiles, de los que uno serviría para la tienda de campaña, pues una piel de búfalo sería nuestra cama y una tela de algodón nuestro techo. Era de construcción sólida, pero pesado, y dudo que fuese mucho mejor que los modelos habituales. Si se construye como es debido, un bote puede ser una suerte de animal anfibio, una criatura que pertenece a dos elementos: una mitad de su estructura se asemeja a un pez esbelto y ágil, y la otra es como un pájaro elegante y de alas fuertes. El pez marca dónde han de estar el mayor ancho de manga y la mayor profundidad de la bodega; sus aletas señalan la ubicación de los remos; y la cola da una pista sobre la forma y la posición del timón. El pájaro muestra cómo aparejar y recortar las velas, y qué forma darle a la proa para que equilibre el bote y separe el aire y el agua de la mejor manera

posible. Mi hermano y yo seguimos, aunque sólo parcialmente, estos preceptos. Pero los ojos, aunque no sean marineros, nunca estarán satisfechos con ningún modelo, por moderno que sea, que no satisfaga todos los requisitos del arte. Sin embargo, como todo en un barco es arte salvo la madera —aunque la madera, por sí sola, puede cumplir mal que bien el mismo propósito de un barco—, nuestro bote, que era efectivamente de madera, hizo valer de buena gana esa vieja ley que afirma que lo pesado flota sobre lo ligero, y aun cuando parecería un ave acuática un tanto mediocre, demostró ser una boya más que suficiente para nuestros intereses.

Si ésa fuese la voluntad de los Cielos, una rama de mimbre
Sería un navío lo bastante seguro para surcar los mares^[1].

Algunos de nuestros amigos estaban de pie sobre un promontorio, un poco más lejos, río abajo, para darnos un último adiós. Pero nosotros, que ya habíamos realizado esos ritos en la orilla, con una discreción excusable, como conviene a quien se embarca en empresas extraordinarias, a quien observa pero no habla, nos deslizamos en silencio, dejando atrás las tierras firmes de Concord, al mismo tiempo cabo poblado y solitaria pradera estival, remando con firmeza. Sin embargo, dejamos hablar a nuestros fusiles cuando, después de un rato remando, ya no se nos veía, y luego los bosques retomaron sus ecos. Y puede que muchos niños, de los que visten prendas tejidas en casa, que estuviesen al acecho en las amplias praderas, junto al avetoro y la agachadiza y la polla de agua, completamente ocultos tras los helechos y la espirea rosada y la ulmaria, escuchasen nuestra salva aquella tarde.

No tardamos en pasar flotando junto al primer campo de batalla propiamente dicho de la Revolución, apoyados sobre nuestros remos mientras atravesábamos los pilares aún visibles del North Bridge, ese «Puente del Norte» sobre el que, en abril de 1775^[2], pasó la primera y débil marea de una guerra que, como leemos en la estela a nuestra derecha, no cesó hasta «traer la paz a estos Estados Unidos». Como ha cantado un poeta de Concord:

Junto al tosco puente que atraviesa la crecida,
Con su bandera desplegada a la brisa de abril,
Aquí resistieron los granjeros asediados,
Disparando plomo que escuchó el mundo entero.

Desde entonces el enemigo duerme en silencio,
Como duerme el conquistador silencioso;
Y el puente en ruinas, barrido por el Tiempo,
Se desliza por el oscuro riachuelo hacia el mar^[3].

Nuestras reflexiones nos llevaron lejos en el tiempo, y mientras dejábamos ya atrás estos paisajes también nosotros tratamos de cantar:

Ah, de nada sirve este estruendo pacífico
Que despierta al pueblo innoble,

Pues almas más valientes no ganaron
El prestigio de un patriota.

Junto a este río hay un campo
En el que nadie pone un pie,
Pero donde crece entre ensueños
La más rica de las cosechas.

Dejadme creer en mi sueño,
Un corazón latiendo fuerte aquel día,
Sobre esta insignificante Provincia
Y sobre la remota Gran Bretaña;

Un héroe de molde antiguo,
Un arma de valor paladín,
De una fuerza y fe inauditas,
Honró este lugar de la Tierra;

Buscaba la recompensa por su corazón descrita,
Sin hacer nunca concesiones,
Y su valor de hombre libre jamás sobornó
La expectativa de la paz.

Los hombres que se alzaron allí,
Aquel día, llevan largo tiempo ausentes;
Ya no es la misma mano la que dirige la batalla
Y erige el monumento.

Vosotros erais entonces las ciudades griegas,
Las Romas de moderna fundación,
Donde los campesinos de Nueva Inglaterra
Probaron ser dignos de la Ciudad Eterna.

En vano busco una tierra extranjera
Donde encontrar nuestra Bunker Hill;
Lexington y Concord no se erigen
Junto a un riachuelo laconio^[4].

Sumidos en esos pensamientos nos deslizábamos suavemente a través de los pastos ahora en calma, sobre las olas del Concord, donde ya hace tiempo que se ahogó el fragor de la guerra.

Pero desde que zarpamos
Muchos proyectos han fracasado,
Y numerosos sueños
Se han marchado con el río.

Aquí moraba otrora un pastor anciano,
Que repartía su esencia entre su rebaño
Y lo dominaba con un vigoroso cayado,
Siguiendo los preceptos del Libro Sagrado;
Pero dejó atrás el puente sin muelle,
Alejándose solitario de la orilla.

Entonces llegó un joven pastor,
Con un cayado que no era ajeno a la fama.
Miraba con dulzura a sus corderos,

Esparcidos por el vasto campo,
Y alimentados de los «musgos de la casa parroquial^[5]».
Aquí estaba nuestro Hawthorne, en el valle,
Y aquí contó el pastor su historia.

Esa frágil flecha ya se había perdido tras las colinas, y nosotros, flotando, habíamos doblado el cercano meandro, pasando bajo el nuevo puente de North Bridge, entre Punkatasset y Poplar Hill, en dirección a las Grandes Praderas que, como la amplia huella de un mocasín, han allanado el terreno, creando un lugar fértil y jugoso en plena naturaleza.

Desde Punkatasset emprendimos nuestro viaje
Por este tranquilo río hacia la lejana Billerica,
Fundada por un sabio poeta, cuya delicada luz
Suele brillar en el crepúsculo de Concord.

Al igual que esas primeras estrellas, cuyos rayos de plata
Brillan con más fuerza a medida que declina el día,
Ésas que al principio la mayoría de viajeros no puede ver,
Pero los ojos acostumbrados a ordenar el cielo nocturno,
Que conocen las luces celestiales, claramente observan,
Y alegres saludan a dos o tres de ellas;
Como la sabiduría profunda ha de estudiarse en profundidad,
Los hombres leen desde los hondos pozos la poesía estrellada.

Estas estrellas jamás palidecen, aunque ya no podamos verlas,
Sino que brillan por siempre radiantes como el sol;
Y es que, ah, son soles, aunque la tierra, en su viaje,
Deba cerrar los ojos para poder ver su luz.

¿Quién ignoraría el más mínimo sonido celestial
O la luz más tenue que baña el mundo terrenal,
Si supiera que un día descubriremos
Que esa estrella del Cisne es nuestro destino,
Y hace palidecer a nuestro sol con su resplandor sagrado?

Poco a poco el murmullo del pueblo se fue apagando. Parecía que nos hubiésemos embarcado en la corriente plácida de nuestros sueños, y flotáramos desde el pasado hacia el futuro en el mismo silencio en que se descubren las ideas frescas de la mañana o las reflexiones vespertinas. Nos deslizábamos sigilosamente por el río, desencovando de vez en cuando a algún lucio o brema de su escondite de nenúfares. A veces un avetorillo zarpaba con sus alas indolentes desde algún recoveco de la orilla, o un avetoro remontaba el vuelo desde la hierba alta, llevándose sus patas preciosas para posarlas en algún lugar seguro, a medida que nos acercábamos. También las tortugas se lanzaban ágilmente al agua, mientras nuestro bote curvaba la superficie flanqueada por los sauces, rompiendo los reflejos de los árboles a su paso. Las orillas habían dejado atrás el cénit de su belleza, y algunas de las flores más llamativas mostraban en sus tonos desteñidos que la estación se acercaba a la tarde del año. No obstante, ese tono sombrío realzaba su sinceridad, y

en el calor aún intenso parecían el borde musgoso de un pozo frío. El sauce de hoja estrecha (*Salix purshiana*) se extendía a lo largo de la superficie del agua en masas de follaje verde claro, entremezclado con las grandes bolas del aroma de ciénaga. A ambos lados, la pequeña y rosada hierba pejiquera sacaba su cabeza del agua con orgullo, y al florecer durante esta estación y en este lugar, frente a los densos campos de especies blancas que bordean las orillas del río, su pequeña marca roja parecía aún más excepcional y bella. Las flores blanquísimas de la saeta de agua despuntaban en las zonas menos profundas, y unas pocas flores del cardenal aún sobrevivían orgullosas en la orilla, reflejándose en el agua, aunque tanto ellas como las espigas doradas ya casi habían dejado de florecer. La cabeza de tortuga (*Chelone glabra*) crecía junto a la orilla, mientras que una especie de coreopsis, que giraba desvergonzadamente su cara hacia el sol, plena y exuberante, y una flor larga de color rojo pálido (*Eupatorium purpureum* o eupatoria púrpura) formaban la retaguardia del ejército floral del río. El azul intenso de la genciana jabonera despuntaba aquí y allá en las praderas colindantes, como flores esparcidas por Proserpina^[6], y un poco más lejos, en los campos, o en puntos más altos de la orilla, se veían la gerardia violeta, la *Rhexia virginica* y la neottia colgante, también conocida como «tirabuzón de doncella»; mientras que al borde de los caminos más distantes junto a los que a veces pasábamos, y en los márgenes donde se había alojado el sol, aún se reflejaba el haz amarillo pálido de las hileras de tanaceto, que ya se alejaban de su plenitud. En resumidas cuentas, parecía que la Naturaleza se hubiese adornado para nuestra partida con una profusión de flecos y rizos, combinados con los tonos intensos de las flores, reflejados en el agua. Sin embargo, nos perdimos el nenúfar blanco, reina de las flores fluviales, pues aquel año su reinado había concluido ya: quizá quienes se demoran tanto emprenden su viaje demasiado tarde para la verdadera clepsidra. Muchas de estas especies habitan las aguas de nuestro Concord. Alguna mañana de verano he navegado río abajo antes del amanecer, entre campos de lirios que aún dormían cerrados, y cuando por fin los copos de luz se levantaban sobre la orilla y caían sobre la superficie del agua, era como si campos enteros de flores blancas se abriesen con un destello a mi paso, como una pancarta que se despliega, así de sensible es esta flor a la influencia de los rayos del sol.

Mientras navegábamos a través de la última pradera conocida, observamos las enormes y vistosas flores del hibisco, que recubrían los sauces enanos y se entremezclaban con las hojas de la vid, y quisimos poder informar a uno de los amigos que nos despidieron sobre la ubicación de esta flor excepcional y, en cierto sentido, inaccesible, antes de que fuese demasiado tarde para recogerla. Entonces, justo cuando estábamos perdiendo de vista el campanario del pueblo, recordamos que el granjero de la pradera colindante iría a la iglesia a la mañana siguiente, y podría llevar la noticia en nuestro nombre, con lo que el lunes, para cuando nosotros estuviésemos navegando por el Merrimack, nuestro amigo se acercaría a recoger esta flor de las orillas del Concord.

Después de una pausa en Ball's Hill, la santa Ana de los *voyageurs* del Concord —no para entonar una oración por el éxito de nuestro *voyage*, sino para recoger las pocas bayas que aún quedaban sobre las colinas, colgando de ramas finísimas—, volvimos a levar anclas y pronto perdimos de vista nuestro pueblo natal. La tierra parecía volverse cada vez más pura a medida que nos alejábamos. Atrás, al suroeste, quedaba ese pueblo tranquilo que habíamos dejado bajo sus olmos y sus plátanos, a media tarde. Y las colinas, a pesar de sus rostros azules y etéreos, parecían lanzar una mirada entristecida a sus antiguos compañeros de juego. Luego viramos hacia el Norte, nos despedimos de aquellos contornos familiares y pusimos rumbo hacia nuevos paisajes y aventuras. Nada nos era familiar salvo los cielos, cuyo techo ningún viajero deja nunca atrás, pero con su permiso, y acostumbrados como estábamos al río y la madera, confiábamos en que nos fuese bien en cualquier circunstancia.

Desde ese punto, el río fluye en una perfecta línea recta durante una milla o más, hasta el puente de Carlisle Bridge y sus veinte embarcaderos de madera. Para cuando volvimos a mirar atrás, la estructura del puente ya sólo estaba formada por líneas, y parecía una telaraña brillando al sol. Aquí y allá se veía despuntar una vara, marcando el lugar donde algún pescador disfrutó de una suerte inusual, y a cambio consagró su madera a las deidades que presiden estas aguas. Ahora el río era el doble de ancho que antes, profundo y sereno, con el fondo cenagoso y rodeado de sauces, tras los que se extendían amplias lagunas cubiertas de nenúfares, espadañas y cálamos aromáticos.

Algo más avanzada la tarde, pasamos junto a un hombre que pescaba en la orilla con una larga caña de abedul, que aún conservaba su corteza plateada, y un perro que estaba sentado a su lado. Pasamos tan cerca que nuestros remos agitaron su corcho, llevándose su suerte durante un buen rato. Cuando ya habíamos remado toda una milla en línea recta, como una saeta, con nuestros rostros vueltos hacia él, y mientras las burbujas de nuestra estela aún se veían sobre la superficie serena, allí seguía el pescador con su perro, como estatuas al otro lado de los cielos, únicos objetos de la amplia pradera que apaciguaban la mirada. Allí se quedaría esperando su suerte, hasta que al caer la noche emprendiese el camino de vuelta a casa, campo a través, cargando sus peces. Así pues, con un cebo u otro, la Naturaleza atrae a sus habitantes hasta todos sus recovecos. Aquel hombre fue el último de nuestros conciudadanos que vimos, y a través de él nos despedimos en silencio de nuestros amigos.

Las características y las actividades de las diferentes edades y razas de los hombres siempre han existido, en escala reducida, en cada vecindario. Los placeres de mi primera juventud se han convertido en la herencia de otros hombres. Ese hombre sigue siendo un pescador, y pertenece a una época en la que yo mismo he vivido. Por suerte no se ha condenado con demasiado estudio, y no ha ido en busca de otro conocimiento distinto del que permite pescar muchos peces antes de que el sol se

ponga, con su delgada caña de abedul y su sedal de lino, un descubrimiento más que suficiente para él, y que de hecho permite ser buen pescador tanto en verano como en invierno. Otros hombres son jueces en estos días de agosto, sentados en sus bancos, incluso cuando se levanta la sesión. Se apoltronan ahí, juzgando hieráticamente entre temporada y temporada, entre comida y comida, llevando una vida política y muy cívica, arbitrando en el caso de Spaulding contra Cummings, por ejemplo, desde el mismísimo mediodía hasta que el lucero vespertino se pone al Oeste. Mientras tanto, el pescador permanece metido con el agua por la cintura, bajo el mismo sol de verano, arbitrando otros casos entre la lombriz y el carpín, envuelto por la fragancia de los nenúfares, la menta y la pontederia, viviendo su vida a varias varas de la tierra seca, a una caña de distancia de donde nadan los peces más grandes. Para él la vida humana es muy parecida a un río,

Que sigue su curso sin pausa en dirección al mar^[7].

Éste era su puesto de observación. Su señoría hizo un gran descubrimiento en materia de comodato.

Recuerdo un viejo vestido con un abrigo marrón que era el Walton^[8] de este río, llegado desde la ciudad inglesa de Newcastle con su hijo, un hombretón afable que se había echado a la mar tiempo atrás. Era un viejo honrado, que caminaba en silencio a través de las praderas, tras dejar atrás el tiempo de comunicación con sus semejantes. Su abrigo, avejentado y raído, que colgaba largo y recto y marrón como la corteza de un pino, brillaba bajo una luz tan tenue que, si estabas lo bastante cerca, te acababa pareciendo una obra de la naturaleza y no del hombre. A veces me lo encontraba de repente entre los nenúfares y los sauces grises, cuando cambiaba de lugar, pescando mediante algún antiguo método —pues a la sazón la juventud y la madurez iban juntas a pescar—, sumido en pensamientos inexpresables, acaso sobre su Tyne^[9] y su Northumberland natales. Se aparecía siempre durante las tardes tranquilas, encantando al río, como susurrando entre los juncos. Horas y horas soleadas de la vida de un viejo, pasadas atrapando peces necios, convertido casi en un familiar del sol. ¿Qué necesidad tenía de llevar sombrero o atuendo elegante alguno, si ya había servido el tiempo que le correspondía, y había visto a través de tan finos disfraces? Vi cómo sus Moiras le recompensaban con la perca amarilla, y aun así pensé que su suerte no estaba proporcionada con sus años. Y vi cómo, con paso lento y aplastado por los recuerdos del tiempo, desapareció con su pez en el interior de su casa de techo bajo, a las afueras del pueblo. Creo que nadie más lo vio, y ya nadie se acuerda de él, pues al poco tiempo murió y puso rumbo a las aguas de un nuevo Tyne. La pesca no era para él un deporte, ni una mera forma de subsistencia, sino una suerte de sacramento solemne y de retiro del mundo, como los ancianos que leen sus Biblias.

Ya vivamos a orillas del mar, junto a un lago o un río, o en la pradera, hemos de

prestar atención a la naturaleza de los peces, pues éstos no son sólo unos fenómenos confinados en ciertos lugares, sino formas y fases de la vida natural esparcidas universalmente. Los innumerables bancos que cada año pasan junto a las costas de Europa y Norteamérica no son tan interesantes para quien estudia la naturaleza como la propia ley, más fértil, por la que depositan su hueva en lo alto de las montañas y en las llanuras interiores, como el principio mismo de los peces en la naturaleza, merced al cual pueden encontrarse en aguas de tan distintos lugares, en mayor o menor número. El historiador de la naturaleza no es un pescador que se limita a rezar pidiendo días nublados y buena suerte. Antes bien, la pesca se ha definido como «la recreación del hombre contemplativo^[10]», que lo introduce con gran provecho en los bosques y el agua, de suerte que el fruto de las observaciones del naturalista no es un nuevo género o una nueva especie, sino nuevas contemplaciones. De la misma manera, la ciencia no es más que el pasatiempo de un hombre con mayor capacidad aún para la contemplación. Las semillas de la vida de los peces están diseminadas por doquier, ya sean arrastradas por los vientos, ya floten sobre las aguas, ya estén encerradas en la profundidad de la tierra: allí donde se excave una laguna, enseguida se verá poblada por esta raza vivaz. Los peces tienen arrendada la naturaleza, y el contrato aún está lejos de expirar. Sobornamos a los chinos para que lleven sus huevos de provincia en provincia en tarros o en juncos huecos, o a las aves acuáticas para que los transporten hacia los lagos de montaña e interiores. Allá donde haya un medio líquido, habrá peces, e incluso en las nubes y en los metales fundidos detectamos su semblante. ¡Pensemos en cómo, durante el invierno, podemos introducir un sedal a través de la nieve y el hielo de una pradera, y sacar un pez dorado o plateado, brillante, resbaladizo, mudo y subterráneo! También resulta interesante pensar cómo los peces forman una única y gran familia, desde el más grande al más pequeño. El diminuto piscardo que yace sobre el hielo y hace de cebo para el lucio se parece a un enorme pez marino arrojado a la orilla. En las aguas de este pueblo nadan unas doce especies distintas, aunque quizás el lego en la materia se esperaría muchas más.

Observar el ciclo imperturbable de la vida y la profusión de peces con los que cohabitamos, y su felicidad, como el fruto regular del verano, refuerza la sensación de enorme seguridad y serenidad propias de la naturaleza. La percasol de agua dulce, también llamada brema o pez sol (*Pomotis vulgaris*), sin ancestros ni posteridad, por así decirlo, aún representa de manera inmutable a su especie en la naturaleza. Es el más común de todos los peces, y suele verse en los sedales de todos los chiquillos. Un pez inofensivo y sencillo, con nidos que se distinguen a lo largo de la orilla, excavados en la arena, y sobre los que se mantiene en equilibrio, con sus aletas, durante el verano. A veces hay hasta veinte o treinta nidos en un espacio de unas pocas varas, de dos pies de anchura por medio de profundidad, hechos con no poco esfuerzo, quitando las hierbas y apartando la arena, con forma de cuenco. A

principios de verano se le suele ver protegiendo sus huevos, espantando a un piscardo y a otros peces aún más grandes, incluso de su misma especie, que pudiesen perturbarlos, persiguiéndolos unos cuantos pies, y dando rápidamente media vuelta para volver a su nido. Pero mientras tanto, otros piscardos, como crías de tiburón, se deslizan en el nido vacío y se comen la hueva, unida a las hierbas y al fondo, en la orilla soleada del río. La hueva está expuesta a tantísimos peligros que sólo una ínfima parte sale adelante. Y es que, además de ser una presa constante de pájaros y peces, la gran mayoría de nidos está construida tan cerca de la orilla, en el agua poco profunda, que se seca a los pocos días, cuando el nivel del río baja. Éstos, y los de la lamprea, son los únicos nidos de peces que he observado, aunque en ocasiones se pueden ver los huevos de algunas especies flotando sobre la superficie. Las bremas ponen tanta atención en su cometido que uno puede acercarse y examinarlas a su gusto. De hecho, una vez estuve flotando sobre ellas una media hora. Las acariciaba suavemente sin que se asustasen, sufriendo sus mordeduras inofensivas en mis dedos, y las veía levantar sus aletas dorsales por la rabia cuando mi mano se aproximaba a sus huevos, e incluso saqué alguna del agua —aunque esto no puede lograrse con un movimiento rápido de la mano, por diestro que sea, pues su elemento les transmite la señal de peligro de forma instantánea, sino que hay que ir cerrando los dedos poco a poco en torno a ellas cuando pasan sobre la palma, y sacarlas lentamente hacia la superficie con la mayor delicadeza—. Aunque estén inmóviles, conservan siempre el movimiento oscilante de sus aletas, que es harto elegante y nos habla de su humilde felicidad. Pues, a diferencia del nuestro, el elemento en que viven es una corriente a la que siempre han de oponer resistencia. De cuando en cuando mordisquean las hierbas del fondo o las que cuelgan sobre sus nidos, o se lanzan como un rayo tras una mosca o una lombriz. La aleta dorsal, además de cumplir la función de una quilla, se complementa con la anal para mantener al pez erguido, pues en las aguas menos profundas, donde no está cubierta de agua, los peces se tumban sobre uno de sus lados. Cuando uno se inclina sobre la brema y su nido, los bordes de las aletas dorsal y caudal tienen un singular reflejo dorado y polvoriento, y sus ojos, que sobresalen de la cabeza, son transparentes e incoloros. Cuando se la observa en su elemento natal, es un pez muy bello y compacto, perfecto en todas sus partes, como una moneda brillante y recién salida de la ceca. Es una perfecta joya fluvial, y en los reflejos verdes, rojos, cobrizos y dorados de sus flancos moteados se concentran los rayos que se filtran, a través de nenúfares y flores flotantes, hasta el fondo arenoso, en armonía con los guijarros marrones y amarillos bañados por el sol. Vive protegida por su escudo acuoso, alejada de los muchos accidentes inevitables para la vida humana.

En nuestro río también se encuentra otra especie de brema, sin el punto rojo sobre el opérculo, y que, según M. Agassiz^[11], no está aún descrita y clasificada.

La perca común (*Perca flavescens*), cuyo nombre científico describe a la perfección los reflejos dorados y resplandecientes de sus escamas cuando se la saca

del agua, con sus branquias rojas destacando en vano en el líquido elemento, es uno de nuestros peces más bellos y mejor formados. Nos recuerda al pez del cuadro, que quería ser devuelto a su elemento original hasta haber crecido. De hecho, la mayoría de peces de esta especie, cuando se los pesca, no ha alcanzado ni la mitad de su tamaño. En las lagunas los hay esbeltos y de colores claros, que nadan en bancos de cientos por las aguas soleadas, en compañía del carpín, con una longitud media de no más de seis o siete pulgadas; en las aguas más profundas se pueden encontrar unos pocos especímenes más grandes, que depredan a sus hermanos más débiles. A menudo atraía a estas pequeñas percas hasta la orilla, por las noches, agitando el agua con mis dedos, y a veces se las puede capturar mientras intentan pasar entre nuestras manos. Es un pez correoso e imprudente, que muerde por instinto y con violencia, o bien, e igualmente por instinto, se abstiene de morder y pasa de largo nadando con indiferencia. Suele preferir las aguas claras y los fondos arenosos, aunque aquí no tiene mucha elección. Es un pez de verdad, de esos que al pescador le encanta echar a su cesta o ver colgar de la punta de su rama de sauce en las tardes sombrías a orillas del río. El viejo Josselyn^[12], en su *Rarezas de Nueva Inglaterra*, publicado en 1672, menciona a la perca o perdiz de río.

El rutilo, leucisco, prima de trucha o comoquiera que se le llame (*Leuciscus pulchellus*), blanco y rojo, es siempre un premio inesperado, que todo pescador se alegra de atrapar, dada su singularidad. Su nombre nos recuerda a muchas e infructuosas caminatas junto a corrientes rápidas, en las que el viento empezó a soplar para decepción del pescador. Suele ser un pez de escamas suaves y plateadas, de aspecto elegante, refinado y clásico, como la cuidada ilustración de un libro inglés. Adora los rápidos y los fondos arenosos, y muerde sin previo aviso, que no sin apetito por el cebo. Los piscardos se usan como cebo para los lucios jóvenes en invierno. Algunos dicen que el rutilo rojo es el mismo pez, sólo que más grande, o con unos colores más profundos merced a las aguas más oscuras que habita, como las nubes rojas que nadan en la atmósfera del crepúsculo. Quien no ha pescado un rutilo rojo aún no es un pescador realizado. Otros pescados son ligeramente anfibios, o eso me parece, pero éste reside única y exclusivamente en el agua. El corcho baila rápido río abajo, entre las hierbas y la arena, cuando de repente, por una casualidad sobrecogedora, emerge este fabuloso habitante del líquido elemento, del que hemos oído hablar pero nunca visto, como si fuese la creación instantánea de un remolino, un auténtico producto de la rápida corriente —sin embargo, este delfín brillante y cobrizo había sido engendrado y había pasado su vida bajo el nivel del suelo, en los campos de los alrededores—. También los peces, al igual que los pájaros y las nubes, obtienen su coraza de la mina. He escuchado que la caballa visita los márgenes cobrizos durante una estación determinada. Es posible que este pez tenga su hábitat en el río Coppermine^[13]. He pescado rútilos blancos de gran tamaño donde el río Aboljacknagesic desemboca en el Penobscot, en la base del monte Kataadn^[14], pero ni rastro del rojo. Al parecer, esta última variedad no ha sido estudiada lo suficiente.

El leucisco (*Leuciscus argenteus*) es un piscardo ligeramente plateado, que se suele encontrar en el centro del río, donde la corriente es más rápida, y que suele confundirse con el del párrafo anterior.

El carpín (*Leuciscus crysoleucas*) es un pez de escamas suaves y blandas, víctima de sus vecinos más fuertes, y que se encuentra por doquier, en aguas más o menos profundas, claras o turbias. Por lo general, es el primero en morder el cebo. Sin embargo, dada su pequeña boca y su predilección por los mordisquitos, no se le atrapa con facilidad. Es una pieza dorada o plateada que viaja por el río rizando la superficie con su cola flexible, jugando o huyendo. He visto que los más pequeños, cuando se asustan por algo que cae al agua, saltan en docenas, junto al leucisco, y se estrellan sobre algún madero flotante. Es la infantería ligera del río, con armadura de lentejuelas doradas o plateadas, que se escurre, que se desliza por la vida a golpes de cola, la mitad en el agua, la mitad en el aire, remontando la corriente con sus aletas revoloteantes, dirigiéndose hacia aguas más cristalinas, pero consciente siempre de nuestra presencia en la orilla. Casi se diría que se disuelve con el calor estival. En una de nuestras lagunas se encuentra un carpín más delgado y de un color más claro.

El lucio (*Esox reticulatus*), el más ágil, cauteloso y voraz de los peces, que Josselyn llama lobo de agua dulce o de río, es muy común en las aguas bajas y las lagunas herbosas a los lados del río. Es un pez solemne, majestuoso, meditabundo, que al mediodía nos espía desde la sombra de un nenúfar con su mirada tranquila, circunspecta, voraz, manteniéndose inmóvil, como una joya incrustada en el agua, o moviéndose lentamente hasta su posición, lanzándose de cuando en cuando cual saeta hacia el desafortunado pez, rana o insecto que esté a su alcance, y tragándose de un bocado. Una vez pesqué un ejemplar que se había comido a uno de sus hermanos la mitad de grande que él: la cola aún despuntaba de la boca mientras que la cabeza ya estaba digerida en su estómago. A veces una culebra rayada, que se dirige hacia praderas más verdes, al otro lado del río, acaba su periplo ondulatorio en el mismo receptáculo. Son tan ávidos e impetuosos que a menudo se les atrapa porque se enredan en el sedal en el mismo momento en que se lanza. Los pescadores también distinguen al lucio de arroyo, un ejemplar más corto y grueso.

El siluro (*Pimelodus nebulosus*), a veces llamado «pastor» merced al peculiar chirrido que hace cuando se le saca del agua, es un animal soso y torpe, similar a la anguila vespertina en sus costumbres, y amante del lodo. Muerde deliberadamente, como si ése fuese su cometido. Se pesca de noche con un puñado de lombrices o anguilas ensartadas de un hilo, que se enreda entre sus dientes, a veces tres o cuatro, con el primer tirón. Se obstina sobremanera en sobrevivir, y abre y cierra la boca incluso media hora después de que se le haya cortado la cabeza. Pertenece a una raza de soldados despiadados y sedientos de sangre, que habitan los fondos fértiles y nunca apoyan la lanza, listos siempre para entrar en batalla con su vecino más cercano. Los he observado en verano, cuando uno de cada dos ejemplares tiene una cicatriz larga y sangrienta en el dorso despellejado, señal acaso de un feroz encuentro.

A veces los más pequeños, que no llegan a la pulgada de largo, se pueden ver ensombreciendo la orilla por miríadas.

Los catostómidos, el común y el bigotudo (*Catostomi bostonienses* y *tuberculati*), quizá tengan el mayor tamaño medio entre nuestros peces. Se les puede ver en bancos de cientos, atravesando el río bañado por el sol, embarcados en sus misteriosas migraciones, y a veces succionando el cebo que el pescador se permite lanzarles. El común, que a veces alcanza un tamaño considerable, suele pescarse con la mano en los arroyos o, al igual que el rutilo rojo, se puede sacar atando un anzuelo firmemente a la punta de una vara y colocándola bajo sus fauces. Aunque son poco conocidos para el pescador de domingo, pues no suelen morder sus cebos, el arponero se lleva a casa un buen número de ellos durante la primavera. A los ojos de los habitantes de nuestro pueblo, estos bancos tienen un aspecto extraño e imponente, y encarnan la fertilidad de los mares.

La anguila común (*Muraena bostoniensis*) es la única especie de anguila conocida en el estado. Es una criatura viscosa y retorcida, buena conocedora del lodo, que no deja de retorcerse ni siquiera en la cacerola y que se pesca, con éxito dispar, con arpón y anzuelo. También me parece verla fosilizada, abandonada después del diluvio, en muchas praderas altas y desecadas.

En las partes menos profundas del río, donde la corriente es rápida y el fondo guijarroso, a veces se pueden ver los curiosos nidos circulares de la lamprea o succiona-piedras americana (*Petromyzon americanas*), del tamaño de la rueda de una carretilla y uno o dos pies de altura, que a veces asoman hasta medio pie sobre la superficie del agua. Como su propio nombre indica, recogen estas piedras, grandes como un huevo de gallina, con la boca, y las disponen en círculos ayudándose de la cola. Remontan las cataratas aferrándose a las rocas, o a veces enganchándose a la cola de algún pez. Como no se las ve navegar río abajo, los pescadores creen que nunca vuelven, sino que se quedan enganchadas a una roca o al tocón de un árbol durante un periodo indeterminado de tiempo, hasta que se consumen y mueren —un rasgo trágico en el paisaje de los fondos fluviales que merece ser recordado junto a la descripción shakespeariana del fondo del mar—. Hoy en día rara vez se las ve en nuestras aguas, por culpa de los diques, pero pueden capturarse en grandes cantidades en la desembocadura del río, en Lowell. Sus nidos, que destacan sobremanera, son los elementos del río más parecidos a una obra de arte.

Si tuviésemos la tarde libre, podríamos dirigir nuestra proa hacia los arroyos e ir en busca de la trucha clásica y los piscardos. De estos últimos, según M. Agassiz, se han encontrado muchas especies en esta zona que aún no están descritas, y que quizá completarían la lista de nuestros colegas con aletas que nadan en estas aguas del Concord.

El salmón, el sábalo y la pinchagua abundaban otrora en esta región, y eran capturados mediante diques por los indios, que enseñaron este método al hombre blanco. Éste, a su vez, utilizó estas especies como alimento y fertilizante, hasta que el

dique, y más tarde el canal de Billerica y las fábricas de Lowell, pusieron fin a sus migraciones hasta aquí. No obstante, se cree que aún se pueden ver, muy de cuando en cuando, unos pocos sábalo aventureros en esta parte del río. Para explicar la depauperación de la pesca, se dice que quienes a la sazón representaban los intereses de los pescadores y de los peces, recordando el momento del año en que solían pescar los sábalo adultos, estipularon que los diques habían de dejarse abiertos sólo durante ese periodo de tiempo, y que entonces los alevines, que descienden un mes más tarde, se encontraban con el paso obstruido y morían en miríadas. Otros dicen que las vías piscícolas no se construyeron como es debido. Quién sabe, quizá, tras varios miles de años, si los peces son pacientes y, mientras tanto, pasan sus veranos en otro lugar, la naturaleza acabe derribando el dique de Billerica y las fábricas de Lowell, y el «río herboso» vuelva a fluir claro, esperando a ser explorado por nuevos bancos migratorios que se aventuren incluso hasta la laguna de Hopkinton y el pantano de Westborough.

A uno le gustaría saber más sobre esa raza de hombres, ahora extinta, cuyas redes de cerco se pudren en los desvanes de sus hijos. Hombres que se dedicaron en cuerpo y alma a la profesión de pescador, y que incluso alimentaron a sus conciudadanos de forma loable, sin escabullirse por las praderas durante las tardes lluviosas. Aún nos llegan visiones de pescas milagrosas e innumerables montañas de peces a orillas del río, visiones salidas de los relatos de nuestros mayores, que siendo niño me enviaban a lomos de un caballo a los pueblos vecinos, con la orden de llenar una alforja de sábalo y la otra de pinchaguas. Puede que aún exista un recuerdo de aquellos días en la memoria de esta generación, en el nombre familiar de una famosa milicia de este pueblo, cuyos desentrenados ancestros resistieron loablemente en el puente de North Bridge, en Concord. Su capitán, amante de la pesca, había avisado a la compañía para que se presentase tal día en tal lugar; ellos, como los soldados obedientes que eran, aparecieron sin demora y en formación a la hora acordada de aquel día de mayo. Sin embargo, y por desgracia, estaban desentrenados, excepción hecha de la actitud bromista y licenciosa propia de todo soldado, y su capitán, olvidando su propia cita, y atento sólo al aspecto propicio de los cielos —como tantas otras veces—, se fue a pescar aquella tarde. Desde entonces su compañía fue conocida por jóvenes y viejos, hombres y mujeres, como «la del sábalo», y los jóvenes de los alrededores creyeron durante largo tiempo que aquél era en efecto el nombre para designar a toda la milicia irregular de la cristiandad. Pero ¡ay!, no queda ni rastro de la vida de estos pescadores para el recuerdo, salvo una breve página de una historia cruda, aunque incuestionable, recogida en el «Registro n.º 4» de un viejo comerciante del pueblo, fallecido hace ya tiempo, que muestra con mucha claridad en qué consistía por aquel entonces la actividad comercial de un pescador. Afirma ser una suerte de «Cuenta Corriente del Pescador», probablemente para la temporada pesquera del año 1805. Durante esos meses, el hombre compró a diario ron y azúcar, azúcar y ron, del Nordeste y del Caribe, «un sedal para bacalao», «una taza marrón» y «una red para el cerco»; ron y

azúcar, azúcar y ron, «una buena barra de azúcar» y «bien morena», del Caribe y del Nordeste. Eran entradas breves y uniformes al final de la página, todas realizadas en libras, chelines y peniques, desde el 25 de marzo hasta el 5 de junio, satisfechas sin demora tras recibir «todo el dinero en efectivo» en la última fecha —aunque quizá no estuviesen todas satisfechas—. Éstas eran las necesidades básicas para vivir en aquel tiempo. Con el salmón, el sábalo y las pinchaguas, frescos y encurtidos, el pescador no tenía que recurrir a las tiendas de comestibles. Se aprecia cierta preeminencia de los elementos líquidos, pero ésa es la naturaleza del pescador. Tengo un recuerdo vago de este mismo pescador durante mi primera juventud, acercándose todo lo posible al río con paso incierto y ondulatorio, después de haber visto tantas cosas irse con la corriente, guadañando la pradera, su botella, cual serpiente, escondida en la hierba, y él mismo sin haber sido cortado aún por la Gran Segadora.

Aunque las leyes de la Naturaleza sean más inmutables que las de cualquier déspota, en la vida cotidiana de un hombre es raro que las Moiras se muestren tan rígidas, y nadie negará que por lo general tienden a ser amables. Permiten que se relaje en verano y no le recuerdan con severidad las cosas que tiene prohibido hacer. Se muestran agradables y liberales incluso con los hombres de costumbres depravadas, y ciertamente no les niegan clemencia, pues no mueren sin absolución. Conservan así ese poco de vida, manteniéndose a este lado del Estigio^[15], aún sanos, aún resueltos, tal vez «no han estado mejor en su vida». Y pasada una docena de años, surgen desde detrás de unos setos, pidiendo trabajo y unos sueldos que corresponden a los hombres en buenas condiciones físicas. ¿Quién no se ha encontrado con este

Mendigo en el camino,
De sobra sano para atracar,
Al que no le importaban el viento y la lluvia
De las tierras que atraviesa^[16]?

Este valiente que hace de cada casa que ve su posesión,
De cada bolsa su peculio, y a su aire sigue por su camino,
Cobrando impuestos a todo el mundo, cual César^[17],

como si la regularidad fuese el secreto de la salud, mientras que el pobre hombre aspirante e inconsistente, que intenta vivir una vida sana, alimentándose del aire, enfrentado consigo mismo, no puede resistir y languidece y muere tras una vida de enfermedad, postrado en una cama de pelusa.

Los necios suelen hablar como si no existiese la gente enferma, pero yo creo que la diferencia entre los hombres en materia de salud no es lo bastante grande como para poner demasiado énfasis en ella. A unos se los considera enfermos y a otros no, pero a menudo sucede que el hombre más enfermo cuida del más sano.

Aún se pescan sábalos en la cuenca del río Concord, en Lowell, donde se dice que llegan un mes antes que el sábalo del Merrimack, merced a la temperatura más alta

del agua. Constante hasta el patetismo, con un instinto que no puede desalentarse, con el que no se puede *razonar*, vuelve a visitar sus antiguos lugares predilectos, como si sus severas Moiras se hubiesen relajado. Sin embargo, sigue topándose con la fábrica y su dique. ¡Pobre sábalo! ¿Dónde está tu resarcimiento? Cuando la Naturaleza te dio tu instinto, ¿te dio también corazón para soportar tu destino? Aún yerras por los mares, con tu armadura escamosa, preguntando humildemente en las desembocaduras de los ríos si el hombre, por casualidad, ha dejado el paso libre para que puedas entrar. Y entretanto merodeas incierto en bancos numerosísimos, limitándote a luchar contra la marea, expuesto al peligro de los depredadores marinos, esperando nuevas instrucciones, hasta que las arenas, hasta que las mismas aguas, te digan si hay o no vía libre. Y así, junto a enteras naciones migratorias, fiándote de tu instinto, que es tu fe, vas a la deriva en esta primavera invertida, y probablemente no sabes dónde *no* moran los hombres, dónde *no* hay fábricas en estos días. Sin aguijón y sin descarga eléctrica, desarmado, avanzas como un puro sábalo, armado sólo con la inocencia y una causa justa, por delante sólo tu boca blanda, muda, y unas escamas fáciles de arrancar. Estoy de tu parte de todo corazón, ¿y quién sabe qué podría hacerle una palanca de hierro a ese dique de Billerica? No desesperas aunque miríadas de tus hermanos hayan acabado como alimento de esos monstruos marinos mientras tú permaneces entre dos aguas, mantienes tu coraje y tu indiferencia, nadando con elegancia, como un sábalo reservado a destinos más elevados. Dispuesto a ser diezmado en beneficio de los hombres tras la temporada de desove, lejos de la *filantropía* superficial y egoísta del ser humano —quién sabe qué admirable virtud de los peces podría encontrarse por debajo de la marea baja, soportando un destino cruel, ¡sin ser admirada por la única criatura que puede apreciarla!—. ¿Quién escucha a los peces cuando lloran? Algunos sabrán recordar que fuimos sus contemporáneos. Si no me equivoco, en breve podrás remontar los ríos, todos los ríos del mundo. Sí, incluso tu sencillo sueño acuoso se verá más que cumplido. De no ocurrir esto, sino que fueses ignorado de principio a fin, jamás me uniré a su cielo. Sí, lo digo yo, que creo saber más que tú. Así pues, resiste, sé fuerte, y lucha contra todas las mareas que pudieses encontrarte.

A fin de cuentas, podría parecer que los intereses, no sólo de los peces, sino también de los hombres de Wayland, Sudbury o Concord, exigen el derribo de ese dique. Innumerables acres de pradera están esperando a ser convertidos en tierra seca, de modo que la salvaje hierba nativa deje paso al follaje inglés. Los agricultores, con sus guadañas afiladas, esperan el descenso de las aguas, por gravitación, por evaporación, como sea, y a veces su mirada no desciende ni un momento, sus ruedas no recorren ni un pie sobre la inestable pradera durante la temporada de la cosecha de heno: innumerables fuentes de riqueza inaccesibles. Se calcula que sólo las pérdidas sufridas por el pueblo de Wayland son iguales a los gastos de mantenimiento de cien yuntas de bueyes durante todo el año. He sabido que un año, hace no mucho tiempo, los agricultores estaban listos para echarse al campo con sus yuntas, como de

costumbre, pero el nivel del agua no daba muestras de ir a bajar, los cielos no ejercían su atracción, y aunque no hubiera habido una crecida u otra causa evidente, seguía estancada a una altura sin precedentes. Todos los hidrómetros estaban confundidos. Algunos agricultores temían incluso por su heno. Sin embargo, unos veloces emisarios revelaron que el secreto, que no tenía nada de natural, era la nueva pala hidráulica, de un buen pie de anchura, que los propietarios del dique habían sumado a sus ya demasiados privilegios. Las cien yuntas de bueyes, mientras tanto, permanecían pacientes, mirando deseosas hacia la pradera, hacia esa hierba nativa, oscilante e inaccesible, cortada sólo por la gran guadaña del Tiempo —que deja una marca tan profunda—, sin ni siquiera una briznilla de hierba volando sobre sus cuernos.

Hemos remado un buen trecho desde Ball's Hill hasta el puente de Carlisle Bridge, sentados hacia el sur, mientras una ligera brisa se eleva desde el norte, pero el agua sigue fluyendo y la hierba creciendo, pues ahora, superado el puente entre Carlisle y Bedford, vemos a hombres cosechando heno a lo lejos, en la pradera, con sus cabezas ondeando como la hierba que cortan. En la distancia, el viento parecía doblarlas a todas por igual. Al caer la noche, sopló tal frescura a través de la pradera que cada brizna de hierba cortada parecía rebosar vida. Unas nubes violáceas empezaban a reflejarse en la superficie y los cencerros de las vacas tintineaban con más fuerza en los márgenes del río, mientras nosotros, cual astutas ratas de agua, nos acercábamos a la orilla en busca de un lugar donde montar nuestra tienda.

Al final, cuando ya habíamos hecho unas siete millas, a la altura de Billerica, atracamos nuestro bote en el lado oeste de una pequeña elevación, que en primavera forma una isla en el río. Allí encontramos arándanos que aún colgaban de los arbustos, y que parecían haber madurado con mayor lentitud especialmente para nosotros. Pan, azúcar y chocolate caliente constituyeron nuestro ágape, y al igual que nos habíamos empapado en aquel decorado fluvial durante todo el día, ahora tomamos una jarra de agua con nuestra cena para apaciguar a los dioses del río, y abrimos bien los ojos para atender a las visiones que íbamos a presenciar. El sol se estaba poniendo por un lado, mientras que, por el otro, la prominencia en la que descansábamos contribuía con su sombra a la noche. Parecía clarear imperceptiblemente a medida que oscurecía, y una granja distante y solitaria, que hasta entonces acechaba desde las sombras del mediodía, se reveló a nuestra mirada. No había ninguna otra casa a la vista, ningún otro campo cultivado. A izquierda y derecha se extendían hasta el horizonte bosques de pinos dispersos, con sus penachos recortándose contra el cielo. Al otro lado del río había colinas abruptas, cubiertas de chaparros, enredadas con vides y hiedra, con rocas grises despuntando aquí y allá entre aquella maraña. Aunque estaban a un cuarto de milla de distancia, casi podíamos oír crujir sus laderas cuando las mirábamos, tal era la frondosidad de la naturaleza. Un lugar ideal para faunos y sátiros, donde los murciélagos colgaban todo

el día en las rocas, hasta que por las noches se lanzaban a revolotear sobre el agua, donde las luciérnagas, bajo la hierba y las hojas, administraban su luz contra la noche. Tras montar nuestra tienda en la ladera, a pocas varas de la orilla, nos sentamos a mirar, a través de la puerta triangular. Nuestro mástil solitario en el crepúsculo, junto a la orilla, apenas se distinguía contra los alisos, prácticamente inmóvil a pesar del balanceo del río. Era la primera incursión comercial en aquellas tierras. Allí estaba nuestro puerto, nuestra Ostia^[18]. Esa línea geométrica y recta que se recortaba contra el agua y el cielo representaba las últimas sofisticaciones de la vida civilizada, y toda la sublimidad de la historia estaba ahí simbolizada.

Durante la mayor parte de la noche no hubo rastro alguno de vida humana, no se escuchó ninguna respiración más que la del viento. Allí sentados y aún despiertos por lo novedoso de nuestra situación, escuchábamos de cuando en cuando a algún zorro pisando sobre las hojas muertas, frotándose contra la hierba húmeda de rocío junto a nuestra tienda. También una rata almizclera hurgando entre las patatas y los melones de nuestro bote, aunque cuando llegamos corriendo a la orilla ya sólo pudimos detectar una pequeña ondulación en el agua, arrugando el disco luminoso de una estrella. A ratos escuchábamos la serenata de un gorrión soñador o el llanto ahogado de una lechuza, pero después de cada sonido que sentíamos tan cerca y rompía la tranquilidad de la noche, después de cada crujido de unas ramas o el susurro entre las hojas, llegaba una pausa repentina, y un silencio más profundo y consciente, como si el intruso comprendiese que ningún tipo de vida tenía derecho a manifestarse a esa hora. Aquella noche tuvo que haber un incendio en Lowell, pues vimos resplandecer el horizonte y escuchamos las campanas de alarma en la distancia, como una débil música tintineante llegada hasta aquellos bosques. Sin embargo, el sonido más constante y memorable de esa noche de verano, que ninguna de las noches que siguieron dejamos de escuchar, aunque nunca tan insistente y propicio como aquella primera, fue el ladrido de los perros domésticos: desde el ladrido más alto y bronco hasta la palpitación más tenue del aire bajo el tejado de los cielos; desde el Mastín paciente pero ansioso, hasta el tímido y vigilante Terrier, primero alto y rápido, luego más débil y lento, capaz sólo de imitarse con un susurro: guau guau, guau, guau... gua... gua... gu... g. Incluso en un lugar retirado y deshabitado como aquél, ése era un sonido más que suficiente para los oídos de la noche, y más conmovedor que cualquier música. Una vez escuché la voz de un sabueso justo antes del amanecer, cuando las estrellas aún brillaban, sobre los bosques y el río, lejos, en el horizonte, y sonaba tan dulce y melodiosa como un instrumento. El sonido del perro que persigue a un zorro o a cualquier otro animal en el horizonte puede sugerir en un primer momento las notas de la trompeta de caza, que se alterna con los pulmones del can para darles alivio, y sin embargo, esta corneta natural resonaba en los bosques del mundo antiguo mucho antes de que se inventase la trompeta. Los mismos perros que desde las granjas aúllan huraños a la luna durante estas noches infunden más heroísmo en nuestros pechos que todas las exhortaciones civiles o los sermones de

guerra de cualquier época. «Preferiría ser un perro y ladrar a la luna^[19]», antes que ser muchos de los romanos que conozco. La noche también está en deuda con el clarín del gallo, que con una esperanza vigilante, desde la misma puesta de sol, precede de manera prematura al amanecer. Todos estos sonidos, el canto de los gallos, el ladrido de los perros y el zumbido de los insectos a mediodía, son prueba de la buena salud y el brío de la naturaleza^[20]. Tal es su belleza inagotable y la precisión de su lenguaje, la obra de arte más perfecta del mundo, retocada por un cincel milenario.

Al final llegaron las horas penúltimas y somnolientas, y denegamos a todos los sonidos la entrada en nuestros oídos.

Quien camina de noche y durante el día duerme,
No encontrará más espíritu que el del duende.

DOMINGO



El río fluye sereno,
Entre orillas brillantes, a través del valle solitario,
Donde ulula la lechuza, aunque la algarabía de los hombres
Nunca haya turbado su descanso mudo,
Pero si caminas junto a él, no podrás sino regresar.

William Ellery Channing^[1], «Boat song»

Los indios nos hablan de un Río hermoso y lejano,
que fluye al sur, y que ellos llaman Merrimack.

Pierre du Gua Sieur de Monts^[2], *Relatos de los jesuitas*

Por la mañana el río y el campo colindante estaban cubiertos por una densa niebla, y a través de ella el humo de nuestro fuego ascendía, enroscándose, como una neblina aún más ligera. Sin embargo, apenas habíamos remado unas varas cuando el sol se levantó y la niebla se disipó con rapidez, dejando sólo un tenue vapor girando sobre la superficie del agua. Era una tranquila mañana de domingo, con una luz auroral más rosácea y blanca que amarilla, como si datase de antes de la caída del hombre y conservase aún una integridad pagana:

Uno de los primeros santos sin convertir,
Sin la mancilla del mediodía o de la noche,
Pagano sin reproche,
Que irrumpió en el día civil,
Nació y no dejó ni un segundo
De recorrer los arrabales del mundo.

Sin embargo, las impresiones que nos deja la mañana se desvanecen con su rocío, y ni siquiera el «mortal más perseverante^[3]» puede preservar el recuerdo de su frescura llegado el mediodía. Mientras pasábamos junto a las diferentes islas, o a lo que serían islas en primavera, remando de espaldas al río, íbamos poniéndoles nombre. A la isla donde habíamos acampado la llamamos Isla del Zorro, y a otra isla bella y densamente arbolada, rodeada de aguas profundas y recorrida por las vides, que parecía una aglomeración de verdor y de flores arrojada sobre las olas, le pusimos el nombre de Isla de la Uva. Desde Ball's Hill hasta el templo^[4] de Billerica, el río seguía siendo el doble de ancho que en Concord: una corriente profunda, oscura y muerta, que flotaba entre colinas suaves, y a veces entre peñascos, con ambas orillas repletas de árboles. Era un largo lago forestal rodeado de sauces. Durante un

buen trecho no vimos ninguna casa ni campo cultivado, ni tampoco señal alguna de la proximidad del hombre. Navegábamos aguas poco profundas, pasando junto a una densa empalizada de espadañas, que delimitaba el agua con tal precisión que parecía obra del hombre, y que nos recordaba a los fuertes de juncos de las Indias Orientales, sobre los que habíamos leído. Sobre la orilla, ligeramente elevada, colgaban elegantes plantas y varias especies de helechos, cuyos suaves tallos estaban tan juntos y tan desnudos como en un jarrón, mientras que sus cabezas se extendían varios pies hacia cada lado. Las ramas muertas del sauce estaban rodeadas y adornadas por la mikania trepadora (*Mikania scandens*), que llenaba cada fisura de la frondosa orilla, en un contraste agradable con la corteza gris de su soporte y las bolas de la *Cephalanthus occidentalis*. El sauce de agua (*Salix purshiana*), cuando es de gran tamaño y está entero, es el más elegante y etéreo de nuestros árboles. Sus masas de follaje verde claro, apiladas las unas sobre las otras hasta alcanzar los veinte o treinta pies de altura, parecían flotar sobre la superficie fluvial, y los delgados tallos grises y la orilla apenas si se podían distinguir entre ellos. Ningún árbol casa mejor con el agua ni está en tanta armonía con los ríos tranquilos. Es más hermoso incluso que el sauce llorón, o cualquier otro tipo de árbol pendular, cuyas ramas se hunden en el agua en lugar de ser sacadas a flote por ésta. Sus ramas curvadas caen sobre la superficie, como atraídas por ella. No parece propio de Nueva Inglaterra, sino de Oriente, y nos recuerda a los jardines ornamentados de Persia, de Hârûn al-Rachîd^[5], y a los lagos artificiales de Oriente.

A medida que descendíamos a través de las masas frescas de follaje, abarrotadas de uva y clemátides en flor, la superficie estaba tan serena, y el aire y el agua eran tan transparentes, que el vuelo a ras de río de un martín pescador o un petirrojo se reflejaba con la misma nitidez en el agua, por debajo, y en el aire, por encima. Los pájaros parecían revolotear por arboledas sumergidas, posándose sobre ramitas flexibles, y sus notas nítidas manar directamente del río. No estábamos seguros de si el agua hacía flotar a la tierra o si era la tierra la que albergaba al agua en su seno. Fue, en resumen, un momento parecido a aquél en que uno de nuestros poetas de Concord navegó por este mismo río, cantando sus serenas glorias.

Hay una voz interior, que desde el río
Transmite su espíritu al oído atento,
Y en una dicha tranquila fluye,
Como la sabiduría, acogida por su propio respeto.
Su seno alberga estos hermosos pensamientos,
Recibe a los árboles verdes y elegantes,
Y las rocas grises sonrîen en sus brazos tranquilos^[6].

El poema continúa, aunque es demasiado serio para nuestras páginas. Por cada roble y cada abedul que crecía en la cima de la colina, así como por cada uno de esos olmos y sauces, sabíamos que existía un árbol ideal, hermoso y etéreo, naciendo desde las raíces hacia abajo, y que a veces la Naturaleza, con la marea alta, lleva su

espejo hasta los pies del árbol y lo hace visible. La quietud era intensa y casi deliberada, como si fuese un domingo natural, y nos imaginábamos que aquella mañana era la noche de un día celeste. El aire era tan elástico y cristalino que producía sobre el panorama el mismo efecto que produce el cristal sobre un cuadro, confiriéndole una lejanía y una perfección absolutas. El paisaje vestía una luz tenue y tranquila, y bajo ella los bosques y las cercas lo delimitaban y lo dividían con una nueva regularidad. Los campos abruptos e irregulares se extendían hasta el horizonte con una suavidad herbosa, y las nubes, nítidas y pintorescas, parecían unas cortinas ideales para aquel país de las hadas. El mundo parecía adornado para alguna fiesta o acontecimiento de gran pompa, con cintas de seda al aire, y el curso de nuestras vidas se enroscaba frente a nosotros como el sendero verde de un laberinto campestre, en la época en que los árboles frutales están en flor.

¿Por qué toda nuestra vida y su paisaje no pueden ser tan nítidos y distintos? Las vidas de todos y cada uno de nosotros requieren un telón de fondo adecuado. Deberían, cuando menos, ser tan impresionantes de observar como la vida del ermitaño, como los objetos en el desierto, una vara rota o un montículo desmoronado, recortados contra un horizonte infinito. El espíritu elevado siempre se asegura esta ventaja, y por ende es distinguido al tiempo que se relaciona con los objetos cercanos o triviales, ya sean cosas o personas. Una vez, una muchacha navegó en mi bote sobre este mismo río, sin más supervisión que la de los guardianes invisibles, y cuando se sentó en la proa, ella era lo único que había entre el timonero y el cielo. Entonces pude decir, con el poeta:

La brisa de verano cae dulce
Sobre su silueta, que conmigo navega;
Su camino es así del todo libre,
Su naturaleza aún más excepcional,
Y su fiel corazón de una pureza virginal^[7].

Por las noches, las propias estrellas siguen pareciendo las emisarias de esta doncella, las cronistas de su progreso.

En el fondo del cielo oriental
Se posa tu mirada oblicua;
Y aunque su hermosa luz
Nunca se eleve hasta mi vista,
Cada estrella que asciende
Por los sinuosos miembros
De aquella colina lejana
Expresa tu dulce voluntad.

Conocía, créeme, tus pensamientos,
Y que los céfiros traían con ellos
Tus deseos más amables,
Como te llevaban a ti los míos;
Que alguna nube atenta
Se posó, entre la multitud,

Sobre mi cabeza,
Mientras se escuchaban dulces palabras.

Los zorzales, créeme, cantaban,
Al ritmo de las campanas florales;
Las hierbas exhalaban su aroma,
Y las fieras comprendían el mensaje,
Los árboles saludaban encorvados,
Y los lagos bañaban sus orillas,
Cuando tu mente libre
Volaba hacia mi retiro.

Era una noche de verano
Y el aire soplaba suave,
Hasta que una nube baja
Cubrió tus cielos orientales.
El fulgor silencioso del rayo
Perturbó mi sueño tranquilo,
Recordándome de tu mirada el destello
Bajo tu pestaña oscura.

Yo seguiré luchando siempre,
Como si conmigo estuvieses;
Cualquiera que sea mi camino,
Lo recorreré en tu nombre,
Amplio y de pendiente suave,
Como si junto a mí estuvieses,
Sin raíces donde pudiera tropezar
Tu paso dulce y ligero.

Caminaré a un ritmo sosegado,
Escogiendo el sendero más suave,
Sumergiendo con cuidado los remos,
Alejándome de la orilla sinuosa,
Y dirigiendo con dulzura mi bote
Hacia donde flotan los nenúfares,
Y las flores del cardenal
Se erigen en sus cenadores silvestres.

Hacía falta una cierta rudeza para perturbar con nuestro bote la superficie espejada del agua, en la que cada ramita y cada brizna de hierba se reflejaban con suma fidelidad, una fidelidad excesiva, inimitable para el arte, pues sólo la Naturaleza puede exagerarse a sí misma. Las aguas tranquilas y superficiales son insondables: allí donde se reflejan los árboles y los cielos, la profundidad es mayor que en el Atlántico, y no hay peligro de que la imaginación se quede encallada. Nos percatamos de que se necesitaba una segunda intención del ojo, una visión más libre y abstraída, para ver los árboles y el cielo reflejados, y no el mero fondo del río. De la misma manera, existen visiones múltiples en cada objeto, e incluso el más opaco refleja los cielos desde su superficie. La mirada de algunos hombres se dirige naturalmente hacia un objeto, y la de otros, hacia uno distinto.

El hombre que observa el cristal
Puede posar sobre él sus ojos,

O, si lo desea, mirar más allá,
Y así espiar a los cielos^[8].

Nos cruzamos con dos hombres en un esquife, que flotaba como una boya entre los reflejos de los árboles, como una pluma al viento o una hoja que planea dulcemente desde su rama hasta el agua, sin girarse. Parecían estar en su elemento, haciendo uso con gran delicadeza de las leyes naturales. La manera en que flotaban era un bello y exitoso experimento de filosofía natural, y sirvió para ennoblecer ante nuestros ojos el arte de la navegación: como los pájaros vuelan y los peces nadan, bogaban aquellos hombres. Nos recordaban cuánto más puras y nobles podrían ser todas las acciones humanas, que toda nuestra vida podría ser tan bella como las más exquisitas obras de arte o como la naturaleza.

El sol se alojaba en los antiguos peñascos grisáceos y asomaba desde cada nenúfar. Las espadañas y los cálamos aromáticos parecían regocijarse en aquel aire y aquella luz deliciosos. Las praderas bebían a placer. Las ranas, sentadas, meditaban sobre el domingo, repasaban su semana, con un ojo puesto en el sol dorado y el otro en un junco, observando el maravilloso universo del que formaban parte. Los peces nadaban más serios y sobrios, como van las doncellas a la iglesia. Los bancos de piscardos dorados y plateados ascendían a la superficie para contemplar los cielos, y luego ponían rumbo hacia naves más oscuras, deslizándose como movidos por una única mente, adelantándose los unos a los otros en continuación, pero manteniendo la forma de su batallón inalterada, como si aún estuviesen abrazados por la membrana transparente que contiene la hueva. Esta joven banda de hermanos y hermanas probaba sus aletas nuevas: ora girando, ora lanzándose hacia delante cual saetas, y cuando los dirigíamos hacia la orilla y les cortábamos el paso, se desviaban hábilmente y pasaban bajo nuestro bote. Ningún viajero cruzaba sobre los viejos puentes de madera, y ni el río ni los peces evitaban fluir entre los pilares.

Tras esos bosques había un pueblo no muy lejano, Billerica, fundado no hace mucho tiempo, pues los niños aún recuerdan los nombres de los primeros colonizadores de este «lugar salvaje y desolado^[9]». Sin embargo, a todos los efectos es tan antiguo como Ferney o Mantova^[10], un pueblo vetusto y gris donde los hombres envejecen y duermen a la sombra de monumentos cubiertos de musgo, cuya utilidad ya quedó atrás. He aquí la antigua Billerica (¿Villa-rica?)^[11], ya en su tercera edad, nombrada en honor a la inglesa Billericay, y cuyo nombre indio era Shawshine. Nunca he oído que fuese joven alguna vez. Mirad, ¿acaso no se ha deteriorado aquí la naturaleza, no se han vaciado las granjas y se han vuelto grises los templos derruidos por los años? Si queréis saber sobre su infancia, preguntad a esas antiguas piedras del prado. El tañido de su campana llega a veces hasta los bosques de Concord, yo lo he escuchado —ah, lo escucho ahora—. No es de sorprender que este sonido sobresaltase a los indios que echaban una cabezada, y asustara a sus presas, cuando las primeras campanas colgaron de los árboles y sonaron a través del bosque, más allá

de las colonias del hombre blanco. Pero hoy prefiero el eco entre estos peñascos y estos bosques. No es una imitación débil, sino su original, como si algún Orfeo rural tocase de nuevo el acorde para mostrar cómo debería sonar.

Dong, suena el cobre desde el Este,
Como llamando a un banquete funerario,
Aunque prefiero escuchar este sonido
Cuando desde el Oeste llega revoloteando.

El campanario toca a muerto,
Pero el cascabel silvestre de las hadas
Es la voz de esas amables gentes,
O bien las palabras del horizonte.

Su metal no es el cobre,
Sino el aire, el agua, el cristal,
Y colgando bajo una nube,
Es el soplo del viento el que la hace tocar.

En el campanario suenan las doce,
Pero no parece ser tan tarde,
Sino una hora más temprana,
Pues el sol aún no ha alcanzado su torre.

Del otro lado, el camino llega hasta Carlisle, pequeña ciudad rodeada de bosques, menos civilizada aunque no por ello más natural. Se integra con la tierra a la perfección. Es objeto de mofa por ser una ciudad pequeña, lo sé. Sin embargo, se trata de un lugar donde cualquier día podría nacer un gran hombre, pues tanto los vientos propicios como los nefastos soplan sobre ella sin distinción. Su centro cuenta con un templo y varios cobertizos para caballos, una taberna y una forja, amén de una buena cantidad de madera aún por cortar y atar. Y

Bedford, nobilísima Bedford,
Jamás te olvidaré^[12].

La historia se ha acordado de ti. Especialmente de esa petición tímida y humilde de tus antiguos fundadores, como súplicas de las gentes del Señor «a los caballeros, a los muy selectos ciudadanos» de Concord, rogándoles poder constituirse en una parroquia independiente. Nos cuesta creer que tan quejumbroso salmo resonara hace poco más de un siglo a lo largo de estas aguas babilónicas. «En las estaciones de calor extremo y frío insoportable», decían, «estábamos listos para rezar el domingo, a pesar de la fatiga que eso acarreaba». «Caballeros, si nuestro deseo de retirarnos se entiende como una deslealtad hacia el actual pastor reverendo, o hacia la Sociedad Cristiana junto a la que tan dulces consejos hemos compartido, y a la que hemos acompañado al interior de la casa de Dios, entonces ignórese esta petición nuestra. Sin embargo, deseamos fervientemente, con el consentimiento de Dios, que se nos alivie de nuestra carga del domingo, del viaje y el cansancio que conlleva. Deseamos que la palabra de Dios pueda estar junto a nosotros, junto a nuestras casas y en

nuestros corazones, y que nosotros y nuestros pequeños podamos servir al Señor. Confiamos en que Dios, que instigó al espíritu de Ciro^[13] para emprender la construcción del templo, nos haya instigado y os instigue para realizar y satisfacer nuestro ruego y petición, para que así vuestros humildes peticionarios puedan rezar por siempre, que tal es su deber^[14]». Y así la construcción del templo avanzó hasta llegar a un final feliz. En Carlisle los trabajos llevaron fastidiosos años de retraso, y no por falta de madera de Shittim^[15] u oro de Ofir^[16], sino de una ubicación conveniente para todos los fieles, que estaban entre «Buttrick's Plain» y «Poplar Hill^[17]». Fue una cuestión hartamente tediosa.

En Billerica sin duda han vivido hombres rectos, cribados severamente año tras año, toda una sucesión de secretarios de la alcaldía cuyos nombres se pueden buscar en los antiguos registros. Una primavera llegó el hombre blanco, construyó una casa y allanó el terreno para dejar paso al sol, lo secó para construir una granja, apiló las antiguas piedras grises a modo de cerca, taló los pinos que rodeaban su morada, plantó semillas de árboles frutales traídas de su país y persuadió al civilizado manzano para florecer junto al pino silvestre y al enebro, y difundir su perfume por la tierra salvaje. Sus viejos troncos siguen ahí. Escogió al elegante olmo y lo sacó de los bosques y las orillas del río para perfeccionar y decorar su aldea. Construyó un puente rudimentario sobre el agua, y orientó su yunta hacia las praderas del río. Cortó las hierbas silvestres y dejó al descubierto los hogares del castor, de la nutria, de la rata almizclera, y con su guadaña afilada espantó al ciervo y al oso. Levantó un molino, y los campos de grano inglés brotaron en el suelo virgen. Y con su grano esparció las semillas del diente de león y del trébol silvestre por las praderas, mezclando sus flores inglesas con las nativas. La erizada bardana, la fragante nébeda y la humilde milenrama crecieron a lo largo de los caminos del bosque, también ellas buscando la «libertad para adorar a Dios^[18]» a su manera. Y así se funda un pueblo. El gordolobo del hombre blanco pronto reinó en los maizales indios, y las fragantes hierbas inglesas revistieron la nueva tierra. Así pues, ¿dónde podría asentarse ahora el piel roja? La abeja melífera atravesó zumbando los bosques de Massachusetts, sorbiendo las flores silvestres alrededor del *wigwam*^[19], acaso sin que nadie se percatase. Como una advertencia profética, picó la mano del pequeño piel roja, predecesora de esa tribu industriosa que estaba a punto de llegar para arrancar de raíz la flor silvestre de su raza.

Llega el hombre blanco, pálido como el amanecer, con su cargamento de ideas, con su inteligencia adormilada, como el fuego reavivado, sabiendo bien lo que sabe, no intuyendo, sino calculando. Llega en comunidades fuertes, rindiendo pleitesía a la autoridad, con una raza experimentada, con un maravilloso sentido común. Es obtuso, pero capaz, lento, pero perseverante, severo, pero justo, de humor parco, pero franco. Es un hombre trabajador, que desprecia el juego y el ocio, y construye casas resistentes, casas con almacén. Compra los mocasines y las cestas del indio, luego compra sus terrenos de caza, y al final se olvida de dónde está enterrado el piel roja y

acaba labrando sobre sus huesos. Y aquí, en los registros del pueblo, en estas crónicas viejas, raídas, consumidas y manchadas por el tiempo, quizá se vea el sello del *sachem* indio^[20], una flecha o un castor, y las pocas y fatales palabras con las que cedía sus terrenos de caza. Llega con una lista de antiguos nombres sajones, normandos y célticos, y los esparce a lo largo y ancho de este río —Framingham, Sudbury, Bedford, Carlisle, Billerica, Chelmsford—; y ésta es Nueva Inglaterra, tierra de los nuevos anglos, y éstos son los nuevos sajones del Oeste, a los que el piel roja no llama *ingleses* o ingleses, sino *yengeese*, con lo que al final acaban siendo conocidos como yanquis.

Cuando estuvimos justo enfrente de Billerica, los campos a ambos lados del río tenían un aire inglés, suave y cultivado, y el campanario del pueblo se dejaba ver por encima de las arboledas que bordeaban el río. A veces algún huerto llegaba hasta la orilla, aunque, en esencia, la travesía de aquella mañana fue la parte más salvaje de nuestro viaje. Parecía que los hombres llevasen allí una vida serena y muy civilizada. Los habitantes eran simples granjeros y vivían regidos por un gobierno político organizado. El edificio de la escuela tenía un aspecto humilde, como suplicando una larga tregua a la guerra y a la vida salvaje. Todo el mundo descubre por experiencia propia, así como en la historia, que la era en que los hombres cultivan la manzana y conocen las delicias de la jardinería es esencialmente diferente a la de la vida forestal del cazador, y que ninguna de las dos puede desplazar a la otra sin incurrir en pérdidas. Todos hemos soñado despiertos, y también hemos tenido proféticas visiones nocturnas. Sin embargo, por lo que a la agricultura se refiere, estoy convencido de que mi genio proviene de una era más antigua que la agrícola. Yo, como mínimo, clavaría mi pala en la tierra con la misma libertad descuidada pero precisa con la que el pájaro carpintero clava su pico en un árbol. Y es que hay en mi naturaleza un anhelo singular hacia todo lo salvaje. No tengo más cualidad redentora que un amor sincero hacia algunas cosas, al que siempre vuelvo cuando se me reprueba. ¿Qué tengo yo que ver con los arados? Yo trazo un surco distinto al que vosotros veis: no es el que pisa aquel buey de allí, está aún más lejos; ni aquel por el que camina este buey de aquí, está aún más cerca. Aunque el cereal fracase, mi cosecha no lo hace, ¿y qué son para mí la sequía y la lluvia? El tosco pionero sajón suspira, de cuando en cuando, por esa sofisticación y esa belleza artificial inglesa, y gusta de escuchar el sonido de esos nombres dulces y clásicos de las colinas Pentland y Malvern, de los acantilados de Dover y Trosachs, de Richmond, Derwent y Winandermere, que ahora son para él como la Acrópolis y el Partenón, como Baia^[21], como Atenas y sus diques, como Arcadia y el valle del Tempe^[22].

Grecia, ¿quién soy yo para tener que recordarte a ti,
A tu Maratón y a tus Termopilas?
Si mi destino es cruel, si mi vida es vulgar,
¿En cuál de estos recuerdos dorados me podré apoyar?

Somos capaces de quedar complacidos con libros como *Sylva, Acetarium* o *Kalendarium Hortense* de Evelyn^[23], pero esto implica una osadía perdida en el lector. La jardinería es cívica y social, pero carece del vigor y la libertad del bosque y el forajido. Puede que haya un exceso de cultura, hasta el punto de que la civilización se vuelva patética, hasta llegar a un hombre extremadamente cultivado, ¡cuyos huesos todos puedan doblarse, cuyas nobles virtudes no sean más que buenas maneras! Los pinos jóvenes que cada año nacen en los maizales constituyen para mí un evento renovador. Hablamos de civilizar al indio, pero ésa no es la palabra que le conviene. A través de la independencia cautelosa y la discreción necesarias para la vida en los bosques, conserva su relación con sus dioses originales, y de cuando en cuando se le permite establecer una relación excepcional y peculiar con la Naturaleza. Parece beneficiarse de una protección de los astros desconocida en nuestros salones. El destello constante de su genio, tenue sólo por la distancia, es como la luz débil pero gratificante de las estrellas, comparada con la llama encandiladora, pero ineficaz y efímera, de las velas. Los habitantes de las Islas de la Sociedad^[24] tenían sus dioses diurnos, pero no se consideraba que tuviesen «la misma antigüedad que los *atua fauau po*, o dioses nocturnos^[25]». Ciertamente, están los placeres inocentes de la vida rural, y a veces es agradable hacer que la tierra rinda su cosecha y recoger las frutas en su temporada, pero el espíritu heroico no dejará de soñar con retiros más remotos y senderos más escabrosos. Tendrá sus huertos y sus parterres más allá de esta tierra, y recolectará nueces y bayas como medio de subsistencia, o arrancará las frutas de los árboles con la misma despreocupación con que se arrancan las bayas. No estaríamos siempre aplacando y dominando a la naturaleza, domando al caballo y al buey, sino que a veces montaríamos al caballo salvaje y perseguiríamos al búfalo. La relación del indio con la Naturaleza reconoce, cuando menos, la independencia absoluta de cada una de las partes. Si el indio es, en cierto sentido, un extraño en el seno de la Naturaleza, el jardinero mantiene una relación demasiado íntima con ella. Existe algo vulgar o indecente en la cercanía de este último con su amante, y algo noble y puro en la distancia del primero. En la civilización, así como en latitudes más meridionales, el hombre acaba por degenerar, y se rinde ante la incursión de tribus más norteanas:

Una nación rodeada
De colinas de hielo^[26].

Existen otros aspectos de la naturaleza, más salvajes y primitivos, cantados por nuestros poetas, aunque se trata sólo de poesía del hombre blanco. Ni Homero ni Ossian^[27] podrán jamás resucitar en Londres o Boston y, sin embargo, observemos cómo estas ciudades se ven renovadas por la mera tradición, o por la fragancia y el sabor de estos frutos silvestres transmitidos de forma imperfecta. Si pudiésemos escuchar tan sólo por un instante el canto de la Musa india, comprenderíamos por qué

el piel roja no cambiará nunca su estado salvaje por la civilización. Las naciones no son caprichosas. El acero y las mantas son tentaciones fuertes, pero el indio hace bien en seguir siendo indio.

Después de permanecer en mi habitación durante muchos días, leyendo a los poetas, salí temprano, una mañana de niebla, y escuché el lamento de una lechuza en un bosque cercano: parecía provenir de una naturaleza desconocida, inexplorada por la ciencia o la literatura. Ninguna raza alada ha dado forma a mis ideas juveniles sobre las profundidades del bosque. Había visto a la tångara rojinegra sacada de su descanso por las liras de mis camaradas, y me había imaginado que su plumaje adquiriría colores aún más extraños y cegadores, como los tonos del crepúsculo, a medida que me introdujese en la oscuridad y la soledad del bosque, pero no he visto estos colores tan potentes y salvajes en la cuerda de ningún vate.

Estas ciencias y artes modernas e ingeniosas no me conmueven tanto como esas artes más venerables de la caza y la pesca, o incluso de la agricultura en su forma más sencilla y primitiva. Oficios tan antiguos y honorables como el del sol, la luna y los vientos, que llegaron de la mano de las facultades del hombre, inventados cuando éstas fueron inventadas. No conocemos a su Johannes Gutenberg o a su Richard Arkwright^[28], aunque los poetas cantarían y enseñarían gustosos sus nombres. Según Gower:

Jadael, según cuenta el libro,
Descubrió el arte de la caza,
Que ahora conocen muchos pueblos;
Fue el primero en hacer la red,
Con un trozo de tela, cuerda y palo,
Y en pescar con ella^[29].

Lydgate también dice:

Cuenta la historia que Jasón fue el primero en navegar
Hasta la Cólquide, para traer el vello de oro;
Que la diosa Ceres descubrió el cultivo de la tierra;

También Aristeo halló por vez primera el uso
De la leche, del requesón y de la dulce miel;
Periodos de grandes descubrimientos,
Cuando de pedernales golpeados nada el fuego^[30].

Leemos que Aristeo «obtuvo de Júpiter y Neptuno que el calor pestífero de la canícula, fuente de enorme mortandad, fuese mitigado con el viento^[31]». Éste es uno de esos beneficios sin fecha que se le concedieron al hombre, sin registro en nuestro calendario vulgar, aunque seguimos encontrando algunas similitudes en nuestros sueños, donde tenemos una percepción de las cosas más amplia y justa, no restringida por la costumbre, que luego se ve en cierta medida rechazada y despojada del

recuerdo, para convertirse en lo que llamamos historia.

El mito nos cuenta que, cuando la isla de Egina se vio despoblada por culpa de la enfermedad, Éaco pidió a Júpiter que convirtiese a las hormigas en hombres. Es decir, tal y como algunos entienden: hizo de los hombres habitantes que viven de manera mísera, como las hormigas. Puede que ésta sea la historia más completa que nos queda sobre aquellos días primeros.

El mito que se compone de manera natural y verdadera, para satisfacer a la imaginación antes de abordar el entendimiento, hermoso aunque extraño como una flor silvestre, es un apotegma para el hombre sabio, y admite las más generosas interpretaciones. Cuando leemos que Baco hizo enloquecer a los marineros tirrenos para que saltasen al mar tras confundirlo con una pradera llena de flores y convertirse en delfines, no nos atañe la veracidad histórica del hecho; nos interesa, antes bien, su veracidad poética, aún más grande. Nos parece escuchar la música de un pensamiento, y no nos importa que éste no agrade al entendimiento. Por su belleza, hemos de considerar los mitos de Narciso, de Endimión o de Memnón^[32], hijo de la Aurora, como los representantes de todas esas juventudes prometedoras que han tenido una muerte prematura, y cuya memoria se perpetúa melodiosamente hasta el final de los días, así como las bellas historias de Faetón^[33] o de las Sirenas, cuya isla brillaba blanquísima en la distancia con los huesos de innumerables hombres sin sepultura, o las imaginativas fábulas sobre Pan, Prometeo y la Esfinge, y todas las de esa larga lista de nombres que ya se han vuelto parte del lenguaje universal de los hombres civilizados, y que de propios pasan a convertirse en comunes: las Sibilas, las Euménides, las Parcas, las Gracias, las Musas, Némesis...

Resulta interesante observar la singular unanimidad con que las naciones y las generaciones más distantes y diferentes consienten en dar plenitud y rotundidad a un mito antiguo, del que aprecian indistintamente la belleza o la veracidad. Por medio de un ligero esfuerzo onírico, aunque sólo pueda ser a través de la expresión de un cuerpo físico, la más insignificante posteridad añade lentamente algunos atributos a la mitología. Como cuando los astrónomos llaman al último planeta descubierto Neptuno^[34], o al asteroide Astraea, para que la virgen que fue llevada desde la tierra hasta el cielo al final de la Edad de Oro pueda tener su ubicación celestial más claramente asignada —pues hasta el más leve reconocimiento de un valor poético es significativo—. Mediante esta lenta agregación, la mitología ha ido creciendo desde el principio: los cuentos infantiles de esta generación son los mismos que los de las razas primigenias. Emigran de Este a Oeste, y luego de Oeste a Este, ora ampliados y convertidos en el «relato divino^[35]» de los vates, ora menguados en una rima popular. Se trata de una aproximación a ese lenguaje universal que los hombres han buscado en vano. Esta orgullosa reiteración de las expresiones más antiguas de la verdad por parte de la posteridad más moderna, a la que le basta con retocar ligera y

religiosamente el viejo material, es la prueba más impresionante de una humanidad común.

Todas las naciones, judíos, cristianos y mahometanos, adoran las mismas gestas y las mismas historias, y basta con traducirlas para satisfacerlos a todos. Cada hombre es un niño y todos pertenecen a una única familia. El mismo cuento los manda a todos a la cama y los despierta por las mañanas. Joseph Wolff, el misionero, distribuyó entre los árabes copias de *Robinson Crusoe* traducidas a su lengua, que causaron gran furor. «Los mahometanos», nos dice, «leían las aventuras y la sabiduría de Robinson Crusoe en los mercados de Saná, Al Hudayda y Lahij, ¡y las admiraban y las creían!». Al leer el libro, los árabes exclamaban: «¡Ah, ese Robinson Crusoe tuvo que ser un gran profeta!»^[36].

Hasta un cierto punto, la mitología es sólo la historia y la biografía más antigua. Lejos de ser falsa o fabulosa en el sentido común, no contiene más que una verdad duradera y esencial, omitiendo el tú y el yo, el aquí y el allá, el ahora y el luego, escrita por el tiempo o por una sabiduría excepcional. Antes del descubrimiento de la imprenta, un siglo equivalía a mil años. El poeta es aquel que hoy puede escribir algo de mitología pura sin la ayuda de la posteridad. Con qué pocas palabras, por ejemplo, habrían contado los griegos la historia de Abelardo y Eloísa, escribiendo sólo una sentencia para nuestro diccionario clásico —y acaso robando sus nombres para ponerlos a brillar en algún rincón del firmamento—. En cambio nosotros, los modernos, sólo reunimos los materiales crudos de la biografía y la historia, «recuerdos para construir una historia», que a su vez no es más que el material para construir una mitología. ¡Cuántos volúmenes habría ocupado la *Vida y obra de Prometeo* de haberse publicado, como quizá se hizo, en los días de la imprenta barata! Quién sabe qué tamaño habría acabado por tener el mito de Colón, quizá hasta ser confundido con el de Jasón y los argonautas. Y puede que hasta Franklin tenga una línea para él en el diccionario clásico del futuro, que registre la obra del semidiós asignándole una nueva genealogía: «Hijo de... y... Ayudó a los americanos a conseguir su independencia, enseñó economía a la raza humana y descendió los rayos de las nubes».

Lo que más llama la atención de estos mitos no es el significado oculto, que creemos haber descubierto, ni el sentido ético que corre en paralelo a la poesía y la historia, sino la facilidad excepcional con la que pueden expresar una amplia serie de verdades. Como si fuesen los esqueletos de unas verdades aún más antiguas y universales, aunque parezcan la carne y sangre de verdades más cercanas a nosotros. Es como esforzarse para hacer del sol, o del viento, o del mar, símbolos que representen única y exclusivamente las ideas particulares de nuestros días. ¿Pero qué significa esto? En la mitología, una inteligencia sobrehumana usa los pensamientos y los sueños del inconsciente de los hombres como sus jeroglíficos, para dirigirse así a hombres que aún no han nacido. En la historia de la mente humana, estas fábulas brillantes y rojizas preceden a los pensamientos del mediodía del hombre, al igual

que Aurora precede a los rayos del sol. El intelecto matutino del poeta, que se adelanta al resplandor de la filosofía, siempre mora en esta atmósfera auroral.

Como ya hemos dicho, el Concord es un río muerto, pero sus paisajes son de lo más sugerente para el viajero contemplativo, y aquel día el agua estaba aún más llena de reflejos de lo que están estas páginas. Justo antes de llegar a las cataratas de Billerica, el río se contrae, volviéndose más rápido y menos profundo, con un fondo guijarroso amarillo, apenas navegable para una barcaza, dejando atrás la parte más ancha y estancada, como un lago entre las colinas. A través de las praderas de Concord, Bedford y Billerica no habíamos escuchado el murmullo de su corriente, salvo en los lugares donde vertía sus aguas algún afluente,

Algún pequeño y tumultuoso arroyo,
Haciendo rodar sus historiados guijarros,
Tintineando con la misma melodía
Desde septiembre hasta junio,
Al que jamás debilita la sequía.

Fluye en silencio el río matriz,
Y aunque en su fondo yazcan rocas,
Ahoga el estrépito con sus olas,
Como si fuera un pecado juvenil,
Igual de tranquilo, e igual de lento.

Pero ahora por fin escuchamos a este río sobrio y primitivo fluyendo hacia su cascada, como cualquier riachuelo. En este punto dejamos su cauce, justo encima de las cataratas de Billerica, y entramos en el canal, que corre, o mejor dicho, es conducido durante seis millas a través de los bosques hacia el Merrimack, en Middlesex. Como si no nos importase perder el tiempo en este tramo de nuestro viaje, mientras uno recorría el camino de sirga tirando del bote con una cuerda, el otro lo mantenía alejado de la orilla con una pértiga, con lo que cubrimos toda la distancia en poco más de una hora. Este canal, que es el más viejo del país, y tiene incluso un aspecto más antiguo junto a las modernas vías férreas, está alimentado por el Concord, con lo que aún flotábamos en sus aguas familiares. El río *deja* una gran cantidad de agua en beneficio del comercio. Había en su paisaje cierta falta de armonía, pues no se originó en la misma fecha que los bosques y las praderas a través de los que fluye, y echamos de menos la influencia conciliadora del tiempo sobre la tierra y el agua. Sin embargo, con el paso de los años la Naturaleza se recuperará y se indemnizará a sí misma, y poco a poco irá plantando flores y arbustos lozanos a lo largo de sus orillas. El martín pescador ya estaba posado en un pino sobre el río, y la brema y el lucio nadaban bajo el agua. Así salen todos los trabajos de las manos del arquitecto, para caer directamente en las de la Naturaleza y ser perfeccionados.

Era una ruta retirada y agradable, sin casas ni viajeros, excepción hecha de algunos jóvenes que holgazaneaban sobre un puente en Chelmsford, inclinados

descaradamente sobre el pasamanos para fisgonear en nuestros asuntos. Sin embargo, clavamos nuestros ojos en el más desvergonzado, y lo miramos fijamente hasta hacerlo sentir visiblemente incómodo: no había una eficacia peculiar en nuestra mirada, sino una sensación de vergüenza que había permanecido en él y que lo desarmó.

La frase «me lanzó una mirada de dagas^[37]» es harto cierta y expresiva, pues el primer molde y prototipo para todas las dagas tuvo que ser una mirada. Primero fue la mirada de Júpiter, luego su intenso rayo, hasta que el material se fue endureciendo poco a poco, y se inventaron tridentes, lanzas, jabalinas y, por último, para comodidad del hombre de a pie, dagas, kris, y así sucesivamente. Es sorprendente la forma en que salimos a la calle y no somos heridos por estas armas delicadas y oblicuas, la agilidad con que un hombre puede sacar su florete, o llevarlo desenfundado sin que nadie se percate. Así y con todo, rara es la ocasión en que a uno lo miran seriamente.

Cuando pasamos bajo el último puente que cruzaba el canal, justo antes de llegar al Merrimack, la gente que salía de la iglesia se detuvo a observarnos desde arriba y, siguiendo al parecer alguna costumbre, se dieron el gusto de hacer ciertas comparaciones paganas. Sin embargo, nosotros éramos los más fieles observadores de aquel día soleado. Ya dice Hesíodo que:

El séptimo es un día sagrado,
Pues Leto dio a luz a Apolo, el de los rayos dorados^[38].

Y a nuestro entender aquél era el séptimo día de la semana, que no el primero. Entre los papeles de un viejo juez de paz y diácono del pueblo de Concord encuentro este singular memorando, que merece la pena conservar como una reliquia de las costumbres antiguas. Después de retocar la ortografía y la gramática, dice así: «Los hombres que viajaron en tiros aquel domingo 18 de diciembre de 1803 eran Jeremiah Richardson y Jonas Parker, ambos de Shirley. Contaban con tiros equipados de jarcias, como las que se usan para transportar cañones, y viajaban hacia el Oeste. Cuando el Honorable Sr. Ephraim Wood preguntó a Richardson, éste dijo que Jonas Parker era su compañero de viaje, y también dijo que un tal Sr. Longley era su empleador, y había prometido justificarlo». Nosotros éramos los hombres que navegábamos hacia el Norte, aquel 1 de septiembre de 1839, con un tiro sereno, con unas jarcias que no eran las más apropiadas para transportar cañones, sin que ningún juez o diácono nos preguntase, pero listos para justificarnos de ser necesario. A finales del siglo XVII, según el historiador de Dunstable, «se disponía que en los pueblos se erigiese “una jaula” cerca del templo, en la que se encerraba a todos aquellos que ofendían la santidad del domingo^[39]». Se diría que la sociedad se ha relajado un poco y ya no es tan estricta, pero intuyo que no hay menos *religión* de la que había antes: si la *atadura* resulta estar más suelta por una parte, es sólo porque

está más apretada por otra.

Difícilmente se puede convencer a un hombre de un error que dura en el tiempo una vida, y hay que contentarse con la idea de que el progreso científico es lento: si él no queda convencido, puede que sus nietos sí. Los geólogos nos dicen que hicieron falta cien años para demostrar que los fósiles son orgánicos, y otros ciento cincuenta más para demostrar que no se remiten a la inundación en tiempos de Noé. Aunque no estoy seguro, creo que en las situaciones críticas me pondría en manos de las divinidades liberales griegas antes que en las del Dios de mi país. Aunque Jehová haya adquirido nuevos atributos con nosotros, es más absoluto e inaccesible, que no más divino, que Júpiter. No es tan caballeroso, clemente, ni universal, ni ejerce una influencia tan íntima y afable sobre la naturaleza como muchos de los dioses griegos. Debería temer el poder infinito y la justicia inflexible del mortal todopoderoso recién deificado, tan absolutamente viril, sin su hermana Juno, ni Apolo, ni Venus, ni Minerva que puedan interceder por mí, θυμῷ φιλέουσά τε, κηδομένη τε^[40]. Los griegos son dioses jóvenes y errantes y caídos, con los vicios de los hombres, pero en muchos aspectos importantes pertenecen esencialmente a la raza divina. En mi Panteón, Pan reina aún en su gloria prístina, con la cara rojiza, la barba desgredada y el cuerpo peludo, su flauta y su cayado, su ninfa Eco y su hija Yambe; pues el gran dios Pan no está muerto, como se rumoreaba. Ningún dios muere jamás. Puede que, de entre todos los dioses de Nueva Inglaterra y de la antigua Grecia, el santuario de Pan sea mi predilecto.

Me parece que el dios al que se suele adorar en los países civilizados no es divino en absoluto, a pesar de tener un nombre divino, sino que es una combinación de la autoridad y la respetabilidad abrumadoras de la raza humana. Los hombres se veneran los unos a los otros, y no a Dios. Si creyese que puedo hablar con discernimiento e imparcialidad sobre todas las naciones de la cristiandad, debería elogiarlas, pero esto me supone demasiado trabajo. Parecen ser las más civiles y humanas, aunque podría equivocarme. Todos los pueblos tienen dioses que se amoldan a sus circunstancias: los habitantes de las Islas de la Sociedad tenían un dios llamado Toahitu que «adoptaba la forma de un perro y salvaba a quienes estaban en peligro de caerse desde las rocas y los árboles^[41]». Creo que podemos apañarnoslas sin él, dado que no tenemos que escalar demasiado. En ese pueblo y con un trozo de madera, un hombre podía tallarse en un periquete un dios que lo haría morir de miedo.

Me imagino que alguna hilandera infatigable de la vieja escuela, que tuvo la fortuna suprema de haber nacido en «días que ponían a prueba las almas de los hombres^[42]», al oír esto, podría decir, con Néstor —otro de la vieja escuela—: «Pero vosotros sois más jóvenes que yo, que en otro tiempo conversé con hombres más grandes que vosotros. No he visto todavía, ni veré, hombres como Pirítoo, como Driante, y ποιμευα λαων^[43]», como probablemente sea Washington, único «pastor de personas». Y ahora que Apolo ha girado, o ha parecido girar, seis veces hacia el

Oeste, ahora que por séptima vez muestra su rostro por el Este, los hombres, con sus ojos casi vidriosos, acristalados, que sólo han fluctuado entre la lana y el estambre de la oveja, exploran sin cesar un buen sermonario. Durante seis días deberás trabajar e hilar, pero en verdad te digo que el séptimo habrás de leer. Bienaventurados nosotros, que podemos disfrutar de este tibio sol de septiembre que ilumina a todas las criaturas, ya descansen o se esfuercen, no sin una sensación de gratitud; criaturas cuya vida es igual de intachable —por reprochable que pudiera ser— en los días de la luna y del sol^[44].

Existen diferentes fes, algunas de ellas casi inverosímiles, ¿pero por qué tendría que alarmarnos cualquiera de ellas? En aquello que cree el hombre, cree Dios. A lo largo de mi vida he escuchado y he visto a muchos blasfemos, pero aún no he escuchado ni presenciado una blasfemia o una irreverencia directa y consciente —aunque de indirectas y habituales ya he tenido bastantes—. ¿Dónde está el hombre culpable de insultar de manera directa y personal a Aquel que lo creó?

A esta época debemos un añadido memorable a la mitología antigua: la fábula cristiana, tejida durante estos siglos con dolores y lágrimas y sangre y sumada a la mitología de la raza humana. El nuevo Prometeo. ¡Con qué anuencia, paciencia y persistencia milagrosas se ha grabado esta mitología en la memoria de la raza! Se diría que en el progreso de nuestra mitología estaba el derrocar a Jehová y coronar a Cristo en su lugar.

Si la que vivimos no es una vida trágica, entonces no sé cómo llamarla. Pensemos en una historia como la de Jesucristo: la historia de Jerusalén, por así decirlo, como parte de la Historia Universal; la muerte desnuda, embalsamada, desenterrada de Jerusalén, entre sus colinas desoladas. Quiero creer que en el poema de Tasso ciertos elementos quedan dulcemente enterrados^[45]. Pensemos en la tenacidad irritable con la que siguen predicando el cristianismo. ¿Qué son el tiempo y el espacio para el cristianismo? Mil ochocientos años y un nuevo mundo, para que la humilde vida de un campesino judío pueda tener la fuerza de hacer a un obispo de Nueva York tan intolerante; cuarenta y cuatro lámparas, regalo de los reyes, ardiendo ahora en un lugar llamado Santo Sepulcro; la campana de una iglesia sonando; algunas lágrimas sinceras derramadas por un peregrino en el Monte Calvario durante la Semana Santa.

«Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha^[46]».

«Junto a los canales de Babilonia nos sentamos y lloramos con nostalgia de Sión^[47]».

Quiero creer que algunos están tan cerca y aprecian tanto a Buda, o a Cristo, o a Swedenborg^[48], que no están encerrados en sus iglesias. No hace falta ser cristiano para apreciar la belleza y la importancia de la vida de Cristo. Sé que algunos pensarán mal de mí cuando escuchen a su Cristo nombrado junto a mi Buda, y aun así estoy seguro de que quiero que ellos amen a su Cristo más que a mi Buda, pues el amor es lo más importante, y yo también lo amo. «Dios es la letra Ku, y también la Khu^[49]». ¿Por qué los cristianos tienen que seguir siendo intolerantes y supersticiosos? Los

ingenuos marineros no querían arrojar por la borda a Jonás, que se lo había pedido.

¿Qué ha sido de este amor en los últimos años?
¡Ay! Se marchó en peregrinación eterna
Desde aquí, y jamás regresará, lo dudo mucho,
Hasta que la revolución no aleje estos tiempos^[50].

Un hombre dice:

El mundo es una enfermedad popular, que reina
En el corazón rebelde y en la mente agitada
De los pobres y perturbados mortales^[51].

Otro que:

El mundo entero es un teatro,
Y todos los hombres y mujeres simples comediantes^[52].

El mundo es un lugar extraño para albergar un teatro. El viejo Drayton pensó que un hombre que viviese aquí, y fuese un poeta, por ejemplo, debería albergar en su interior «elementos valientes y translunarios», y una «bella locura^[53]» debería dominar su mente. Sin lugar a dudas, de ser así, podría estar a la altura de las circunstancias. El Sr. Johnson expresa un asombro superfluo con relación a la afirmación de *Sir Thomas Browne* de que «su vida ha sido un milagro de treinta años, que se vería reflejado mejor en un poema que en la historia, y que sonaría como un mito^[54]». Lo asombroso es, antes bien, que todos los hombres no hagan tal afirmación. De ser cierto, el elogio que se le hizo a Francis Beaumont sería excepcional: «Los espectadores formaban parte de vuestras tragedias^[55]».

Pensemos en qué infame y penoso es el mundo, que durante la mitad del tiempo tenemos que encender una lámpara para poder ver y vivir en él. Es la mitad de nuestra vida. ¿Quién abordaría la empresa si se tratase de toda la vida? Y, que alguien me lo explique, ¿qué más cosas nos ofrece el día? Una lámpara que arde con una luz más clara, un aceite más puro, acaso *espermaceti*, para que podamos continuar con menos trabas con nuestra inutilidad. Sobornados con un poco de luz del sol y unos cuantos colores, bendecimos a nuestro Creador, y contenemos su ira con nuestros himnos.

Os hago una oferta,
Dioses, escuchad al bromista,
Pues este plan no perjudica,
Y si os parece bien, yo encontraré la virtud.
Aunque soy vuestra criatura,
Y un hijo de vuestra naturaleza,
Aún conservo dignidad erguida,
Y sangre tibia,
Algo de autonomía,

Y mi propia descendencia.
No puedo esforzarme ciegamente,
Por tanto, portáos con amabilidad,
Y juro, cruz en mano,
Que de ningún Dios seré esclavo.
Si procedéis con claridad,
Mis esfuerzos serán vuestros,
Si decidís revelar para
Este amante grandes planes,
Y concederle una esfera
Algo más grande que la Tierra.

«En verdad os digo, ángeles míos, que sentía vergüenza a causa de mi sirviente, quien no tenía más Providencia que yo, de suerte que decidí perdonarlo^[56]».

La mayoría de gente con la que hablo, hombres y mujeres que incluso poseen cierta originalidad y genio, tiene su esquema del universo bien preconcebido y seco —demasiado seco para escuchar, os lo aseguro; lo bastante seco como para arder; de un seco podrido e incluso polvoriento, a mi entender—, y lo colocan entre tú y ellos hasta en la más breve de las conversaciones. Es una estructura antigua e inestable, en la que todas las tablas han cedido. No caminan nunca sin su colchón. Algunas cosas y relaciones que a mí me parecen harto baladíes e insustanciales están para ellos establecidas para la eternidad —como el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y similares, que son para ellos como las colinas eternas—. Sin embargo, en ninguna de mis caminatas encontré el menor vestigio de autoridad para estas cosas. No han dejado un rastro tan claro como la delicada flor de un periodo geológico remoto en el carbón de mi chimenea. El hombre más sabio no predica doctrinas, no tiene un esquema, no ve vigas ni telarañas en los cielos: están limpios. Si alguna vez veo con mayor claridad en un momento que en otro, es porque el medio a través del que veo es más claro. ¡Y pensar que tenemos que mirar desde la tierra hacia el cielo y seguir viendo ese elemento fijo, ese antiguo esquema judío! ¡¿Qué derecho tenéis de levantar este obstáculo ante mi comprensión de vosotros, ante vuestra comprensión de mí?! No lo inventasteis, sino que os fue impuesto; examinad vuestra autoridad. Me temo que incluso Cristo tenía su esquema, su conformidad a la tradición, que vicia ligeramente sus enseñanzas. No se había tragado todas las fórmulas, pero predicaba desde la doctrina. A mi juicio, Abraham, Isaac y Jacob ya no son más que las esencias más sutiles imaginables, que no empañarían el cielo matutino. Vuestro esquema ha de ser la estructura del universo; todos los demás esquemas pronto serán ruinas. El Dios perfecto, en sus revelaciones sobre él mismo, nunca ha llegado hasta el extremo al que lo hacéis vosotros, sus profetas, con vuestras proposiciones. ¿Habéis aprendido el alfabeto celestial y sabéis contar hasta tres? ¿Conocéis el número de miembros de la familia de Dios? ¿Podéis expresar con palabras los misterios? ¿Creéis poder describir lo indescriptible? Decidme, ¿qué raza de geógrafos sois, que podéis hablar de la topografía celestial? ¿De quién sois amigos para hablar de la personalidad de Dios? ¿De verdad crees tú, Miles Howard, que Él te ha convertido en su confidente?

Habladme de la altura de las montañas de la luna, o del diámetro del espacio, y puede que os crea; pero referíos a la historia secreta del Todopoderoso y no podré por menos que tildaros de locos. Sin embargo, contamos con una suerte de historia familiar de nuestro Dios —como la que tienen los tahitianos de los suyos—, y la enorme imaginación de un poeta excelso se nos impone como una verdad eterna y adamantina, ¡como la palabra del mismo Dios! Pitágoras dice, y con razón: «Una afirmación verdadera sobre Dios es una afirmación de Dios^[57]», pero haríamos bien en dudar de que exista algún ejemplo de ella en la literatura.

El Nuevo Testamento es un libro de un valor incalculable, aunque confieso haber tenido ciertos prejuicios contra él en mis primeros días en la iglesia y la catequesis, de suerte que parecía, antes incluso de que lo leyese, el libro más amarillento del catálogo. No obstante, pronto pude escapar de las redes de dichos prejuicios, aunque fue difícil desterrar los comentarios de mi cabeza y disfrutar del verdadero sabor del libro. (Creo que *El progreso del peregrino*^[58] es el mejor sermón que se ha sacado de este texto, y casi todos los demás sermones que he oído, o de los que he oído hablar, no han sido más que pobres imitaciones de éste). Sería una pena sentir prejuicios hacia la vida de Cristo sólo porque el libro ha sido editado por cristianos. De hecho, amo este libro de una manera excepcional, aunque es para mí una suerte de castillo en el aire, con el que se me permite soñar. Habiéndome acercado a él hace tan poco, y teniéndolo tan fresco, me fascina como ningún otro, de modo que no puedo encontrar a nadie con el que hablar sobre él. Nunca leo novelas, pues tienen muy poco de la vida y el pensamiento real. Los textos que más me gusta leer son las Sagradas Escrituras de las distintas naciones, aunque resulta que estoy más familiarizado con las de los hindúes, los chinos y los persas que con las de los hebreos, a las que me he acercado en último lugar: dadme una de estas Biblias y me quedaré callado durante un buen rato. Cuando recupero el uso de la lengua, acostumbro a preocupar a mis vecinos con mis nuevas opiniones, pero por lo general éstos no pueden ver nada inteligente en ellas. Ésa ha sido mi experiencia con el Nuevo Testamento. Aún no he llegado a la crucifixión, aunque lo he releído en innumerables ocasiones. Me encantaría poder leérselo en voz alta a mis amigos, y me consta que algunos están muy predisuestos. Es un libro extraordinario, y estoy convencido de que nunca lo han escuchado. Les viene como anillo al dedo para muchas situaciones que viven, y juntos lo disfrutaríamos sobremanera. Sin embargo, pierdo instintivamente la esperanza de que me escuchen. No tardan en mostrar, por medio de señales inequívocas, que les resulta indeciblemente aburrido. Con esto no quiero decir que soy mejor que mis vecinos, pues sé bien que sólo soy igual de bueno o de malo, aunque me gustan más los libros que a ellos.

Resulta sorprendente que, a pesar del favor universal que aparentemente recibe el Nuevo Testamento, y a pesar incluso del fanatismo con el que se defiende, no se muestre ninguna hospitalidad, ningún aprecio, a la clase de verdad sobre la que trata.

No conozco ningún libro que tenga tan pocos lectores; no hay ninguno tan genuinamente desconocido, herético e impopular. Para los cristianos, no menos que para los griegos y los judíos, es un escollo estúpido. En efecto, contiene varios pasajes que ningún hombre debería leer en voz alta más de una vez: «Buscad primero el reino de Dios y Su justicia», «Dejaos de amontonar riquezas en la tierra», «Vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza», «A ver, ¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero si malogra su vida? ¿Y qué podrá dar para recobrarla?» (¡Pensad sobre esto, yanquis!), «Os aseguro que si tuvierais fe como un grano de mostaza le diríais a la montaña aquella que viniera aquí, y vendría. Nada os sería imposible^[59]». (¡Pensemos en repetir estas frases a un público de Nueva Inglaterra!). Tres, cuatro, quince veces, ¡hasta llenar tres cañones de sermones! ¿Quién puede leerlas en voz alta sin hipocresía? ¿Quién, sin hipocresía, puede escucharlas y quedarse dentro del templo? Nunca *han sido* leídas, nunca *han sido* escuchadas. Dejad que una sola de estas frases sea leída correctamente, desde cualquier púlpito de la tierra, y en ese templo no quedaría una piedra sobre otra.

Sin embargo, el Nuevo Testamento trata demasiado en exclusiva sobre el hombre y sus supuestos asuntos espirituales, y resulta con demasiada frecuencia moral y personal como para satisfacerme, ya que yo no estoy interesado únicamente en la naturaleza religiosa o moral del hombre, ni siquiera en el hombre como tal. De hecho, no tengo proyectos claros para el futuro. Hablando en términos absolutos, «todo lo que querríais que hiciesen los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos» no es para nada una regla de oro, sino de la mejor plata de la que disponemos. Un hombre honesto tendría muy pocas ocasiones de aplicarla. Lo dorado sería no tener ninguna regla en absoluto para tal caso —pero nunca se ha escrito un libro que pueda ser aceptado sin concesiones—. Cristo era un actor sublime en el escenario del mundo, y sabía en lo que estaba pensando cuando dijo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». En esos momentos me acerco a él. Y sin embargo, sólo pudo enseñar a vivir a la raza humana de manera imperfecta. Todos sus pensamientos estaban dirigidos hacia otro mundo. Existe otro tipo de éxito diferente al suyo. En este mundo tenemos que encontrar un medio de subsistencia, y tenemos que esforzarnos para conservarlo. Existen distintos y difíciles problemas aún por resolver, y tenemos que cambiar para vivir una vida, entre espíritu y materia, lo más humana posible.

Un hombre sano, con un trabajo estable, como el de cortar madera a cincuenta centavos el fardo, y un refugio en los bosques, no será un buen sujeto a ojos del cristianismo. Puede que escoja el Nuevo Testamento como lectura para alguno de sus días, pero no para todos ni para la mayoría. Prefiere irse de pesca en su tiempo libre. Los apóstoles, aunque también ellos eran pescadores, pertenecían a la solemne raza de pescadores marinos, y nunca pescaban lucios en los ríos del interior.

Los hombres tienen el singular deseo de ser buenos sin un motivo concreto, pues

piensan que quizá el mero hecho de serlo acabe beneficiándoles. El tipo de moralidad inculcada por los sacerdotes es una política hartamente sutil, mucho más que la de los políticos, y con ella, como policías, controlan y dominan el mundo a la perfección. No merece la pena dejar que nuestros defectos nos molesten en todo momento. La conciencia no puede ni debe monopolizar toda nuestra vida más de lo que lo hacen el corazón o la cabeza, ya que puede enfermar como cualquier otra parte del cuerpo. Conozco a gente cuya conciencia, merced sin duda a una indulgencia pasada, ha crecido hasta llegar a ser tan irritable como los niños consentidos, y al final acaba por no darle tregua. No sabían cómo silenciar sus cabezas, y sus vidas, huelga decirlo, no daban ningún fruto.

La conciencia es el instinto criado en casa,
Las Sensaciones e Ideas propagan el pecado
De esta educación contra natura.
Yo digo, sacadlo fuera,
Devolvedlo a la naturaleza.
Quiero una vida simple,
Que no se complique con cada espinilla,
Un alma que ninguna conciencia enferma domine,
Tan sana que no deje el universo peor de lo que estaba.
Quiero un alma sincera y seria,
Cuyas poderosas alegrías y penas
No se ahoguen en una botella,
Para despertar mañana a su lado;
Que viva una tragedia,
En lugar de setenta;
Una conciencia que valga la pena conservar,
No llorando, sino riendo;
Una conciencia sabia y firme siempre,
Así como providente;
Que con los hechos no cambie,
Ni con los halagos comercie;
Una conciencia que se ocupe de las
Cosas grandes, con la que uno *pueda* dudar.
No quiero un espíritu de madera entero,
Predestinado a ser bueno,
Sino uno real hasta la médula,
Fiel a sí mismo,
Y falso con nadie;
Nacido para sus asuntos,
Sus alegrías y sus problemas;
Por el que el trabajo que Dios empezó
Quede completo, y no desecho.
Retomado donde él lo dejó,
Ya sea para alabar o para burlar;
Si no es bueno, que sea malo,
A falta de buen dios, buen diablo.
¡Santo cielo! Panda de hipócritas, dejadlo ya,
Vivid vuestra vida, haced vuestro trabajo, luego marchaos.
No tengo ninguna paciencia
Con esos cobardes meticulosos.
Dadme a los sencillos trabajadores
Que aman su labor,

Cuya virtud es una canción
Con la que aclamar al buen Dios.

Un domingo, un pastor que estaba llevando a un pobre animal a las caballerizas de algún templo entre las colinas de Nuevo Hampshire me criticó porque, en lugar de ir a la iglesia, estaba dirigiendo mis pasos hacia la cima de una montaña, cuando en realidad yo iba a llegar más lejos que él para escuchar una palabra verdadera pronunciada aquel o cualquier otro día. El hombre afirmó que estaba «violando el cuarto mandamiento del Señor» y procedió a enumerar, con tono sepulcral, los desastres que le habían sucedido cuando había hecho algún trabajo ordinario en domingo. En verdad creía que había un dios vigilando para obstaculizar a aquellos hombres que realizasen algún trabajo terrenal durante aquel día, y no veía que la culpable había sido la mala conciencia de los que trabajan. El país está lleno de este tipo de supersticiones, de manera que cuando uno llega a un pueblo, la iglesia es, no sólo literalmente, sino también por asociación, el edificio más feo, pues es aquél en que la naturaleza humana se rebaja más y es más deshonrosa. Sin duda, este tipo de templos no debería tardar en dejar de deformar el paisaje. Hay pocas cosas más descorazonadoras y desagradables que estar caminando por las calles de un pueblo desconocido un día de domingo y escuchar al predicador gritando cual contraamaestre en medio del vendaval, profanando así, injustamente, la serena atmósfera del día. Te lo imaginas quitándose el abrigo, como cuando los hombres se disponen a hacer un trabajo bochornoso y sucio.

Si le pidiese al pastor de Middlesex que me dejase hablar sobre su púlpito un domingo, se opondría, alegando que no predico como él, o que no estoy *ordenado*. ¿Se puede saber qué diantres significan estas cosas?

De hecho, creo que hoy en día no hay mayor infiel que el que predica y respeta el domingo y reconstruye las iglesias. El cazador de focas del Pacífico Sur predica una doctrina más verdadera. La iglesia es una suerte de hospital para las almas de los hombres, con tantos charlatanes como en los hospitales para cuerpos. Quienes son llevados a ella viven como pensionistas en su Sailor's Snug Harbor^[60], donde se puede ver una fila de tullidos religiosos sentados al calor del sol. Que la aprensión de que quizá un día tengan que ocupar una habitación allí no descorazone el feliz trabajo de los hombres con almas sanas. Y aunque recuerden a los enfermos y su situación crítica, que no los vean como su meta. Uno se entristece sobremanera con este culto de pagoda, es como el sonido del gong en un templo hindú subterráneo. En los lugares oscuros y en las mazmorras, las palabras del predicador quizá echen raíces y crezcan, pero no a la luz del día, en ningún lugar del mundo que yo conozca. El sonido lejano de la campana del domingo, que ahora agita estas aguas, no trae evocaciones agradables, sino melancólicas y lúgubres. Uno se apoya involuntariamente en su remo, para amoldarse a su estado de ánimo, inusualmente meditativo. Es como el sonido de muchos catecismos y libros religiosos que tañen un repiqueteo hipócrita alrededor del planeta, que parece emanar de algún templo

egipcio y resonar a lo largo del Nilo, justo frente al palacio del faraón y de Moisés entre los juncos, sobresaltando a una multitud de cigüeñas y cocodrilos que disfruta del sol.

Por doquier los llamados «hombres buenos» tocan a retirada, y la palabra se aleja dejándole el terreno libre a la inocencia. Mejor será lanzarse hacia lo que quiera que haya allí. El cristianismo sólo espera. Ha colgado su cítara en los sauces, y no puede entonar cánticos en tierra extranjera. Ha tenido una pesadilla, y aún no da la bienvenida a la mañana con alegría. La madre le cuenta sus falacias a su hijo, pero, gracias al cielo, el hijo no crece a la sombra de sus padres. La fe de nuestra madre no ha aumentado con su experiencia, ésta ha sido demasiado para ella, la lección de la vida le resultó demasiado difícil de aprender.

Resulta sorprendente que casi todos los oradores y escritores se sientan obligados, tarde o temprano, a descubrir o a dar fe de la personalidad de Dios. Cierta conde de Bridgewater, pensando que más vale tarde que nunca, así lo ha dispuesto en su testamento. Un triste error. Al leer un trabajo sobre agricultura, tenemos que saltarnos las reflexiones morales del autor y las palabras «Providencia» y «Él» desperdigadas por toda la página, para poder llegar al nivel fructífero de lo que nos tiene que decir. Lo que él llama su religión es, en su mayor parte, una ofensa en nuestras narices. Debería cuidarse muy mucho de exponerse así, y mantener cubiertas sus repugnantes llagas hasta que estén bien curadas. Hay más religión en la ciencia de los hombres que ciencia hay en su religión. Apresurémonos por tanto en leer el último informe sobre el comité porcino.

La verdadera fe de un hombre nunca está contenida en su credo, ni tampoco su credo constituye un artículo de su fe. Esta última nunca se adopta. Y aunque es la que le permite sonreír, y vivir con la valentía con la que lo hace, el hombre sigue aferrándose ansiosamente a su credo, cual brizna de paja, pensando que le hace un buen servicio porque su ánora de salvación no toca fondo.

En la religión de la mayoría de los hombres, la ligadura, que debería ser el cordón umbilical entre ellos y la divinidad, se parece más bien a ese hilo que los cómplices de Cilón^[61] llevaban agarrado cuando salían del templo de Minerva, mientras que el otro extremo estaba atado a la estatua de la diosa. Sin embargo, es frecuente que, como en su caso, el hilo se rompa al estirarse, y aquéllos se queden sin asilo.

Un hombre pío y bueno apoyó su cabeza en el seno de la contemplación, y se vio sumergido en el océano del ensueño. Justo cuando se despertó de su visión, y uno de sus amigos, en tono jocosos, preguntó: «¿Qué precioso regalo nos has traído de ese jardín en el que has estado recreándote?». El hombre respondió: «Me imaginé diciéndome que, al llegar al emparrado de rosas, llenaría mi regazo de flores y se las traería a mis amigos como regalo; sin embargo, cuando llegué hasta allí, la fragancia de las rosas me embriagó hasta el punto de dejarme helado». ¡Oh, pájaro de la mañana! Que la polilla te enseñe el calor del afecto, pues esta criatura entregó el alma a las llamas sin lanzar ni un quejido. Estos banales pretendientes no conocen a aquel que buscan, pues de quien lo conocía nada más se supo. ¡Oh, tú!, que destacas por encima de los vuelos de la conjetura, la opinión y la comprensión, hemos oído y leído todo lo que sobre ti se ha dicho. La congregación se disuelve, la vida llega a su fin, ¡y nosotros aún pronunciamos el primer elogio en tu nombre^[62]!

Al mediodía descendimos hasta el Merrimack a través de las esclusas que hay en Middlesex, justo por encima de las cataratas de Pawtucket, merced a un hombre sereno y generoso, que llegó tranquilamente tras abandonar su lectura, a pesar de que entre sus obligaciones no estaba, o al menos eso supusimos, la de abrir las esclusas los domingos. Nos cruzamos una mirada justa y equitativa, como la que se cruzan dos hombres honestos.

Los movimientos de los ojos expresan la cortesía perpetua e inconsciente de las partes. Se dice que los granujas no te miran a la cara; tampoco los hombres honestos te miran como si tuviesen una reputación que asentar. He conocido a gente que no sabía cuándo apartar la mirada al encontrarse con la tuya. Un espíritu realmente seguro y magnánimo es lo bastante sabio como para no competir por la supremacía en estos encuentros. Sólo las serpientes conquistan con la constancia de su mirada. Mi amigo me mira a la cara y me ve, eso es todo.

En un momento establecimos la mejor de las relaciones con ese hombre, y aunque nos cruzamos pocas palabras, no pudo ocultar un visible interés en nosotros y nuestra excursión. Descubrimos que era un amante de las matemáticas avanzadas, y que estaba sumido en un gran problema solar, antes de dejarlo atrás y susurrarnos nuestras conjeturas. Este hombre nos brindó a la libertad del Merrimack. Ahora nos sentíamos como si hubiésemos sido lanzados a la corriente marina de nuestro viaje, y nos agradó descubrir que nuestro bote también flotaba en las aguas del Merrimack. Volvimos a atarearnos para poner en práctica esas viejas artes del remo, el timón y el zagal. Nos pareció un fenómeno extraño que los dos ríos mezclasen sus aguas con tanta facilidad, habida cuenta de que nunca habían estado vinculados en nuestras mentes.

Mientras nos deslizábamos a través del amplio seno del Merrimack, en un punto, entre Chelmsford y Dracut, con un cuarto de milla de anchura, el traqueteo de nuestros remos al mediodía resonaba sobre las aguas y alcanzaba a esos pueblos, mientras que sus tenues sonidos llegaban hasta nosotros. En nuestra imaginación, sus puertos descansaban con la misma serenidad y encanto que los de Lido, Siracusa o Rodas, mientras que, como un navío errante y extraño, pasábamos junto a lo que parecían las casas de hombres nobles que se habían quedado en tierra, destacadas como si estuviesen en lo alto de una colina o de una ola llegada hasta el corazón de aquellos aldeanos. A un tercio de milla de nosotros, escuchamos claramente a algunos niños repitiendo su catecismo en una casita junto a la orilla, mientras que, en las aguas bajas que había entre nosotros y ellos, un rebaño de vacas se daba latigazos en el costado, librando una guerra contra las moscas.

Hace doscientos años tenía lugar aquí una catequesis bien distinta, pues hasta aquí llegaban el *sachem* Wannalancet y su gente, y a veces Tahatawan, el *sachem* de Concord, que después tuvo una iglesia en casa, para atrapar peces en las cataratas. Y hasta aquí también llegó John Eliot, con la Biblia y el Catecismo, y la *Llamada a los no convertidos* de Baxter^[63], y otros tratados breves, escritos en la lengua de

Massachusetts, que entretanto les enseñaban el cristianismo. «Este lugar», dice Gookin, refiriéndose a Wamesit, «es una importante y antigua sede india, donde vienen a pescar; y este buen hombre aprovecha la oportunidad para echar las redes del evangelio e intentar pescar sus almas». Y continúa: «5 de mayo de 1674. Siguiendo nuestra costumbre, el Sr. Eliot y yo viajamos hasta Wamesit, o Pawtucket. Llegados allí por la tarde, el Sr. Eliot predicó a tantos cuantos pudo reunir la parábola de la boda del hijo del rey, en Mateo 22, 1-14. Nos reunimos en la tienda de un tal Wannalancet, a unas dos millas del pueblo, cerca de las cataratas Pawtucket, a orillas del río Merrimack. Este hombre, Wannalancet, es el hijo mayor del viejo Pasaconaway, el *sachem* principal de Pawtucket, una persona sobria y grave, entrada en años, entre los cincuenta y los sesenta. Siempre se ha mostrado amable y amistoso hacia los ingleses». Hasta entonces, sin embargo, no lo habían convencido para que abrazase la religión cristiana. «Pero en esta fecha», dice Gookin, «el 6 de mayo de 1674 [...] tras una larga deliberación y una pausa seria, se levantó y pronunció un discurso tal que así: “[...] He de reconocer que, durante todos los días de mi vida, me he acostumbrado a navegar en una vieja canoa y ahora me exhortáis a que cambie y la abandone y me embarque en una nueva, hacia la cual hasta ahora me he mostrado reticente. Sin embargo, ahora sigo vuestro consejo y subo a una nueva canoa, y me comprometo a rezarle a Dios de aquí en adelante”». Un tal «Sr. Richard Daniel, caballero que vivía en Billerica», y que en aquel momento, junto a otras «personas de calidad», estaba presente, «quiso que el hermano Eliot le dijese al *sachem* de su parte que, quizá, mientras él viajaba en su vieja canoa, había navegado por un río tranquilo, pero que su final era la muerte y la destrucción del alma y el cuerpo. Sin embargo, ahora se subía a una nueva canoa, y acaso se encontraría con tormentas y vicisitudes, pero que aun así debía tener el ánimo de perseverar, pues el final de su viaje sería el descanso eterno [...]. Desde entonces escucho a este *sachem* perseverar, y es un oyente constante y diligente de la palabra de Dios, y respeta el domingo, aunque ese día viaja al encuentro de Wamesit, que está a más de dos millas. Y aunque alguna de su gente le ha abandonado desde que se ha sometido al evangelio, él prosigue y persiste^[64]».

Ya entonces, como señalan los registros, «en una reunión del Tribunal General celebrada en Boston (Nueva Inglaterra), el séptimo día del primer mes, 1643-1644 [...] Wassamequin, Nashoonon, Kutchamaquin, Massaconomet y el *sachem* indio se sometieron voluntariamente a los ingleses»; y, entre otras cosas, «prometieron estar dispuestos a ser instruidos, de cuando en cuando, en el conocimiento de Dios^[65]». Y cuando se les pidió «que no hiciesen trabajos innecesarios en domingo, especialmente dentro de las puertas de las ciudades cristianas», respondieron que «no les resultaría difícil, pues no tienen mucho que hacer ningún día, y que bien pueden descansar el domingo» [...]. «Así pues», dice Winthrop en su diario, «nosotros hicimos que entendiesen los artículos y los diez mandamientos de Dios, y ellos los aceptaron todos por voluntad propia, los recibieron solemnemente, y luego obsequiaron al

Tribunal con veintiséis brazas de *wampum*^[66]; y el Tribunal le dio a cada uno un abrigo de dos yardas de tela, y la cena. Y además les dio, a ellos y a todos sus hombres, una copa de vino fortificado antes de su salida. Luego se despidieron y se marcharon^[67]».

¡Vaya unos periplos a pie y a caballo, a través de la naturaleza salvaje, para predicar el Evangelio a esos visones y ratas almizcleras! Que al principio, sin duda, escuchaban con sus orejas rojas merced a su amabilidad y cortesía natural, y luego por curiosidad o incluso por interés, hasta que acabaron convirtiéndose en «indios devotos^[68]» y, como el Tribunal General le escribió a Cromwell, el «trabajo está alcanzando tal perfección que algunos indios ya pueden rezar y predicar con comodidad^[69]».

En efecto, hemos estado navegando por un antiguo terreno de batalla y de caza, antigua morada de una raza de cazadores y guerreros. Sus diques de piedra, sus puntas de flecha y sus hachas de mano, o los morteros con que machacaban el cereal indio antes de que el hombre blanco lo hubiese probado, descansan ocultos bajo el lodo del fondo del río. La tradición aún señala los lugares donde se produjeron las pescas más numerosas, merced a las habilidades que conocían. El historiador tendrá que ensamblar una historia rápida: Miantonimo^[70], Winthrop, Webster^[71]. Pronto pasa de Montaup a Bunker Hill, de las pieles de oso, el maíz seco, los arcos y las flechas, a los tejados, los campos de trigo, las armas y las espadas. Pawtucket y Wamesit, donde los indios se dirigían en la temporada de pesca, son ahora Lowell, ciudad de los husos, y la Manchester americana, que envía su tela de algodón a lo largo y ancho del planeta. Incluso nosotros, jóvenes viajeros, habíamos pasado parte de nuestra vida en el pueblo de Chelmsford, cuando la ciudad actual, cuyas campanas escuchábamos, no era más que su oscuro distrito norte, y el gigante tejedor aún no había nacido. Así de viejos somos nosotros; así de joven es él.

Así pues, estábamos entrando en el estado de Nuevo Hampshire, viajando en el seno del río formado por el tributo de sus innumerables valles. El río era la única llave que podía abrir su laberinto, presentar sus colinas y valles, sus lagos y riachuelos, en su orden y posición naturales. El Merrimack, o «río Esturión», está formado por la confluencia del Pemigewasset, que nace cerca del desfiladero de las Montañas Blancas, y el Winnipiseogee, que drena el lago homónimo, y cuyo nombre significa «la sonrisa del gran espíritu». Tras el encuentro de ambos, recorre setenta y ocho millas en dirección Sur, hasta Massachusetts, y luego treinta y cinco millas hacia el Este, para llegar al mar. He trazado su recorrido, desde su nacimiento en las rocas de las Montañas Blancas, por encima de las nubes, hasta el punto en que se pierde entre las nubes saladas del océano, en la playa de la Isla Plum. Al principio se desliza a hurtadillas junto a las faldas de montañas majestuosas y retiradas, a través de bosques húmedos y primitivos cuya vitalidad recibe, donde el oso aún bebe de sus aguas y las

cabañas de los colonos están muy alejadas entre sí, y son pocos los que cruzan su cauce. Disfruta en soledad de sus cascadas, aún desconocidas para la fama; pasa junto a las largas cadenas montañosas de Sandwich y Squam, dormidas cual tumbos de Titanes, y las cimas del Mossehillock, del Haystack y del Kearsarge se reflejan en sus aguas —allí el arce y la frambuesa, esos amantes de las colinas, florecen entre el rocío templado—. Fluye largo y lleno de significado, pero imposible de traducir, como su nombre Pemigewasset, junto a numerosos montes Pelión y Osa^[72], donde moran Musas sin nombre, vigilado por Oréades, Dríades, Náyades, y recibe el tributo de muchos Hipocrenes^[73], cuyas aguas nadie ha probado. Hay tierra, aire, fuego y agua; pues bien, he aquí el agua que desciende,

Agua que los dioses destilan
Y vierten desde cada colina
Para sus hombres de Nueva Inglaterra;
Dame un sorbo de este néctar salvaje
Y no volveré a probar
La fuente del Helicón.

Cae durante todo su recorrido, sin ser disuadido por ninguna cascada. La ley de su nacimiento decreta que nunca se estanque, pues ha descendido desde las nubes, ha caído por precipicios erosionados por la corriente, a través de presas desgoznadas, construidas por castores, sin romperse, antes bien, uniéndose y remendándose a sí mismo, hasta que ha encontrado un lugar donde respirar entre estas tierras bajas. Ya no hay peligro de que el sol lo robe y lo devuelva a los cielos antes de llegar al mar, pues está autorizado a recuperar cada tarde, y con intereses, su propio rocío.

Flotábamos ya sobre las aguas de los lagos Squam y Newfound y Winnipiseogee, y sobre la nieve disuelta de las Montañas Blancas, y sobre los ríos Smith y Baker y Mad, y Nashua y Souhegan y Piscataquoag, y Suncook y Soucook y Contoocook, mezclados en proporciones incalculables, aguas aún fluidas, amarillentas, inquietas todas, con una tendencia hacia el mar antigua e imposible de erradicar.

Y así fluye pasando por Lowell y Haverhill, donde sufre por primera vez una influencia marina, pues unos cuantos mástiles delatan la cercanía del océano. Entre los pueblos de Amesbury y Newbury es un río amplio y comercial, de entre un tercio y media milla de anchura, y ya no está flanqueado por márgenes amarillos y desmigajados, sino respaldado por altas y verdes colinas y pastos, con muchas playas blancas donde los pescadores recogen sus redes. He pasado por este tramo del río en un barco de vapor, y ver desde la cubierta a los pescadores arrastrando sus redes de cerco en la orilla lejana era una imagen realmente agradable, como un cuadro que representa una costa extranjera. De cuando en cuando puedes encontrarte con una goleta cargada con maderos, frente a Haverhill, plantándole cara, o bien descansando anclada o encallada, a la espera del viento o la marea. Hasta que, por fin, pasas bajo el famoso puente de Chain Bridge, y desembarcas en Newburyport. Así pues, la que al principio era «pobre de aguas, desnuda de renombre», tras haber recibido a tantos y

tan puros afluentes, tal y como se decía del río Forth^[74],

Crece y crece a medida que desciende,
Hasta abundar en poder y fama,
Y sigue luchando por dar al mar su nombre^[75].

Y si no su nombre, en este caso, al menos sí el impulso de su corriente. Desde los campanarios de Newburyport se puede ver a este río extenderse en el lejano campo, con numerosas velas blancas despuntando sobre él, como si de un mar interior se tratase, y contemplar, como escribió alguien nacido junto a su manantial: «Cómo en su desembocadura el oscuro océano se funde con el azul del cielo. En la Isla Plum, las dunas de arena ondean en el horizonte como una serpiente de mar, y a lo lejos se recortan las siluetas de muchos barcos altos, apoyados, *serenos*, contra el cielo^[76]».

Aunque su nacimiento está a la misma altura que el del río Connecticut, al Merrimack le basta un trayecto el doble de corto para llegar al mar, de suerte que no tiene la libertad y el tiempo de formar praderas amplias y fértiles, como el primero, sino que se apresura a través de rápidos, y cayendo por numerosas cascadas, sin demorarse. Por lo general sus márgenes son inclinados y altos, y tiene un estrecho intervalo que llega hasta las colinas y que actualmente no suele estar inundado —o, de estarlo, sólo parcialmente— y que los agricultores valoran mucho. Entre las localidades de Chelmsford y Concord^[77], su anchura varía entre las veinte y las setenta y cinco varas. Probablemente en muchos lugares sea más ancho de lo que solía ser, debido a la tala de los árboles y al consiguiente desgaste de sus orillas. La influencia del dique de Pawtucket se hace notar incluso en las cataratas de Cromwell, y mucha gente piensa que las orillas se están consumiendo y el río está volviendo a llenarse a causa de esto. Como todos nuestros ríos, puede haber crecidas, y tenemos constancia de que el Pemigewasset ha llegado a crecer veinticinco pies en unas pocas horas. Los buques de carga pueden navegarlo durante unas veinte millas; las barcazas, gracias a las esclusas, pueden llegar hasta Concord, a unas setenta y cinco millas de su desembocadura; y los botes más pequeños suben hasta Plymouth, a ciento trece millas. Un pequeño barco de vapor conectaba otrora Lowell y Nashua, antes de que se construyese el ferrocarril, y ahora hay uno que viaja entre Newburyport y Haverhill.

En cierta medida, no es apto para el comercio, a causa del banco de arena que hay en su desembocadura, que nos muestra cómo este río estuvo consagrado desde el principio al servicio de la manufactura. Surge en la región metalúrgica de Franconia, y fluye a través de bosques aún vírgenes, junto a incansables salientes de granito, y tiene por represas a los lagos Squam, Winnipiseogee, Newfound y Massabesic. Cae por una serie de diques naturales, a los que les ha estado ofreciendo sus *privilegios* en vano durante años, hasta que al fin la raza yanqui llegó para *mejorarlos*. Contemplemos, desde su desembocadura, cómo este río destellante asciende hasta su nacimiento —una cascada de plata que cae desde las Montañas Blancas hasta el mar

—, y observemos un pueblo en cada uno de los altiplanos sucesivos, una atareada colonia de personas bulliciosas en torno a cada cascada. Por no hablar de Newburyport y Haverhill, de Lawrence y Lowell, y Nashua y Manchester y Concord, resplandeciendo una tras otra. Cuando por fin logra escapar de la última fábrica, conforma un pasaje nivelado y tranquilo hasta el mar, un mero *gasto de agua*, como quien dice, que carga con poco más que su fama, cuyo curso agradable nos lo revelan la niebla matutina que flota sobre él y las velas de las pocas y pequeñas embarcaciones que gestionan el comercio de Haverhill y Newburyport. Sin embargo, sus verdaderas embarcaciones son los vagones del tren, y su verdadera y principal vía fluvial, que fluye sobre un canal de hierro situado más al Sur, puede trazarse merced a la larga línea de vapor entre las colinas, que ningún viento matutino disipará jamás, hasta su desembocadura, en el mar de Boston. Es aquí donde escuchamos el murmullo más alto: en lugar del grito de un águila pescadora que asusta a los peces, el silbido de la máquina de vapor que arrastra al país en su marcha.

También este río acabó por ser descubierto por el hombre blanco, este río que «se adentraba en la tierra», aunque no se sabía hasta dónde —acaso un brazo de mar hacia el Mar del Sur—. Su valle fue explorado por primera vez en 1652, llegando hasta el Winnipiseogee. Los primeros colonizadores de Massachusetts suponían que el Connecticut, en una parte de su curso, fluía hacia el Noroeste, «tan cerca del gran lago que los indios llevan sus canoas hasta él a pie». También suponían que de este lago y de las «espantosas ciénagas^[78]» que había junto a él salían todos los castores con los que se comerciaba entre Virginia y Canadá, y se pensaba que el Potomac surgía de él o de un lugar muy cercano. Más adelante el Connecticut pasaba tan cerca del curso del Merrimack que esperaban poder desviar, sin demasiado esfuerzo, la corriente del comercio hacia este segundo río, y que sus beneficios pasaran de los bolsillos de sus vecinos holandeses a los suyos.

A diferencia del Concord, el Merrimack no es un río muerto, sino vivo, aunque alberga menos vida en sus aguas y sus márgenes. Tiene una corriente rápida y, en esta parte de su curso, su fondo es de barro, casi sin hierbas, y hay pocos peces en comparación con el otro. Mirábamos hacia el fondo de sus aguas amarillas con gran curiosidad, toda vez que estábamos acostumbrados a la negrura del Concord, digna del Nilo. Aquí se pescan sábalos y pinchaguas en su temporada, pero el salmón, del que se cree que otrora era más numeroso que el sábalo, es hoy en día mucho menos abundante. También se pesca, de cuando en cuando, algún róbalo. Sin embargo, las esclusas y los diques han demostrado ser bastante destructivos para el sector pesquero. El sábalo hace su aparición a principios de mayo, al mismo tiempo que las flores del peral, una de las flores tempranas más llamativas, y a la que por ese motivo se llama «flor del sábalo». En esta época también aparece un insecto, la «mosca sábalo», o «mosca efímera», que cubre las casas y las cercas. Se nos dice que «aparecen en mayor número cuando los manzanos florecen por completo. El viejo

sábalo vuelve en agosto; el joven, tres o cuatro pulgadas más largo, en septiembre. A ambos les privan las moscas^[79]». En el pasado se practicaba una forma de pesca bastante pintoresca y suntuosa en las cataratas de Bellows Falls, donde una gran roca divide el río Connecticut. «En los laterales inclinados de la isla rocosa», dice Belknap, «cuelgan varios sillones, atados a escaleras y asegurados con un contrapeso, donde los pescadores se sientan para pescar salmones y sábalos con un salabre^[80]». Los restos de los diques indios, compuestos por grandes piedras, aún se pueden ver en el Winnipiseogee, una de las cabeceras de este río.

El recuerdo de estos bancos de peces migratorios —salmones, sábalos, pinchaguas y alosas, entre otros—, ascendiendo por los innumerables ríos de nuestra costa en primavera, llegando incluso a los lagos interiores, con sus escamas brillando al sol, o de los alevines que, en número aún más grande, se ponen en marcha, río abajo, hacia el mar, no puede sino influir favorablemente en nuestra filosofía. «¿Y acaso no es un buen pasatiempo», escribió el capitán John Smith, que ya en 1614 había pisado estas costas, «aquel que te permite ganar dos, seis, doce peniques con tan sólo arrastrar y girar un sedal? [...] ¿Y qué pasatiempo provoca un mayor placer, y es menos peligroso o pesado, que la pesca con anzuelo, pasando de isla en isla a través del aire dulce, sobre las corrientes silenciosas de un mar sereno?»^[81].

Sobre la orilla arenosa, frente a la aldea de Chelmsford, en la Gran Curva, donde desembarcamos para descansar y recoger unas cuantas ciruelas silvestres, descubrimos la *Campanula rotundifolia*, una flor nueva para nosotros, la campanilla de los poetas, que es común en los dos hemisferios y crece junto al agua. Aquí almorzamos, bajo la sombra de las ramas de un manzano que crecía en la arena, sin que ni siquiera un suave céfiro perturbase el reposo de este glorioso día de domingo, y reflexionamos tranquilamente sobre el largo pasado y los trabajos exitosos de Leto.

Es tan silencioso el aire sésil,
Que de cada lamento y llamada,
Las colinas, los valles, y el bosque lejano
Repiten siempre su canto.

Bajo las hojas de los árboles frondosos
Y entre las flores, descansan los rebaños,
Sobre los mares, los barcos estables
Izan sus velas para que el sol las seque^[82].

Ya estuviésemos descansando a la sombra o remando tranquilamente, de cuando en cuando recurríamos al *Diccionario geográfico*, que era nuestro «Navegador», y de sus hechos naturales desnudos extraíamos el placer de la poesía^[83]. El río Beaver entra en escena un poco más abajo, y drena las praderas de Pelham, Windham y Londonderry. A tenor de lo que se lee en esta obra de autoridad, los colonos de este último pueblo, de origen escocés-irlandés, fueron los primeros en introducir la patata

en Nueva Inglaterra, así como la manufactura de la tela de lino.

Todo lo que está impreso y atado en un libro contiene al menos un eco de la mejor literatura. De hecho, los mejores libros tienen una utilidad, a modo de palos o piedras, que está más allá o por encima de su diseño, que no se anticipa en el prefacio, ni se concluye en el apéndice. Incluso la poesía de Virgilio me ofrece un servicio muy diferente a mí, hoy, del que ofrecía a sus contemporáneos. Suele tener un mero valor adquirido y fortuito, lo que demuestra que el hombre sigue siendo el mismo en este mundo. Es un placer encontrarse con versos tranquilos como,

Jam læto turgent in palmitē gemmæ^[84]

Ahora los capullos crecen en el alegre tallo.

Strata jacent passim sua quæque sub arbore poma

Las manzanas yacen esparcidas por doquier, cada una bajo su árbol.

En una lengua antigua y muerta, cualquier reconocimiento de una naturaleza viva llama nuestra atención. Éstas son frases que fueron escritas mientras la hierba crecía y el agua fluía. Que un libro soporte la prueba de la mera exposición al brillo del sol y la luz del día no es algo habitual.

¿Qué no daríamos por poder leer ahora un gran poema que estuviese en armonía con el paisaje? Creo que si los hombres leyese correctamente, jamás leerían algo que no fuesen poemas. No hay historia ni filosofía que puedan ocupar su lugar.

El poeta demostrará al instante que hasta la definición más sabia de la poesía es falsa, rechazando sus preceptos. Así las cosas, lo único que podemos publicar es el anuncio que hacemos de ella.

No cabe duda de que la sabiduría escrita más elevada está rimada o posee algún tipo de metro musical: es, tanto en forma como en sustancia, poesía. Y una obra que encerrase la sabiduría condensada de la raza humana no podría tener ni una sola línea sin ritmo.

Y aun así la poesía, a pesar de ser el resultado último y más refinado, es un fruto natural. Con la misma naturalidad con que el roble alberga una bellota, y la vid un racimo de uvas, el hombre alberga un poema, ya sea hablado o escrito. Se trata del éxito principal y más memorable, pues la historia no es más que un relato en prosa de acontecimientos poéticos. ¿Qué más han hecho los hindúes, los persas, los babilonios o los egipcios que pueda contarse? Es la relación más sencilla de fenómenos, y describe las sensaciones más comunes con una veracidad mayor de lo que lo hace la ciencia —ésta, desde la distancia, imita el estilo y los métodos de aquélla—. El poeta canta cómo la sangre fluye por sus venas. Cumple con sus funciones, y no necesita mayor estímulo para cantar que el que las plantas necesitan para dar hojas y flores. Lucharía en vano si intentase modular la música remota y pasajera que a veces escucha, pues su canción es una función vital, como la respiración, y un resultado integral, como el peso. No es una crecida de vida, sino un descenso, pues supura bajo los pies del poeta. Nos basta con que Homero nos diga que el sol se pone: es tan

sereno como la naturaleza, y difícilmente podemos detectar el entusiasmo del vate. Es como si la naturaleza hablase. Nos presenta las imágenes más sencillas de la vida humana, para que incluso un niño pueda entenderlas, y el hombre no tiene que pensar dos veces para apreciar su simplicidad. Cada lector descubre por sí mismo que, en relación con los rasgos más simples de la naturaleza, los mejores poetas no han hecho mucho más que copiar sus metáforas. Sus pasajes más memorables son de un brillo tan natural como el resplandor de la luz del sol entre la niebla. La naturaleza no sólo ofrece al poeta palabras, sino frases y versos acuñados por ella.

Y, tal como de entre las nubes la estrella fúnebre sale,
Luciente, y a veces por una nube sombría torna a taparse,
Héctor así asomaba unas veces en los de delante,
Y otras en los de detrás, dando órdenes, centelleante
Todo de bronce, como el relampar del mismo Zeus padre^[85].

El poeta expresa hasta la mínima información, incluso la hora del día, con tal magnificencia y amplio uso del imaginario natural, como si fuese un mensaje de los dioses.

En tanto que fue de mañana y el santo día creciendo,
Volando iban tiros de ambos en tanto, y gente cayendo.
Mas, a la hora que ya el leñador se adereza el almuerzo
En valles del monte, una vez que los brazos tiene maltrechos
De corta de árboles altos, y hartura le entra en el pecho,
Y de sabroso yantar le vence el alma el deseo,
Entonces los dánaos por su valor escuadras rompieron,
Por filas llamando a sus gentes. Y fue Agamenón el primero...

Cuando el ejército troyano pasó la noche en armas, vigilando por miedo a que el enemigo reembarcase bajo el manto de la oscuridad, dice:

Mas ellos, al par de los puentes de guerra, en altanerías
Pasaban la noche a través, y hogueras muchas prendían;
Que, tal como estrellas en torno a la clara luna distintas
Lucen por todo el cielo, cuando es de noche tranquila,
Y nítidas todas se ven las cumbres y serranías
Y valles, y el cielo se rasga en bóveda sin finida,
Y bien cada astro se sabe, y le da al pastor alegría,
Tantas, por entre las ondas del Janto y las naves, prendidas
Por los troyanos hogueras ante Ílio se aparecían:
Mil por el llano ardían hogueras, y en torno yacían
De cada una cincuenta, al ampo y a la ardentía;
Y los caballos, royendo cebada y avena escogida,
En pie ante los carros, al alba esperaban belgalipinta.

La «diosa bracicándida Hera», enviada por el Padre de los dioses y los hombres a por Iris y Apolo,

Al alto Olimpo dejando marchó las cumbres Ideas;

Y, tal como el pensamiento de un hombre, que ancha la tierra
Se lanza toda a correr y en magín curioso la piensa,
Y mucho cavilar de andar, «que si estoy aquí, que allí sea»,
Así de veloz lanzada voló la gran diosa Hera
Que al áspero Olimpo llegó, y halló reunidos en fiesta...

Sus paisajes son siempre reales y no inventados. El poeta salta con la imaginación desde Asia hasta Grecia, a través del aire,

ἐπεὶ ἡ μάλα πολλά μεταξύ
Οὔρεά τε σκιόεντα θάλασσά τε ἠχήμεσσα

... que a bien que hay mucho entre ambos
Países de montes sombríos y ronco piélagos al paso.

Si sus mensajeros se dirigen a la tienda de Aquiles, no nos preguntamos cómo llegaron allí, sino que los acompañamos paso a paso por la costa del mar estridente. El relato de Néstor sobre la marcha de los pilios contra los epeos es extremadamente realista:

Y Néstor entre ambos
Leniparlante se alzó, de los pilios vocero preclaro,
Que voz de su lengua más dulce que mieles iba manando.

Esta vez, sin embargo, se dirige únicamente a Patroclo: «Y hay un río, aquel Minueyo, cerca de Arena, que desemboca en donde esperamos al alba serena los pulios montados y tropa de a pie que afluía revuelta; de donde todos en masa, ceñidos armas de guerra, al santo caudal del Alfeo con luz llegamos entera...». Nos imaginamos escuchar el suave murmullo del Minueyo descargando sus aguas en el océano durante toda la noche, y oímos el sonido hueco de las olas que rompen contra la orilla, hasta que al final nos alegramos con el desenlace de una ardua marcha junto a las fuentes borbotantes del Alfeo.

Hay pocos libros que estén hechos para ser recordados en nuestras horas más elevadas, pero la *Ilíada* brilla con mayor fuerza en los días más serenos, y aún guarda toda la luz del sol que bañaba antaño Asia Menor. Ninguna de nuestras alegrías o éxtasis modernos pueden rebajar su altura ni apagar su brillo. Ahí yace, en el Oriente de la literatura, como si fuese la primera y la última producción de la mente. Las ruinas de Egipto nos oprimen y nos sofocan con su polvo, con su pestilencia conservada en casia y resina y envuelta en lino: la muerte de aquello que nunca vivió. Sin embargo, los rayos de la poesía griega se abren paso hasta llegar a nosotros, y se mezclan con el sol de los días presentes. La estatua de Memnón fue derribada, pero el asta de la *Ilíada* sigue encontrándose con el sol cuando se eleva.

Homero se ha ido; ¿y dónde está Júpiter?
¿Y dónde las siete ciudades rivales?
Su canción sobrevive al tiempo, a la torre y al dios.

Todo lo que entonces fue, salva a los Cielos^[86].

Así pues, no hay duda de que Homero tuvo a su Homero, y Orfeo a su Orfeo, en la Antigüedad borrosa que los precedió. El sistema mitológico de los antiguos, que aún sigue siendo la mitología de los modernos, el poema de la humanidad, tan fantásticamente entretejido con su astronomía, e igualando en grandeza y armonía a la arquitectura de los cielos, parece hablar de un tiempo en que un genio más poderoso habitaba la Tierra. Pero, después de todo, el hombre, y no Homero o Shakespeare, es el gran poeta. Y nuestra propia lengua, y las artes comunes de la vida, son su obra. La poesía es tan universalmente real y tan independiente de la experiencia que no necesita una biografía particular para ilustrarla, sino que tarde o temprano la vinculamos con algún Orfeo o Lino, y después de años con el genio de la humanidad y de los mismos dioses.

Merece la pena tomarse tiempo para escoger nuestras lecturas, pues los libros constituyen la sociedad que frecuentamos. Leer sólo a aquellos que tienen una autenticidad serena, nunca estadística, ni ficción, ni noticias, ni informes, ni periódicos, sino sólo grandes poemas, y cuando se agoten, leerlos otra vez, acaso escribir más. En lugar de hacer otros sacrificios, podríamos ofrecer cada día nuestros pensamientos perfectos (τελεία) a los dioses, en himnos o salmos. Pues deberíamos estar al timón al menos una vez al día. Todas las horas no deberían ser temporales. Tendría que haber al menos una hora, si no más, en que el día no avanzase. Los eruditos acostumbran a vender sus derechos inalienables por un amasijo de conocimiento. ¿Pero es necesario conocer lo que el especulador imprime, o lo que estudia el irreflexivo, o lo que lee el ocioso, la literatura de los rusos y los chinos, o incluso la filosofía francesa y gran parte de la crítica alemana? Leed primero los mejores libros, o puede que no tengáis la oportunidad de leerlos nunca. «Hay devotos a través de las ofrendas y devotos a través de la mortificación; están los devotos con una devoción entusiasta, y también aquellos para los que la sabiduría de sus lecturas es su devoción, hombres de pasiones apagadas y maneras severas [...]. Este mundo no está hecho para quienes no sienten devoción. Y dime, oh, tú, Arjuna, ¿dónde hay otro?»^[87]. Ciertamente, no necesitamos estar siempre tranquilos y entretenidos como niños. Aquel que recurre a una novela fácil porque se siente lánguido haría mejor en echar una siesta. El aspecto frontal de los grandes pensamientos sólo puede ser disfrutado por quienes permanecen a un lado cuando éstos llegan. Libros que no nos ofrecen un pequeño disfrute, sino donde cada reflexión es de una audacia inaudita; libros que un hombre ocioso no leería, que no entretendrían al tímido; libros que incluso nos harían peligrosos para las instituciones existentes: a éstos los llamo yo buenos libros.

No todo aquello que está impreso y cosido es un libro, no necesariamente pertenece a las Letras, sino que más a menudo puede catalogarse junto a los otros

lujos y apéndices de la vida civilizada. Se nos intenta endosar los elementos más vulgares bajo miles de disfraces. Tal y como me dijo una vez un vendedor ambulante, «la mejor forma de comerciar es *cerrar el trato con éxito*», se trate de lo que se trate.

Ay de vosotros, rastreros mundanos, cuya sabiduría comercia
Donde la luz nunca ha puesto su rayo dorado^[88].

A través de un buen dominio de la escritura y de un arte consumado de la pluma, los libros se compilan astutamente, y tienen su tirada y su éxito incluso entre los instruidos, como si fuesen el resultado del pensamiento de un nuevo hombre y su nacimiento fuese esperado con dolores naturales. Sin embargo, sus cubiertas no tardan en despegarse, pues ninguna encuadernación servirá para encubrirlos, y se revela que no son Libros o Biblias en absoluto. Hay muchos inventos nuevos y patentados con forma de libro, que afirman existir para la elevación de la raza, que por un momento embaucan a numerosos eruditos y genios que se descubren leyendo obras que tratan sobre un rastrillo tirado por caballos, o la hiladora Jenny, o la nuez moscada, o un cigarro de hojas de roble, o una imprenta a vapor, o una estufa de cocina, cuando lo que estaban buscando eran verdades serenas y bíblicas.

Mercaderes, alzaos,
Y ofuscad la conciencia con vuestra mercancía^[89].

El papel es barato, y ahora los autores ya no tienen que borrar un libro antes de escribir otro. En lugar de cultivar la tierra para que dé trigo y patatas, cultivan la literatura, y ocupan un lugar en la República de las Letras. O puede que gusten de escribir por la fama pura y dura, como otros cultivan cosechas de grano para destilarlo y convertirlo en *brandy*. La mayoría de libros se escribe con prisas y tozudez, como partes de un sistema, para suplir una necesidad real o imaginaria. Los libros de historia natural buscan por lo general ser calendarios apresurados, o inventarios de las pertenencias de Dios, hechos por algún empleado. No enseñan en absoluto la visión divina de la naturaleza, sino la popular, o mejor dicho, el método popular de estudiar la naturaleza, y se limitan a conducir al pupilo perseverante, a toda prisa, a ese dilema en que siempre viven los profesores.

Hasta Atenas va entogado, y de aquella escuela
Vuelve, atontado, un necio más instruido^[90].

En verdad enseñan los elementos de la ignorancia, que no del conocimiento, ya que, para hablar deliberadamente y con la vista puesta en las verdades más elevadas, no es fácil distinguir el conocimiento elemental. Existe un abismo entre el conocimiento y la ignorancia, y los puentes de la ciencia nunca podrán salvarlo. Un libro debería contener descubrimientos puros, destellos de *terra firma*, aunque lo escriban marineros naufragados, y no el arte de la navegación explicado por aquellos

que nunca han perdido de vista la tierra. Los libros no deben dar trigo y patatas, sino constituir la cosecha libre y natural de las vidas de sus autores.

Lo que he aprendido es mío; he tenido mis ideas,
Y nobles verdades me han enseñado las Musas^[91].

Los libros instruidos no nos instruyen demasiado; lo hacen, antes bien, los libros verdaderos, los sinceros, los humanos, los nacidos de biografías francas y honestas. La vida de un buen hombre difícilmente nos mejorará más que la vida de un saqueador, pues las leyes inevitables se muestran con la misma sencillez en la infracción y en el cumplimiento, y nuestras vidas están sostenidas por una cantidad prácticamente igual de algún tipo de virtud. Mientras viva, el árbol en descomposición pedirá la misma cantidad de sol, viento y lluvia que el árbol verde, pues segrega savia y realiza las funciones de la salud. Si así lo decidimos, podemos limitarnos a estudiar la albura, pero el tocón nudoso tiene un capullo tan tierno como el del arbusto.

Dejadnos al menos tener libros sanos, un sólido rastrillo tirado por caballos y una estufa de cocina que no esté agrietada. No dejemos que el poeta derrame lágrimas sólo por el bien público. Debería ser igual de vigoroso que el arce de azúcar, que tiene suficiente savia para mantener su propio verdor, además de la que va a parar a los abrevaderos, y no como la vid, que cuando se la corta en primavera no da frutos, sino que se desangra hasta la muerte intentando curar sus heridas. El poeta es aquel que tiene suficiente grasa, al igual que los osos y las marmotas, como para lamer sus garras durante todo el invierno. Hiberna en este mundo, y se alimenta de su propio tuétano. Cuando caminamos sobre los pastos nevados, nos encanta pensar en esos soñadores felices que yacen bajo tierra, en los lirones y en todas esas razas de criaturas dormidas que tienen tal exceso de vida envuelto en gruesos pliegues de pelaje, inmunes al frío. ¡Ay!, el poeta también es, en cierto sentido, una suerte de lirón desaparecido en barrios invernales de pensamientos profundos y serenos, insensible a las circunstancias que lo rodean; sus palabras son el relato de su memoria más antigua y elevada, una sabiduría sacada de la experiencia más remota. Mientras tanto, otros hombres llevan una existencia hambrienta, como los halcones, que se mantienen en el aire confiando en cazar, de cuando en cuando, algún gorrión.

Los ensayos y poemas que ya existen, frutos de esta tierra, no han sido escritos en vano. Y, sin embargo, podríamos guardarlos todos tranquilamente en nuestro cofre^[92]. Si los dioses transmitiesen su propia inspiración en vano, éstos podrían pasarse por alto entre la multitud. Pero no cabe duda de que los acentos de verdad acabarán siendo escuchados tanto en la tierra como en el cielo. Ya parecen antiguos, y en cierta medida han perdido las huellas de su nacimiento moderno. Aquí están quienes

Desean aquello que es la luz de toda nuestra vida,
La comprensión perpetua, real y límpida^[93].

Recuerdo unas cuantas frases que brotan como la hierba en su pasto autóctono, donde sus raíces nunca fueron perturbadas, como si no hubiesen sido esparcidas sobre un dique arenoso; frases que responden a la oración del poeta:

Déjanos poner un justo
Precio al conocimiento, para que el mundo pueda confiar
En las palabras del poeta, y no siga afirmando que
Cada arte es aduladora de sí misma^[94].

¿Acaso no participábamos, en nuestro puerto natal, en los pacíficos juegos del Lyceum^[95], que marcarían el inicio de una nueva era para Nueva Inglaterra, como ya hicieron los Juegos en Grecia? Pues, si Heródoto llevó su historia a Olimpia para ser leída, después del pancracio y la carrera, ¿no hemos escuchado nosotros esas historias recitadas aquí, leídas por nuestros compatriotas, que de cuando en cuando nos hacen olvidar Grecia? También la filosofía tiene aquí su jardín y su pórtico, y en estos días presentes no están completamente desiertos.

Últimamente el vencedor, al que todos los Píndaros alaban, ha ganado una nueva palma, compitiendo contra

Vates olímpicos que cantaban
Ideas divinas en la tierra,
Que nos encuentran siempre jóvenes,
Y siempre así nos conservan^[96].

¡¿Qué tierra o mar, montaña o río, manantial o bosquecillo de las Musas, está a salvo de su mirada apasionada y siempre vigilante, que se desvía del camino marcado por Febo^[97], visita lugares insólitos, hace brillar a los gélidos hiperbóreos, retorcerse a la vieja serpiente polar, retroceder y esconderse a los Nilos?!

Ese Faetón de nuestros días,
Que podría crear otra vía láctea,
Y quemar el mundo con su rayo;

Para nosotros profeta indiscutido,
Que rozaría con su carro en llamas
Nuestra trémula esfera mortal,

Deshonrando nuestro poco valor,
Y chamuscando la tierra viva
Para demostrar su casta divina.

Los radios de plata, las ruedas doradas
Brillan con un fuego inaudito,
Acercándose siempre más y más;

Los pivotes y el eje están derretidos,

Salen volando los radios plateados,
¡Ah, el carro de su Padre quedará destrozado!

¿Quién le dejó estos corceles que no sabe dominar?
Ahora el sol dejará de brillar por un año,
Y luego todos pareceremos etíopes.

Por sus

Labios de astucia cayó
El apasionante oráculo délfico^[98].

Y aun así, a veces,

No debería importarnos que a nuestros oídos llegase
Algo menos de astucia, y algo más de oráculo.

Es Apolo brillando ante ti. Oh, Contemporáneo excepcional, déjanos tener calores remotos. Danos la belleza sutil y celestial, por breve que sea, que todo lo atraviesa y no mora en el verso, como el agua pura, que no hace sino reflejar los matices de la uva en su racimo. Deja soplar los épicos vientos alisios, y detén este vals de inspiraciones. Permítenos con más frecuencia sentir en nuestras mejillas el lebeche, por suave que sea, soplando desde el cielo de los indios. ¿Qué nos importa perder un millar de meteoritos caídos del cielo, si las profundidades celestiales, si el polvo estelar y las indisolubles nebulosas permanecen? ¿Qué nos importa perder un millar de sabias respuestas del oráculo, si a cambio podemos tener unos cuantos acres naturales de tierra jónica?

Aunque sabemos de sobra

Que no está en mano de los reyes [o de los presidentes] consagrar
Al verso a un espíritu que no ha nacido a tal efecto,
Y que éstos no nacen durante el reinado de todos los príncipes^[99].

Y a pesar de todos los elogios cantados durante el «reinado de Isabel», tenemos pruebas de que los poetas también pueden nacer y cantar en *nuestros* días, durante la presidencia de James K. Polk^[100],

Y de que los inmensos poderes de la rima inglesa
No quedaron confinados en el pacífico reinado de *aquella*.

¡La profecía del poeta Daniel ya se ha cumplido con creces!

¿Y quién sabe hacia dónde acabaremos soplando
El tesoro de nuestra lengua? ¿A qué costas extranjeras
Debería viajar este obsequio de nuestra mejor gloria,
Para enriquecer a naciones ignaras con nuestra ofrenda?
Qué mundos de este Occidente aún sin forma
Quedarían refinados con estos acentos que son nuestros.

Ya se ha hablado mucho sobre el encanto de la escritura fluida, y más de una vez escuchamos la queja de que algunas obras geniales que albergan ideas exquisitas son sin embargo irregulares y carecen de fluidez. No obstante, incluso las cimas de las montañas en el horizonte son, a ojos de la ciencia, partes de una cadena. Deberíamos pensar que el flujo de pensamiento se parece más a un maremoto que a un río que fluye desde la montaña, y que es el resultado de una influencia celestial, y no de un determinado grado de inclinación en su cauce. El río fluye porque va montaña abajo, y lo hace a mayor velocidad cuanto mayor sea el declive. El lector que espera flotar con la corriente durante todo el viaje podría acabar quejándose del oleaje nauseabundo y de la agitación de las aguas cuando su frágil nave llegue al gran río del océano, que fluye hacia el sol y la luna de la misma manera que los ríos más pequeños fluyen hacia él. Si supiéramos apreciar la corriente que hay en estos libros, esperaríamos que se elevase desde la página como un efluvio y lavase nuestros cerebros críticos, fluyendo hasta niveles más elevados y alejados de nosotros. Hay muchos libros que ondean como una crecida, y fluyen con la misma naturalidad que el caz de molino que pasa bajo la calzada, y cuando sus autores están en la cresta de la ola de su discurso, Pitágoras y Platón y Jámblico se detienen junto a ellos. Sus frases largas, correosas y viscosas tienen una consistencia que las hace fluir juntas de manera natural. Se leen como si hubiesen sido escritas para militares, para hombres de negocios, pues tal es la urgencia que transmiten. En comparación con estos libros, los pensadores y los filósofos graves parecen no haberse librado aún de sus restricciones: son más lentos que un ejército romano en marcha, cuya retaguardia acampa esta noche donde ayer lo hiciera la vanguardia. El sabio Jámblico se arremolina y resplandece como un cenagal acuoso.

¿Cuántos miles de hombres nunca oyeron hablar de
De Sidney, o de Spenser^[101], o de sus libros?
Y aun así son tipos valientes, que presumen de fama,
Y parecen someter a todo el mundo con su mirada.

Una vez preparado el escritor agarra la pluma y grita: «¡Adelante! ¡Álamo y Fannin!», y luego llega la marea de la guerra. Las propias murallas y cercas parecen viajar. Sin embargo, ni siquiera el trote más rápido es un flujo. Y hasta allí, lector — al menos tú y yo—, no llegaremos.

Es cierto: una frase perfectamente sana es hartamente excepcional. La mayor parte de las veces perdemos el matiz y la fragancia del pensamiento, como si pudiese satisfacernos el rocío de la mañana o de la tarde sin sus colores, o el cielo sin su azul. Quizá las frases más atractivas no sean las más sabias, sino las más certeras y completas, pronunciadas de manera firme y concluyente, como si el hablante tuviese derecho a saber lo que dice, y si no son del todo plenas de sabiduría, al menos han sido bien aprendidas. *Sir* Walter Raleigh^[102] bien podría ser estudiado únicamente por la excelencia de su estilo, pues destaca entre otros muchos maestros. Hay un

énfasis natural en él, como el de una pisada humana, y un espacio para respirar entre sus frases, que ni siquiera lo mejor de la escritura moderna puede ofrecer. Sus capítulos son como los parques ingleses, o mejor dicho, como un bosque occidental, donde los árboles más grandes evitan que crezca la maleza, de suerte que sus claros pueden atravesarse cómodamente a lomos de un caballo. Todos los escritores distinguidos de aquel periodo poseen más naturalidad y vigor que los modernos —y es que nos está permitido difamar a nuestro propio tiempo—, y cuando leemos una cita de uno de ellos en el texto de un autor moderno, nos parece haber llegado de repente a un campo más verde, a una profundidad más oscura, a un terreno más sólido. Es como si una rama joven cruzase la página y su visión nos refrescase, como cuando vemos la hierba húmeda en pleno invierno o recién entrada la primavera. Encontramos siempre la garantía de la vida y la experiencia en aquello que leemos. Lo poco que se dice basta para implicar lo mucho que se ha hecho. Esas frases son verdes como los árboles de hoja perenne, pues están arraigadas en los hechos y en la experiencia. En cambio, nuestras frases falsas y floridas sólo tienen los colores de las flores sin savia ni raíces. Todos los hombres se sienten atraídos por la belleza de la oralidad, e incluso escriben con un estilo que trata de imitarla. Prefieren que no se les entienda a que sus palabras se queden cortas en exuberancia. Hussein Effendi alababa el estilo epistolar del pachá Ibrahim al dirigirse al viajero francés Botta^[103], habida cuenta de «la dificultad a la hora de entenderlo». Según él, «sólo había una persona en Yeda capaz de entender y explicar la correspondencia del pachá». La vida entera de un hombre se grava con relación a la mínima cosa bien hecha. Es su resultado neto. Cada frase es el efecto de un largo periodo de prueba. ¿Dónde habríamos de buscar el inglés estándar, si no en las palabras de un hombre estándar? La palabra mejor dicha estuvo muy cerca de no ser pronunciada en absoluto, pues es prima hermana de una acción que el hablante podría haber realizado. De hecho, es muy probable que dicha palabra ocupase el lugar de la acción por una necesidad urgente, incluso por culpa de algún infortunio, de suerte que el escritor más real tal vez sea en realidad algún caballero cautivo. Y puede que los Hados, tras haber dotado tan suntuosamente a Raleigh con la sustancia de la vida y la experiencia, decidiesen hacerlo prisionero, obligándole a convertir sus hechos en palabras, a poner en su expresión el énfasis y la sinceridad de su acción.

Los hombres muestran un respeto por la erudición y el conocimiento que está muy por encima de su utilidad común. Nos divierte leer cómo Ben Jonson^[104] se comprometió para que las sosas mascaradas con las que se entretendría a la familia real y a la nobleza estuviesen «asentadas en la Antigüedad y en un conocimiento sólido». ¿Puede haber mayor reproche que un conocimiento ocioso? ¡Aprended al menos a cortar madera! El erudito rara vez recuerda la necesidad de conversar y trabajar con muchos hombres y cosas. El trabajo manual constante, que también acapara la atención, es sin duda el mejor método para acabar con la floritura y el sentimentalismo del estilo, tanto oral como escrito. Si hubiese trabajado duro de la

mañana a la noche, y aunque se quejase de que durante ese tiempo no ha podido estar observando el tren de sus pensamientos, las pocas y apresuradas líneas que por la noche dejen constancia de la experiencia de su día serán más musicales y auténticas que las que hubieran podido adornar su fantasía más libre y ociosa. Está claro que el escritor dirige sus palabras a un mundo de trabajadores, con lo que ésa ha de ser su propia disciplina. Quien tiene madera que cortar y amarrar antes de que caiga la noche durante los breves días de invierno no holgazaneará con su trabajo. Antes bien, cada hachazo será certero, y sonará con sobriedad a través del bosque. Y también los hachazos de la pluma del erudito, que por la noche registra la historia del día, sonarán con sobriedad, aunque alegremente, al oído del lector, mucho después de que los ecos de su hacha se hayan apagado. El erudito puede cerciorarse de que escribe la verdad más dura merced a los callos de sus manos, que dan firmeza a la frase. De hecho, la mente nunca hace un esfuerzo enorme y exitoso sin la correspondiente energía del cuerpo. A menudo nos sorprenden la fuerza y la precisión estilística que los hombres trabajadores, no versados en la escritura, alcanzan sin problemas cuando se les pide que hagan el esfuerzo. Como si la sencillez, el vigor, la sinceridad, ornamentos del estilo, se aprendiesen mejor en la granja y en el taller que en las escuelas. Las frases escritas por esas manos ásperas son correosas y duras, como las sandalias bien curtidas, los tendones del ciervo o las raíces del pino. Por lo que respecta a la elegancia en la expresión, ningún gran pensamiento vestirá un traje raído, y aunque salga de los labios de los wólof, las nueve Musas y las tres Gracias habrán conspirado para vestirlo con una frase digna. Su educación siempre ha sido liberal, y la sensatez que implica puede abastecer a toda una universidad. El mundo, que los griegos llamaban «Belleza», ha llegado hasta su estado actual despojándose poco a poco de todo ornamento que no estuviese hecho para sobrevivir. La sibila, «que habla por una boca inspirada, sin sonrisa, sin ornamentos, sin perfumes, perfora los siglos con el poder de un dios^[105]». El erudito podría emular con frecuencia el decoro y el énfasis de la llamada del agricultor a su yunta, y confesar que si dicha llamada se plasmase por escrito superaría sus trabajosas frases. ¿De quién son las frases realmente *trabajosas*? Abandonamos gustosos las frases débiles y endebles del político y el literato para pasar a la descripción del trabajo, al sencillo registro de las tareas mensuales en el almanaque del agricultor, que restaura nuestro tono y nuestro ánimo. Una frase debería leerse como si su autor, de haber manejado un arado en lugar de una pluma, pudiese trazar con ella un surco profundo y recto hasta el final. El erudito necesita un trabajo duro y serio para dar ímpetu a su pensamiento. Aprenderá a agarrar la pluma con firmeza, a blandirla con elegancia y eficacia, como si de un hacha o una espada se tratase. Cuando pensamos en las frases débiles y sosas de ciertos literatos, que sólo por casualidad se asemejan en altura y peso a los estándares de su raza, nos quedamos sorprendidos por el inmenso desperdicio de músculos y tendones. ¡Cómo! ¡¿Con estas proporciones, con estos huesos, ése es su trabajo?! ¿Unas manos que podrían haber derribado a un buey han elaborado esta materia

frágil, que ni siquiera habría supuesto esfuerzo para los finos dedos de una dama? ¿Puede esto ser el trabajo de un hombre hecho y derecho, con tuétano en los huesos y un tendón como el de Aquiles en el talón? A quienes levantaron los megalitos de Stonehenge les bastó con desplegar una vez su fuerza y estirar los músculos para crear algo así.

Sin embargo, y después de todo, el trabajador realmente eficaz no abarrotará su día de trabajo, sino que pasará por su tarea envuelto en un amplio halo de comodidad y ocio, y no hará sino aquello que más le agrada. Sólo está ansioso por las semillas fructíferas del tiempo. Aunque la gallina se sienta durante todo el día, sólo podrá poner un huevo y, además, no habrá recogido el material para otro. Dejemos que el hombre se tome el tiempo suficiente para realizar hasta la acción más trivial, aunque sólo sea cortarse las uñas. Los capullos crecen imperceptiblemente, sin prisa ni confusión, como si los cortos días de primavera fuesen una eternidad.

Puedes pasarte una vida afilando tu deseo,
Quien se *mantiene firme* no necesita *apresurarse*.

Ciertas horas no parecen hechas para emprender ninguna acción, sino para que en su interior tome aire la determinación. En lugar de abordar directamente la tarea que nos emociona, cerramos la puerta a nuestras espaldas y deambulamos con la mente preparada, como si la mitad del trabajo ya estuviese hecha. En esos momentos nuestra resolución está arraigándose en la tierra, como hacen las semillas, que primero lanzan un brote hacia abajo, que se alimenta de su propio albumen, y luego arrojan otro hacia arriba, hacia la luz.

Ciertos libros poseen un tipo de verdad y naturalidad sencilla que es muy difícil de encontrar, aunque sea en realidad algo común. Puede que no haya nada elevado en sus opiniones, nada elegante en su expresión, pero ofrecen ese discurso carente de afectación que escuchamos en el campo y en los valles. La sencillez es un mérito casi tan grande en un libro como en una casa, si el lector decide hospedarse en él. Comparte espacio con la belleza, y es un arte nobilísima. Algunos libros tienen sólo ese mérito. El erudito no está en condiciones de hacer que su experiencia más familiar llegue elegantemente en ayuda de su expresión. Muy pocos hombres pueden hablar sobre la Naturaleza, por ejemplo, con cierta veracidad. Sobrepasan su humildad de una forma u otra, y no le hacen ningún favor. No hablan en realidad por ella. La mayoría de estos hombres llora mejor de lo que habla, y podremos sacar algo más natural de ellos pellizcándoles que dirigiéndoles la palabra. La aridez con la que el leñador habla de sus bosques, manejándolos con la misma indiferencia que su hacha, es mejor que el entusiasmo comedido del amante de la naturaleza. Es mejor que la prímula a orillas del río sea una prímula amarilla, y nada más, en lugar de ser algo inferior. Aubrey dice de Thomas Fuller que la suya era «una cabeza siempre

activa, hasta el punto de que, mientras caminaba meditando antes de cenar, podía comerse una hogaza entera sin percatarse. La naturaleza le había dotado con una gran memoria, a la que añadió el arte de la mnemotecnia. Podía repetir hacia adelante y hacia atrás todos los carteles entre Ludgate y Charing Cross». Del Sr. John Hales dice que «adoraba Canarias» y fue enterrado «bajo un altar de mármol negro [...] con un epitafio demasiado largo». De Edmund Halley, que «a los dieciséis años podía distinguir las estrellas, y luego dijo que se consideraba un buen tipo»; de William Holder, quien escribió un libro sobre la manera de curar de un tal Popham, sordomudo, que «no seguía a ningún autor y que sólo consultó con la naturaleza^[106]». En la mayoría de los casos, los autores se limitan a consultar a todos los que han escrito antes que ellos sobre un tema, y su libro no es más que la suma de los consejos de muchos. En cambio, un buen libro nunca antes habrá sido anticipado, sino que el propio tema será, en cierto sentido, nuevo, y su autor, consultando a la naturaleza, no consultará sólo a aquellos que le han precedido, sino también a aquellos que pudieran seguirle. Siempre hay espacio y razones suficientes para un libro verdadero sobre cualquier tema, al igual que hay espacio para más luz en el día más brillante, pues cada rayo que se suma no interferirá con el primero.

Así íbamos procediendo río arriba, amoldando poco a poco nuestros pensamientos a las novedades, observando desde su plácido seno una nueva naturaleza y los nuevos trabajos de los hombres, y, como si nuestra confianza fuese en aumento, encontrando la naturaleza aún habitable, agradable, propicia. No seguíamos un camino marcado, sino el serpenteante curso del río, que era, como de costumbre, la ruta más corta para nosotros. Por suerte no teníamos negocios en aquella zona. El Concord rara vez había sido un *rivus*, sino apenas un *fluvius*, o algo entre *fluvius* y *lacus*. El Merrimack, en este punto, no era ni *rivus*, ni *fluvius*, ni *lacus*, sino más bien un *amnis*^[107], una crecida gradual, majestuosa y ondulante que se aproxima al mar. Podíamos incluso sentir empatía por su fuerte marea, que se dirigía a buscar fortuna en el océano, anticipándose al momento en que, «recibida en la sencillez de sus aguas libres», debería «hacer de las costas sus orillas»:

Campoque recepta

Liberioris aquæ, pro ripis litora pulsant^[108].

Por fin rodeamos un islote bajo y cubierto de arbustos, que llamamos Isla del Conejo, y sometido alternativamente al sol y a las olas, tan desolado como si se encontrase a varias leguas mar helado adentro, y nos encontramos en una parte del río más estrecha, cerca de los cobertizos y los patios para recoger la piedra conocida como «granito de Chelmsford», que se extrae en Westford y en los pueblos vecinos. Dejamos a nuestra derecha la Isla Wicasuck, con sus setenta acres de tierra, si no más, ubicada entre Chelmsford y Tyngsborough, y residencia predilecta de los indios.

Según la *Historia de Dunstable*: «Sobre el 1663, el hijo mayor de Pasaconaway [jefe de los penacook] fue enviado a la cárcel por un miembro de su tribu, a causa de una deuda de cuarenta y cinco libras contraída con John Tinker, que se había comprometido verbalmente a pagar. Para liberarlo de su encarcelamiento, su hermano Wannalancet y otros indios, propietarios de la Isla Wicasuck, la vendieron y pagaron la deuda^[109]». Sin embargo, el Tribunal General se la devolvió a los indios en 1665. Tras la marcha de los indios en 1683, la isla pasó a manos de Jonathan Tyng como pago por sus servicios a la colonia, pues había hospedado a una guarnición en su casa. La casa de Tyng no quedaba lejos de las cataratas de Wicasuck Falls. Gookin, que en su «Epístola dedicada a Robert Boyle» se disculpa por presentarle su «cuestión vestida con unas ropas salvajes», dice que al estallar la Guerra del Rey Felipe^[110] en 1675, siete «indios provenientes de Narragansett, Long Island y Pequod, que habían estado unas siete semanas trabajando con el Sr. Jonathan Tyng, de Dunstable, en el Merrimack, al saber de la guerra, echaron cuentas con su jefe y, tras recibir la paga, se marcharon sin que aquél lo supiera. Como estaban asustados, caminaban en secreto a través de los bosques, decididos a llegar hasta su país», pero fueron capturados por los indios cristianos y los ingleses de Marlboro y enviados a Cambridge^[111]. Sin embargo, poco después fueron puestos en libertad. Así eran los jornaleros a la sazón. Tyng fue el primer colono permanente de Dunstable, que luego abarcó lo que es ahora Tyngsborough y muchos otros pueblos. En el invierno de 1675, durante la Guerra del Rey Felipe, todos los demás colonos abandonaron el pueblo, pero «él», dice el historiador de Dunstable, «fortificó su casa y, aunque “se veía obligado a recibir la comida de Boston”, se asentó rodeado de salvajes enemigos, solo, en medio de la naturaleza, para defender su casa. Al considerar que la suya era una posición importante para la defensa de las fronteras, en febrero de 1676 solicitó ayuda a la Colonia», demostrando humildemente, según se colige de su petición, que, como vivía «en la casa más alta sobre el río Merrimack, descubierta ante el enemigo, pero tan bien ubicada que hace, como quien dice, de casa de vigilancia para los pueblos vecinos», podría ofrecer un importante servicio a su país, de poder contar únicamente con un poco de ayuda, «pues no había quedado», aseguraba, «ningún habitante en el pueblo, a excepción de mí». Así las cosas, solicita que «sus Señorías tengan a bien enviarle a *tres o cuatro hombres* para hacer de guarnición en la ya mencionada casa». Y lo hicieron^[112]. Aunque yo pienso que dicha guarnición se habría visto debilitada con la llegada de un solo hombre más.

Haz del Mastín tu perro guardián, para que ladre al ladrón,
Haz del valor el comandante en jefe de tu vida,
Haz de las trampillas tu baluarte, haz sonar las campanas,
Haz que la bala y la flecha muestren quién está dentro^[113].

Así pues, se ganó el título de primer colono permanente. En 1694 se aprobó una ley que decretaba «que todo colono que deserte de un pueblo por miedo a los indios

renunciará a todos sus derechos allí^[114]». Pero ahora, tal y como observo con frecuencia, un hombre puede desertar en cualquier momento de los fértiles territorios fronterizos de la verdad y la justicia, que son las mejores tierras del Estado, por miedo o por enemigos mucho más insignificantes, sin renunciar a ninguno de sus derechos civiles. Es más, se entregan municipios a los huidos, y a veces no puedo por menos de considerar al Tribunal General como un campamento de desertores.

Mientras remábamos junto a la orilla de la Isla Wicasuck, que entonces estaba cubierta de árboles, para evitar la corriente, dos hombres, que parecían recién escapados de Lowell, donde habían caído en la emboscada dominical de camino a Nashua, y que ahora se encontraban en esa parte extraña y natural del planeta, sin cultivar ni colonizar —un lugar áspero y bruto, lleno de murallas y barreras—, al ver nuestro bote moverse con tanta suavidad río arriba, nos llamaron desde el alto margen para saber si podíamos llevarlos como pasajeros, como si la nuestra fuese la calle que no habían encontrado; así podrían sentarse y charlar y matar el tiempo, hasta llegar por fin a Nashua. Este camino tranquilo era su predilecto. Sin embargo, nuestro bote estaba abarrotado con accesorios necesarios, y se hundía ya bastante en el agua, además de necesitar que remásemos, pues no avanzaría contra la corriente sin esfuerzo. Así las cosas, nos vimos obligados a denegarles el pasaje. A medida que nos alejábamos a golpes de remo constantes, mientras los Hados esparcían aceite por nuestro camino y el sol se escondía tras los alisos de la orilla distante, aún podíamos verlos a lo lejos, sobre el agua, corriendo por la orilla y escalando rocas y árboles caídos como si de insectos se tratase —pues ellos, al igual que nosotros, no eran conscientes de estar en una isla—. El río fluía indiferente en la dirección opuesta. Luego, una vez alcanzada la desembocadura del riachuelo insular, que sin duda habían cruzado por las esclusas, más al sur, se toparon con una barrera más efectiva contra su progreso. Parecían estar aprendiendo muchas cosas en poco tiempo. Corrían de un lado a otro, como hormigas sobre un hierro de marcar incandescente, e intentaban una vez más cruzar el río por aquí o por allí, para constatar que, en efecto, aún no se podía caminar sobre las aguas, como si se les hubiese ocurrido alguna nueva idea y pensasen que colocando las piernas de una determinada forma podrían conseguirlo. Al final el sobrio sentido común pareció recuperar su influencia, y aquéllos concluyeron que lo que llevaban tanto tiempo escuchando debía ser cierto, y resolvieron vadear las aguas más bajas. Ya a casi una milla de distancia pudimos verlos quitarse la ropa y prepararse para el experimento. No obstante, parecía probable que se les presentase un nuevo dilema, habida cuenta de la inconsciencia con que estaban dejando la ropa en la orilla equivocada del río, como en la historia del campesino con el trigo, el zorro y el ganso, que tenían que ser transportados uno a uno. Nunca supimos si llegaron a salvo al otro lado o tuvieron que volver por las esclusas. No pudimos evitar quedarnos sorprendidos por la aparente, aunque inocente, indiferencia de la Naturaleza ante las necesidades de aquellos hombres, mientras que en otros lugares servía amablemente a otros. Como la verdadera

benefactora que es, el secreto de su servicio es la inmutabilidad. Y así es cómo el más ocupado de los mercaderes se ve obligado a adoptar las vestes del peregrino, aunque sea Lowell lo que ven sus ojos, y equiparse de bastón, morral y concha de vieira.

También nosotros, que nos encontrábamos en medio del río, estuvimos cerca de experimentar el destino del peregrino, al vernos tentados de perseguir lo que parecía un esturión o un pez más grande —pues recordábamos que éste era el «río esturión»—, cuyo lomo oscuro y monstruoso ora asomaba, ora se escondía en las aguas. Nos íbamos quedando cada vez más atrás, pero el pez mantenía su aleta bien a la vista, sin sumergirse, y parecía preferir nadar contracorriente, de modo que, pasase lo que pasase, no se nos podría escapar yendo hacia el mar. Al final, cuando estuvimos todo lo cerca que convenía, y teniendo cuidado para no recibir un coletazo, el pistolero de proa disparó su carga mientras que el hombre de popa mantenía la posición. Sin embargo, en uno de esos instantes cargados de significado, el monstruo con piel de fletán, sin abandonar en ningún momento su sube y baja y sin preludio o aviso alguno, tuvo a bien alzarse como un enorme mástil, colocado ahí como una boya para advertir a los marineros de la presencia de rocas sumergidas. Así pues, y echándonos las culpas recíprocamente, nos retiramos al punto hacia aguas más seguras.

El tramoyista creyó conveniente cerrar aquí el drama de este día, sin preocuparse de esas armonías que tanto valoramos los mortales. Nunca sabremos si aquello hubiese acabado en tragedia, en comedia, en tragicomedia o al estilo pastoral. Ese domingo concluyó con la puesta del sol, dejándonos tranquilos sobre las olas. Los navegantes disfrutaban de un crepúsculo más largo y brillante que quienes están en tierra, pues aquí el agua, amén de la atmósfera, absorbe y refleja la luz, y una parte del día parece quedarse hundida bajo las olas. La luz fue abandonando poco a poco las aguas oscuras, y también el aire más profundo, y el crepúsculo se cernió sobre los peces y también sobre nosotros, aunque de manera más sombría y melancólica sobre ellos, pues su día es un crepúsculo perpetuo, aunque lo bastante claro para sus ojos débiles y acuosos. Ya han tocado a vísperas en varias capillas lúgubres río abajo, donde las sombras de las hierbas se extienden sobre el suelo arenoso. La lota vespertina ya había empezado a revolotear con su aleta de cuero, y los cotilleos de los peces se fueron retirando desde la calle fluvial a los riachuelos, las calas y otros recovecos privados, excepción hecha de unos cuantos ejemplares de aleta fuerte que, anclados en el río, luchaban contra la marea incluso en sueños. Entretanto nosotros, cual negra nube nocturna, flotábamos sobre la bóveda de su cielo, haciendo aún más oscuras las sombras sobre sus campos inundados.

Al llegar a un lugar retirado, donde el río se extendía hasta alcanzar las sesenta varas de anchura, montamos nuestra tienda en la orilla occidental, en Tyngsborough, justo al lado de unos terrenos con ciruelos marítimos que ya estaban casi maduros, donde la pendiente era almohada suficiente. Y con el mismo trajín que los marineros que tocan tierra, trasladamos todos los objetos necesarios del bote a la tienda y

colgamos una lámpara dentro: nuestra casa estaba lista. Con una piel de búfalo extendida sobre la hierba y una manta para taparnos, nuestra cama pronto estuvo hecha. Un fuego crepitaba alegremente ante nuestra entrada, tan cerca que podíamos cuidarlo sin poner un pie fuera. Después de cenar, apagamos la llama, cerramos la lona y, como si estuviésemos rodeados del confort doméstico, nos quedamos despiertos para leer el *Diccionario geográfico*, y así conocer nuestra latitud y longitud, escribir nuestro diario de viaje, o escuchar el viento y el ondear del río hasta ser vencidos por el sueño. Allí estábamos, bajo un roble a orillas del río, junto al maizal de algún agricultor, buscando el descanso y olvidando dónde estábamos —que nos veamos obligados a olvidar nuestros anhelos cada doce horas es una gran bendición—. Visonos, ratas almizcleras, ratones de campo, marmotas, ardillas, mofetas, conejos, zorros y comadreas, todos vivían en los alrededores, pero permanecieron escondidos mientras estábamos aquí. El río, con sus remolinos y sus olas, fluyó toda la noche hacia los mercados y el litoral, sin que se reflejara en él ninguna pequeña empresa. En lugar de la inmensidad escita de la noche de Billerica, y sus melodías salvajes, nos mantuvo despiertos el bullicioso ajeteo, que nos llegaba a través del agua, de varios trabajadores irlandeses en la vía férrea, que aún no se habían cansado ni descansado en aquel séptimo día, y que no acabarían de trajinar de un lado a otro de las vías, con una velocidad cada vez mayor y unos gritos siempre intensos, hasta altas horas de la noche.

Esa noche, uno de los marineros recibió en sueños la visita de los Destinos Malignos, y de todas esas fuerzas que son hostiles a la vida humana, que constriñen y oprimen las mentes de los hombres, y hacen que su camino parezca difícil y estrecho, y lo acosan con peligros, de suerte que hasta las empresas más inocentes y valiosas parecen una insolencia que tienta a la suerte, que no tiene a los dioses de su lado. En cambio el otro, felizmente, pasó una noche serena e incluso celestial o inmortal, y su reposo fue sin sueños —o, en todo caso, sólo quedó la atmósfera de los sueños agradables—; un reposo natural y feliz hasta la mañana siguiente. Su espíritu alegre reconfortó y tranquilizó al de su hermano, pues siempre que se enfrentan, el Buen Genio sin duda prevalece.

LUNES



Pienso en tocar también
El mundo que se renueva cada día,
Y así lo haré siempre que pueda.

John Gower, *Confesión del amante*

Del gran *sheriff* de Nottingham
Nunca te olvides.

Baladas de Robin Hood

Disparó su arco sin apuntar,
Mas la flecha no voló en vano,
Pues encontró a uno de los hombres del *sheriff*,
Y William, el de Trento, fue muerto.

Baladas de Robin Hood

Escrutaba los Cielos en busca de lo que
se había perdido en la Tierra.

William Browne, *Britannia's Pastorals*^[1]

Cuando el primer rayo de luz amaneció sobre la tierra, y los pájaros se despertaron, y se escuchó al valiente río ondear confiado en dirección al mar, y se levantó la primera brisa, haciendo crujir las hojas de roble junto a nuestra tienda, todos los hombres, tras fortalecer cuerpo y alma con el sueño, y dejar de lado la duda y el miedo, fueron invitados a embarcarse en aventuras inesperadas.

Los intrépidos caballeros
Visten al amanecer
Su brillante armadura
Para enfrentarse al enemigo.
El bravo corcel cabalga
Sobrellevado por el valor, pavoneándose,
Y piafa contra la tierra;
La noche está a punto de acabar^[2].

Uno de nosotros llevó el bote a la orilla de enfrente, que era llana y accesible, a un cuarto de milla de distancia, para vaciar el agua y limpiar el barro, mientras que el otro encendía un fuego y preparaba el desayuno. A primera hora de la mañana estábamos de nuevo en marcha, remando a través de la niebla al igual que ayer. El río ya estaba despierto y un millón de olas se arremolinaba para recibir al sol cuando

apareciese. Los campesinos, renovados tras su día de asueto, ya trajinaban, y el transbordador había empezado a funcionar para los negocios semanales. En ese transbordador había más agitación que en la presa de un castor, y todo el mundo parecía ansioso por cruzar el río Merrimack por ese punto en concreto: niños con sus dos centavos envueltos en papel, presidiarios fugados y agentes con órdenes de arresto, viajeros de tierras lejanas que van a tierras lejanas, hombres y mujeres para los que el río Merrimack era un obstáculo. He ahí un carruaje en la mañana gris, sumido en la neblina; el viajero impaciente camina por la orilla húmeda, látigo en mano, gritando a través de la niebla al impasible Caronte, que se aleja en su barca, como si pudiese arrojar a ese pasajero por la borda y volver inmediatamente a por él. Ya le compensará. Está a punto de romper su ayuno en algún lugar invisible de la otra orilla. Podría ser John Ledyard^[3] o el Judío Errante. ¿Se puede saber de dónde salió en la noche neblinosa? ¿Y adonde irá a través del día soleado? Nos limitamos a observar su trayecto, importante para nosotros, olvidado para él, que transita durante todo el día. Son dos, puede que sean Virgilio y Dante. Pero cuando cruzaron el Estigia, nadie los vio navegando río arriba o abajo, que yo recuerde. Sólo es un *transjectus*, un viaje transitorio, como la vida misma, sólo los dioses longevos pueden navegar el río. Muchos de estos hombres de lunes son pastores, no cabe duda, y van en busca de sus parroquias con caballos alquilados y sermones en sus valijas, todos bien leídos y masticados, al día siguiente perdidos. Tras seis días de reposo, sus trayectos se cruzan por los caminos de todo el país como la urdimbre y la trama, elaborando una prenda de hilos sueltos. Se detienen a su antojo a los lados del camino para recoger nueces, bayas y manzanas. Buenos hombres de Dios, con el amor de los hombres en los corazones y los medios para pagar su peaje en los bolsillos. Nosotros sorteamos la cadena del transbordador sin dificultad, remando con la corriente: aquel día no pagamos peaje.

La niebla se disipaba y nosotros remábamos sin prisa junto a Tyngsborough, con el cielo claro y una atmósfera apacible, dejando atrás los hogares de los hombres y penetrando aún más en el territorio de la antigua Dunstable. Fue desde Dunstable, en aquel entonces pueblo de frontera, desde donde el famoso capitán Lovewell marchó junto a su compañía en busca de los indios, el 18 de abril de 1725. Era el hijo de «un abanderado del ejército de Oliver Cromwell, que llegó a este país y se instaló en Dunstable, donde murió a la avanzada edad de ciento veinte años». En palabras del viejo cuento infantil, contado desde hace unos cien años:

Él y sus valientes soldados rastrearon los bosques de cabo a rabo,
Padeciendo grandes penurias para sofocar el orgullo de los indios^[4].

En el espeso bosque de pinos de Pequawket se encontraron con los «indios rebeldes». Prevalecieron tras una batalla sangrienta, y los supervivientes volvieron a casa para disfrutar de la fama de su victoria. El Estado les concedió un municipio llamado Lovewell's Town, aunque ahora, por alguna razón, o quizá por ninguna, se

llama Pembroke.

No había más que treinta y cuatro de nuestros valientes ingleses,
Por ochenta cabezas entre las filas de los indios rebeldes.
Dieciséis de los nuestros volvieron a casa sanos y salvos,
Los demás fueron heridos y muertos, y a ellos los lloramos.
Nuestro valioso capitán Lovewell estuvo entre los caídos,
Mataron al coronel Robbins, e hirieron al buen joven Frye,
Que era nuestro capellán inglés; dieron muerte a muchos indios,
Y a algunos les arrancaron la cabellera mientras las balas volaban a su alrededor.

Nuestros valientes antepasados exterminaron a todos los nativos americanos, y sus hijos degenerados ya no viven en fuertes ni escuchan los gritos de guerra de los indios desde los caminos. Quizá estaría bien que hoy en día hubiese muchos «capellanes ingleses» que pudieran exhibir trofeos incuestionables de su valor como otrora hiciese el «buen joven Frye». Aún necesitamos ser pioneros tan robustos como Miles Standish^[5], o Church^[6], o Lovewell. Vamos a seguir otra ruta, cierto, pero está igual de expuesta a las emboscadas. ¿Y qué si los indios han sido exterminados, acaso no hay salvajes igual de feroces merodeando por los claros hoy en día?

Y tras enfrentarse a muchos peligros y dificultades por el camino,
Llegaron a Dunstable sanos y salvos el día 13 (?) de mayo.

Sin embargo, en absoluto «llegaron a Dunstable sanos y salvos el día 13», o el 15, o el 30 «de mayo». Eleazer Davis y Josiah Jones —ambos de Concord, pues nuestro pueblo natal tenía a siete hombres en esta batalla—, el coronel Farwell, de Dunstable, y Jonathan Frye, de Andover, todos ellos heridos, fueron dejados atrás, arrastrándose hacia los asentamientos. «Después de viajar varias millas, Frye se quedó rezagado y se perdió^[7]», aunque un poeta más reciente le asignó compañía durante sus últimas horas.

Era un hombre de hermosos rasgos,
Refinado y valiente, educado y amable;
Dejó las aulas sabias de la antigua Harvard
Para ir en busca de una tumba en lejanas tierras salvajes.

¡Ah! Ahora alza su brazo rojo de sangre;
Intenta levantar los párpados, que se cierran;
Y habla una vez más antes de morir,
Palabras de súplica y alabanza.

Pide al Cielo amable que conceda el éxito,
Que guíe y bendiga a los hombres del valiente Lovewell,
Y que cuando se derrame la sangre de sus corazones,
Los eleve a todos ellos hasta la felicidad.
[...]

El coronel Farwell cogió su mano,
Pasó el brazo por encima de su hombro,
Y dijo: «Valiente capellán, desearía que el

Cielo me hubiese hecho morir en tu lugar^[8]».

Farwell aguantó once días. «Dice la tradición», tal y como leemos en la *History of Concord*, «que al llegar a una laguna con el coronel Farwell, Davis se quitó uno de sus mocasines, lo cortó en tiras, ató un anzuelo, pescó varios peces, los frió y se los comieron. La comida restituyó sus fuerzas, pero fue perjudicial para Farwell, que murió poco después». Davis tenía una bala alojada en el cuerpo y la mano derecha destrozada por un disparo, pero parece que, aun con todo, había resultado mejor parado que su compañero. Llegó a Berwick tras catorce días fuera. También Jones tenía una bala alojada en el cuerpo y, al igual que Davis, llegó a Saco a los catorce días, aunque no en las mejores condiciones imaginables: «Había sobrevivido», dice un antiguo diario^[9], «alimentándose de las verduras que crecen de forma natural en el bosque. Las bayas que había comido se le salían por las heridas abiertas en su cuerpo». También fue el caso de Davis. Ambos llegaron por fin a casa, salvos aunque no sanos, y vivieron muchos años tullidos, disfrutando de sus pensiones.

Pero ¡ay de los indios tullidos y sus aventuras en los bosques!

Pues nos han contado que, de lo rápido y certero que cayeron,
Aquella noche apenas volvieron a casa sanos veinte de ellos^[10].

Del número de balas alojadas en sus cuerpos, de las bayas que comieron, de las Berwick o Saco a las que regresaron, y de las pensiones y municipios que les fueron otorgados, nada dice ningún diario.

En *History of Dunstable* se afirma que, justo antes de emprender su última marcha, Lovewell fue prevenido contra las emboscadas del enemigo, pero «él respondió “que no le importaban en absoluto”, y doblando el tronco de un pequeño olmo que había junto a él declaró que “eso mismo haría con los indios”. Dicho olmo aún permanece en pie [en Nashua], un árbol venerable y magnífico^[11]».

Mientras tanto, tras dejar atrás el tramo en forma de herradura de Tyngsborough, donde el río da una curva repentina hacia el Noroeste —pues, en un cierto sentido, nuestras reflexiones se habían adelantado a nuestro progreso—, nos fuimos adentrando en el campo y en el día, que acabó revelándose casi tan dorado como el precedente, aunque el ligero bullicio y la actividad del lunes penetraba incluso el paisaje. De cuando en cuando teníamos que concentrar toda nuestra energía en rodear algún punto donde el río se rompía en pequeñas olas contra las rocas y los arcos introducían sus ramas en el agua, pero solía haber una zona de remanso en el lateral, de la que nos aprovechábamos. En este tramo el río tenía unas cuarenta varas de ancho y quince pies de profundidad. En algunas ocasiones uno de nosotros caminaba junto a la orilla, examinando el campo y visitando las granjas más cercanas, mientras que el otro navegaba los meandros por su cuenta, hasta encontrarse con el compañero

en algún punto lejano y escuchar el relato de sus aventuras: cómo un agricultor presumía de la frescura de su pozo, cómo su mujer le ofrecía un vaso de leche al extranjero, o los niños se peleaban por el único punto transparente de la ventana para poder ver al hombre junto al pozo. Y es que aunque el campo parecía tan virgen, y no podíamos observar ninguna casa, encerrados entre los márgenes de aquel día soleado, no teníamos que viajar lejos para encontrar el lugar donde los hombres habitaban, como abejas salvajes, y habían excavado pozos en la arena suelta y la marga del Merrimack. Allí moraba el sujeto de las escrituras hebreas y de *El espíritu de las leyes*, donde una tenue columna de humo ascendía en espiral por el mediodía. Todo lo que se ha dicho sobre el ser humano, sobre los habitantes del Alto Nilo, y de los Sunderbuns^[12], y de Tombuctú, y del Orinoco, podía experimentarse aquí, donde estaban representadas todas las razas y tipos de hombres. Según Belknap, el historiador de Nuevo Hampshire, que escribió hace sesenta años, es posible que ya entonces viviesen aquí «nuevas luces^[13]» y hombres de ideas liberales. «La gente que habita a lo largo y ancho del estado», leemos, «profesa la religión cristiana de una forma u otra. Sin embargo, hay una suerte de *hombres sabios* que pretenden rechazarla, pero aún no han sido capaces de sustituirla por una mejor^[14]».

El otro viajero, mientras tanto, podía haber visto un halcón marrón, o una marmota, o una rata almizclera moviéndose bajo los alisos.

De cuando en cuando nos parábamos a descansar a la sombra de un arce o un sauce, y tomábamos melón como tentempié, mientras disfrutábamos contemplando el paso del río y de la vida humana. Y al igual que esa corriente, con sus ramitas y sus hojas flotantes, todas las cosas pasaban revista ante nosotros, mientras que lejos de allí, en los pueblos y mercados asomados a este mismo río, la vieja rutina seguía su tranquilo curso. En efecto, tal y como dice el poeta^[15], existe una marea en los asuntos de los hombres, y a medida que las cosas fluyen y circulan, el reflujo siempre equilibra el flujo. Todos los ríos son meros afluentes del océano, el único que no mana, y sus costas permanecen sin cambios, pero en periodos más grandes de lo que el hombre puede medir. Adondequiera que vayamos, sólo descubriremos infinitos cambios en los elementos particulares, y no en los generales. Cuando entro en un museo y contemplo a las momias envueltas en sus vendajes de lino, veo que las vidas de los hombres empezaron a necesitar una reforma desde el momento mismo en que comenzamos a caminar sobre la tierra. Salgo a las calles y conozco a hombres que declaran que la hora de la redención de la raza está cerca. Sin embargo, de la misma manera que los hombres vivían en Tebas, viven ahora en Dunstable. «El tiempo se bebe la esencia de toda acción grande y noble que ha de ser realizada y cuya ejecución se retrasa^[16]». Eso dice Visnú Sharma. Y nosotros vemos cómo los conspiradores vuelven una y otra vez al sentido común y al trabajo. Así lo demuestra la historia.

Aunque no pongo en duda que a través de los años crezca un objetivo elevado,

Y que las mentes de los hombres crezcan con las puestas y salidas de los Soles^[17].

Hay artículos secretos en nuestros tratados con los dioses, de una importancia superior al resto, que el historiador nunca podrá conocer.

Hay muchos aprendices habilidosos, pero pocos maestros artesanos. En todos los ámbitos —en la educación, en la moral, en el arte de vivir— observamos una misma práctica sabia, encarnada por muchos filósofos antiguos. ¿Quién no ve que las herejías llevan un tiempo prevaleciendo, que ciertas reformas ya se han producido? Toda esta sabiduría mundana podría concebirse como la otrora mal vista herejía de algunos hombres sabios. Ciertas ventajas que no hemos tenido lo suficientemente en cuenta se han hecho un hueco en la tierra. Así pues, también quienes construyeron por primera vez estos establos y despejaron estas tierras tenían valor. Las épocas abruptas y los abismos se ven atenuados por la historia de la misma manera que las irregularidades de la llanura quedan ocultas con la distancia. Sin embargo, a menos que hagamos algo más que limitarnos a aprender el oficio de nuestro tiempo, no seremos más que aprendices, y no maestros del arte de vivir.

Ahora que escupimos estas semillas de melón, ¿cómo podemos evitar sentirnos culpables? Quien se come la fruta debiera al menos plantar la semilla. Sí, a ser posible una semilla mejor que la de la fruta de la que ha disfrutado. ¡Semillas! Hay infinidad de ellas que sólo necesitan mezclarse con la tierra en la que yacen, mediante una voz o una pluma inspirada, para dar frutos de un sabor divino. ¡Ah, despilfarrador! Salda tu deuda con el mundo, no te comas la semilla de las instituciones, como hacen los opulentos, mas plántala, y aliméntate de la pulpa y del tubérculo para subsistir, y así, quizá pueda encontrarse al fin una variedad digna de conservarse.

Hay momentos en que toda la ansiedad y el trabajo duro se calman con el ocio y el reposo infinito de la naturaleza. Todos los trabajadores han de tener su descanso al mediodía, y en este momento de la jornada todos somos, en mayor o menor grado, asiáticos, y abandonamos todo trabajo y reforma. Así pues, mientras nos apoyábamos en los remos bajo el calor del mediodía, con nuestro bote flotando en el lateral del río, sujeto por un mimbre que pasamos a través del gancho de la proa, y cortábamos los melones, que son una fruta oriental, nuestras mentes se dirigían a Arabia, a Persia y al Indostán, tierras de la contemplación y hogar de las naciones meditativas. Al experimentar aquel mediodía podíamos encontrar cierta disculpa incluso para los mascaradores de opio, betel y tabaco. El monte Sabér^[18], según el viajero y naturalista francés Botta^[19], es famoso porque en él crece el qat^[20], «cuyas suaves ramitas y hojas tiernas se comen», dice el reseñista, «y producen una agitación agradable y relajante, que recupera del cansancio, evita el sueño y propicia el disfrute de la conversación». Pensamos que también nosotros podríamos llevar una digna vida oriental en este río, y que los arces y los alisos serían nuestros qats.

Resulta hartamente placentero evadirse de cuando en cuando de la inquieta casta de los

reformistas. ¿Y qué si existen ciertas quejas? También existimos vosotros y yo. ¿Creéis que a las gallinas cluecas, que pasan el día sentadas en un hueco entre el heno, sin ocupación activa, les molesta el hastío de estos largos días de verano? A juzgar por el tenue cloqueo que llega desde las granjas distantes, me parece que la señora Naturaleza aún está interesada en saber cuántos huevos ponen sus gallinas. El Espíritu Universal, que así se le llama, está interesado en el amontonamiento del heno, la alimentación del ganado y el drenaje de las turberas. Lejos, en Escitia, en la India, elabora mantequilla y queso. Imaginemos que los recursos de todas las granjas se agotasen, y nosotros los jóvenes tuviésemos que comprar viejas tierras y recuperarlas: los implacables oponentes de la reforma guardan por doquier un extraño parecido con nosotros; o a lo mejor son un puñado de ancianas y ancianos solteros que se sientan alrededor del hogar de la cocina a escuchar el silbido del hervidor. «A menudo los oráculos conceden la victoria a nuestra elección, y no sólo al orden de los periodos mundanos. Como cuando, por ejemplo, dicen que nuestras penas voluntarias germinan en nosotros y crecen al ritmo de la vida que llevamos^[21]». La reforma de la que habláis puede acometerse cualquier mañana, antes incluso de desatancar nuestras puertas. No tenemos que apelar a ninguna convención. Cuando dos vecinos que antes comían trigo empiezan a comer pan de maíz, a los dioses se les dibuja una sonrisa de oreja a oreja, pues les resulta muy agradable. ¿Por qué no lo intentáis? No me permitáis que os lo impida.

Hay reformistas teóricos en todas las épocas y en todos los lugares del mundo, que viven de la anticipación. Wolff, que viajó por los desiertos de Bokhara^[22], dice: «Otro grupo de derviches se acercó hasta mí y apuntó: “Llegará el día en que no haya diferencia entre ricos y pobres, entre alto y bajo; el día en que la propiedad, incluso mujeres e hijos, será común”»^[23]. Pero yo siempre me pregunto: ¿Y qué? Los derviches de los desiertos de Bokhara y los reformistas de la capilla de Marlboro^[24] cantan la misma canción: «Los buenos tiempos se acercan, chicos^[25]». Pero alguien del público preguntó, de buena fe: «¿Podéis concretar la fecha?», y yo añadí: «¿Contribuiréis a su llegada?».

La despreocupación y el *dolce far niente* de la naturaleza y la sociedad se dejan ver en infinidad de momentos del progreso de la raza humana. En todos los estados, desde Maine a Tejas, la gente tiene tiempo para reírse con los chistes de los periódicos, y en Nueva Inglaterra se estremece con los malentendidos que provienen de los círculos australianos, mientras que el pobre reformista no logra reunir una audiencia.

Los hombres no suelen fracasar por falta de conocimiento, sino porque carecen de la prudencia suficiente para dar preferencia a la sabiduría. Lo que tenemos que saber, en cualquier caso, es muy sencillo. Es facilísimo establecer una rutina duradera y armoniosa: inmediatamente todos los elementos de la naturaleza se pondrán de acuerdo. Basta con que sustituyamos una cosa por otra, y los hombres se comportarán como si eso fuese justo lo que querían. Están *obligados* a comportarse, pase lo que

pase, y a trabajar cualquier material. Siempre hay una vida presente y existente, ya sea mejor o peor, a cuya conservación todos colaboramos. Eso sí, remendarnos, amigos míos, habría de ser una tarea lenta. «Y, de acuerdo con el oráculo, no dar con prisas ningún paso trascendente hacia la piedad^[26]». El lenguaje de la excitación es, en el mejor de los casos, meramente pintoresco. Hay que estar tranquilo antes de poder pronunciar oráculos. ¿Qué era la excitación de las sacerdotisas délficas en comparación con la sabiduría tranquila de Sócrates, o de cualquier otro sabio? El entusiasmo es una serenidad sobrenatural.

Los hombres descubren que la acción es algo
Distinto a lo que leen en sus discursos escritos;
Para manejar los asuntos del mundo se necesitan
Más artes de las que vosotros, los clérigos, conocéis^[27].

Al igual que ocurre en la geología, en las instituciones sociales podemos descubrir las causas de todos los cambios pasados en el orden presente e invariable de la sociedad. Las mayores revoluciones físicas perceptibles son obra del aire ligero, el agua sigilosa y el fuego subterráneo. Aristóteles dijo: «Puesto que el tiempo nunca cesa y el universo es eterno, ni el Tanais ni el Nilo pueden haber fluido desde siempre^[28]». Somos independientes del cambio que detectamos. Cuanto más larga sea la palanca, menos perceptible es el movimiento. Cuanto más lenta sea la pulsación, más vital resulta. El héroe sabrá cómo esperar, y también cómo darse prisa. Todo el bien se queda con aquel que sabe esperar sabiamente. Tardaremos menos en reencontrarnos con el amanecer permaneciendo aquí que corriendo en dirección a las colinas del Oeste. Tened claro que el éxito de cada hombre está en proporción a su capacidad *media*. Las flores de la pradera brotan y florecen allí donde las aguas depositan cada año su limo, y no sólo cuando las alcanza alguna crecida. Un hombre no es su esperanza, ni su desesperación, ni tampoco sus acciones pasadas. Aún no sabemos lo que hemos hecho, y mucho menos lo que estamos haciendo. Esperemos hasta la noche, y veremos brillar otras partes de nuestro trabajo diario, de las que nada sabíamos a mediodía, y descubriremos la verdadera intención de nuestro esfuerzo. De la misma manera que el agricultor que, llegado al final del caballón, mira hacia atrás, y es entonces cuando mejor puede ver las partes de tierra prensada que más brillan.

Para alguien que acostumbra a esforzarse para contemplar el verdadero estado de las cosas, el estado político difícilmente podrá existir, pues le parece irreal, increíble e insignificante. Esforzarse en extraer la verdad de tan magro material es como hacer azúcar con jirones de lino cuando se dispone de caña de azúcar. En términos generales, las noticias políticas, ya sean nacionales o extranjeras, podrían escribirse hoy para los próximos diez años con exactitud suficiente. La mayoría de las revoluciones de la sociedad no tiene el poder de interesarnos, por no hablar ya de

alarmarnos. Pero decidme que nuestros ríos se están secando, o que los pinos están muriendo en nuestros bosques, y quizá preste atención. La mayoría de acontecimientos registrados en la historia es más excepcional que importante, como los eclipses del sol y la luna, que nos fascinan, pero cuyos efectos nadie se toma la molestia de calcular.

«Pero ¿estará el Gobierno alguna vez tan bien administrado como para que nosotros, individuos privados, no escuchemos nada de él?», preguntó uno. «El rey respondió: “Necesito un hombre prudente y capaz, que pueda encargarse siempre de los asuntos de Estado de mi reino”. El visir respondió: “El criterio, mi señor, de todo hombre sabio y competente es no inmiscuirse jamás en asuntos de ese tipo”»^[29]. ¡Ay, cuánta razón tenía el visir!

Durante mi corta experiencia junto a la humanidad, los obstáculos *exteriores*, si alguna vez los hubo, no han sido los seres vivos, sino las instituciones de los muertos. Es agradable abrirse paso a través de esta generación como si de hierba cubierta de rocío se tratase. Para los confiados, los hombres son tan inocentes como la mañana.

Y sobre nuestras cabezas revolotean las buenas mañanas,
Como si el día hubiese instruido a la humanidad.

Al no ser el gobernador de este condado,

Saludaba alegre el madrugador peregrino,
Que se alejaba por las colinas,
A las muchas almas matutinas
Que se cruzaba por el camino^[30].

Ladrones y salteadores todos ellos, eso sí. Me cuesta más imaginar al cosaco o al indio ojibwa viniendo a perturbar a los ciudadanos honestos de a pie, que a una institución monstruosa abarcando y aplastando a sus miembros libres entre sus pliegues escamosos, pues no hay que olvidar que mientras la ley se ciñe con fuerza en torno al ladrón y al asesino, se deja suelta a sí misma. Cuando no pagué el impuesto que el Estado me pedía por esa protección que yo no quería, el propio Estado me lo robó; cuando ejercí la libertad que aseguraba garantizarme, el propio Estado me encarceló^[31]. ¡Pobre criatura! Si no sabe hacer otra cosa no seré yo quien la culpe. Si no puede vivir con otros medios que no sean éstos, yo sí puedo. Resulta que no quiero que se me asocie con Massachusetts, ni con la posesión de esclavos, ni con la invasión de México. Me considero un poco mejor que ella en estos aspectos. Por lo que a Massachusetts se refiere, ese monstruo a la vez Briareo^[32], Argos^[33] y Dragón de la Cólquide^[34], que vigila la Vaquilla de la Constitución y el Vellochino de Oro, no le garantizaremos nuestro respeto, como ocurre al firmar ciertos acuerdos, para preservar sus prebendas pase lo que pase. Y es que no ha sido el Diablo en persona quien se ha cruzado en mi camino, sino que lo han hecho esas redes que, según la tradición, fueron originalmente urdidas para obstruirle. Cierto, son telarañas y

obstáculos insignificantes en el camino de un hombre recto, y al final uno acaba hasta por cogerle cariño a su buhardilla sucia y polvorienta. Adoro al ser humano, pero odio las instituciones antinaturales de los muertos. No hay cosa que los hombres ejecuten con mayor fidelidad que las voluntades de los muertos, hasta el último codicilo y la última letra del testamento. *Ellos* gobiernan este mundo, y los vivos no son más que sus ejecutores. Esos mismos fundamentos son los que, por lo general, también tienen nuestras conferencias y nuestros sermones. Todos son *dudleianos*^[35]; y la piedad aún tiene su origen en esa proeza del *pius Æneas*^[36], que sacó a su padre Anquises a hombros de las ruinas de Troya. O mejor dicho, cargamos sobre nuestros hombros con las reliquias podridas de nuestros ancestros, como hacen ciertas tribus indias. Si, por ejemplo, un hombre reivindica el valor de la libertad individual por encima del bienestar común meramente político, su vecino —es decir, aquel que vive cerca de él— aun podrá tolerarlo, a veces incluso apoyarle, pero nunca el Estado. Su agente, en tanto en cuanto hombre vivo, puede tener virtudes humanas e ideas en el cerebro, pero como herramienta de una institución, ya sea carcelero o jefe de policía, no es ni un ápice mejor que su llave o los hombres a su mando. Ahí radica la tragedia: los hombres ultrajan su naturaleza, e incluso los llamados sabios y buenos se prestan a realizar los actos más degradantes y bárbaros. Y así llegan la guerra y la esclavitud, ¿y qué más no podría salir de esa brecha? Aunque sin duda hay formas para que un hombre se lleve el pan a la boca sin perjudicar a su compañero y a su vecino.

Ahora volved, volved, dijo el guardián,
Pues habéis tomado el camino equivocado,
Al abandonar la carretera del rey
Y cruzar a través del campo de grano^[37].

No cabe duda de que se necesitan innumerables reformas, pues la sociedad no está animada, o lo bastante llena de vida, sino que su condición es como la de ciertas serpientes que he visto a principios de primavera, con unas partes de su cuerpo aletargadas y otras flexibles, de suerte que no pueden reptar en ninguna dirección. Todos los hombres están parcialmente enterrados en la tumba de la costumbre, y de algunos sólo la coronilla despunta sobre la tierra. Mejor están los que se hallan físicamente muertos, pues se pudren con mayor vivacidad. Ni siquiera la virtud sigue siéndolo si permanece estancada. La vida de un hombre debería estar siempre fresca como este río. Debería ser el mismo cauce, con un agua nueva en cada tramo a cada instante.

Las virtudes, como los ríos, fluyen,
Pero aún permanece el hombre virtuoso que allí había^[38].

La mayoría de hombres no tiene inclinación, ni rápidos, ni cascadas, sino pantanos, y caimanes, y miasma. Leemos que cuando, durante la expedición de Alejandro, Onesícrito^[39] fue enviado en avanzadilla para conocer a algunos

miembros de la secta india de los gimnosofistas^[40], y les habló de los nuevos filósofos occidentales —Pitágoras, Sócrates y Diógenes— y sus doctrinas, uno de ellos, de nombre Dándamis, le respondió que «le parecía que habían sido hombres geniales, pero habían vivido con una observación demasiado pasiva de las leyes^[41]». A los filósofos occidentales aún se les puede hacer este reproche. «Se dice que Lieou-hia-hoei y Chao-lien no seguían hasta el fondo sus resoluciones, y que deshonraban su carácter. Su lenguaje estaba en armonía con la razón y la justicia, mientras que sus actos estaban en armonía con los sentimientos de los hombres^[42]».

Chateaubriand dijo: «Hay dos cosas que ganan fuerza en el seno del hombre a medida que su edad avanza: el amor por su país y la religión. Por mucho que los hayamos olvidado durante nuestra juventud, tarde o temprano se presentan adornados con todos sus encantos, y despiertan en los recovecos de nuestros corazones un apego que hace justicia a su belleza^[43]». Puede que así sea. Pero incluso esta debilidad de las mentes nobles señala la decadencia gradual de la esperanza y la fe juveniles. Es la infidelidad tolerada de la vejez. Los wólof tienen un dicho^[44]: «El que nació primero tiene más hábitos viejos», de suerte que el señor Chateaubriand tiene más hábitos viejos que yo. La belleza que tantas veces admiramos es débil y refleja, ajena a la esencia. El motivo es que los viejos son débiles, sienten su mortalidad y creen haber medido la fuerza del hombre. No se vanaglorian, sino que son francos y humildes. Dejémosles, pues, quedarse con las pocas comodidades que pueden conservar. La humildad aún es una virtud muy humana. Los viejos miran atrás, hacia la vida, de manera que no ven el futuro. Las expectativas de los jóvenes son atrevidas y desenfrenadas, y mezclan el futuro con el presente. En el ocaso de la vida los pensamientos descansan en la oscuridad, y difícilmente mirarán hacia adelante, hacia la mañana siguiente. Los pensamientos de los viejos se preparan para la noche y están en duermevela. Quien encumbra la prometedor montaña de la vida no tiene las mismas esperanzas y expectativas que quien aguarda el ocaso de su día terrenal.

No puedo por menos de concluir que la Conciencia, si es así como se llama, no nos fue dada sin una razón, ni como una traba. Por halagadores que puedan parecer el orden y los intereses, no son más que un tranquilo letargo, y nosotros preferiremos permanecer despiertos, por turbulento que sea, y quedarnos en esta tierra y en esta vida en la medida de lo posible, sin firmar nuestra sentencia de muerte. Vamos a ver si podemos quedarnos aquí, donde Él nos ha puesto, bajo sus propias condiciones. ¿Acaso no llega su ley donde lo hace su luz? Los intereses de los países chocan entre ellos, sólo aquello que es completamente justo es conveniente para todos.

Hay varios pasajes de *Antígona* de Sófocles, bien conocidos por los eruditos, que me vienen a la cabeza al respecto. Antígona ha decidido sepultar el cuerpo muerto de su hermano Polinices, a pesar del edicto del rey Creonte que condena a muerte a todo aquel que rindiese tal servicio, importantísimo para los griegos, a ese enemigo de su país. Pero Ismene, que tiene un espíritu menos resuelto y noble, rechaza participar junto a su hermana en la tarea, y dice:

ISMENE

Por lo tanto, pido a los que están bajo tierra que me entiendan: estoy obligada a obedecer a quienes ostentan el poder, pues no es sensato realizar actos extremos.

ANTÍGONA

No te pediré, ni tú lo harías, aunque lo desearas, que me acompañes con alegría. Haz lo que creas bueno para ti. Pero yo lo enterraré. Morir por ello es algo glorioso para mí. Reposaré junto a mi hermano amado, por haber hecho, como una criminal, aquello que es sagrado. Es necesario satisfacer durante más tiempo a los de allá que a los de aquí, pues allí reposaremos para siempre. Mas si lo crees bueno para ti, deshonra aquello que es honrado por los dioses.

ISMENE

Lejos de mi intención está el deshonrar a los dioses, mas actuar en contra de los ciudadanos me es imposible por naturaleza.

Cuando Antígona por fin es llevada en presencia del rey Creonte, éste le pregunta:

CREONTE

¿Osaste, pues, transgredir estas leyes?

ANTÍGONA

Sí, porque no fue Zeus quien me las impuso, ni la Justicia que mora con los dioses en el cielo; no fueron ellos quienes establecieron estas leyes entre los hombres. Y tampoco consideré que tus decretos, al ser un mortal, fuesen tan poderosos como para poder trascender las leyes no escritas e inamovibles de los dioses. Pues éstos no viven hoy ni ayer, sino para siempre, y nadie sabe en qué tiempo surgieron. Jamás pensé en sufrir el castigo que sufren quienes violan las leyes divinas por temor a la arrogancia de un hombre. Pues sabía bien que he de morir, era inevitable, aun cuando tú no lo hubieses decretado^[45].

Todo esto con relación al enterramiento de un muerto.

El conservadurismo más sabio es el de los hindúes. «La costumbre inmemorial es una ley trascendente», dice Manu^[46]. Es decir, era la costumbre de los dioses antes de que los hombres la practicasen. El problema de la costumbre de nuestra Nueva Inglaterra es que es memorial. ¿Qué es la moralidad, si no una costumbre inmemorial? La conciencia es la principal conservadora. «Realiza las acciones establecidas», dice Krishna en el *Bhagavad Gita*, «la acción es preferible a la inactividad. El viaje de tu cuerpo mortal podría no llegar a buen puerto por culpa de la inactividad [...]. Un hombre no ha de renunciar a su deber natural, aunque sus logros fueran mediocres. Cada empresa está rodeada por sus propias carencias, como lo está el fuego por el humo [...]. El hombre que conoce el todo no debería apartar de sus trabajos a aquellos que son lentos de entendimiento y tienen menos experiencia que él [...]. Por

eso, oh, Arjuna, decídate a luchar», le aconseja el dios al soldado irresoluto que teme matar a sus mejores amigos^[47]. Es un conservadurismo sublime, tan vasto como el mundo, tan infatigable como el tiempo, que conserva el universo, con una inquietud asiática, en el mismo estado en que se presentó a sus mentes. Estos filósofos estudiaban la inevitabilidad y la inmutabilidad de las leyes, el poder del temperamento y la constitución, las tres *gunas* o cualidades, y las circunstancias del nacimiento y la afinidad. El final es una consolación inmensa, la absorción eterna en Brahma. Sus hipótesis nunca se aventuran más allá de sus propias mesetas, aunque éstas son tan altas y vastas como aquéllas. No se ocupan de la resistencia, la libertad, la flexibilidad, la variedad o la posibilidad, que también son cualidades del Innombrable. La recompensa inmerecida se obtiene a través de un arduo e interminable camino moral. La promesa incalculable del mañana es, por así decirlo, sopesada. ¿Y quién diría que el conservadurismo de estos filósofos no ha sido eficaz? «No cabe duda», dice un traductor francés, hablando de la antigüedad y la durabilidad de las naciones china e india, y de la sabiduría de sus legisladores, «de que en ellas encontramos vestigios de las leyes eternas que gobiernan el mundo^[48]».

El cristianismo, en cambio, es humano, práctico y, en un sentido amplio, radical. Aquellos sabios orientales pasaron infinidad de años y edades divinas contemplando a Brahma, pronunciando en silencio el místico «Om», siendo absorbidos en la esencia del Ser Supremo, sin salir nunca de ellos mismos, sino adentrándose más allá y con más profundidad en su interior, infinitamente sabios pero infinitamente paralizados. Hasta que, al final, en la misma Asia, pero en la parte occidental, apareció un joven, alguien completamente inesperado para ellos —que no era parte de Brahma, sino que bajaba a Brahma a la tierra y a la humanidad, en el que Brahma se había despertado de su largo sueño, a través del que Brahma actuaba, y el día empezó—: un nuevo avatar. El brahmán nunca había pensado en ser un hijo de los hombres y de Dios al mismo tiempo. Cristo es el príncipe de los reformistas y los radicales. Muchas expresiones del Nuevo Testamento llegan de forma natural a los labios de todos los protestantes, y este libro ofrece los textos más significativos y prácticos. En él no hay sueños inofensivos, ni hipótesis sabias, sino que se asienta por completo en un substrato de buen juicio. Nunca *reflexiona*, sino que se *arrepiente*. Podríamos decir que no contiene poesía, nada bañado por la luz de la mera belleza; la verdad moral es su objeto. Todos los mortales están condenados por la conciencia de este libro.

El Nuevo Testamento es excepcional por su moralidad pura, mientras que lo mejor de las escrituras hindúes se halla en su intelectualidad pura. En ningún lugar el lector se verá elevado y permanecerá en una región del pensamiento más alta, más pura o más *excepcional* que en el *Bhagavad Gita*. Warren Hastings, en su sensata carta recomendando la traducción de este libro al presidente de la Compañía de las Indias Orientales, afirma que el original es «de una sublimidad en su concepción, razonamiento y dicción casi inigualable», y que los escritos de los filósofos indios «sobrevivirán aun cuando haya pasado mucho tiempo desde el cese del dominio

británico sobre la India, y cuando las fuentes que otrora le dieran riqueza y poder hayan caído en el olvido^[49]». Indiscutiblemente, es una de las escrituras más nobles y sagradas que nos hayan llegado. Los libros destacan más por la grandiosidad de sus temas que por la forma en que son tratados. La filosofía oriental se acerca sin problemas a temas más elevados de aquellos a los que aspira la moderna, y no es de sorprender que a veces discurra largo y tendido sobre ellos. Se limita a asignar su debido rango a la Acción y a la Contemplación, o mejor dicho, hace plena justicia a la segunda. Los filósofos occidentales no han concebido el significado de la Contemplación como la entienden los orientales. Hablando de la disciplina espiritual a la que se sometían los brahmanes, y del maravilloso poder de abstracción que alcanzaban, y del que había conocido ejemplos, Hastings dice:

Para aquellos que nunca han conocido la separación de la mente de los avisos de los sentidos, puede que no sea fácil concebir los medios por los que se alcanza tal poder, habida cuenta de que hasta el hombre más sabio de nuestro hemisferio encontrará difícil dominar su atención sin que ésta viaje hasta algún objeto que llame a sus sentidos o despierte su recuerdo —a veces incluso el zumbido de una mosca tendrá el poder de molestarle—. Sin embargo, nos dicen que ha habido hombres que durante generaciones, desde el pasado, han practicado la contemplación y la abstracción, empezando desde el periodo más temprano de su vida y continuando en muchos casos hasta la edad más madura, añadiendo cada cual una porción de conocimiento a lo acumulado por sus predecesores. En ese caso, podemos concluir que, si la mente, al igual que el cuerpo, se fortalece con el ejercicio, entonces es probable que a través de ese ejercicio cada una de estas mentes haya adquirido la facultad a la que aspiraba, de suerte que sus estudios colectivos han propiciado el descubrimiento de nuevas vías de reflexión y combinaciones de sentimientos totalmente diferentes de las doctrinas conocidas por los eruditos de otras naciones; y que, por especulativas y sutiles que sean, cuentan con la ventaja de derivar de una fuente libre de toda contaminación accidental, con lo que pueden estar en consonancia con la más sencilla de las nuestras.

«Esta disciplina inmutable» fue enseñada por Krishna al primero de los hombres, transmitida de generación en generación, «hasta que al final, con el paso del tiempo, ese poderoso arte se perdió».

«Pues he aquí que la sabiduría constituye el fin de toda acción sagrada».

«Aunque fueses el mayor de los criminales, deberías ser capaz de cruzar el golfo del mal con el esquife de la sabiduría».

«Nada hay que nos haga más puros en esta tierra que la sabiduría».

«La acción realizada con ánimo de recompensa es inferior en mucho a la acción que se realiza en el yoga de la sabiduría».

«Y cuando en recogimiento, cual tortuga que repliega sus miembros, repliega sus sentidos de la atracción que ejercen los placeres, entonces la suya es una sabiduría serena».

«Los hombres ignorantes, más no así los sabios, afirman que la antigua doctrina especulativa y el yoga son vías diferentes. Pero aquel que se entrega con toda su alma a cualquiera de ambas alcanza al final las dos».

«No es absteniéndose de actuar como un hombre logra liberarse de la acción, ni mediante la renuncia consigue la suprema perfección».

«Pon tu ánimo en la acción, más nunca en su recompensa. Actúa sin pensar en la retribución, más no cejes en el cumplimiento de tu labor».

«Libre de las ataduras del apego, lleva tú pues a cabo la obra que se ha de realizar, ya que el hombre cuya obra es pura alcanza en verdad lo supremo».

«El hombre que en su acción encuentra el silencio, y que ve que el silencio es acción, ese hombre en verdad ve la luz, y en todas sus obras encuentra la paz».

«Aquel cuyas empresas se hallan libres del deseo ansioso y el pensamiento caprichoso, cuya actuación

se vuelve pura en el fuego de la sabiduría, es llamado sabio por quienes ven. En cualquier obra que lleve a cabo tal hombre, he aquí que se halla en paz: nada espera, de nada depende, más posee siempre la plenitud de la dicha».

«Aquel que actúa no por una recompensa terrenal, sino cumpliendo con la acción que ha de realizarse, ése es un yogui, y no aquel que no enciende el fuego sagrado ni ofrece sagrado sacrificio».

«Ni este mundo ni el mundo venidero son para quien no realiza sacrificio alguno; mas quienes disfrutan de los restos del sacrificio, van a Brahman^[50]».

A fin de cuentas, ¿en qué consiste el carácter práctico de la vida? Las cosas que hay que hacer de manera inmediata son hartamente triviales, y podría posponerlas todas para oír cantar a este grillo. El hecho más glorioso de mi experiencia no es algo que he realizado o que deseo poder hacer, sino un pensamiento, una visión o un sueño efímero que he tenido. Cambiaría toda la riqueza del mundo, y todas las gestas de los héroes, por una sola visión verdadera. Pero ¿cómo puedo yo, fabricante de lápices^[51] en la tierra, comunicarme con los dioses sin convertirme en un loco?

«Soy ecuánime con relación a todos los seres», dice Krishna, «ninguno me resulta ni odioso ni querido».

Esta enseñanza no es práctica, en el mismo sentido en que lo es el Nuevo Testamento. Y no siempre expresa buen juicio. El brahmán nunca propone armarse de valor y atacar al mal, sino dejar pacientemente que se muera de hambre. Sus facultades activas están paralizadas por la idea de la casta, de los límites insuperables, del destino y de la tiranía del tiempo. No se puede negar que el razonamiento de Krishna es deficiente. No da razones suficientes de por qué Arjuna debería luchar, y puede que él quede convencido, pero no así el lector, pues su juicio no está basado en «la sabiduría sobre el plano especulativo». «Busca asilo sólo en la sabiduría», pero ¿qué es la sabiduría para una mente occidental? Ese deber del que habla es arbitrario. ¿Cuándo se estableció? La virtud del brahmán consiste en hacer cosas arbitrarias, no justas. ¿Qué es lo que un hombre «tiene que hacer»? ¿Qué es la «acción»? ¿Cuáles son las «acciones establecidas»? ¿Cuál es «la propia religión de un hombre», que es tan superior a la de otro? ¿Cuál es la «vocación particular de un hombre»? ¿Cuáles son los deberes designados por nacimiento? Las consignas de «adherirse a la disciplina», «no huir del campo de batalla» y similares son una defensa de la institución de las castas, de lo que se llama «deber natural» del *chatria*, o soldado. Sin embargo, quienes no se preocupan de las consecuencias de sus acciones no pueden preocuparse de sus acciones.

Observemos la diferencia entre lo oriental y lo occidental. Lo primero no tiene nada que hacer en este mundo; lo segundo bulle de actividad. Uno mira al sol hasta que sus ojos quedan cegados, el otro lo persigue con diligencia en su trayecto hacia el Oeste. También en Occidente existe algo parecido a la casta, pero es débil en comparación: se trata del conservadurismo. Dice: «No renuncies a tu vocación, no ultrajes ninguna institución, no uses la violencia, no rompas ningún vínculo: el Estado es tu padre». Su virtud u hombría es completamente filial. En todos los países

hay una lucha entre lo oriental y lo occidental, unos que se quedarían contemplando el sol para siempre y otros que se apresuran hacia el ocaso. Los primeros les dicen a los segundos: «Cuando hayáis alcanzado el ocaso, no estaréis más cerca del sol». A lo que éstos responden: «Pero así habremos prolongado el día». «Cuando cae la noche para todos los seres, es el momento en que el asceta y maestro de sí mismo se despierta. Cuando los demás seres se despiertan, cae la noche para el sabio silencioso».

Para concluir con estos extractos, puedo decir, en palabras de Sanjaia^[52]: «¡Oh, poderoso Príncipe, cuando recuerdo una y otra vez este diálogo sagrado y maravilloso entre Krishna y Arjuna me regocijo más y más! ¡Y cuando recuerdo esa más que milagrosa forma de Hare, mi asombro es enorme, y me maravillo y me regocijo más y más! Allá donde esté Krishna, el Dios de la devoción, allá donde esté Arjuna, el poderoso arquero, estarán sin duda la fortuna, la riqueza, la victoria y la buena política. Lo creo con firmeza».

A los lectores de las Sagradas Escrituras les diría, si es que buscan un buen libro, que leyesen el *Bhagavad Gita*, un episodio del *Mahabharata*^[53], del que se dice que fue escrito —y conocido por haber sido escrito— por Krishna Dwypayen Veias, hace más de cuatro mil años —no importa si fueron tres, cuatro, o más—, y traducido por Charles Wilkins^[54]. Merece que incluso los yanquis lo lean con reverencia, pues forma parte de las sagradas escrituras de un pueblo devoto. El sabio judío se regocijará al encontrar en él una grandeza y una sublimidad moral semejante a la de sus propias Escrituras.

Para un lector americano —que, merced a su posición aventajada, puede ver más allá de esta franja de costa Atlántica, y mirar hacia Asia y el Pacífico; que, por así decirlo, puede ver la línea de costa ascendiendo desde los Alpes hasta el Himalaya—, la literatura reciente europea, en comparación con el *Bhagavad Gita*, suele parecer parcial y exclusivista. Además, el lector americano, a pesar del alcance limitado de sus propias afinidades y lecturas, percibe que el escritor europeo —quien presume de estar hablando en nombre de todo el mundo— no habla más que en nombre de ese rincón que habita. Uno de los eruditos y críticos ingleses de mayor prestigio delata, en su clasificación de las eminencias literarias del mundo, la estrechez de miras de su cultura europea y la exclusividad de sus lecturas. Ninguno de los hijos de Europa ha hecho justicia a los poetas y filósofos de Persia o de la India, a los que conocen mejor sus diletantes que sus literatos y pensadores de profesión. Podríamos buscar un solo verso memorable de toda la poesía inglesa inspirado por estos temas, y sería en vano. Alemania tampoco es una excepción, aunque su industria filológica está contribuyendo indirectamente a la causa de la filosofía y la poesía. Incluso Goethe buscaba esa universalidad del genio que habría sabido apreciar en la filosofía india, de haber podido aproximarse más a ella. Aunque en última instancia su genio era más práctico, pasaba mucho más tiempo en las regiones del entendimiento y estaba menos hecho a la contemplación que el genio de aquellos sabios. Resulta sorprendente que

los de Homero y unos cuantos judíos sean los nombres más orientales que la Europa moderna, cuya literatura entró en auge con la caída de la persa, ha dejado entrar en su lista de Eminencias, mientras que los que acaso son los *más eminentes* de la humanidad, y padres del pensamiento moderno —pues las contemplaciones de los sabios indios han influido, y aún influyen, en el desarrollo intelectual del ser humano —, cuyos trabajos sobreviven a pesar de todo con una integridad asombrosa, no son reconocidos en su inmensa mayoría, como si nunca hubiesen existido. Si las grandes figuras de la historia hubiesen sido pintores, otro gallo cantaría. En los sueños juveniles de todos nosotros la filosofía se asocia de forma vaga, pero inseparable, con Oriente y con una verdad singular; ni siquiera con el paso de los años se habitúa a que su hábitat sea el mundo occidental. En comparación con los filósofos orientales, podríamos decir que la Europa moderna aún no ha dado a ninguno. Al lado de la vasta y cosmogónica filosofía del *Bhagavad Gita*, incluso nuestro Shakespeare parece a veces juvenil y meramente práctico. Bastan algunas de esas frases sublimes, como los oráculos caldeos de Zoroastro, que han sobrevivido a miles de revoluciones y traducciones, para hacernos dudar y pensar que la forma y las galas poéticas acaso sean transitorias, y no esenciales para la expresión más eficaz y duradera del pensamiento. *Ex oriente lux*^[55] puede seguir siendo el lema de los académicos, pues al mundo occidental aún no le ha llegado toda la luz que está destinado a recibir desde Oriente.

Sería de gran utilidad reunir en una colección impresa las Sagradas Escrituras de las diferentes naciones —las chinas, las hindúes, las persas, las judías y otras—, como Escrituras de la humanidad. Quizá el Nuevo Testamento aún esté demasiado presente en los labios y en los corazones de los hombres como para llamarse «Escritura» en este sentido. Tal yuxtaposición y comparación podría servir para liberalizar la fe de los hombres. Se trata de un trabajo que sin duda el Tiempo acabará editando, reservado para coronar la obra de la imprenta. Ésta sería la Biblia, o Libro de Libros, que permitiría a los misioneros llegar a los lugares más elevados del planeta.

Mientras estábamos sumidos en estas reflexiones, creyéndonos los únicos navegantes de aquellas aguas, de repente una barcaza, con su vela desplegada, surgió ante nosotros desde detrás de una curva, como una inmensa bestia fluvial, y cambió la escena en un instante. Y luego aparecieron otra y otra más, y de nuevo nos vimos dentro de la corriente del comercio. Así las cosas, lanzamos las cortezas al agua para que los peces las mordisquearan, y acompasamos nuestra respiración con la de los hombres bien vivos. No teníamos ni idea, mientras estábamos en ese jardín lejano en que habíamos plantado la semilla y hecho crecer este fruto, de dónde se acabaría comiendo. Nuestros melones estaban como en casa en el fondo arenoso del Merrimack, y nuestras patatas, bañadas por el sol y el agua en el fondo de nuestro bote, parecían una fruta del campo. Pronto nos libramos por tanto de todo peso

superfluo y poseímos el río en soledad, volviendo a remar con constancia a través del mediodía, entre los territorios de Nashua, por un lado, y Hudson, otrora Nottingham, por el otro. De cuando en cuando asustábamos a un martín pescador o a un pato joyuyo que volaba, más que con un vuelo estable y paciente, mediante impulsos vigorosos de su corto timón, haciendo un ruido de mil diablos a lo largo del cauce.

Al poco tiempo vimos aparecer otra gabarra, deslizándose río abajo, y tras saludarla nos agarramos a su lateral y la acompañamos flotando sobre sus pasos, charlando con el barquero y obteniendo un buen trago de agua fría de su jarra. Nos parecieron principiantes, procedentes de algún remoto lugar entre las colinas, que habían usado este medio para llegar a la costa y ver mundo. Probablemente visitarían las Islas Malvinas y los mares de la China antes de volver a ver las aguas del Merrimack, o quizá nunca en la vida emprenderían el camino de vuelta. Ya habían embarcado todo lo que poseían para esta gran aventura y estaban listos para comerciar con la raza humana, reservándose sólo lo que cabe en el cajón de una cómoda para ellos. Pero también se perdieron pronto, y seguimos nuestro camino acompañados sólo por el crujir de los remos. ¿Qué desgracia toca las colinas de Nuevo Hampshire?, nos preguntábamos. ¿Qué le falta aquí a la vida humana, que estos hombres se marchan con tanta prisa hacia las antípodas? Deseamos que sus brillantes expectativas no se vieran bruscamente defraudadas.

Aunque todos los hados se muestren ingratos,
Nunca dejes atrás tu tierra natal.
El barco, sosegado, termina por detenerse;
El corcel ha de descansar bajo la colina;
Mas pronto nuestro destino de nuevo se encamina
Y acaba por atraparnos.
La nave, aunque de mástiles firmes,
Alberga bajo su cobre un gusano;
Rodea el cabo, cruza el Ecuador,
Hasta que su ruta encuentra campos de hielo;
No importa cuán tranquila sea la brisa,
Si son o no profundos los mares,
Si transporta cuerda de Manila,
O si lleva vino de Madeira,
O cueros de España, o tés de China,
Entrará en puertos o en cuarentena;
Lejos de la violenta costa de Nueva Inglaterra,
El gusano nativo perforará su casco,
Y la hundirá en los mares de la India,
Junto a la cuerda, el vino, el cuero y el té de China.

Pasamos junto a un pequeño desierto en la orilla oriental, entre Tyngsborough y Hudson, que resultó interesante e incluso refrescante a nuestros ojos, en medio de ese verdor casi universal. En efecto, encontrábamos en aquella arena algo impactante y bello. Un anciano, que trabajaba en un campo en el lado de Nashua, nos dijo que se acordaba de cuando el cereal y el grano crecían allí, de cuando era un campo cultivado. Pero al final los pescadores, pues ésta era una zona de pesca, arrancaron

los arbustos de la orilla porque les convenía a la hora de arrastrar sus redes, y cuando el margen quedó desnudo el viento empezó a levantar la arena de la orilla, hasta que acabó por cubrir unos quince acres con varios pies de profundidad. Cerca del río, donde la arena había sido desplazada, vimos los cimientos de un *wigwam* indio, un círculo perfecto de piedras quemadas, de cuatro o cinco pies de diámetro, mezcladas con carbón vegetal y con los huesos de pequeños animales que se habían conservado en la arena. El terreno circundante estaba salpicado de otras piedras quemadas, sobre las que habían encendido sus fuegos, amén de fragmentos de puntas de flecha; encontramos incluso una en estado perfecto. Reconocimos el lugar en el que un indio se había sentado para fabricar puntas de flecha de cuarzo, pues sobre la arena estaban diseminadas pequeñas esquirlas cristalinas del tamaño de una moneda de cuatro peniques, que habían saltado durante su trabajo. Aquí, pues, los indios debieron de pescar antes de la llegada del hombre blanco. Había otro tramo de arena similar una media milla más arriba.

El sol aún estaba en su punto álgido, con lo que pusimos rumbo a la orilla para darnos un baño y acostarnos bajo unos plátanos, junto a un saliente de rocas, en un pasto retirado que caía hasta la orilla del río, rodeado de pinos y avellanos, en el pueblo de Hudson. India, y esa antigua filosofía del mediodía, seguían acaparando la mayor parte de nuestros pensamientos.

Siempre resulta sorprendente, y alentador, encontrar el sentido común en libros muy antiguos, como la *Jitopadesa* de Visnú Sharma, una sabiduría juguetona que tiene ojos por delante y por detrás, y se vigila a sí misma, reafirmando así la salud de estos libros y su independencia de los acontecimientos futuros. Este compromiso de sensatez no puede negársele a un libro que reflexiona sobre sí mismo. La historia y los elementos fabulosos de esta obra serpentean libres de frase en frase, como los muchos oasis de un desierto, tan difíciles de distinguir como el rastro de un camello entre Murzuk y Darfur. Es un comentario sobre el flujo y la crecida de los libros modernos. El lector salta de frase en frase, como por un camino de piedras sobre un río, mientras que la corriente de la historia fluye sin que se le preste atención. Quizá el *Bhagavad Gita* sea menos sentencioso y poético, pero se prolonga y se desarrolla de una manera aún más sorprendente. Su sensatez y su sublimidad han impresionado incluso a las mentes de soldados y comerciantes. Una de las características de los grandes poemas es que ofrecen su sentido en la proporción adecuada, según se haga una lectura veloz o reflexiva. Para la persona práctica se distinguen como el mejor sentido común, y para el sabio, como sabiduría. De la misma manera que un río sirve para que un viajero se moje los labios o un ejército llene sus toneles de agua.

Uno de los libros antiguos más fascinantes que he leído son las *Leyes de Manu*^[56]. Según Sir William Jones: «Viasa, el hijo de Parashará, decidió que el *Veda* (con los seis “Angas” o composiciones que lo forman), el conocimiento revelado de la medicina, las Puranas o historias sagradas y el código de Manu, eran cuatro obras

de autoridad suprema, que nunca habrían de ser quebrantadas con razonamientos meramente humanos». Los hindúes creen que el cuarto «fue publicado en el principio de los tiempos por Manu, hijo o nieto de Brahma» y «primer ser creado». Se dice que Brahma «transmitió sus leyes a Manu en cien mil versos, que éste explicó al mundo primitivo con las mismas palabras del libro ahora traducido». Otros afirman que han pasado por varias síntesis para conveniencia de los mortales, «mientras que los dioses del cielo más bajo y la banda de músicos celestiales se encargan del estudio del código primario [...]. Una serie de glosas o comentarios sobre las *Leyes de Manu* fue compuesta por los *munis*, o antiguos filósofos, cuyos tratados, junto al libro que tenemos ante nosotros, constituyen, en un sentido colectivo, el Dharma Sastra, o Código Legal». La glosa de Culluca Bhatta fue una de las más modernas.

Todos los libros sagrados que fueron sucediéndose eran aceptados en la fe de que serían el lugar de reposo definitivo para el alma viajera. Sin embargo, no eran más que un caravasar que ofrecía una tregua al viajero, para ponerlo de nuevo en su largo camino hacia Isfahán o Bagdad. Gracias a Dios, ninguna tiranía hindú prevaleció en la estructuración del mundo, de suerte que somos hombres libres del universo, y no estamos condenados a pertenecer a ninguna casta.

No conozco ningún libro que haya llegado hasta nosotros con mayores pretensiones que éste, y que, sin embargo, sea tan impersonal y sincero que nunca resulte ofensivo ni ridículo. Comparemos las formas en que la literatura moderna se publicita con la propuesta de este libro, y pensemos a qué lectores se dirige, qué crítica espera. Parece haber sido pronunciado desde alguna cumbre oriental, cual sobria premonición matutina en el amanecer de los tiempos, y no podemos leer una frase sin ser elevados hasta la meseta de los Ghats^[57]. Tiene el mismo ritmo que los vientos del desierto, la misma corriente que el Ganges, y se eleva sobre las críticas como las montañas del Himalaya. Su tono es de una fibra que no cede, que no se desgasta con el tiempo, e incluso en este día de hoy viste de igual manera los trajes del inglés y el sánscrito. Sus frases inmutables aún mantienen encendidos sus fuegos distantes, como las estrellas, cuyos rayos disipados iluminan este mundo inferior. Todo el libro, a través de nobles gestos e inclinaciones, hace innecesaria la abundancia de palabras. La traducción inglesa se esfuerza por ofrecer sentido, aunque en realidad la sabiduría hindú no se disipa. A medida que las leemos, las frases se abren por sí solas, al principio casi vacías de significado, como los pétalos de una flor, pero a veces nos sobresaltan con esa extraña forma de sabiduría que sólo puede aprenderse de la experiencia más trivial, pero que llega a nosotros refinada, como la porcelana que encontramos en el fondo del océano, como verdades fósiles que han estado expuestas a los elementos durante miles de años, tan impersonal y científicamente ciertas que servirían de ornamento de las salitas de recepción y las vitrinas. Toda la filosofía *moral* es extremadamente excepcional, y la de Manu le habla a nuestra privacidad más que la mayoría. Es una palabra más íntima y familiar y, al mismo tiempo, más pública y universal, que las que se pronuncian en los salones

o desde los púlpitos hoy en día. Así como se piensa que nuestras aves domésticas tienen su origen en el faisán salvaje de la India, también nuestros pensamientos domésticos tienen sus prototipos en los pensamientos de sus filósofos. Nos estamos sumergiendo en los elementos mismos de nuestra vida presente y convencional, en el conventículo primigenio, por así decirlo, donde las cuestiones por decidir eran cómo comer, beber, dormir y vivir con la dignidad y la sinceridad adecuadas. Esta filosofía nos es más contemporánea e íntima que los consejos de nuestros mejores amigos, y aun así es válida para los horizontes más amplios, y leída al aire libre se muestra emparentada con la tenue línea de la montaña, de donde proviene. La mayoría de libros pertenece sólo a la casa y a la calle, y en los campos sus hojas parecen demasiado frágiles. Son simples y obvios, y no hay halo o neblina a su alrededor. La naturaleza se encuentra muy, pero que muy lejos de todos ellos. Pero este libro le habla a lo más recóndito y duradero del ser humano, como si procediese de allí. Pertenece a la luz del mediodía, al pleno verano, y cuando las nieves se derriten y las aguas se evaporan en primavera su verdad sigue hablando con frescura a nuestra experiencia. Ayuda a brillar al sol, cuyos rayos caen sobre su página para ilustrarla. Consume las mañanas y las tardes, y la impresión que nos deja durante la noche es tan fuerte que nos despierta antes del alba, y su influencia permanece a nuestro alrededor como una fragancia ya bien entrado el día. Confiere un nuevo brillo^[58] a las praderas y a las profundidades del bosque, y su espíritu, como un éter más sutil, es barrido por los vientos predominantes de un país. Los mismos grillos y saltamontes de un día de verano no son sino glosas —más o menos tardías— del Dharma Sastra de los hindúes, una continuación del código sagrado. Como hemos dicho, hay un orientalismo en el pionero más intrépido, y el lejano Oeste no es sino el lejano Este. Mientras leemos estas frases, este mundo moderno y justo parece sólo una reimpresión de las *Leyes de Manu* con la glosa de Culluca. Si son examinados por el ojo de Nueva Inglaterra, o por la sabiduría meramente práctica de los tiempos modernos, son los oráculos de una raza que está ya en su ancianidad, pero si son colocados contra el cielo, única ordalía imparcial e incorruptible, se verá que son uno con su profundidad y serenidad, y estoy convencido de que tendrán un lugar y un significado mientras exista un cielo que los ponga a prueba.

Dadme una frase que ningún intelecto pueda comprender. Tiene que haber algún tipo de vida y palpitación en ella, y bajo sus palabras algún tipo de sangre habrá de circular para siempre. Resulta fascinante que este sonido haya llegado hasta nosotros desde tan lejos, cuando la voz del hombre no puede escucharse más que desde muy cerca, y ahora no estamos a corta distancia de ninguno de nuestros contemporáneos. Los leñadores han talado aquí un antiguo bosque de pinos, y han hecho visible para aquellas lejanas colinas un bello lago al suroeste, y ahora, en un instante, estos bosques pueden verlo nítidamente, como si su imagen hubiese viajado hasta aquí desde la eternidad. Quizá estos antiguos tocones simados sobre la loma se acuerden de cuando, hace ya mucho tiempo, este lago resplandecía en el horizonte. Uno se

pregunta si la propia tierra desnuda no experimenta emociones al contemplar de nuevo una vista tan hermosa. Esa agua cristalina descansando al sol, revelada, igual de orgullosa y bella que siempre, pues su belleza no necesita ser vista. Y al mismo tiempo parece solitaria, como si se bastase a sí misma, por encima de toda observación. Lo mismo ocurre con estas antiguas frases que, como lagos serenos al sudoeste, por fin nos son reveladas, aunque llevan ya mucho tiempo reflejando nuestro propio cielo en su seno.

La gran planicie de la India yace como en una copa, entre el Himalaya, al Norte, y el océano al Sur, entre los ríos Brahmaputra e Indo, a Este y a Oeste, hogar de la raza primigenia. No discutiremos la historia. Nos complace leer, en la historia natural del país^[59], sobre el pino, el alerce, la píceas y el abeto que cubrían la cara sur de la cordillera del Himalaya, sobre las grosellas, frambuesas y fresas que desde una latitud templada miraban a los valles tórridos. Así pues, la activa vida moderna tuvo, en efecto, un punto de apoyo y un escondite en medio de las majestuosas y contemplativas planicies orientales. En otra época, el «lirio del valle, la primula y el diente de león» se abrían paso hasta la llanura, y florecían por toda la tierra en zonas niveladas. Ya hemos entrado en la época de las latitudes templadas, en la época del pino y el roble, pues la palmera y la higuera de Bengala no satisfacen las necesidades de esta época. Puede que en breve los líquenes en la cima de los peñascos encuentren por fin sus condiciones óptimas.

Por lo que respecta a los dogmas de los brahmanes, no nos interesa tanto conocer qué doctrinas defendían cuanto saber si eran seguidas por alguien. Podemos tolerar todas las filosofías: atomistas, pneumatologistas, ateístas, teístas; Platón, Aristóteles, Leucipo, Demócrito, Pitágoras, Zoroastro y Confucio. Es la actitud de estos hombres, más que cualquier cosa que digan, lo que nos fascina. Entre ellos y sus comentaristas existe, es innegable, una disputa infinita. Pero si se trata de comparar notas, entonces estáis todos equivocados, pues todas ellas nos elevan hasta los cielos serenos, hacia donde ascienden por igual la burbuja más pequeña y la más grande, y pintan para nosotros el cielo y la tierra. Cualquier pensamiento sincero es irresistible. La propia austeridad del brahmán resulta tentadora para el alma devota, que la concibe como un lujo más refinado y noble. Las necesidades satisfechas con tanta facilidad y elegancia parecen un placer más selecto. Su concepción de la creación es de una paz onírica. «Cuando ese poder se despierta, entonces este mundo está en completa expansión; pero cuando se duerme con un espíritu tranquilo, entonces todo el universo se desvanece^[60]». El carácter borroso de su teogonía implica una verdad sublime, que no permite al lector apoyarse en una primera causa suprema, sino que hace referencia directa a un ser supremo, creador de ésta, con lo que el Creador está detrás incluso de lo increado.

Tampoco perturbaremos la antigüedad de esta Escritura: «Fue ordeñada a partir del fuego, del aire y del sol». Tanto le valdría a uno ponerse a investigar la cronología de la luz y del calor. Dejemos que el sol brille. Manu entendió esta cuestión como

nadie cuando dijo: «Aquellos que mejor conocen las divisiones de los días y las noches son los que comprenden que el día de Brahma, que dura hasta el final de mil eras (de eras infinitas, en cualquier caso, a efectos de los mortales), da lugar a esfuerzos virtuosos, y que su noche dura cuanto lo hace su día». De hecho, las dinastías musulmana y tártara están más allá de cualquier fecha. Tengo la sensación de que yo mismo he vivido bajo ellas. En el cerebro de todos los hombres se encuentra el sánscrito. Los *Vedas* y sus «Angas» no son tan antiguos como la contemplación serena. ¿Por qué se nos van a imponer como antigüedad? ¿Es joven un bebé? Cuando lo observo, me parece más venerable que el más anciano de los hombres; es más antiguo que Néstor o que las Sibilas, y tiene las arrugas del mismo padre Saturno. ¿Vivimos en alguna época que no sea el presente? ¿Cómo es de amplia esa línea? Ahora estoy sentado en un tocón cuyos anillos hablan de siglos de crecimiento. Si miro en derredor veo que el suelo está compuesto precisamente por restos de tocones como éste, sus ancestros. La tierra está cubierta de moho. Clavo este palo en la superficie hasta llegar a muchos eones de profundidad, y con mi talón hago un surco más profundo que el que los elementos han cavado aquí durante miles de años. Si presto atención, escucho el croar de las ranas, más antiguo que el limo de Egipto, y el tamborileo lejano de una perdiz sobre un tronco, como si fuese el latido del aire estival. Recojo mis flores más hermosas y frescas de ese antiguo moho. Aquello que llamamos «nuevo» no es epidérmico; aún no ha manchado la tierra. No es el suelo fértil que pisamos, sino las hojas que vibran sobre nuestras cabezas. Lo más nuevo es simplemente lo más viejo, una vez que se ha hecho perceptible para nuestros sentidos. Cuando excavamos en el suelo un agujero de mil pies de profundidad, lo llamamos nuevo, y también a las plantas que brotan de él. Y cuando nuestra visión perfora aún más el espacio, y detecta una estrella remota, también la llamamos nueva. El lugar en el que estamos sentados se llama Hudson, otrora era Nottingham, otrora...

Deberíamos leer la historia con el mismo y escaso sentido crítico con el que pensamos en el paisaje, e interesarnos más por los colores evocadores y las diferentes luces y sombras creadas por el espacio intermedio, en lugar de centrarnos en el trabajo preliminar y la composición. Lo que se ve al Oeste es la mañana convertida en tarde. El mismo sol, pero una nueva luz y una nueva atmósfera. Su belleza es como el ocaso: no es un fresco en un mural, plano y limitado, sino que es evocadora e itinerante, libre. En realidad, la historia fluctúa como el rostro del paisaje desde la mañana a la noche; lo importante es su tonalidad y su color. El tiempo no esconde tesoros; no queremos su *entonces*, sino su *ahora*. No nos quejemos de que las montañas en el horizonte sean azules e indistintas, pues son lo más parecido a los cielos.

¿Qué relevancia tienen los hechos que pueden caer en el olvido, que han de ser conmemorados? El monumento de la muerte sobrevivirá al recuerdo de los muertos.

Las pirámides no cuentan la historia que está confinada en su interior. El hecho vivo se conmemora a sí mismo. ¿Por qué buscar luz en la oscuridad? Estrictamente hablando, las sociedades históricas no rescataron ningún hecho del olvido, sino que son ellas mismas, y no el hecho, las que se han perdido. El investigador es más fácil de recordar que lo investigado. La multitud se quedó admirando la neblina y los contornos borrosos de los árboles que se veían a través de ella, cuando uno de ellos avanzó para explorar el fenómeno, y con una admiración renovada todos los ojos se posaron en su figura borrosa, que se alejaba. Es sorprendente lo bien que recordamos el pasado, habida cuenta de lo poco que en ello coopera la sociedad. En efecto, su historia ha tenido otra Musa que la que le fue asignada. Hay un buen ejemplo de la forma en que empezó toda la historia en la «Crónica árabe de Alwákidi»: «Fui informado por Ahmed Almatin Aljorhami, que a su vez fue informado por Reophân Ebn Kais Alámiri, que a su vez fue informado por Saiph Ebn Fabalah Alchâtquarmi, que a su vez fue informado por Thabet Ebn Alkamah, que aseguró estar presente en el momento de los hechos^[61]». Estos padres de la historia no estaban ansiosos por conservar, sino por conocer el hecho, de suerte que no cayera en el olvido. Ejercemos en vano la perspicacia crítica para descubrir el pasado: pero el *pasado* no puede ser *presentado*, no podemos saber lo que no somos. Hay un velo corrido sobre pasado, presente y futuro, y la tarea del historiador es descubrir, no qué era, sino qué es. Allí donde se libró una batalla no encontraréis más que huesos de hombres y animales. Donde se libra una batalla hay corazones palpitando. Nos sentaremos en un montículo a reflexionar, y no intentaremos hacer que estos esqueletos vuelvan a ponerse en pie. ¿Creéis acaso que la Naturaleza recuerda que *eran* hombres? ¿No considerará, más bien, que *son* huesos?

La historia antigua tiene cierto aire de antigüedad. Debería ser más moderna. Está escrita como si el espectador tuviese que estar pensando en la parte de atrás del cuadro colgado de la pared, o como si el autor esperase que sus lectores fuesen los muertos y quisiera explicarles con todo detalle su propia experiencia. Los hombres parecen ansiosos por realizar una retirada ordenada a través de los siglos, reconstruyendo minuciosamente las obras dejadas atrás a medida que son derrumbadas por las incursiones del tiempo. Sin embargo, mientras se entretienen en tal cometido, tanto ellos como sus obras caen presa del archienemigo. La historia no es venerable como la antigüedad, ni fresca como la modernidad. Hace como si se dirigiese al origen de las cosas, algo de lo que la historia natural podría encargarse, y con todo el derecho. Pero pensad en la Historia Universal y decidme: ¿cuándo brotaron por primera vez la bardana y el plátano? Se ha escrito tanto sobre ella que los años que describe se conocen, con una honestidad extraordinaria, como *edad oscura*^[62]. *Es oscura*, como alguien observó, porque nuestro conocimiento sobre ella lo es. El sol rara vez brilla en la historia, a causa del polvo y la confusión. Y cuando nos encontramos con algún hecho alentador que implique la presencia de esta luminaria, lo extraemos y lo modernizamos. Como cuando en la historia de los

sajones leemos que Edwin de Northumbria^[63] «dispuso que se clavasen estacas en las carreteras donde había visto una fuente de agua pura» y «que se atasen a ellas cazos de latón de los que pudiese beber el agotado viajero, cuya fatiga había experimentado el propio Edwin^[64]». Esto bien vale las doce batallas de Arturo.

«Cruzando la sombra del mundo entramos en el nuevo día:
Más valen cincuenta años de Europa que un ciclo de Catay».
¡Más vale un rayo de Nueva Inglaterra que cincuenta años de Europa^[65]!

La misma objeción puede hacerse a la biografía: debería ser autobiografía. No nos esforcemos, tal y como aconsejan los alemanes, en salir al extranjero y martirizar nuestras tripas para poder ser otra persona y relatarlo. ¿Si yo no soy yo, quién lo será?

Sin embargo, es justo que el pasado sea oscuro; aunque la oscuridad no es tanto una cualidad del pasado como de la tradición. No es una distancia de tiempo, sino de relación, lo que hace sus crónicas tan sombrías. Lo que está cerca del corazón de esta generación aún es claro y brillante. Grecia yace extendida, bella y soleada, bañada en rayos de luz, pues encontramos el sol y la luz del día en su literatura y en su arte. Ni Homero —ni Fidias, ni el Partenón— nos permite olvidar que el sol brillaba. Aun así, ninguna era ha sido completamente oscura, aunque tampoco nos rendiremos apresuradamente al historiador, congratulándonos por la menor llamarada de luz. Si pudiésemos perforar la oscuridad de aquellos años remotos, encontraríamos la suficiente luz, sólo que *allí no* estamos en nuestro día. Algunas criaturas están hechas para ver en la oscuridad. Siempre ha habido la misma cantidad de luz en el mundo. Las estrellas nuevas y las que faltan, los cometas y los eclipses no afectan a la iluminación general, pues sólo nuestros catalejos los aprecian. Los ojos de los restos fósiles más antiguos nos indican que entonces regían las mismas leyes lumínicas que ahora. Las leyes de la luz siempre han sido las mismas, lo que cambia son las formas y los grados de visión. Los dioses no son injustos con ninguna era, sino que su luz brilla ininterrumpidamente en los cielos, mientras que el ojo del observador se convierte en piedra. Desde el principio no hubo más que el sol y el ojo. Los años no han añadido ni un solo rayo al primero, ni han alterado ni una sola fibra del segundo.

Si dejamos que el tiempo entre en nuestros pensamientos, veremos que las mitologías, esos vestigios de antiguos poemas, ruinas de poemas, por así decirlo, la herencia del mundo, aún reflejan parte de su esplendor original, como los fragmentos de nubes tintados por los rayos del sol que ya ha partido. Llegarán hasta el último día de verano, vinculando esa hora con la mañana de la creación. Como canta el poeta:

Los fragmentos del noble esfuerzo
Flotan arrastrados por la marea de los años,
Como el pecio que en el océano violento
Aparece flotando, resto de un naufragio^[66].

Éstos son los materiales y los indicios para una historia del auge y progreso de la

raza, de cómo, desde la condición de hormigas, llegamos a convertirnos en hombres, y fueron inventándose poco a poco las artes. Hagamos que un millar de conjeturas arroje algo de luz sobre la historia. No estaremos confinados por periodos históricos, ni siquiera geológicos, que nos podrían hacer dudar sobre la evolución humana. Si hoy sabemos elevarnos sobre esta sabiduría, tendremos motivos para esperar que este amanecer de la raza —a la que le fueron otorgados los bienes más básicos: el grano, el vino, la miel, el aceite, el fuego, la palabra, la agricultura y las otras artes, y que fue ascendiendo paso a paso desde la condición de las hormigas hasta la de los hombres— sea sucedido por un día de idéntico esplendor. Tenemos derecho a esperar que, al ritmo que marca el tiempo de los dioses, otros agentes y hombres divinos contribuyan a elevar la raza a cotas que superen con mucho su actual condición.

Pero nos falta demasiado conocimiento sobre esta cuestión.

Así soñaba despierto un viajero, mientras que su compañero dormitaba en el margen. De repente el cuerno de un barquero se escuchó resonar de orilla a orilla, avisando de su llegada a la mujer del granjero, con la que iba a cenar, aunque en aquel lugar sólo las ratas almizcleras y los martines pescadores parecían escuchar. Una vez perturbado así el curso de nuestras reflexiones y nuestros sueños, volvimos a levar anclas.

A medida que nos dirigíamos hacia la tarde, la orilla occidental se volvía más baja, o se alejaba un poco más del cauce en algunos lugares, dejando sólo unos cuantos árboles al filo del agua. La orilla oriental, en cambio, se elevaba aquí y allá de manera abrupta, formando colinas arboladas de cincuenta o sesenta pies. El tilo americano (*Tilia americana*), también llamado tilo blanco, un árbol nuevo para nosotros, colgaba sobre el agua con sus hojas amplias y redondeadas, entremezcladas con racimos de pequeñas bayas duras, pero a las que ya les quedaba poco para madurar, y ofrecía una agradable sombra a estos dos navegantes. La corteza interior de este árbol es el líber, el material de la estera del pescador, y de las cuerdas y las alpargatas de los campesinos, a las que tanto uso dan los rusos, y también de las redes y de un tejido áspero que se usa en algunos lugares. Según los poetas, ésta fue una vez Filira, una de las Oceánides^[67]. Dicen que los antiguos usaban su corteza para fabricar los tejados de sus casas, canastos y un tipo de papel que recibía su mismo nombre. También hacían broqueles con su madera, «merced a su flexibilidad, su ligereza y su resistencia^[68]». Otrora se usaba mucho para hacer tallas, y aun hoy se demanda para fabricar cajas de resonancia para pianos y paneles para carruajes, amén de dársele otros usos que requieren dureza y flexibilidad. Sus ramas se usan para hacer cestas y cunas, de su savia se obtiene azúcar, y se dice que la miel elaborada de sus flores no tiene igual. En algunos países sus hojas sirven de alimento para el ganado, con sus frutos se elabora una suerte de chocolate, se prepara una medicina con la infusión de sus flores y, por último, el carbón vegetal sacado de su madera es muypreciado como pólvora.

La visión de este árbol nos recuerda que hemos alcanzado una tierra que nos es

ajena. Mientras navegábamos bajo aquel baldaquín de hojas veíamos el cielo a través de sus hendiduras y, por así decirlo, también el significado y la idea de ese árbol estampados en un millar de jeroglíficos celestes. El universo está hecho a medida de nuestra organización hasta tal punto que los ojos deambulan y descansan al mismo tiempo. Por doquier hay algo que conforta y revigoriza la vista. Basta mirar hacia la copa de los árboles para ver con qué elegancia la Naturaleza ha acabado su trabajo, para ver cómo las agujas de los pinos ascienden más y más alto, dotando de un hermoso fleco a la tierra. ¿Y quién se pondría a contar las finísimas telarañas que cuelgan y flotan de sus elevadas copas, y las miríadas de insectos que las esquivan? Las hojas tienen más formas que letras tienen todos los alfabetos del mundo reunidos. Sólo en el roble cuesta encontrar dos iguales, y cada una expresa su propio carácter.

En todos sus productos, la Naturaleza desarrolla únicamente sus gérmenes más sencillos. Se diría que la creación de los pájaros no fue un enorme salto de su invención. Puede que, en un principio, el halcón que ahora sobrevuela el bosque no fuese más que una hoja que volaba entre sus árboles. Desde las hojas crujientes pasó, con el transcurso de los años, al vuelo noble y al canto bello del ave.

El Salmon Brook, un afluente del Merrimack, desemboca desde el Oeste, bajo el ferrocarril, milla y media al sur del pueblo de Nashua. Remando nos adentramos lo bastante en las praderas que lo bordean como para conocer su historia piscícola por boca de un recolector de heno que había en la orilla. Nos dijo que la anguila plateada solía abundar en esta región, señalando a algunas nasas sumergidas en la desembocadura. La memoria y la imaginación de este hombre eran fértiles en relatos de pescadores, islas que flotaban en lagunas sin fondo y lagos que se llenaban misteriosamente de peces. Podríamos habernos quedado escuchándolo hasta caer la noche, pero no podíamos permitirnos perder demasiado tiempo en esta rada, con lo que volvimos a salir a nuestro mar. Aunque nunca caminamos por aquellas praderas, sino que nos limitamos a tocar su margen con las manos, aún guardamos un recuerdo agradable de ellas.

Salmon Brook, cuyo nombre se dice que proviene de una traducción del indio, era uno de los lugares favoritos de los nativos. También aquí se instalaron los primeros colonos blancos de Nashua, y aún se pueden ver algunos huecos en el terreno donde se levantaban sus casas, y los restos de antiguos manzanos. A una milla río arriba estaba la casa del viejo John Lovewell, todo un emblema en el ejército de Oliver Cromwell y padre del «famoso capitán Lovewell^[69]». Se asentó aquí antes de 1690 y murió en torno a 1754, a la edad de ciento veinte años. Se cree que participó en la famosa Batalla del pantano Narragansett, que tuvo lugar en 1675, antes de venir aquí. Se dice que los indios le perdonaron la vida en sucesivas guerras merced a su amabilidad hacia ellos. Incluso en 1700 ya era tan viejo y cano que su cabellera no valía nada, habida cuenta de que el gobernador francés no ofrecía recompensa por ella. Me detuve en lo que otrora fuese el sótano de su casa, a orillas del pequeño río, y hablé con un hombre cuyo abuelo había —y cuyo padre puede que hubiese— hablado

con Lovewell. Durante sus últimos años también tenía aquí un molino, amén de regentar una pequeña tienda. Varias personas que vivieron hasta hace poco lo recordaban como un viejo fuerte que echaba a los niños de su huerto a garrotazos. Pensemos en los triunfos del hombre mortal, y en qué pobres son los trofeos que puede mostrarnos, a saber: ¡podía hacer zapatos sin ayuda de las gafas a los cien años, y segar buenas franjas a los ciento cinco^[70]! Se dice que la de Lovewell fue la primera casa a la que la Sra. Dustan llegó durante su huida de los indios. Es probable que en ella naciera y creciese el héroe del Pequawket^[71]. No muy lejos de aquí se pueden ver el sótano y la lápida de Joseph Hassell. Tal y como se recuerda en otro lugar, Hassell, su esposa Anna, su hijo Benjamin y Mary Marks «fueron asesinados por nuestros enemigos indios la noche del 2 de septiembre [1691]»^[72]. Según observó Gookin en una ocasión anterior: «La fusta india sobre las espaldas inglesas aún no había ejecutado el mandato de Dios^[73]». Cerca de su desembocadura, Salmon Brook aún es un río solitario, que serpentea a través de bosques y praderas, mientras que la otrora deshabitada desembocadura del río Nashua resuena ahora con el estruendo de una ciudad industrial.

Un riachuelo proveniente de la laguna Otternic, en Hudson, desemboca en el Merrimack justo después de que lo haga el Salmon Brook, sólo que en el lado opuesto. Desde la orilla había una buena vista del Uncanoonuc, la montaña más destacada de la región, que se elevaba sobre el lado oeste del puente bajo el que pasamos. Poco después dejamos atrás el pueblo de Nashua, a orillas del río homónimo, donde hay un puente cubierto sobre el Merrimack. El río Nashua, uno de los afluentes más grandes, fluye desde el monte Wachusett^[74] y cruza Lancaster, Groton y otros pueblos, formando sus famosas praderas cubiertas de olmos. Sin embargo, cerca de su desembocadura está obstruido por cascadas y fábricas, con lo que no nos vimos tentados a explorarlo.

Lejos de aquí, en Lancaster, atravesé una vez junto a otro compañero el extenso valle del río Nashua, sobre el que tantas veces habíamos mirado sin verlo, desde las colinas de Concord, en dirección Oeste, hacia las montañas azules del horizonte. Innumerables ríos, praderas, bosques y casas tranquilas habían yacido escondidos entre nosotros y aquellas Montañas de las Delicias^[75] —desde la colina en la carretera de Tyngsborough hay una buena vista de ellas—. Allí donde nuestros jóvenes ojos veían un bosque ininterrumpido, entre dos pinos en el horizonte, yace el valle del Nashua, y este mismo río serpenteaba entonces por su fondo, y entonces, como ahora, mezclaba aquí, en silencio, sus aguas con el Merrimack. Las nubes que flotaban sobre sus praderas, que habían nacido allí y que veíamos a lo lejos, hacia el Oeste, doradas por los rayos del sol poniente, habían adornado miles de cielos vespertinos para nosotros. Sin embargo, era como si el valle estuviese oculto tras una muralla de hierba, y fue durante nuestro viaje a aquellas colinas cuando se nos fue revelando, poco a poco, por primera vez. Tanto en verano como en invierno nuestros ojos se habían posado en el tenue perfil de las montañas, a las que la distancia y la

vaguedad les conferían una cierta grandeza que permite entender todas las alusiones de los poetas y los viajeros. Así pues, de pie sobre las colinas de Concord, les expresamos nuestros pensamientos:

Con la fuerza de la frontera os mantenéis firmes,
Con gran satisfacción giráis en derredor,
Silencio tumultuoso como único sonido
Y distantes guardarías de riachuelos sois,
Oh, colinas de Monadnock y Peterborough;
Firme argumento que nunca tiembla,
Rodeando a los filósofos
Como una inmensa flota,
Navegando a través de la lluvia y la cellisca
Del frío invernal y del calor estival;
Aún inmersas en vuestra elevada empresa,
Hasta que encontréis una costa entre los cielos;
Sin merodear junto a la tierra
Con un cargamento de contrabando,
Pues aquellos que se aventuraron hacia vosotras,
Han encargado al Sol que observe
Su honestidad.
Como navíos de línea, todas
Corréis hacia el Oeste,
Escortando a las nubes,
Agrupadas en vuestras mortajas,
Siempre frente al vendaval,
Con todas las velas desplegadas,
Y un cargamento incalculable de metal.
Me parece sentir desde mi firme asiento
La inconmensurable profundidad de la bodega,
La longitud del timón y el ancho de manga.

Considero un placer malicioso
El ocio occidental en que vivís;
Vuestras cimas son frías y de un frescor azul,
Pues el Tiempo no os da nada que hacer;
Yacéis a vuestras anchas,
Con una fuerza sin dueño
Y una madera virgen y primigenia,
Muy dura para las rodillas, muy flexible para los mástiles;
Material del que están hechas las nuevas tierras,
Que algún día serán nuestras colonias *occidentales*,
Idóneas para los candeleros de un mundo
Que navega por los mares del espacio.

Mientras nosotros disfrutamos del rayo persistente
Vosotras seguís encumbrando el día por poniente,
Reposando allá, en la granja de Dios,
Como sólidas pilas de heno macizo;
La línea más audaz que jamás fue escrita
Sobre papel alguno por el intelecto humano.
El bosque resplandece como si
Estuviesen encendidas las fogatas enemigas
A lo largo del horizonte,
O las piras funerarias del día
En aquel lugar estuviesen prendidas.

De plata y oro bordadas
Cuelgan las nubes en su campo damasco,
Y tal es la profundidad de la luz ámbar
Que adorna el Oeste,
Donde aún asoman unos pocos rayos,
Que incluso el Cielo parece extravagante.
La colina Watatic
Descansa en el alféizar del horizonte
Como el juguete de un niño despistado,
Y a izquierda y derecha otros bártulos,
Sobre el borde de la tierra, montañas y árboles,
Se erigen como tallados en el aire,
O como las naves que en su refugio
Esperan la brisa matutina.
Me imagino incluso que por vuestros desfiladeros
Se despliega y serpentea el camino hacia los cielos;
Y aún más allá, a pesar de lo escrito en la historia,
Se hallan las edades de oro y de plata;
Con el vendaval violento
Viajan las noticias de los siglos futuros
Y de nuevas dinastías de pensamiento,
Desde vuestro valle más remoto.

Pero sobre todo me acuerdo de ti,
Wachusett, que como yo
Te alzas solitaria, sin compañía.
Tu lejano ojo azul Es un retal de los cielos,
Visto desde el claro o la garganta,
O desde las ventanas de la forja,
Que transforma todo aquello que atraviesa.
Nada es cierto
Si no está entre tú y yo,
Pionero occidental,
Que no conoces remordimiento ni temor,
Guiado por tu espíritu aventurero
Bajo la bóveda de los cielos;
¿Puedes allí desplegar
Y respirar el suficiente aire?
Incluso allende el Oeste
Emigras,
Hacia rutas más despejadas,
Sin el hacha del peregrino,
Haciendo camino en las alturas
Con la frente bien temperada
Y abriendo un claro en el cielo.
Sostener el azur y contener la tierra
Son tus pasatiempos desde el nacimiento,
Sin apoyarte en nadie,
¡Ojalá pudiera declararme tu digno hermano!

Al final, siguiendo el ejemplo de Rasselas^[76] y de otros habitantes de felices valles, decidimos escalar la pared azul que delimitaba el horizonte por Occidente, aunque no sin poner en duda que al otro lado existiese un país de las hadas para nosotros. Sin embargo, relatar nuestras aventuras sería una tarea larga, y no tenemos tiempo esta tarde para remontar con la imaginación este brumoso valle del Nashua y

volver a hacer ese peregrinaje. Desde entonces hemos hecho muchas excursiones similares a las principales montañas de Nueva Inglaterra y Nueva York, e incluso nos hemos adentrado más en la naturaleza y hemos pasado noches en la cima de muchas de ellas. Y ahora, cuando volvemos a mirar hacia el Oeste desde nuestras colinas nativas, Wachusett y Monadnock se han vuelto a retirar entre las montañas azules y fabulosas del horizonte, aunque nuestros ojos se posen sobre sus rocas reales, donde otrora montamos nuestra tienda una noche y hervimos gachas de maíz entre las nubes.

En 1724 aún no había ninguna casa al norte de Nashua, sólo campamentos indios desperdigados y espesos bosques entre esta frontera y Canadá. En septiembre de aquel año, dos hombres que habían decidido emprender dedicándose a la fabricación de la trementina en aquella zona —pues ése fue el objetivo de su primera aventura en la naturaleza salvaje— fueron capturados y llevados hasta Canadá por un grupo de treinta indios. Diez habitantes de Dunstable, que salieron en su busca, encontraron los aros de su barril cortados y la trementina desparramada por el suelo. Un habitante de Tyngsborough, que conoció la historia por boca de sus ancestros, me contó que, cuando los indios estaban a punto de romper su barril de trementina, uno de estos cautivos cogió una rama de pino y, blandiéndola, juró con tal firmeza que mataría al primero que lo tocase que los indios se abstuvieron de hacerlo, y cuando por fin el cautivo volvió de Canadá el barril aún estaba allí, en pie. Quizá hubiese más de un barril. En cualquier caso, los exploradores supieron por las marcas de los árboles, hechas con una mezcla de grasa y carbón, que los hombres no habían sido asesinados, sino hechos prisioneros. Uno de los integrantes del grupo, de nombre Farwell, al percatarse de que la trementina no había acabado de derramarse, concluyó que los indios se habían marchado hacía poco, con lo que decidieron ir en su busca de inmediato. Desoyendo el consejo de Farwell y siguiendo directamente su rastro río arriba, el grupo cayó en una emboscada cerca de Thornton's Ferry, en lo que hoy es el pueblo de Merrimack. Nueve de sus miembros murieron, y sólo uno, Farwell, logró escapar tras una dura persecución. Los hombres de Dunstable salieron a recoger los cuerpos, y volvieron a llevarlos al pueblo para darles sepultura. Casi parecen repetirse las palabras de la balada de Robin Hood:

Llevaron a estos habitantes del bosque a la hermosa Nottingham,
Les excavaron tumbas en el camposanto de su iglesia
Y los sepultaron a todos en fila^[77].

Nottingham no es más que el otro lado del río, y no estaban exactamente en fila. En el camposanto de la iglesia de Dunstable puede leerse, bajo el «Memento Mori» y el nombre de uno de ellos, cómo «dejaron la vida», y que:

Este hombre, junto a otros siete que descansan en esta tumba,

fueron asesinados en un mismo día a manos de los indios^[78].

Las lápidas de varios miembros de la compañía se erigen alrededor de la fosa común con sus respectivas inscripciones. Ocho fueron enterrados aquí, pero nueve fueron los muertos, según las autoridades más fidedignas^[79].

Dulce río, dulce río,
Tus aguas están manchadas de sangre,
Y muchos capitanes valientes y nobles
Pasan flotando junto a los sauces de tu margen.

Junto a tus aguas cristalinas,
Y la brillante arena de tu orilla,
Jefes indios y guerreros cristianos
Libran una batalla fiera y mortífera.

En la *History of Dunstable* se cuenta que al regreso de Farwell los indios fueron atacados por un nuevo grupo del que les costó mucho defenderse, y perseguidos hasta el río Nashua, junto a cuya desembocadura entablaron batalla. Cuando los indios se marcharon, los cristianos encontraron una cabeza india tallada en un gran árbol junto a la orilla, que acabó dando nombre a esta parte del pueblo de Nashville: la «cabeza del indio». «Un hombre sensato observó», dice Gookin, hablando de la Guerra del Rey Felipe, «que al principio de la guerra los soldados ingleses menospreciaron a los indios, y que muchos se iban jactando de que bastaba un inglés para cazar a diez indios. Muchos pensaban que aquello no sería más que otro *Veni, vidi, vici*^[80]». Sin embargo, podemos concluir ahora que el hombre sensato habría hecho una observación diferente.

Al parecer, Farwell era el único que había estudiado su profesión y comprendía el negocio de la caza de indios. Vivió para luchar en otra ocasión, pues al año siguiente era coronel de Lovewell en Pequawket, pero aquella vez, como ya hemos contado, sus huesos se quedaron en el bosque. Su nombre aún nos recuerda los días crepusculares y las expediciones forestales tras el rastro de los indios, con esa cabellera inalcanzable: un héroe indispensable para Nueva Inglaterra. Tal y como canta el poeta más reciente de la Batalla de Lovewell, un tanto vacilante pero no por ello menos valiente:

Luego la corriente carmesí fluía
Como las aguas del riachuelo
Que brilla intenso, que cae ruidoso,
Por los acantilados de Agiochook^[81].

Al oír hablar de estas batallas nos parecen increíbles, y creo que la posterioridad pondrá en duda si tales acontecimientos sucedieron jamás, si los audaces ancestros que colonizaron estas tierras no estaban luchando más bien contra las sombras del bosque, y no contra una raza de hombres del color del cobre. Eran los vapores,

fiebres y temblores de los bosques vírgenes. Ahora, el arado sólo desentierra unas pocas puntas de flecha. En la historia oceánica, etrusca o británica no hay nada tan sombrío e irreal.

Es un cementerio de aspecto salvaje y anticuado, cubierto de arbustos, junto al camino, que mira sobre el Merrimack a un cuarto de milla de distancia y está delimitado en un lateral por un caz de molino seco. En él descansan los restos terrenales de los antiguos habitantes de Dunstable. Lo dejamos atrás hará unas tres o cuatro millas. Allí se pueden leer los nombres de Lovewell, Farwell y de muchas otras familias famosas en la guerra contra los indios. Nos percatamos de dos grandes bloques de granito de más de un pie de grosor, escuadrados con rudeza, tumbados en la tierra sobre los restos del primer pastor y su esposa.

Resulta extraordinario que los muertos yazcan bajo lápidas por doquier:

Strata jacent passim suo quæque sub «lapide corpora»...

... que podríamos decir, si la métrica lo permitiese^[82]. Cuando la lápida es ligera, meditar junto a ella no oprime el ánimo del viajero. Sin embargo, éstas nos parecieron un tanto paganas, como todos los grandes monumentos situados sobre los cuerpos de los hombres desde los tiempos de las pirámides. Un monumento debería al menos «apuntar a las estrellas^[83]», para indicar hacia dónde se ha marchado el espíritu, y no dónde está postrado, como el cuerpo que ha abandonado. Ha habido naciones que no podían hacer otra cosa más que construir tumbas, y éstos son los únicos vestigios que han dejado. Éstas son las naciones paganas. ¿Pero por qué estas lápidas, tan erguidas y enfáticas, como si fuesen puntos de exclamación? ¿Qué fue eso tan extraordinario que vivió y que había bajo ellas? ¿Por qué debería el monumento ser mucho más duradero que la fama que se le ha encomendado perpetuar? ¿Una piedra para un hueso? «Aquí yace», «Aquí yace», ¿por qué no escriben alguna vez «Aquí se erige»? ¿Acaso sólo se pretende hacer un monumento para el cuerpo? «Habiendo llegado al final de su vida *natural*», ¿no sería más cierto decir: «Habiendo llegado al final de su vida *innatural*»? El rasgo menos común de un epitafio es la veracidad. Si se escribe la más mínima letra, debería ser tan severamente cierta como la decisión de los tres jueces del inframundo, y no el testimonio parcial de los amigos. Éstos y sus contemporáneos deberían limitarse a ofrecer nombre y fechas, y dejar a la posteridad la tarea de escribir el epitafio.

Aquí yace un hombre honesto,
El contralmirante Van.
Fe, así tienes
Dos en la misma tumba,
Pues en su favor
Aquí también yace el grabador.

La propia fama no es más que un epitafio: igual de tardío, igual de falso, igual de cierto. Pero sólo éstos son los verdaderos epitafios que retoca la Antigua Mortalidad.

Un hombre bien podría rezar para no contaminar o maldecir cualquier porción de naturaleza al ser enterrado en ella. Por lo general, el alma del mejor amigo del fallecido se convierte en un temeroso duendecillo que encanta su tumba, de manera que es mérito de Little John, el famoso secuaz de Robin Hood, y habla bien de su carácter, que la tumba de Robin fuese «célebre desde hace mucho tiempo por ser una excelente piedra de afilar^[84]». Confieso que les tengo poco apego a esas colecciones que tienen en las Catacumbas, en el cementerio de Père-Lachaise, en Mount Auburn^[85] e incluso en el cementerio de Dunstable. En cualquier caso, sólo su enorme antigüedad puede hacer que los cementerios me parezcan interesantes. No tengo amigos allí. Puede que no sea competente para escribir la poesía de la tumba. El agricultor que ha explotado sus tierras bien podría dejar su cuerpo para que la Naturaleza lo absorbiese, y restaurar en cierta medida su fertilidad. No deberíamos retardar, sino acelerar su economía.

Pronto perdimos de vista el pueblo de Nashua y volvimos a adentrarnos en los bosques, remando lentamente antes de la puesta de sol, buscando un lugar solitario en el que pasar la noche. Unas pocas nubes vespertinas empezaron a reflejarse en el agua, y la superficie sólo se veía rizada aquí y allá a causa de alguna rata almizclera que cruzaba el río. Por fin acampamos cerca del riachuelo de Penichook Brook, en los confines de la actual Nashville, junto a una garganta profunda, en el límite de un pequeño bosque de pinos donde las hojas muertas eran nuestra alfombra y las ramas leonadas se desplegaban sobre nuestras cabezas. Pero pronto el fuego y el humo domesticaron la escena. Las rocas accedieron a ser nuestras paredes y los pinos nuestro techo. La orilla de un bosque era ya el lugar más adecuado para nosotros.

La naturaleza es cercana y preciada para todos los hombres. Incluso las aldeas más antiguas están en deuda con la frontera del bosque salvaje que las rodea, y no tanto con los jardines de los hombres. Existe algo inefablemente bello y estimulante en la imagen del bosque que bordea y, de cuando en cuando, se adentra en los nuevos asentamientos que, como las montañitas de arena de las madrigueras de los zorros, han brotado en el corazón de lo salvaje. La propia verticalidad de los pinos y los arcos reafirma la antigua rectitud y el vigor de la naturaleza. Nuestras vidas necesitan el alivio de este fondo de escena, donde crece el pino y el arrendajo aún grita.

Habíamos encontrado un puerto seguro para nuestro bote. El sol se iba poniendo a medida que descargábamos nuestros bártulos y pronto montamos nuestra tienda en la orilla. Mientras el hervidor bullía en la puerta de la tienda, nosotros hablábamos de amigos lejanos y de las visiones que íbamos a contemplar, y nos preguntábamos en qué dirección estaban los distintos pueblos con relación a nosotros. Nuestro cacao no tardó en hervir, dispusimos la comida sobre el arca y alargamos la cena, como los antiguos viajeros, con nuestra conversación. Mientras tanto desplegamos el mapa en

el suelo, y leímos en el *Diccionario geográfico* sobre los primeros pioneros que llegaron aquí y a quienes se les concedió un municipio. Luego, acabada la cena y escrito nuestro diario de viaje, nos envolvimos en las pieles de búfalo y nos tumbamos con la cabeza apoyada sobre los brazos, que hacían de almohada, para escuchar durante un rato los lejanos aullidos de un perro, o los murmullos del río, o del viento, que no se había ido a descansar:

El viento del oeste llegó cargado
Con el ligero estruendo del Pacífico,
Cual cartero vespertino, veloz a la llamada
Del director general de Correos,
Con noticias de California,
De todo lo ocurrido desde la mañana,
Agitando el mundo a través de zarzas y helechos,
Desde aquí hasta el lago Athabasca.

O tal vez estaba en duermevela, soñando con una estrella tenue que brillaba a través de nuestro techo de algodón. A media noche uno podía despertarse con el canto estridente de un grillo sobre su hombro, o con una araña cazadora que pasaba sobre su ojo, y volvía a dormirse con el murmullo de un riachuelo que se abría paso por el fondo de una garganta boscosa y rocosa de los alrededores. Era agradable estar tendidos con la cabeza a ras de hierba, y escuchar ese taller tintineante y siempre bullicioso. Un millar de diminutos artesanos golpeando sus yunques durante toda la noche.

Bien entrada la noche, cuando estábamos ya casi dormidos, escuchamos a algún novato golpear un tambor sin cesar, preparándose para el agrupamiento —como luego sabríamos—, y pensamos en el verso:

Cuando el tambor toca hasta el final de la noche^[86].

Le podríamos haber asegurado que su tambor obtendría respuesta, que las tropas se reunirían. No temas, tamborilero nocturno, que también nosotros estaremos allí. Y siguió tocando el tambor, en medio del silencio y la oscuridad. Ese sonido extraviado, de un astro recóndito, siguió llegando de cuando en cuando hasta nuestros oídos, lejano, dulce, lleno de significado, y lo escuchábamos con neutralidad, como si fuese la primera vez que escuchábamos algo. Sin duda se trataba de un tamborilero mediocre, pero su música nos regaló una hora de placer impagable, y nos sentíamos en el momento justo y en el lugar adecuado. Aquellos sencillos sonidos nos vinculaban a las estrellas. Ay, había en ellos una lógica tan convincente que ni siquiera la combinación de todos los intelectos humanos podría hacerme dudar un ápice de sus conclusiones. Detengo mi habitual flujo de pensamiento, como si de repente el arado se hubiese adentrado en el surco hasta atravesar la corteza terrestre. ¿Cómo puedo continuar, si acabo de atravesar este tragaluz sin fondo en la ciénaga de mi vida? De repente el viejo Tiempo me guiñó el ojo —ah, qué bien me conoces,

grauja—, y supe que Él estaba bien. Este viejo universo tiene una salud tan férrea que no me cabe la menor duda de que jamás morirá. Curaos a vosotros mismos, doctores, por Dios, ¡yo estoy vivo!

Entonces el ocioso Tiempo echó a correr sin rumbo
Y me dejó a solas con la Eternidad;
Ahora escucho allende el alcance del sonido,
Veo allende los límites de la vista.

Veo, huelo, saboreo, escucho, siento ese Algo eterno al que todos estamos vinculados, a la vez nuestro creador, nuestra casa, nuestro destino, nuestro propio Yo. La única verdad histórica, el acontecimiento más extraordinario que puede convertirse en el sujeto nítido e inesperado de nuestro pensamiento, la gloria real del universo, el único hecho que un ser humano no puede evitar reconocer, ni olvidar, ni dejar de lado.

Él desvela mis secretos
A todos, dejándome a solas en la multitud.

He visto cómo se asentaron los cimientos del mundo y no tengo la menor duda de que permanecerán en pie un buen rato.

Ésta es mi hora natal,
Ahora estoy en la flor de la vida.
No pondré en duda el amor inmenso
Que me cortejó de joven, que me corteja de viejo,
Y que me ha traído hasta esta noche.

¿Qué son los oídos? ¿Qué es el Tiempo? ¿Por qué esta serie concreta de sonidos llamada acorde musical, un ejército invisible y mágico que nunca barrió el rocío de ninguna pradera, puede descender a través de los siglos desde Homero hasta mí, y por qué éste pudo conocer el mismo encanto aéreo y misterioso que ahora estremece mis oídos? ¿Qué delicada comunicación entre épocas de los pensamientos más bellos y nobles, de las ambiciones de los hombres antiguos, incluso de aquellas que nunca fueron pronunciadas en un discurso; la música! Es la flor del lenguaje, el pensamiento colorido y curvado, fluido y flexible, cuya fuente de cristal está tintada por los rayos del sol y cuyas ondas vibrantes reflejan la hierba y las nubes. Un acorde musical me recuerda a un pasaje de los *Vedas*, y lo asocio con la idea de lo infinitamente lejano, la belleza y la serenidad, pues para los sentidos aquello que está más lejos de nosotros es lo que le habla a lo más profundo de nosotros mismos. Nos enseña una y otra vez a confiar en el instinto más remoto y delicado, que es el divino, y convierte en un sueño nuestra única experiencia real. Sentimos una alegre melancolía al escucharlo, quizá porque nosotros, que escuchamos, no somos uno con lo que está siendo escuchado.

Por eso se escucha un profundo torrente de tristeza
Fluir a través de los acordes de tu triunfo^[87].

La tristeza es la nuestra. El poeta indio Kalidás dice en la *Shakuntalá*: «Puede que la tristeza que sienten los hombres al ver figuras bellas y escuchar dulces melodías nazca de un débil recuerdo de alegrías pasadas, y de los vestigios de un vínculo con un estado de existencia anterior^[88]». Al igual que el pulido expresa la vena en el mármol, y la fibra en la madera, también la música saca a la luz todos los elementos heroicos que se esconden en cualquier lugar. El héroe es el único patrón de la música. El soldado estaría encantado de imitar con tambor y trompeta esa armonía que existe de manera natural entre el espíritu del héroe y el universo. Cuando estamos sanos todo nos suena a pífano y tambor. Escuchamos las notas de la música en el aire, o captamos su eco desvaneciéndose cuando nos despertamos al amanecer. Al desfilar, el latido del héroe bate al unísono con el latido de la Naturaleza, y éste marcha al ritmo del universo: es entonces cuando se encuentra el verdadero valor y la fuerza invencible.

Plutarco dice que «Platón piensa que los dioses no les dieron a los hombres la música, la ciencia de la melodía y la armonía para su mero deleite o para estimular sus oídos. Cree, antes bien, que los elementos discordantes y el bello tejido del alma —así como la parte de ésta que merodea alrededor del cuerpo y muchas veces, a falta de melodía y aire, estalla en numerosas extravagancias y excesos— podrían ser reunidos con dulzura e ingeniosamente ensamblados hasta recuperar su armonía y acuerdo originales^[89]».

La música es el sonido promulgado por las leyes universales. Es la única melodía segura, y en ella hay acordes que superan con mucho la fe de cualquier hombre en la nobleza de su destino. Tenemos que aprender aquellas cosas para las que merece la pena tomarse el tiempo de aprenderlas. En el pasado, escuché estos

RUMORES DE UN ARPA EÓLICA

Hay un valle que nadie ha visto,
Donde el hombre nunca ha puesto pie,
Mientras que aquí vive con esfuerzo y se enfrenta a
Una vida inquieta y pecaminosa.

Allí nace toda la virtud,
Luego desciende sobre la tierra,
Y hasta allí vuelven todos los actos
Que arden en su generoso seno.

Allí el amor es cálido, y la juventud es joven,
Y la poesía aún está por cantar,
Pues la Virtud sigue aventurándose en él,
Y respira libremente su aire natal.

Y si prestas oído,
Aún puedes escuchar su sonido vespertino,

Y las pisadas de hombres de gran alma
Que comparten sus reflexiones con el cielo.

Según Jámblico, «Pitágoras no se procuró algo así mediante instrumentos o a través de la voz, sino que, empleando una divinidad inefable, difícil de aprehender, extendió sus oídos y concentró su intelecto en las sinfonías sublimes del mundo. Fue, al parecer, el único en escuchar y comprender la armonía universal y la consonancia de las estrellas y los planetas que se mueven a través de ellas, produciendo una melodía más completa e intensa que cualquiera de las producidas con sonidos mortales^[90]».

Una mañana caminaba tempranísimo a unas veinte millas al este de aquí, desde la taberna de Caleb Harriman, en Hampstead, en dirección a Haverhill. Cuando llegué al ferrocarril de Plaistow, escuché a una cierta distancia una débil música flotando en el aire, como si de un arpa eólica se tratase. Inmediatamente sospeché que procedía del cable del telégrafo, que vibraba en el incipiente viento matutino, y al pegar la oreja a uno de los postes pude cerciorarme. Era el arpa del telégrafo, que tocaba su mensaje a través del país, un mensaje que no enviaban los hombres, sino los dioses. Puede que, al igual que la estatua de Memnón, resuene sólo por las mañanas, cuando la bañan los primeros rayos de sol. Fue como la primera lira o caracola escuchada a orillas del mar, una cuerda vibrando en el aire, muy por encima de las costas de la tierra. De igual manera tienen todas las cosas sus usos más elevados y más bajos. Escuché una noticia más bella que la que cualquier periódico podrá imprimir jamás. Hablaba de cosas que merecía la pena escuchar, que a la corriente eléctrica le merecía la pena transportar. No hablaba del precio del algodón y de la harina, sino que se refería al precio del mundo mismo y de las cosas que no lo tienen, de una verdad y una belleza absolutas.

El tambor seguía tocando, e infundió en nuestra sangre un vigor renovado aquella noche. El sonido del clarín y el chasquido metálico de las corazas y los broqueles se escuchaban desde las muchas aldeas del alma, donde numerosos caballeros cogían sus armas, preparándose para la lucha frente al campamento de las estrellas.

En cada vanguardia
Se abren paso los caballeros etéreos, avanzando con sus lanzas
Hasta que las legiones más sólidas se cierran; con las hazañas de las armas
A ambos lados del empíreo arde el firmamento^[91].

¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!
No has logrado mantener tu secreto,
Esperaré a ese día lejano,
A esas tierras de las que hablas.

¿No le quedan horas libres al tiempo para
Estas acciones que tú practicas?
¿No es la eternidad un arrendamiento
Para acciones mejores que los versos?

Es hermoso oír hablar de héroes muertos,
Saberlos aún vivos,
Pero todavía es mejor seguir sus pasos
Y que ellos vivan en nosotros.

Nuestra vida debería nutrir las fuentes de la fama
Con una corriente perenne,
Como nutren al océano los manantiales murmurantes
Que encuentran en él su tumba.

Cielos, gotead suavemente sobre mi pecho,
Y sed mi coraza azul;
Tierra, recibe mi lanza en reposo,
Mi fiel caballo de guerra.

Vosotras, estrellas, sois en el cielo
Mis puntas de lanza y de flecha;
Veo huir al enemigo en desbandada,
Mis brillantes lanzas siguen en su sitio.

Dadme un ángel por enemigo,
Fijad ahora el lugar y la fecha,
E iré directo a su encuentro
Al otro lado del carillón estrellado.

Y con el estruendo metálico de nuestros broqueles
Sonarán los planetas celestiales,
Mientras brillan las estrellas del Norte
Colgando junto a nuestro duelo.

Y si pierde a su campeón verdadero
Decidle al Cielo que no desespere,
Pues yo seré su campeón nuevo,
Y me encargaré de reparar su fama.

Aquella noche sopló un viento fuerte, del que luego supimos que había sido aún más violento en otros lugares, causando grandes estragos en tal o cual maizal. Sin embargo, nosotros sólo lo escuchábamos suspirar de cuando en cuando, como si no tuviese permiso para sacudir la lona de nuestra tienda. Los pinos murmuraban, el agua ondeaba y la tienda se balanceó ligeramente, pero nos limitamos a pegar aún más las orejas contra el suelo, mientras el estruendo se marchaba a alarmar a otros hombres, y mucho antes del amanecer, como de costumbre, estábamos listos para reanudar nuestro viaje.

MARTES



A ambos lados del río se extienden
Grandes campos de cebada y centeno,
Que visten al mundo y tocan el cielo;
Y a través de ellos corre el camino
Hacia Camelot, la de las cien torres.

Alfred Tennyson, «The *Lady of Shalott*»

Mucho antes del amanecer ya deambulábamos fuera de la tienda, hacha en mano, en busca de combustible, y con nuestros golpes hacíamos resonar la madera, que aún dormitaba entre sueños. Luego quemamos con nuestro fuego una porción inútil de la noche, mientras que el hervidor entonaba sus acordes hogareños al lucero del alba. Después nos dirigimos hacia la orilla, despertando a todas las ratas almizcleras y asustando a los avetoros y a otros pájaros que dormían entre las ramas. Levantamos nuestro bote y le dimos la vuelta para lavarlo y quitarle el barro, mientras hablábamos en voz alta como si estuviésemos en pleno día, hasta que por fin, a eso de las tres, ya habíamos acabado con los preparativos y estábamos listos para reanudar nuestro viaje, como de costumbre. Y así, mientras nos quitábamos el barro de los pies, nos adentramos en la niebla.

Y aunque estábamos envueltos por la bruma, confiábamos en que hubiese un día claro tras ella.

¡Remad! ¡Vamos, vamos!
Que en cada gota matutina de rocío
Se esconde la promesa de un nuevo día.

Los ríos fluyen desde el amanecer,
Manando junto a la mañana rociada;
Los viajeros reman contra el tiempo,
Sin detenerse al mediodía o al anochecer,
Nunca en paz con el alba.

Belknap, el historiador de este estado, dice que «en las proximidades de las lagunas y los ríos frescos, si una niebla blancuzca flota sobre el agua por la mañana es señal segura de que hará buen tiempo ese día. Cuando no se ve niebla, ha de esperarse lluvia antes de la noche^[1]». Lo que nos parecía estar envolviendo el mundo entero no era más que un fino velo de vapor, corrido sobre el cauce del Merrimack desde la orilla del mar hasta las montañas. Sin embargo, hasta las nieblas más

extensas tienen sus propios límites. Una vez vi amanecer desde la cima del Mount Greylock, en Massachusetts, por encima de las nubes. Como no pudimos distinguir nada a través de aquella tupida niebla, voy a contar esta historia con mayor lujo de detalles.

Solía subir a las colinas a pie y en solitario durante los días tranquilos de verano, recogiendo frambuesas a los lados del camino y comprando de cuando en cuando una hogaza de pan en casa de algún granjero. A mi espalda llevaba la alforja, cargada con unos cuantos libros y una muda, y en la mano un bastón. Aquella mañana había estado contemplando el paisaje desde Hoosac Mountain, mirando hacia el pueblo de North Adams, ubicado en el valle que había tres millas bajo mis pies, y que demostraba lo irregular que puede llegar a ser a veces la tierra, haciéndola parecer un accidente que siempre debería estar nivelado para acomodarse a los pies de los hombres. Tras pasar por el pueblo y echar algo de arroz, azúcar y un cazo de hojalata en mi alforja, por la tarde empecé el ascenso del Mount Greylock, cuya cima está a tres mil seiscientos pies sobre el nivel del mar y se encontraba a siete u ocho millas de distancia siguiendo el sendero. Mi ruta discurría por un valle largo y espacioso al que llaman «el fuelle», porque el viento sopla de un lado a otro en ráfagas violentas, y que ascendía hasta las mismas nubes entre la cordillera principal y una montaña más baja. Había unas cuantas granjas esparcidas a diferentes alturas, y cada una poseía una bella vista de las montañas hacia el Norte. Un pequeño río atravesaba el fondo del valle. Cerca de su nacimiento había un molino. Parecía el camino que habría de escalar el peregrino para entrar por las puertas del cielo. Ahora cruzaba un campo de heno, luego un riachuelo pasando sobre un puente precario, siempre ascendiendo, siempre con una suerte de temor reverencial, lleno de expectativas indefinidas sobre el tipo de gentes y de naturaleza que acabaría encontrando. Finalmente parecía una ventaja que la tierra fuese irregular, pues era imposible imaginar una posición más noble para una granja que la ofrecida por este valle, ya se estuviese más o menos cerca del nacimiento del río: un retiro que vigilaba el campo desde una gran elevación, ubicado entre las dos laderas escarpadas de la montaña.

Me recordaba a las casas de los hugonotes en Staten Island, frente a las costas de Nueva Jersey. En las colinas del interior de esa isla hay valles similares a éste, aunque a una escala más humilde, que penetran en varias direcciones, estrechándose poco a poco y elevándose hacia el centro. Al final de estos valles se encontraban los hugonotes, primeros colonizadores de la zona, que situaron sus casas tierra adentro, en lugares agrestes y resguardados, en recovecos frondosos donde la brisa jugaba con el chopo y el árbol del caucho. Desde allí dominaban, siempre con la misma seguridad, en la calma y en la tormenta, un vasto panorama: millas y millas de bosques y estrechas marismas que llegaban hasta el Árbol del Hugonote, un viejo olmo situado en la costa y junto a cuyas raíces habían desembarcado. Más allá estaba la espaciosa bahía de Nueva York, y llegaban a ver Sandy Hook y las Highlands de

Naversink, y aún más lejos leguas y leguas del Atlántico, hasta divisar acaso algún navío borroso en el horizonte, a casi un día de navegación en su viaje hacia la Europa de la que ellos habían venido. Mientras caminaba por aquellas tierras interiores, rodeado de ese paisaje agreste, donde había tan pocos elementos que me recordasen al océano como los hay entre las colinas de Nuevo Hampshire, vi de repente, a través de una grieta, hendidura o «camino partido», como la llamaban los colonizadores holandeses, un barco con todas sus velas desplegadas navegando sobre un maizal, a veinte o treinta millas de distancia. Habida cuenta de que no tenía los medios para medir la distancia, el efecto era similar al de ver un barco pintado a través de una linterna mágica.

Pero volvamos a la montaña. Daba la impresión de que el propietario de la casa más alta del valle iba a ser el hombre dotado de una mente más singular y divina. Los truenos habían retumbado pisándome los talones durante todo el camino, pero la lluvia se marchó en otra dirección —aunque, de no haberlo hecho, estaba casi seguro de que habría ascendido por encima de ella—. Por fin llegué a la antepenúltima casa, donde el sendero hacia la cima se desviaba a la derecha, mientras que la propia cima se elevaba directamente frente a mí. Sin embargo, decidí seguir hasta el final del valle, y luego encontrar mi propia ruta ladera arriba, pues me parecía el camino más corto e intrépido. Pensé en volver a aquella casa, que estaba tan bien cuidada y tan noblemente situada, al día siguiente, y quizá quedarme allí una semana, si encontraba algún trabajo que hacer. La señora de la casa era una joven espontánea y hospitalaria, que se presentó ante mí vistiendo un salto de cama, peinándose con afán y naturalidad la larga cabellera negra mientras hablaba, dándole a su cabeza un brusco tirón con cada pase del peine. Tenía unos ojos vivos y centelleantes, estaba muy interesada en ese mundo inferior desde el que yo llegaba y hablaba con toda familiaridad, como si me conociese desde hacía años. Me recordaba mucho a una prima mía. Al principio me había tomado por un estudiante de Williamstown, pues pasaban en grupos, según decía, a caballo o a pie, siempre que hacía buen tiempo. Eran un grupo bastante salvaje, pero nunca tomaban el camino por el que yo estaba yendo. Cuando pasé junto a la última casa, un hombre me llamó para saber qué vendía, pues al ver mi alforja pensó que podía ser un vendedor ambulante que había seguido esta insólita ruta, pasando por la cresta del valle, para dirigirse a South Adams. Me dijo que aún faltaban cuatro o cinco millas hasta la cima siguiendo el sendero que había abandonado, y que no eran más de dos si seguía en línea recta desde donde estaba, aunque nadie había ido nunca por ahí: no había sendero, y la pendiente estaría tan inclinada como el tejado de una casa. Sin embargo, yo sabía que estaba más acostumbrado a los bosques y a las montañas que él, y continué atravesando el cercado de sus vacas, mientras que el hombre, mirando hacia el sol, me gritó que no debería subir a la cima aquella noche. Pronto llegué al final del valle, pero como no podía ver la cima desde aquel punto, subí a una colina en el lado opuesto y calculé su orientación con mi brújula. Luego me adentré en los bosques y empecé a escalar la

escarpada ladera en diagonal, tomando como referencia un árbol cada doce varas. El ascenso no fue en absoluto arduo o fastidioso, y me llevó mucho menos tiempo del que habría necesitado de seguir el sendero. Llegué a la conclusión de que incluso la gente de campo magnifica la dificultad de los viajes por el bosque, sobre todo en las montañas. En este aspecto parecen carecer de su consueto sentido común. He escalado varias montañas más altas sin guía ni sendero, y he descubierto, como cabría esperar, que por lo general sólo lleva un poco más de paciencia de lo que lleva hacerlo por la carretera más suave. En este mundo es muy infrecuente encontrarse con obstáculos que resulten difíciles de superar hasta para el hombre más humilde. Es cierto que podríamos llegar a un precipicio, pero no tenemos por qué saltar ni darnos de cabezazos contra la última roca. También puede un hombre caerse por las escaleras de su sótano o romperse la crisma contra la chimenea, si no está muy cuerdo. Puedo decir por experiencia que los viajeros también suelen exagerar las dificultades del camino. Como en la mayoría de los males, la dificultad es imaginaria: ¿qué prisa hay? Si una persona perdida llegase a la conclusión de que, a fin de cuentas, no está perdida, de que no se ha alejado de sí misma, sino que se encuentra justo en el lugar en el que está, y que por ahora vivirá ahí; si cree que los lugares que lo han conocido son los que están perdidos, ¡cuánta inquietud y cuánto peligro se desvanecerían de un plumazo! No estoy solo si estoy conmigo mismo. ¿Quién sabe hacia qué lugar del espacio se dirige girando este globo terráqueo? Y aun así no nos rendimos ni nos damos por perdidos: a quién le importa el lugar.

Me abrí camino con paso constante y en línea recta a través de un denso sotobosque de laurel de montaña, hasta que los árboles empezaron a tener un aspecto enjuto y demoníaco, como si estuvieran a punto de comenzar a luchar contra los duendecillos del bosque, y por fin alcancé la cima, justo cuando el sol se estaba poniendo. En el lugar se habían despejado varios acres, ahora cubiertos por rocas y tocones, y en el centro se erigía un observatorio tosco, mirando hacia los bosques. Pude apreciar una bella panorámica del campo antes de que el sol se pusiese, e inmediatamente fui en busca de agua. Primero descendí una media milla de sendero bien marcado, a través de un bosque bajo y cubierto de maleza, hasta que llegué a un lugar donde el agua se había quedado estancada en las huellas de los caballos que habían subido a los viajeros. Me tumbé y me las fui bebiendo una a una. Era un agua pura y fresca, como de manantial, pero como así no podía llenar mi pocillo, me las ingení para crear pequeños sifones con las hojas de hierba e ingeniosos acueductos a pequeña escala. Sin embargo, era un proceso demasiado lento. Luego, al recordar que durante el ascenso había pasado por un lugar húmedo cerca de la cima, volví a buscarlo, y allí, en medio del crepúsculo y usando piedras afiladas, cavé un pozo de unos dos pies de profundidad, que pronto se llenó de agua pura y fresca, de la que también los pájaros vinieron a beber. Así llené mi pocillo, y luego, de vuelta al observatorio, recogí algunas ramas secas y preparé un fuego sobre varias piedras planas que habían sido colocadas en el suelo al efecto. Pronto mi cena a base de arroz

estuvo preparada, y ya había improvisado una cuchara de madera con la que comérmela.

Durante la noche me senté a leer a la luz del fuego varios fragmentos de periódicos en los que algún grupo había envuelto su almuerzo: las listas de precios corrientes de Nueva York y Boston, los anuncios y los singulares editoriales que alguien había creído conveniente publicar, sin prever en qué críticas circunstancias serían leídos. Desde allí leía aquellos recortes con una gran ventaja, y me pareció que los anuncios, lo que conocemos como la parte comercial del periódico, eran lo mejor de largo: los más útiles, naturales y respetables. Casi todas las opiniones y sentimientos expresados en los artículos estaban tan poco asentados, eran tan triviales y endebles, que pensé que la textura misma del papel tenía que ser más débil en aquella parte, y romperse con más facilidad. Los anuncios y las listas de precios estaban más estrechamente vinculados a la naturaleza, y eran respetables en cierta medida, como lo son las tablas de mareas y meteorológicas. En cambio, el propio material de lectura, que recordé que era el máspreciado allá abajo, me pareció extraño y caprichoso —excepción hecha de algún humilde apunte científico o de un fragmento de una obra clásica—, crudo y monotemático, como la redacción de un colegial, como lo que escriben los jóvenes para después quemarlo. Las opiniones estaban condenadas a vestir un aspecto diferente el día de mañana, como la moda de la última temporada. Era como si la humanidad estuviese aún muy verde, y fuese a acabar avergonzándose de ella misma en unos cuantos años, una vez dejado atrás ese periodo de inmadurez. Había, además, una inclinación singular al chascarrillo y al humor, pero rara vez tenía el más mínimo éxito; y el éxito aparente no era más que una terrible sátira sobre el intento: el Genio Maligno del hombre se reía a carcajadas con sus mejores chistes. Los anuncios, como he dicho, sí que eran serios, no como toda esa charlatanería moderna, y evocaban ideas agradables y poéticas, pues lo cierto es que el comercio es igual de interesante que la naturaleza. Los propios nombres de los productos eran poéticos, e igual de sugerentes que si hubiesen sido insertados en un hermoso poema: Madera, Algodón, Azúcar, Piel, Guano, Campeche. Habría sido agradable leer allí alguna reflexión sobria, privada y original, en armonía con las circunstancias, como si hubiese sido escrita en la cima de una montaña. Sería de una moda que nunca pasa, igual de respetable que las pieles, el campeche o cualquier producto natural. ¡Qué inestimable compañero habría sido tal pedazo de papel, con sus frutos de una vida madura! ¡Qué reliquia! Parecería un invento divino, que no podría ser traído hasta aquí por medio de meras monedas brillantes, sino que requeriría de pensamientos lúcidos y profundos.

Como hacía frío, recogí un montón de leña y me tumbé en un tablón junto a una pared del observatorio, sin manta con la que cubrirme, con la cabeza mirando hacia el fuego para poder vigilarlo, contra la costumbre india. Sin embargo, a medida que se acercaba la medianoche e iba haciendo aún más frío, acabé «encajonándome» por completo entre tablones. Me las apañé incluso para colocar uno como techo,

poniéndole una piedra grande encima para que no se levantase, con lo que pude dormir cómodamente. Aquello me recordó, no voy a negarlo, a esos niños irlandeses durante las noches de invierno, que preguntaban qué habían hecho sus vecinos para no tener una puerta que ponerse encima, a diferencia de ellos. Estoy convencido de que no había nada raro en la pregunta. Quienes nunca se han visto en éstas no tienen ni idea de lo que puede ayudar una puerta, cuando mantiene en su sitio lo único que nos cubre, a la comodidad de uno. En gran medida nos parecemos a los polluelos: cuando se los aleja de la gallina y se colocan en una cesta con algodón, junto a la chimenea, es probable que se echen a piar hasta morir. Sin embargo, si colocamos un libro o cualquier objeto pesado que presione el algodón, dándole la consistencia de la gallina, los polluelos se dormirán *ipso facto*. Mis únicos compañeros eran los ratones, que vinieron a recoger las migajas que se habían quedado sobre aquellos trozos de periódico. Vivían, como en todos los sitios, a costa del hombre, demostrando no poca inteligencia al hacer de aquel lugar elevado su morada. Ellos mordisqueaban lo que estaba hecho para ellos; yo mordisqueaba lo que estaba hecho para mí. Una o dos veces durante la noche, cuando miré hacia arriba, vi una nube blanca colarse a través de las ventanas y llenar todo el piso superior.

El observatorio era una construcción de un tamaño considerable, erigido por los estudiantes del Williamstown College, cuyos edificios pueden verse durante el día brillando en el fondo del valle. Sería una ventaja importante que todas las universidades estuviesen ubicadas en la base de una montaña. Una ventaja tan buena, al menos, como contar con un profesorado bien preparado. Igual de bueno resulta ser educado a la sombra de una montaña que bajo sombras más clásicas. Así, algunos recordarían no sólo que fueron a la universidad, sino que fueron a la montaña. Y cada visita a una cumbre generalizaría, por así decir, la información particular aprendida allá abajo, y la sometería a pruebas más universales.

Me levanté temprano y me encaramé en lo alto de la construcción para ver el amanecer, y durante un rato estuve leyendo los nombres que habían sido grabados allí, antes de poder distinguir objetos más lejanos. Una «mosca indomable^[2]» zumbaba en mi codo con la misma despreocupación que si estuviera sobre un tonel de melaza al final del bostoniano muelle de Long Wharf. Incluso allí tenía que asistir a su monótona cantilena. Y por fin llego al meollo de esta larga digresión: cuando la luz aumentó, descubrí a mi alrededor un océano de niebla, que por casualidad llegaba exactamente hasta la base de la construcción, ocultando cualquier vestigio de tierra y dejándome suspendido en aquel fragmento de mundo naufragado, sobre mi tablón, en el País de las Nubes. Una situación que no necesitaba la ayuda de la imaginación para ser impresionante. A medida que la luz se intensificaba por el Este, se me fue revelando con mayor claridad el nuevo mundo hacia el que me había elevado durante la noche, acaso la nueva *terra firma* de mi vida futura. No había quedado ni una grieta a través de la cual poder ver esos lugares triviales que llamamos Massachusetts o Vermont o Nueva York, y entretanto respiraba la clara atmósfera de una mañana de

julio —si es que allí era julio—. Bajo mis pies había en derredor, en una extensión de cien millas en todas las direcciones, llegando hasta donde el ojo podía alcanzar, un campo ondulante de nubes que respondía con el movimiento variado de su superficie al mundo terrestre que cubría. Era uno de esos campos que podríamos ver en sueños, con todas las delicias del paraíso. Había inmensos pastos nevados, aparentemente bien cortados y firmes, y valles sombríos entre las montañas vaporosas. En el horizonte lejano podía ver un bosque neblinoso en medio de la pradera, y trazar los meandros de un río, algún Amazonas u Orinoco jamás imaginado, merced a los árboles blancos de su orilla. De la misma manera que no había ningún símbolo, tampoco había sustancias impuras, ni mancha ni mácula. Poder presenciar esa visión era un privilegio por el que bien valdría la pena quedarse para siempre en silencio. La tierra bajo las nubes se había convertido en una maraña difusa de luces y sombras, como otrora lo fuesen aquéllas. No sólo había quedado oculta para mí, sino que se había desvanecido como el fantasma de una sombra, *σκιάς ὄναρ*^[3], una vez alcanzada esta nueva tribuna. Al igual que había escalado por encima de las tormentas y las nubes, también, tras varios días más de viaje, podría alcanzar la región del día eterno, al otro lado de la sombra alargada de la tierra. Ay,

El mismo Cielo debería deslizarse
Y marcharse, como las estrellas que se derriten
Y resbalan por sus hilos untuosos^[4].

Pero cuando su propio sol empezó a elevarse sobre este mundo puro, me supe visitante de los salones deslumbrantes de Aurora, a los que los poetas sólo han podido echar un vistazo desde las colinas del Este. Navegaba a la deriva entre las nubes de azafrán, jugando con los dedos rosados del Amanecer, en medio del camino del carro del Sol, mojado por su polvo de rocío, disfrutando de la sonrisa benévola de los dioses, casi pudiendo tocar sus miradas lejanas y penetrantes. Por lo general, los habitantes de la tierra no ven más que la oscura y sombría parte inferior del pavimento celestial, y sólo al mirar desde un ángulo favorable en el horizonte, ya sea mañana o tarde, podemos observar débiles destellos del hermoso revestimiento de las nubes. Sin embargo, mi Musa no lograría verbalizar una impresión de la espléndida tapicería que me rodeaba, ésa que los hombres ven débilmente reflejada allá a lo lejos, en los aposentos de Oriente. Aquí, al igual que en la tierra, veo al misericordioso dios

Adulando a las cimas de las montañas con su mirada soberana
[...]
Dorando los ríos blancos con una alquimia divina^[5].

Aquí, el «sol celestial» jamás se manchó a sí mismo.
Sin embargo, ¡ay!, creo que, al no ser yo digno, mi sol privado sí se manchó,

Permitiendo de repente que las nubes más bajas atravesaran,
Causando una destrucción horrenda, su rostro celestial.

Pues antes de que el dios alcanzase su cénit, el pavimento celestial se elevó y envolvió mi virtud vacilante, o acaso fui yo quien se sumió de nuevo en ese «mundo desolado» del que el sol celestial había ocultado su rostro.

¿Cómo puede un gusano que se arrastra por el polvo
Escalar montañas azules, tan elevadas,
Y alcanzar allí esa bella idea tuya
Que en aquellas cortes soleadas se esconde,
Vestida con una luz que cegaría a los ángeles?
¿Cómo puede un débil mortal esperar pulir
Su lengua áspera y su estilo postrado?
¡Ah, levántate de su cadáver, exilio sepultado^[6]!

Durante la noche precedente había visto las cumbres de montañas nuevas y aún más altas, las Catskills^[7], por las que espero poder volver a escalar al cielo, y había orientado mi brújula en dirección a un hermoso lago al Suroeste, que quedaba en mi camino. Hacia allí me dirigía ahora, descendiendo la montaña por mi propia ruta, en el lado opuesto por el que había ascendido. Pronto me encontré en una región de nubes y llovizna, donde los habitantes afirmaban que el día entero había sido nublado y lluvioso.

Pero ahora debemos apresurarnos en volver, antes de que la niebla se disipe sobre las joviales aguas del Merrimack.

Desde aquel «¡Vamos, vamos!»
Muchas varas hemos remado,
Y el gorrión sobre su rama
Sigue precediendo al día
Con su sencilla oda.

Antes del amanecer pasamos junto a una barcaza que buscaba a tientas su camino hacia el mar, y aunque no podíamos verla por culpa de la niebla, los pocos sonidos apagados, secos y estertóreos que escuchamos nos transmitieron una sensación de peso y de movimiento perpetuo. Un pequeño flujo de comercio ya se había despertado en este lejano río de Nuevo Hampshire. La niebla, que exigía una mayor destreza en el manejo del bote, potenciaba el interés de nuestro viaje en el corazón de la madrugada, y hacía parecer al río indefinidamente ancho. Una ligera neblina, que a duras penas deja ver los objetos, tiene el poder de convertir hasta los ríos más ordinarios, por medio de un espejismo singular, en brazos de mar o lagos interiores. En este caso concreto era incluso aromática y tonificante, y disfrutamos de ella como si de una suerte de amanecer adelantado se tratase, o de una luz embrionaria bañada por el rocío.

Nube andada y baja,
Aire de Terranova,
Manantial y origen de los ríos,
Ropa de rodo, cortina de los sueños,
Y mantel tendido por los duendes;
Pradera aérea a la deriva,
La orilla cubierta de margaritas y violetas,
Y en cuyo laberinto pantanoso
El avetoro brama y vadea la garza;
Espíritu de lagos, de mares y ríos,
¡No lleves más que el perfume y la esencia
De las plantas medicinales a los campos de los hombres justos!

El mismo historiador simpático y observador que citamos más arriba dice que; «En las regiones montañosas del país, la ascensión de los vapores y la formación de las nubes es un fenómeno curioso y entretenido. Se los puede ver elevarse en pequeñas columnas, como el humo salido de una infinidad de chimeneas. Cuando llegan a una cierta altura, se expanden, se encuentran, se condensan y son atraídos por las montañas, donde o bien se convierten en dulces gotas de rocío y reponen los manantiales, o bien descienden en forma de lluvia, acompañada de truenos. Tras breves interrupciones, el proceso se repite en numerosas ocasiones en el transcurso de un día de verano, ofreciendo a los viajeros una ilustración viva de lo recogido en el Libro de Job: “Los cala el aguacero de los montes”»^[8].

La niebla y las nubes que ocultan las montañas eclipsadas otorgan la amplitud de las llanuras a los valles de montaña. Incluso un paisaje anónimo adquiere algo de grandeza con la tormenta, en ese momento en que pueden verse nubes a la deriva entre el observador y las colinas de los alrededores. Cuando, viajando por este estado hacia Haverhill, vía Hampstead, entre el río Merrimack y el Piscataqua o el mar, se empieza a descender en dirección Este, la vista hacia la costa es tan lejana e inesperada —aunque no se puede ver el mar— que al principio uno piensa que la atmósfera despejada es en realidad una niebla de tierras bajas, que esconde colinas tan altas como las que ahora se pisan. Sin embargo, se trata sólo de la neblina del prejuicio, que los vientos jamás dispersarán. El paisaje más bello deja de ser sublime cuando se vuelve nítido o, en otras palabras, limitado, cuando la imaginación ya no tiene alicientes para exagerarlo. La altura o la anchura real de una montaña o cascada siempre es ridículamente pequeña, sólo las imaginarias nos satisfacen. La naturaleza no está hecha con el patrón exacto que a nosotros nos gustaría: exageramos con devoción sus maravillas, como hacemos con el paisaje que rodea nuestros hogares.

Tal era la espesura del rocío del Merrimack que solíamos vernos obligados a dejar nuestra tienda extendida sobre la proa del bote hasta que el sol la secase, y así evitar que enmoheciera. Pasamos junto a la desembocadura del Penichook Brook, un riachuelo con salmones salvajes, en medio de la niebla, y no pudimos verla. Por fin los rayos del sol se abrieron paso a través de la neblina y nos mostraron los pinos de la orilla, empapados de rocío, y los manantiales brotando de los márgenes húmedos:

Y ahora los altos hijos, a los que Titán calienta,
De las montañas boscosas donde sopla un viento ligero,
Aúpan a la infancia de la mañana en sus brazos,
Y, si se arriesgasen a escapar de los orgullosos pinos,
El sotobosque atraparía sus reflejos
Para bañar en oro sus hojas^[9].

Remamos durante varias horas entre márgenes relucientes antes de que el sol acabase de secar la hierba y las hojas, y el día hubiese determinado su carácter. Al final, su serenidad profundísima y segura parecía la más acorde con la densidad de la niebla matutina. El río se volvió más rápido y el paisaje más bello que antes. Los márgenes eran escarpados y arcillosos durante la mayor parte del trayecto, y rezumaban agua. En los puntos en que brotaba algún manantial a varios pies del río, los barqueros habían esculpido con sus hachas un bloque de piedra hasta crear un abrevadero, que recibía el agua, y así podían llenar cómodamente sus cazos. A veces esta agua fresquísima y pura, que manaba desde debajo de un pino o una roca, caía en una especie de cuenca situada al borde y a la misma altura que el río, en una suerte de manantial del Merrimack. Así de cerca del cauce de la vida están también las fuentes de la inocencia y la juventud, haciendo fértil su orilla arenosa, y el viajero hará bien en llenar sus cazos con frecuencia en estas fuentes puras. Quizá algún manantial juvenil siga vertiéndose con su música tintineante en el río más antiguo, aun cuando éste se dirija al mar, e imaginamos que los dioses fluviales distinguen su música del murmullo general de la corriente, y ésta alegra con más fuerza sus oídos, a medida que el océano queda más cerca. Y al igual que las evaporaciones del río alimentan así a estas fuentes inesperadas que se filtran a través de sus márgenes, puede que también nuestras aspiraciones vuelvan a las fuentes en los márgenes del río de la vida para refrescarlo y purificarlo. Puede que el río amarillo y tibio haga flotar su gabarra, y alegre nuestros ojos con reflejos y ondas, pero el barquero sólo saciará su sed en este pequeño arroyo. Es principalmente este elemento purísimo y fresco el que prolonga su vida. Serán pues las razas así de discretas las que sobrevivan durante más tiempo.

Esta mañana nuestro trayecto atraviesa los territorios de Merrimack, al Oeste, y Litchfield, otrora llamada Brenton's Farm, al Este, cuyos municipios constituían antiguamente la Indian Naticook. Brenton era un vendedor de pieles que comerciaba con los indios, y en 1656 se le concedieron estas tierras. Litchfield tiene unos quinientos habitantes, de los que, sin embargo, no vimos a ninguno, y apenas alguna de sus casas. Al estar junto al río, cuyos márgenes son siempre altos y suelen ocultar las pocas casas, el campo nos parecía mucho más salvaje y primitivo, a diferencia de lo que le ocurre al viajero que pasa por los caminos vecinos. El río es, con mucho, el camino más bello, y esos barqueros que han pasado veinte o treinta años sobre él tienen que haber vivido una experiencia mucho más hermosa, salvaje y memorable que la experiencia chirriante y polvorienta del carretero que haya conducido, durante esos mismos años, por los caminos que discurren en paralelo al río. Remontando el Merrimack rara vez se ve una aldea, sino que durante la mayor parte del trayecto los

bosques se alternan con los pastos, y a veces con algún campo de maíz o patatas o centeno o avena o hierba inglesa, con unos cuantos manzanos dispersos y, en intervalos aún más largos, la casa de un granjero. El suelo, salvo en ciertos puntos, es por lo general todo lo claro y arenoso que un patriota podría desear. Esa mañana el campo se presentaba a ratos en su estado primitivo, como si el indio aún habitase en él, como si muchos colonos nuevos y libres lo ocupasen, con sus cercas endebles que llegaban hasta el borde del río, y podía oírse el ladrido de los perros, e incluso el parloteo de los niños, y verse el humo ascendiendo desde algún hogar, y los márgenes estaban divididos en zonas de pasto, siega, cultivo y bosque. Pero cuando el río se volvía más ancho, con algún islote abandonado, o la orilla larga, baja y arenosa discurría solitaria y taimada, sin responder a su homologa del otro lado, alejada, como si fuese la orilla del mar, y la tierra ya no albergase al río en su seno, sino que las hojas susurrantes y las aguas ondulantes conversaran de igual a igual; y cuando ya casi no se veían cercas, sino altos bosques de robles, y grandes rebaños de ganado, y todos los caminos parecían señalar hacia un único punto, al otro lado de la majestuosa arboleda, imaginábamos que el río fluía a través de una inmensa casa solariega, y que los pocos habitantes eran los criados de un señor, y que prevalecía un estado feudal de las cosas.

Cuando llegamos a una distancia adecuada, pudimos ver la montaña de Goffstown, que los indios llamaban Uncanoonuc, erigiéndose al Oeste ante nosotros. Era un día tranquilo y hermoso, y sólo un ligero céfiro, lo bastante cálido como para demostrar el carácter generoso de la Naturaleza hacia sus hijos, perturbaba la superficie del agua y hacía susurrar a los bosques de la orilla. Con ánimo alegre e impulsos vigorosos pronto llegamos con nuestro bote al centro mismo de esa mañana. El águila pescadora navegaba y gritaba sobre nuestras cabezas. La ardilla rayada o listada, *Sciurus striatus* (*Tamias lysteri*), estaba sentada sobre alguna estaca o cercado que llegaba hasta el río, girando una nuez verde con una garra, como si fuese un torno, mientras que con la otra la apretaba contra sus incisivos, como cinceles. Y como una hoja independiente y rojiza, con una voluntad propia, se movía susurrando a su antojo: ora bajo el cercado, ora sobre él; ora mirando con disimulo a los viajeros a través de una hendidura, dejando ver sólo la cola, ora almorzando, con los dientes bien clavados en la deliciosa nuez, ora un poco más lejos, jugando al escondite, con la nuez almacenada en sus mofletes, donde había ya otra media docena, que adquirían un tamaño absurdo. Parecía estar ideando por medio de qué válvula de escape en forma de salto o cabriola desprenderse de su exceso de vida, esa corriente que la atraviesa inofensivamente, incluso mientras está sentada, causando destellos eléctricos constantes en su cola. Y ahora con un chirrido risueño se zambulle en la raíz de un avellano, y ya no la vemos. O la ardilla roja o común (*Sciurus hudsonius*), más grande, a veces también llamada ardilla de la bahía de Hudson, daba la alerta de nuestra llegada con ese sonido de alarma tan peculiar, como cuando se da cuerda a un potente reloj, desde lo alto de un pino o escondida detrás de su tronco o saltando de

árbol en árbol con extraordinaria precaución y destreza, como si muchas cosas dependiesen de la diligencia de su vigilancia, corriendo sobre las ramas de los pinos blancos, a veces a poco más de veinte varas de nosotros, con gran velocidad y siguiendo rutas infalibles, como si fuese un camino bien trillado para ella. Y ahora que hemos pasado de largo vuelve a su tarea de partir los piñones y dejarlos caer al suelo.

Esa mañana pasamos la cascada de Cromwell's Falls, la primera con la que nos encontramos en este río, usando las esclusas, sin necesidad de recurrir a las ruedas del bote. Para los indios eran las cataratas Nesenkeag. El río Gran Nesenkeag desemboca por el lado derecho un poco más arriba, y el Pequeño Nesenkeag lo hace algo más abajo, ambos en Litchfield. En el *Diccionario geográfico*, en la entrada de «Merrimack», leemos que: «La primera casa de este pueblo fue erigida a orillas del río [poco después de 1665] y allí se comerciaba con los indios. Durante algún tiempo, un cierto Cromwell mantuvo unas relaciones muy lucrativas con ellos: pesaba con el pie las pieles que le traían, hasta que, enfurecidos por el engaño real o supuesto, los indios resolvieron asesinarlo. Cuando Cromwell supo de sus intenciones, enterró sus riquezas y escapó. Pocas horas después de su huida, un grupo de la tribu penacook llegó y, al no encontrar al objeto de su animadversión, quemó su casa^[10]». En este punto, sobre el elevado margen, cerca del río, aún se podía ver el sótano de la casa, ahora cubierto de árboles. Era un lugar adecuado para aquel tipo de comercio, a los pies de las primeras cataratas que había pasadas las colonias y con una preciosa vista del río, desde donde podía ver a los indios descender con sus pieles. El esclusero nos contó que allí se habían desenterrado su pala y sus tenazas, amén de una piedra con su nombre grabado. Sin embargo, no pondremos la mano en el fuego por la veracidad de esta historia. En las *Historical Collections* de Nuevo Hampshire, en la entrada del año 1815, leemos: «Pasado un tiempo se encontró peltre en el pozo, y una olla y un llar de hierro en la arena; estos últimos aún se conservan^[11]». Ésos eran los vestigios del comerciante blanco. En el lado opuesto, donde la orilla se adentraba en el río como un cabo, nos bastó escalarla y llegar arriba para encontrar cuatro puntas de flecha y una pequeña herramienta india fabricada con piedra. Era evidente que otrora hubo allí un *wigwam* de los indios con los que Cromwell comerciaba, y que pescaban y cazaban allá antes de que él llegase.

Como suele pasar, los cotilleos sobre las riquezas enterradas de Cromwell no han cesado, y se dice que hace algunos años, no muy lejos de aquí, el arado de un agricultor pasó sobre una roca plana que emitió un sonido hueco, y que, al levantarla, se descubrió un pequeño agujero de seis pulgadas de diámetro y recubierto de piedras, de donde se sacó una considerable suma de dinero. El esclusero nos contó una historia similar sobre un campesino de un pueblo vecino, que desde siempre había sido un hombre pobre, pero que de repente se compró una buena granja, y resultó ser rico, y cuando se le preguntó no dio una explicación satisfactoria al respecto —¡qué pocos, ay, podrían hacerlo!—. Esto hizo que uno de sus jornaleros

recordara que un día, mientras labraban juntos, el arado golpeó algo, y que su empleador, cuando fue a mirar, dijo que no era prudente volver y dar otra pasada, que el cielo se estaba encapotando, y luego despachó a sus hombres. Este tipo de temas hace que se recuerden muchas cosas que nunca sucedieron. La verdad es que hay dinero enterrado por doquier, y basta ir a trabajar para encontrarlo.

No muy lejos de estas cataratas, a un cuarto de milla del río, en la granja del Sr. Lund, se erige un roble donde nos dijeron que French, líder del equipo que salió en busca de los indios desde Dunstable, había sido asesinado. Farwell pudo escapar de ellos escondiéndose en el espeso bosque cercano. Jamás se diría que alguna vez hubo hombres que tuvieron que correr por sus vidas en aquel lugar, ahora abierto y pacífico.

También aquí había otro amplio desierto junto a la carretera de Litchfield, que se veía desde la orilla del río. En algunos puntos el viento había trazado en la arena surcos de hasta diez o doce pies de profundidad, formando una suerte de pequeñas y grotescas lomas de esa altura allá donde antes había arbustos bien arraigados. Según nos contaron, hace treinta o cuarenta años aquí pastaban las ovejas, hasta que, acosadas por las pulgas, empezaron a patear la tierra y acabaron con la hierba. Entonces el viento empezó a traer arena, y ahora se ha extendido unos cuarenta o cincuenta acres. Este mal podría haber tenido fácil remedio si en un principio se hubiesen plantado abedules con sus ramas y sus hojas sobre la arena, sujetos con estacas, para cortar el viento. Las pulgas mordían a las ovejas, y las ovejas mordían el suelo, y la llaga se extendió hasta aquel punto. Es sorprendente la enorme herida que puede originarse a partir de un pequeño rasguño. Quién sabe si el Sáhara, con sus caravanas y sus ciudades enterradas, no empezó con la picadura de una pulga africana. ¡En cuántos lugares siente comezón este pobre mundo! ¿No habrá un dios lo bastante generoso como para extender un unguento de abedules sobre sus llagas? Aquí también nos percatamos de un lugar en el que los indios habían reunido una pila de piedras, acaso para el fuego del consejo. El peso había evitado que la arena se volase, y ahora las piedras estaban en la cima de un montículo. Alguien nos contó que aquí se habían encontrado puntas de flecha, y también balas de plomo y hierro. Vimos varios tramos arenosos más a lo largo de nuestro viaje. No en vano, el curso del Merrimack puede reconocerse desde las montañas cercanas merced a sus bancos de arena amarillos, aunque no se pueda ver el propio río durante la mayor parte de su cauce. Hemos escuchado que motivos como éstos han dado incluso pie a demandas: se construyen ferrocarriles que atraviesan ciertas zonas sensibles, con lo que la hierba desaparece y el viento empieza a traer arena, hasta que unas tierras fértiles quedan convertidas en desiertos, y la compañía tiene que pagar los daños.

Esta arena nos parecía el vínculo entre la tierra y el agua. Era una suerte de agua sobre la que se podía caminar, y podían verse las marcas de las ondas provocadas por el viento sobre su superficie, idénticas a las que hay en los fondos de los ríos y los lagos. Habíamos leído que el Corán permite a los musulmanes hacer sus abluciones

en arena cuando no tienen acceso al agua, una indulgencia necesaria en Arabia, y ahora entendimos la pertinencia de aquella disposición.

La Isla Plum, en la desembocadura de este río —para cuya formación, quizá, estas mismas orillas han enviado su contribución—, es un desierto similar de arena a la deriva, de varios colores, donde el soplado del viento esculpe hermosas curvas. Es un mero banco de arena desprotegido, que se extiende nueve millas en paralelo a la costa y, sin contar el pantano de su interior, rara vez tiene más de media milla de ancho. Sólo cuenta con media docena de casas, y apenas si hay algún árbol, o hierba, o cualquier elemento verde que le resulte familiar a un hombre del campo. La escasa vegetación está medio enterrada en la arena, como cuando nieva. El único arbusto, el ciruelo de playa, que da a la isla su nombre, sólo crece unos pocos pies. Sin embargo, es tan abundante que en septiembre llegan grupos de cientos de hombres desde el interior, bajando por el Merrimack, montan sus tiendas y recogen las ciruelas, que son deliciosas tanto recién cogidas como en conserva. El bonito y delicado guisante de playa también crece en abundancia entre la arena, así como otras plantas extrañas, jugosas, con aspecto de musgo. Toda la isla está recorrida por colinas bajas, de no más de veinte pies de altura, formadas por el viento, y, excepción hecha de un tenue sendero a orillas del pantano, es igual de virgen que el Sáhara. Hay lúgubres acantilados de arena y valles arados por Eolo, donde bien podrían descubrirse los huesos de una caravana. Desde Boston llegan goletas que se llevan cargamentos de arena para usar en la construcción, y en unas pocas horas el viento borra todas las huellas de su trabajo. Sin embargo, basta cavar uno o dos pies de profundidad para dar con agua fresca. Y uno se sorprende al descubrir que aquí abundan las marmotas, y que pueden encontrarse zorros, aunque es imposible ver dónde tienen su madriguera o escondite. He recorrido a pie esta playa ancha de cabo a rabo cuando hay marea baja, único momento en que puede encontrarse tierra firme sobre la que caminar, y es muy probable que no haya en Massachusetts un paseo más largo y lúgubre. Desde la costa sólo se ve una vela lejana y unas cuantas fochas que rompen la gran monotonía. Una estaca solitaria —¿o acaso es una colina de arena más puntiaguda de lo normal?— destaca como el único punto de referencia en millas. En cuanto a la música, sólo se escucha el sonido incesante del oleaje y el lúgubre piar de las aves marinas.

En Cromwell's Falls había varias barcazas pasando por las esclusas, con lo que tuvimos que esperar. En la parte delantera de una de ellas vimos a un musculoso hombre de Nuevo Hampshire, apoyado en su pértiga, con la cabeza descubierta y vistiendo sólo una camiseta y unos pantalones, un Apolo tosco que bajaba desde el «vasto país de las tierras altas^[12]» hacia el océano. Su edad era imprecisa, tenía el pelo rubio y un rostro duro y desteñido por el tiempo, en cuyas arrugas aún se alojaba

el sol, al que los calores y las escarchas y los problemas devastadores de la vida le afectaban lo mismo que al arce de la montaña. Era un hombre mal vestido, descuidado, incivilizado, con el que conversamos durante un rato y del que nos despedimos con un interés sincero y recíproco. Su humanidad era genuina e instintiva, y su rudeza no era más que uno de sus modales. Cuando pasamos de largo y ya casi no podíamos escucharnos, nos preguntó si habíamos matado algo. Le gritamos que le habíamos disparado a una *boya*, y pudimos verlo rascándose la cabeza durante un buen rato, en vano, preguntándose si había oído bien^[13].

Hay una razón de ser para la distinción entre civilizado e incivilizado. A veces los modales tienen una corteza tan áspera que nos preguntamos si de verdad cubren algún núcleo o albura. A veces nos encontramos con hombres salvajes, hijos de Amazonas, que moran junto a los senderos de montaña y de los que se dice que son poco hospitalarios con los extranjeros, cuyo saludo es igual de tosco que el apretón de sus musculosas manos, y que tratan con los hombres con la misma brusquedad con la que acostumbran a tratar con los elementos. Para asemejarse a los habitantes de las ciudades sólo necesitan hacer más grandes sus claros, dejar paso franco a la luz del sol, y hallar así la cara de la montaña desde la que observar el valle civilizado o el océano; y moderar debidamente su dieta, comiendo más frutas y cereales y menos carnes salvajes y bellotas. Y es que la verdadera cortesía no es resultado de un pulido artificial y apresurado, sino que crece de manera natural en los espíritus que tienen la consistencia y las cualidades adecuadas, tras enfrentarse con muchas personas y acontecimientos, y conocer la buena y la mala suerte. Quizá pueda contar una historia ilustrativa mientras la esclusa se llena, habida cuenta de que esta mañana nuestro viaje ofrece pocos eventos de interés.

Una mañana de verano, bien temprano, abandoné las orillas del río Connecticut para viajar a pie, durante todo el santo día, siguiendo el curso de otro río que llegaba desde el Oeste, a ratos observando el agua, que formaba espuma y ondas en medio del bosque, a una milla de distancia, desde lo alto de las colinas por donde subía el camino, y a ratos sentándome en su orilla rocosa y mojando los pies en sus rápidos, o aventurándome a bañarme en medio de la corriente. Las colinas crecían con más y más frecuencia, y a medida que avanzaba fueron convirtiéndose en montañas que cercaban el curso del río, con lo que al final ya no podía ver desde dónde venía, y tenía toda la libertad para imaginar los meandros y los descensos más espectaculares. A mediodía eché una cabezadita sobre la hierba, a la sombra de un arce, en un punto en que el río había encontrado un cauce más ancho de lo habitual y se extendía con poca profundidad, dejando al descubierto bancos de arena aquí y allá. En los nombres de los pueblos reconocí varios que mucho tiempo atrás había leído sobre los carros que llegaban desde el Norte: pueblos tranquilos, de fama gigantesca, tan elevada como su ubicación. Caminaba, meditabundo y ensimismado, junto a hileras de arces de azúcar, a través de aldeas pequeñas y discretas, y a veces disfrutaba de la imagen

de un bote sobre un banco de arena y nadie a la vista que pareciera poder darle uso. Sin embargo, parecía tan importante para el río como un gran pez, y le confería cierta dignidad. Era como la trucha de los torrentes montañosos para los peces del mar, o como el joven cangrejo nacido tierra adentro y que aún no ha escuchado el sonido del oleaje del océano. Las colinas se iban acercando más y más al río, hasta que al final se cerraron a mis espaldas y me encontré, justo antes del anochecer, en un valle romántico y retirado, de una media milla de longitud, y apenas lo bastante ancho para el río que atravesaba su fondo. Pensé que no podía haber un sitio más hermoso para una casita entre las montañas. Se podía cruzar el río sobre las rocas por cualquier punto, y su murmullo constante aplacaría para siempre las pasiones de la humanidad. De repente el camino, que parecía dirigirse hacia la ladera de la montaña, giró hacia la izquierda, descubriendo un nuevo valle, de idénticas características, y ocultando el anterior. Era el paisaje más extraordinario y agradable que había visto en mi vida. Allí encontré a unos pocos habitantes tranquilos y hospitalarios que, como el día aún no se había apagado del todo, me señalaron que cuatro o cinco millas más adelante se hallaba la casa de un hombre llamado Rice, que ocupaba el último y más elevado de los valles que había en mi camino, y que, decían, era un hombre un tanto tosco e incivilizado. Pero «¿qué es una tierra extranjera para una persona instruida? ¿Quién es extranjero para quienes acostumbran a hablar amablemente?»^[14].

Por fin, cuando el sol se estaba poniendo tras las montañas de aquel valle aún más oscuro y solitario, llegué a la casa del hombre. Si no fuese por la estrechez del valle y porque las piedras eran granito sólido, aquel lugar sería idéntico al retiro donde Belphoebe llevó al herido Timias:

Un claro agradable,
Completamente rodeado de montañas
Y de intensos bosques que sombreaban el valle,
Que cual majestuoso teatro
Se extendía hasta convertirse en vasta llanura;
Y en medio jugaba un riachuelo
Entre las redondas piedras, y parecía quejarse,
Con un murmullo suave, de que aquéllas frenaban su curso^[15].

Cuando me acerqué pude ver que el hombre no era tan huraño como había previsto, de hecho, contaba con muchas cabezas de ganado y perros para vigilarlas. También vi que había plantado arces de azúcar en las laderas de las montañas, y, sobre todo, pude distinguir voces de niños al otro lado de la puerta, que se mezclaban con el murmullo del torrente. Al pasar junto a su establo me encontré con un hombre que supuse que sería un jornalero que cuidaba del ganado, y le pregunté si recibían a viajeros en aquella casa. «A veces sí», contestó bruscamente, para alejarse al momento hasta la cuadra más distante de mí, y entonces comprendí que me había dirigido al propio Rice en persona. No obstante, disculpé esta descortesía vinculándola a lo salvaje del paisaje y dirigí mis pasos hacia la casa. No había ningún

cartel en la entrada, ni tampoco ninguna de las habituales invitaciones al viajero, aunque desde el camino pude ver cómo mucha gente entraba y salía de allí. Sólo el nombre del dueño estaba colgado junto a la puerta, lo que entendí como una suerte de invitación implícita y huraña. Pasé por varias habitaciones sin toparme con nadie, hasta que llegué a lo que parecía la habitación de invitados, que estaba limpia y ostentaba incluso cierto aire de sofisticación. Me alegró encontrar un mapa en la pared, que al día siguiente usaría para mi viaje. Por fin escuché unos pasos en una habitación lejana, la primera en la que había entrado, y fui a ver si el dueño había llegado. Resultó ser, sin embargo, un niño, uno de los que había escuchado antes, probablemente su hijo. Entre él y yo, en el umbral de la puerta, había un enorme perro guardián, que me gruñía y parecía a punto de atacarme, pero el chico no le dijo nada. Cuando le pedí un vaso de agua, se limitó a responder: «Sale de la esquina». Así que cogí una taza de la encimera y salí al exterior, y busqué alrededor de la casa, pero no encontré ni pozo ni manantial, ni agua alguna que no fuese la del riachuelo que pasaba frente a la fachada. Así pues, volví y, tras dejar la taza en su sitio, le pregunté al niño si el agua del río era potable. Entonces el crío cogió la taza, fue a una esquina de la habitación, donde una fuente fresca que nacía en la montaña a espaldas de la casa fluía por una tubería hasta el interior, la llenó, se la bebió y me la devolvió vacía, antes de llamar al perro y apresurarse en salir. Al poco rato algunos de los jornaleros aparecieron, bebieron de la fuente, se lavaron perezosamente y se peinaron en silencio. Varios de ellos se sentaron, agotados, y se quedaron durmiendo en sus asientos. Sin embargo, en todo aquel rato no vi a ninguna mujer, aunque a veces escuchaba trajín en la parte de la casa de la que llegaba el agua.

Al final Rice en persona entró en la casa, pues ya era de noche, con una fusta en la mano. Su respiración era pesada y pronto también él se sentó, no muy lejos de mí, como si ahora que el día de trabajo había tocado a su fin no tuviese que ir más lejos, sino limitarse a digerir su cena y su tiempo libre. Cuando le pregunté si podía ofrecerme una cama respondió que ya había una preparada, en un tono que implicaba que debería haberlo sabido, y que cuanto menos se hablara del tema, mejor. Hasta ahora, todo bien. Sin embargo, seguía mirándome, como si tuviese ganas de escucharme decir algo en mi condición de viajero. Comenté que vivían en una tierra salvaje y escabrosa, y que merecía la pena viajar muchas millas para verla. «Tampoco es tan escabrosa», dijo él, y apeló a sus hombres para que diesen testimonio de la amplitud y la uniformidad de sus campos —que en su conjunto no eran más que una pequeña parcela—, y del tamaño de sus cosechas. «Y si bien es cierto que hay algunas colinas», añadió, «no hay mejores pastos en ningún otro sitio». Luego pregunté si aquel lugar era el mismo del que había oído hablar, llamándolo por un nombre que había visto en el mapa, o si se trataba de otro. El hombre respondió bruscamente que aquél no era ni el uno ni el otro, que él se había asentado allí y había cultivado la tierra, convirtiéndola en lo que era, y yo no podía saber nada de eso. Al ver varias armas y otros artilugios de caza colgando de soportes por las paredes de la

sala, y a sus perros de caza, que ahora dormían en el suelo, aproveché para cambiar de tema, y pregunté si había mucha caza en la zona. A aquella pregunta respondió con más gentileza, mostrando un destello de aprecio ante mi viraje, pero cuando le pregunté si había osos, respondió impaciente que no corría más peligro de perder a sus ovejas que a sus vecinos: él había domesticado y civilizado aquella región. Después de una pausa, en la que pensé en mi viaje del día siguiente y en las pocas horas de luz en aquella zona montañosa y honda —lo que me obligaba a ponerme en camino bien temprano—, comenté que el día tenía que ser al menos una hora más corto allí en comparación con los valles cercanos, a lo que respondió con rudeza lo que yo ya sabía, y afirmó que tenía la misma luz que sus vecinos. Incluso se atrevió a decir que los días eran más largos que donde yo vivía, y que me daría cuenta de quedarme más tiempo; que de alguna forma, aunque yo no podía esperar comprender el cómo, el sol salía de las montañas media hora antes y se quedaba hasta media hora más tarde que en los otros valles de la zona. Y dijo más cosas por el estilo. Era, en efecto, tan rudo como un sátiro mitológico. Sin embargo, acepté dejarlo pasar por lo que era —¿por qué debería yo discutir con la naturaleza?—, e incluso quedé complacido al descubrir un fenómeno natural tan singular. Traté con él como si todos los modales me fueran indiferentes. El suyo era un modo de ser entrañable y salvaje. No iba a cuestionar a la naturaleza, y preferí aceptarlo más por lo que era que por lo que habría querido que fuese, pues no había subido hasta allí en busca de simpatía, amabilidad o sociedad, sino movido por la novedad y la aventura, y para ver qué había producido la naturaleza en aquella región. Así pues, en lugar de rechazar su rudeza, la acepté por completo con inocencia, y supe apreciarla, como si estuviese leyendo en una antigua obra dramática un papel bien interpretado. Era sin duda un hombre áspero, poco intelectual y, como ya he dicho, incivilizado, que libraba un justo combate con la naturaleza y con la humanidad, no me cabe la menor duda, y que no escondía con un envoltorio artificial su mal humor. Era hartamente sencillo, pero estaba hecho de un material noble, y en el fondo contaba incluso con una muy sufrida honradez sajona. Si se le presentase el caso, no dejaría que la raza se extinguiese en él, como un piel roja.

Al final le dije que era un hombre afortunado, que estaba seguro de que estaría agradecido de tener tanta luz y, levantándome, le pedí una lámpara, y le dije que le pagaría por adelantado el alojamiento, pues esperaba retomar mi viaje incluso antes de que el sol saliese en su tierra. Sin embargo, él respondió rápidamente, esta vez de manera civilizada, que seguro que encontraba a alguien trajinando, por temprano que fuese, pues no eran unos holgazanes, y que podía desayunar con ellos antes de emprender mi camino, si lo deseaba. Y entonces, cuando encendió la lámpara, detecté un resplandor de hospitalidad sincera y civilización antigua, un brillo de humanidad pura e incluso amable, en sus ojos nublados y húmedos. Aquella mirada me resultó más íntima y más reveladora que cualquier frase que pudiese formular, por cuanto lo hubiese intentado hasta el día de su muerte. Era más significativa de lo que cualquier

Rice de aquella región podía haber comprendido siquiera, y dejaba ver claramente la cultura de aquel hombre —un destello de su genio puro, que si bien no lo iluminó demasiado, lo poseyó y lo dominó durante unos instantes, alterando imperceptiblemente su voz y sus maneras—. Con ánimo alegre me guió hasta mi habitación, saltando por encima de las piernas de sus hombres, que dormían en el suelo de una habitación intermedia, y me mostró una cama limpia y cómoda. Habían pasado muchas horas agradables desde que la casa se quedó dormida, y yo seguía sentado junto a la ventana abierta, pues era una noche bochornosa, y escuchaba el riachuelo que fluía

Entre las redondas piedras, y parecía quejarse,
Con un murmullo suave, de que aquéllas frenaban su curso^[16].

A la mañana siguiente me desperté, como de costumbre, con la luz de las estrellas, antes de que lo hicieran mi huésped y sus hombres, e incluso sus perros. Tras dejar una moneda de nueve peniques en la encimera retomé mi camino hacia la cima, y ya llevaba más de la mitad recorrido, en compañía del sol, cuando aquéllos se llevaron algo a la boca.

Antes de abandonar las tierras de mi hospedador, mientras los primeros rayos del sol despuntaban sobre las montañas, me detuve a un lado del camino para recoger algunas frambuesas. Entonces apareció un hombre muy viejo, que estaría cerca del siglo, cubo de ordeñar en mano, y empezó a recoger bayas junto a mí:

Su melena venerable
Ondeaba con rizos hermosos;
Y en sus sienes ancianas brotaban
Las flores de la tumba^[17].

Pero cuando le pregunté el camino, respondió con una voz baja y áspera, sin levantar la mirada ni mostrarse interesado en mi presencia, algo que achaqué a sus años; e inmediatamente después, mascullando para sus adentros, fue a recoger sus vacas a un pasto cercano. Cuando volvió al lateral del camino se detuvo en seco, mientras las vacas seguían hacia adelante y, quitándose el sombrero, en medio del aire frío de la mañana, dio gracias en voz alta por el pan de su día, como si se le hubiese olvidado hacer aquel ejercicio antes, y pidió también a Aquel que deja caer su lluvia sobre justos e injustos, y sin el cual ni siquiera un gorrión es abatido^[18], que no abandonara al extranjero (refiriéndose a mí), entre otras solicitudes aún más directas y personales, que seguían en su mayoría la fórmula arraigada y común a los habitantes de los valles y las montañas. Cuando acabó de rezar, me atreví a preguntarle si tenía en su cabaña algo de queso que pudiera venderme, pero respondió sin levantar la mirada, usando otra vez ese mismo tono de voz bajo y repulsivo, que no hacían queso, y luego se fue a ordeñar. Está escrito: «El extranjero que se marcha de una casa con las expectativas insatisfechas deja allí sus propias faltas, y se lleva

consigo todas las buenas acciones del propietario^[19]».

Al estar ya bien metidos en el tráfico fluvial, empezamos a cruzarnos con otros barcos con más frecuencia, y de cuando en cuando los saludábamos con la naturalidad de los marineros. El barquero parecía llevar una vida fácil y satisfactoria, y pensamos que nosotros mismos preferiríamos su empleo antes que tantas otras profesiones que están mucho más demandadas. Sus existencias insinuaban qué poco hace falta para el bienestar y la serenidad del hombre, cuán indiferentes son todos los trabajos, y que cualquiera podría parecer noble y poético a ojos de los hombres si los realizase con suficiente optimismo y libertad. Si hace buen tiempo, hasta la más sencilla ocupación, cualquier estilo de vida rural que nos haga estar al aire libre, resulta atractiva. El hombre que recoge guisantes para ganarse la vida es más que respetable, y provoca incluso la envidia de sus vecinos, cansados de ir a la tienda. Estamos igual de felices que los pájaros cuando nuestro Buen Genio nos permite realizar cualquier tarea al aire libre, sin sentir la menor sensación de disipación. Nuestra navaja de bolsillo brilla al sol, nuestra voz resuena contra los bosques lejanos; si un remo cae al agua, lo dejaremos volver a caer de buena gana.

La construcción de una barcaza es algo sencillo: sólo hace falta un poco de madera para barcos y, según nos contaron, cuesta alrededor de doscientos dólares. Son pilotadas por dos hombres. Para remontar el río usan pértigas de catorce o quince pies, con la punta de hierro, y se ubican aproximadamente a un tercio de la longitud del barco desde la proa. Al descender suelen mantenerse en el centro del río, usando un remo a cada lado, o bien, si el viento es favorable, despliegan la vela y no tienen más que manejar el timón. Por lo general bajan madera o ladrillos —más de cincuenta metros cúbicos de madera, o hasta mil ladrillos en cada viaje— y suben provisiones para el campo. Un viaje entre Concord y Charlestown les lleva de dos a tres días en cada sentido. A veces apilan la madera formando una especie de refugio en una parte, para poder protegerse de la lluvia. Cuesta imaginar un trabajo más sano, o uno más favorable para la contemplación y el estudio de la naturaleza. A diferencia del marinero, el paisaje de la orilla, siempre cambiante, libera a los barqueros de la monotonía de su labor. Nos daba la impresión de que se deslizaban en silencio de pueblo en pueblo, llevando con ellos todos sus enseres, pues su propio hogar estaba en movimiento, con lo que podían hablar sobre el carácter de los habitantes con mayor ventaja y seguridad que quien fuera en carro —pues, al viajar en un vehículo tan pequeño, no podrían permitirse tales exabruptos de salero y humor por miedo a las represalias—. Al igual que los leñadores de Maine, nunca están expuestos a la intemperie, independientemente del tiempo que haga, sino que respiran las salubísimas brisas, suelen vestir pocas prendas y con frecuencia llevan la cabeza y los pies desnudos. Cuando nos cruzamos con ellos a mediodía, descendían plácidamente el río: su bulliciosa actividad no parecía un esfuerzo, sino más bien algún tipo de juego oriental desarrollado a gran escala, al que se seguía jugando,

como al ajedrez, y que se había transmitido de generación en generación. Desde la mañana hasta la noche, a menos que el viento sea tan favorable que baste con desplegar la única vela y manejar el timón, el barquero camina arriba y abajo por el lateral de su nave, ahora apoyándose con el hombro en la pértiga, luego sacándola lentamente para volver a clavarla. Y entretanto sigue avanzando a través de un valle sin fin y un paisaje siempre distinto, ora distinguiendo el cauce durante una o dos millas, ora encerrado de repente, por un giro brusco del río, en un pequeño lago entre bosques. Todos los fenómenos que le rodean son sencillos y grandes, y hay algo de impresionante, incluso majestuoso, en el movimiento mismo que provoca, que se transmite de manera natural a su propio espíritu, haciéndole sentir ese discurrir lento e imparable con orgullo, como si fuese su propia energía.

La noticia se extendía como la pólvora entre nosotros, los jóvenes, cuando en el pasado, una o dos veces al año, una de estas barcas remontaba el río Concord y se la podía ver cruzando sigilosa y misteriosamente las praderas y el pueblo. Llegaba y se marchaba con el mismo silencio que una nube, sin hacer ruido ni levantar polvo, y sólo unos pocos eran testigos de su paso. Un día de verano podía verse a este viajero inmenso atracado en el embarcadero de alguna pradera, y al día siguiente ya no estaba allí. Nunca supimos de dónde venía exactamente, o quiénes eran aquellos hombres que conocían las rocas y las profundidades del río mejor que nosotros, que nos bañábamos en él. Nosotros sólo conocíamos alguna bahía del río, pero ellos lo navegaban de cabo a rabo. Los veíamos como una especie de legendarios hombres fluviales. Era imposible concebir cómo podría un mero campesino comunicarse con ellos. ¿Habrían aceptado, para satisfacer sus deseos? No, ya era favor suficiente dejarles conocer vagamente su destino, o el momento de su posible regreso. Los he visto en verano, cuando el río tiene sólo tres pies de profundidad, segando las hierbas en mitad del agua, dando amplios golpes de hoz, como recolectores de heno, para poder abrirle paso a su barcaza, mientras la corriente arrastraba largas hozadas de hierba que nunca se secaría, por mucho calor que hiciese. No nos cansábamos de admirar la forma en que flotaba su nave, como una inmensa astilla, transportando numerosos toneles de cal, y miles de ladrillos, y enormes pilas de hierro, con sus carretillas a bordo. Y cuando subíamos a ella, no cedía ante la presión de nuestros pies. Esto nos hacía confiar en la prevalencia de la ley de la flotabilidad, e imaginar cuántas aplicaciones infinitas podrían dársele. Los hombres parecían llevar una vida agradable sobre ella y se decía que dormían a bordo. Algunos afirmaban que transportaba velas, y que los mismos vientos que soplaban aquí eran los que inflaban las velas de los barcos del océano, algo que otros ponían muy en duda. Unos pocos pescadores afortunados que habían salido a faenar la habían visto atravesando nuestra bahía de Fair Haven. Así pues, podríamos decir que nuestro río era navegable, ¿por qué no? Años después pude leer, no sin cierta satisfacción, que se pensaba que, invirtiendo algo de dinero en quitar las rocas y profundizar el cauce, «podría traerse hasta el interior de estas tierras una navegación rentable^[20]». Así pues, yo vivía en un

sitio del que se podían contar cosas.

Así es el Comercio, que sacude el cocotero y el árbol del pan en la isla más remota, y tarde o temprano es comprendido hasta por el más salvaje y rudo de los hombres primitivos. Si se nos permite la digresión, ¿quién puede evitar conmoverse al pensar en el vínculo, pequeño y tenue, pero fehaciente, que relaciona a los habitantes salvajes de una remota isla con el misterioso marinero blanco, hijo del sol? Es como si *nosotros* tuviéramos que tratar con un animal que está por encima en la escala natural. Para los nativos es un hecho apenas reconocido que éste existe, y que tiene su hogar en algún lugar lejano, y que compra gustoso sus frutas frescas a cambio de sus productos superfluos. Bajo el mismo sol universal resplandece su barco blanco sobre las olas del Pacífico, rumbo a bahías tranquilas, y brilla en el aire el remo del pobre salvaje.

Las pequeñas acciones del hombre son grandiosas,
Contempladas desde toda la tierra,
Cuando yacen en el tiempo,
Que es su tierra natal.
Los barcos, bajo el peso del mediodía,
Se deslizan bañados por la luz
Hacia cierta bahía retirada,
Su residencia favorita,
Desde donde, bajo el sol tropical,
Vuelven a zarpar,
Cargados de resina de Tragicant y Senegal,
Pues para eso se hizo el océano,
Para eso se nos dio el sol,
Se nos prestó la luna,
Y están retenidos los vientos en cavernas lejanas.

Desde que hicimos aquel viaje, el ferrocarril que corre junto a la orilla ha sido ampliado y hoy en día pocos barcos navegan por el Merrimack. Todos aquellos productos y existencias que entonces se transportaban por agua ya no viajan río arriba, y tan sólo la madera y los ladrillos bajan por su cauce, aunque también lo hacen en el ferrocarril. Las esclusas se están deteriorando con rapidez y pronto serán intransitables, pues las ganancias de los peajes no son suficientes para costear su reparación, con lo que en unos años la navegación por este río tocará a su fin. Hoy en día, los botes navegan principalmente entre Merrimack y Lowell, o entre Hooksett y Manchester. Hacen dos o tres viajes por semana, dependiendo del viento y del tiempo, de Merrimack a Lowell y vuelta, unas veinticinco millas en cada dirección. El barquero llega cantando hasta la orilla a altas horas de la noche, amarra su bote vacío, cena y se aloja en alguna casa de los alrededores. Y por la mañana temprano, acaso bajo la luz de las estrellas, vuelve a impulsar su bote y se pone en camino, y de un grito, o con el estribillo de alguna canción, avisa de su llegada al esclusero, con el que se tomará el desayuno. Si llega a la pila de madera antes del mediodía empieza a cargar el bote con la ayuda de su única «mano», y emprende el camino de vuelta

antes del anochecer. Cuando llega a Lowell descarga la madera, recibe la factura por su cargamento y, tras escuchar las noticias en la taberna de Middlesex o en cualquier otro lugar, vuelve con su bote vacío y la factura en el bolsillo hasta el propietario, y luego va en busca de un nuevo cargamento. Con frecuencia algún sonido ligero a nuestras espaldas nos advertía de su llegada, y al girar la cabeza los veíamos a una milla, deslizándose furtivamente por el río como caimanes. Era agradable saludar de cuando en cuando a estos navegantes del Merrimack, y oír las noticias que circulaban entre ellos. Nos imaginábamos que el sol que brillaba sobre sus cabezas desnudas había conferido un carácter liberal y público a sus pensamientos más privados.

Aquel tramo abierto y soleado se alejaba del río en algunos puntos, hasta llegar a las colinas más apartadas, y cuando escalábamos el margen solíamos encontrar una arboleda irregular que bordeaba el cauce, cuyos ancestros habían flotado río abajo hace mucho tiempo: la «armada real». A veces podíamos ver la carretera del río a un cuarto o media milla de distancia, y la caravana multicolor de Concord, con su nube de polvo, su vanguardia de rostros serios y nómadas y su retaguardia de troncos polvorientos, que nos recordaba que el campo tenía sus lugares de encuentro para el incansable hombre yanqui. En aquella zona residían, manteniendo una distancia considerable entre ellos, unas gentes apacibles dedicadas al campo y al pastoreo. Cada casa tenía su pozo, como pudimos comprobar en más de una ocasión, y en cada hogar se comía alrededor del mediodía —no había momento de la jornada que pareciese más tranquilo y remoto en el tiempo—. Allí vivían sus vidas agrícolas aquellas gentes de Nueva Inglaterra, padres y abuelos y bisabuelos, que iban sucediéndose en silencio, conservando la tradición, esperando, aparte de buen tiempo y cosechas abundantes, algo que nunca llegamos a conocer. Estaban satisfechos con la vida, que así de impuesta les venía, en el mismo sitio en que sus antepasados habían caído.

Nuestros cadáveres discretos yacen a más profundidad
De la que alcanza la curiosidad de nuestra vida.

Sin embargo, estos hombres no necesitaban viajar para ser igual de sabios que Salomón en todo su esplendor, pues así de similares son las vidas de los hombres en todas las naciones, cargadas de las mismas y ordinarias experiencias. Una mitad del mundo *sabe* cómo vive la otra mitad.

Alrededor del mediodía pasamos junto a Thornton's Ferry, una pequeña aldea junto al Merrimack, y probamos las aguas del Naticook Brook, que desembocaba por el mismo margen del río, donde French y sus compañeros, cuyas tumbas vimos en Dunstable, cayeron en la emboscada de los indios. El humilde pueblo de Litchfield, con su templo sin campanario, se levantaba en el margen opuesto, al este, cerca del lugar donde una densa arboleda de sauces, respaldada por arces, bordeaba la orilla. Allí también pudimos observar varios nogales americanos de corteza rugosa que, como no crecen en Concord, eran para nosotros una visión tan extraña como lo habría

sido la palmera, de la que sólo hemos visto los frutos. Ahora el río describía una suave curva hacia el Norte, dejando atrás una orilla baja y llana en el lado de Merrimack, que forma una especie de puerto para las barcas. En este tramo observamos varios olmos hermosos, y arces de azúcar particularmente grandes y elegantes, que se erigían imponentes. La orilla opuesta, a un cuarto de milla, estaba cubierta de olmos jóvenes y arces de seis pulgadas de altura, que probablemente habían brotado de las semillas que el agua había arrastrado hasta el otro lado.

Había varios carpinteros trabajando en la reparación de una gabarra sobre el margen verde e inclinado. Los golpes de sus mazos resonaban de una orilla a la otra, y también a lo largo del río. Sus herramientas brillaban al sol a un cuarto de milla de nosotros, y en ese momento fuimos conscientes de que la construcción de barcos era un arte tan antiguo y honorable como la agricultura, y que podría existir una vida naval comparable a la pastoral. Toda la historia del comercio estaba expresada en aquella gabarra boca abajo sobre la orilla. Así fue como empezaron los hombres a navegar los mares en barcos, *quaeque diu steterant in montibus altis, Fluctibus ignotis insultavêre carinae*: «Y las quillas que durante largo tiempo habían permanecido en altas montañas, corrían insultantemente sobre olas desconocidas^[21]». Pensamos que el viajero haría bien en construir su bote a la orilla de un río, en lugar de buscar un transbordador o un puente. En las *Aventuras de Henry, el vendedor de pieles*^[22], es bonito leer que cuando él y sus indios llegaron a las costas de Ontario, dedicaron dos días a construir dos canoas con la corteza de un olmo, con las que llegar hasta Fort Niagara. Se trata de un incidente del viaje que merece la pena, un retraso igual de bueno que un viaje mucho más rápido. Una buena parte de nuestro interés en la historia de la retirada de Jenofonte radica en las maniobras que realizó para que su ejército cruzase los ríos sin peligro, ya fuese en balsas hechas con troncos o gavillas, o sobre pieles de oveja hinchadas. ¿Y qué mejor lugar para demorarse en su construcción que las orillas de un río?

Mientras pasábamos junto a ellos a cierta distancia, estos trabajadores al aire libre parecían haber añadido una dignidad adicional a su labor merced a su carácter público. Formaban parte de la industria de la naturaleza, como el trabajo de los avispones y las avispas alfareras.

Suavemente golpean las olas,
Conservando la dulzura del mediodía,
Y ningún sonido en el aire flota,
Salvo el del mazo en la orilla,
Que resonando en lo alto
Parece calafatear el cielo.

La neblina, el polvo levantado por el viaje del sol, tenía una influencia *lética*^[23] sobre la tierra y sus habitantes, y todas las criaturas se resignaban a flotar sobre las inapreciables olas de la naturaleza.

Trama y urdimbre solar, gasa etérea,
Tejida con el mejor material de la Naturaleza,
Calor visible, vapor de agua y mar seco,
Última conquista del ojo;
Esfuerzo del día revelado, polvo solar,
Oleaje aéreo que bate las costas de la tierra,
Estuario etéreo, ría de luz,
Ondas de aire, olas de calor,
Hermosas salpicaduras de verano en mares interiores;
Pájaro del sol, mochuelo del mediodía
De alas transparentes y plumas suaves,
Que te elevas desde el matorral en silencio;
Instaura tu serenidad sobre los campos.

La rutina de la luz del sol y la belleza de los días, que es la que predomina y prevalece, nos habla bien de sí misma mediante su propia antigüedad y su evidente solidez e importancia: nuestra debilidad la necesita, nuestra fuerza la usa. No podemos calzarnos las botas sin apoyarnos en ella. Si no hubiese más que un árbol recto y sólido erigiéndose en los bosques, todas las criaturas irían a frotarse contra él y poner a prueba sus raíces. Durante las muchas horas que pasamos en este entresueño las agujas del reloj permanecen inmóviles, y nosotros crecemos como crece el cereal en la noche. Los hombres están igual de atareados que los riachuelos o las abejas, y lo dejan todo para después de sus tareas. Por eso, los carpinteros hablan de política entre golpe y golpe de martillo, mientras colocan un tejado.

Ese mediodía era una ocasión adecuada para atracar y hacer una agradable parada, y leer allí el diario de algún viajero como nosotros, ni demasiado moral ni demasiado inquisitivo, que no perturbaría la mañana. O algún clásico antiguo, la flor misma de todas las lecturas, que habíamos reservado para un momento así,

De paz siria, de ocio inmortal^[24].

Pero ¡ay!, nuestra arca, cual cabina de un buque de cabotaje, contenía por toda literatura el manido *Diccionario geográfico*, con lo que nos vimos obligados a recurrir a nuestros recuerdos.

Como es natural, recordamos aquí las *Aventuras de Alexander Henry*, que es una suerte de clásico entre los libros de viajes americanos. Contiene los suficientes paisajes y descripciones someras de hombres e incidentes como para inspirar a los poetas durante muchos años, y a mi entender está tan lleno de nombres altisonantes como cualquier página de la historia —lago Winnipeg, bahía de Hudson, río Ottawa, entre otros muchos, Chipeways, Gens de Terres, Les Pilleurs, The Weepers—, con reminiscencias del diario de Hearne^[25] y de otros. Un país inmenso y desgreado, pero sincero, tanto en verano como en invierno, adornado con cadenas de lagos y de ríos, cubierto por las nieves, las píceas y los abetos. Existe en este viajero una naturalidad, una vida sincera y fría, como la del invierno canadiense, que se

conservaba por las bajas temperaturas y se protegía de los peligros fronterizos con las pieles de un corazón vigoroso. Posee una verdad y una moderación dignas del padre de la historia, que sólo pueden pertenecer a una experiencia íntima, y no está demasiado sometido a la literatura. El viajero indocto tiene el mismo derecho que el erudito a citar los versos de los poetas. También puede hablar de las estrellas, pues quizá las vea caer fugaces cuando el astrónomo no se percata. El buen juicio de este autor es harto evidente: es un viajero que no exagera, sino que escribe para que sus lectores se informen, para la ciencia y para la historia. Cuenta su historia con la misma buena fe y franqueza que si fuese un informe para sus colegas comerciantes, o para los directores de la Compañía de la Bahía de Hudson, y está dedicado, con gran razón, a *Sir Joseph Banks*. Se lee como el argumento de un gran poema sobre el estado primitivo del país y sus habitantes, y el lector se imagina lo que en cada caso, tras la invocación a la Musa, podría cantarse, y se queda con el interés suspendido, como si luego hubiese de seguir la narración completa. ¿En qué escuela se educó este comerciante de pieles? Parece estar viajando a través del inmenso campo nevado con el único e idéntico propósito que el lector que le acompaña. Un campo que, en la imaginación de este último, se crea momentáneamente, como quien dice, para constituir el escenario de sus aventuras. Sin embargo, lo más interesante y valioso del libro no es la información que ofrece sobre la historia de Pontiac o Braddock o del Noroeste, ni sobre los *anales* del país, sino los acontecimientos naturales, o *perennes*, que nunca tienen fecha. Cuando la verdad se extrae de la historia, las fechas se desprenden como hojas marchitas.

El Souhegan, o «río tortuoso», como algunos lo traducen, desemboca en el margen oeste del Merrimack, milla y media al norte de Thornton's Ferry, y el riachuelo de Baboosic Brook, a su vez, vierte sus aguas cerca de la desembocadura del primero. Se dice que en el Souhegan están algunos de los mejores manantiales del país, aún vírgenes, a poca distancia del Merrimack. Una mañana de primavera, el 22 de marzo del año 1677, ocurrió un incidente a orillas de este río que nos interesa en tanto en cuanto constituye un borroso recuerdo del encuentro entre dos antiguas tribus de hombres: la una ya está extinta; la otra, aunque aún esté representada por un miserable número de personas, lleva largo tiempo desaparecida de los que otrora fuesen sus terrenos de caza. Un tal Sr. James Parker, «en la granja del Sr. Hinchmanne, cerca del Merrimack» le escribió esto:

Honorable Gobernador y Consejo de Boston. Entregar cuanto antes:

Sagamore Wannalancet ha venido esta mañana para informarme, y luego ha ido donde el Sr. Tyng para informarle, de que estando su hijo al otro lado de río Meremack, junto al Souhegan, en el día 22 de este mes, a eso de las diez de la mañana, descubrió a quince indios en este lado del río, y por la forma en que hablaban supuso que eran mohawks. Los llamó y ellos respondieron, pero no podía entender sus palabras; y como tenía una canoa en el río, fue a destrozarla para que aquéllos no pudieran usarla. En eso que le dispararon como treinta veces, y lo asustaron mucho y echó a correr, y se fue directo a Nahamcock [Pawtucket Falls o Lowell], donde ahora tienen sus *wigwams*^[26].

¡Penacooks y mohawks! *Ubique gentium sunt*^[27]? En el año 1670, un guerrero mohawk arrancó la cabellera de una naamkeak, una joven india de Wamesit, cerca de la actual Lowell, pero la joven pudo recuperarse. Ya en 1685, John Hogkins^[28], un indio penacook, que nos cuenta que su abuelo había vivido «en un lugar llamado río Malamake, aunque también Natukkog o Panukkog, un gran río con muchos nombres», le escribió esto al gobernador:

15 de mayo de 1685

Honorable gobernador, amigo mío:

Le ruego, amigo mío, sus oraciones y su poder, y espero que pueda hacer grandes cosas en este caso. Soy pobre, apenas tengo para vestirme y no hay hombres ya en mi casa porque cada día y cada noche tengo miedo de que los mohawks vengan a matarme. Le pido por favor que rece para que ningún mohawk me mate en mi casa del río Malamake, llamado Panukkog y Natukkog, y me encomiendo a sus oraciones y a su poder. Y ahora quiero pólvora y munición y armas, porque estoy en mi casa y no me muevo de aquí.

La mano que escribe es india, pero ruego que tenga en cuenta a este humilde servidor,

John Hogkins

Firmado también por Simon Detogkom, King Hary, Sam Linis, Sr. Jorge Rodunnonukgus, John Owarnasimmin y otros nueve indios, con una cruz junto a sus nombres.

Sin embargo ahora, ciento cincuenta y cuatro años después de que se escribiera esa carta, nosotros pasábamos tranquilamente por allí, sin tener que «destrozar nuestra canoa», leyendo el *Diccionario geográfico de Nueva Inglaterra*, sin ver rastro alguno de los mohawks en la orilla.

A pesar de que es un río rápido, hoy el Souhegan parece haber tomado prestado su carácter del mediodía.

Donde brillantes campos de niebla
Encuentran la mirada del viajero,
Y sobre ellos, el aire caliente
Parece convertirse en un río.
Los pinos se erigen orgullosos
A las orillas del Souhegan,
Y el nogal y el alerce,
Con su arco triunfal,
Ondean sobre su marcha
Hacia el mar.
El viento no agita sus olas,
Sino las almas valientes
Que lo sobrevuelan,
Cuyas tumbas antiguas
Lamen las aguas tranquilas
En la orilla.
Con una pisada india y furtiva,
Se va a la cama,
Sin alegría ni pena,
Sin el susurro de una hoja,
Sin un remolino, una onda,
Ni el suspiro de un sauce,

Desde las colmas de Lyndeboro
Hasta los molinos de Merrimack.
Con mayor estruendo
Comenzó su curso,
Cuando se derritieron las nieves
En la cumbre de la montaña lejana,
Y cayeron las gotas
Con este tiempo lluvioso.
Dime, experimentado río,
¿Desde siempre has fluido?
El de Souhegan suena antiguo,
Pero no se conocen ni la mitad:
¿Qué nombres tuviste
En las épocas lejanas,
Cuando el Janto y el Menderes
Comenzaron a deambular,
Antes de que el oso negro pisase
Tu rojo suelo forestal
Y la Naturaleza plantara
Los pinos de tus orillas?

Durante las horas de más calor descansamos en una gran isla, una milla al norte de la desembocadura de este río, donde pastaba un rebaño de vacas. Tenía los márgenes inclinados y había olmos y robles desperdigados, y a ambos lados había suficiente espacio para que pasaran las barcazas. Cuando hicimos un fuego con el que hervir algo de arroz para la comida, las llamas que se propagaban por la hierba seca y el humo que ascendía en volutas silenciosas, proyectando sombras grotescas en la tierra, parecían fenómenos propios del mediodía, y nos imaginábamos remontando el río sin esfuerzo, con la misma naturalidad que el viento y la corriente que descendía por él, sin enfurecer a los días tranquilos con una impaciencia o un trajín indignos. El bosque de la cercana orilla bullía de palomas, que se dirigían hacia el Sur en busca de comida, pero que ahora, como nosotros, pasaban un rato a la sombra. Podíamos oír el tenue y áspero revolotear de sus alas cuando se cambiaban, de cuando en cuando, de rama, y también su arrullo dulce y trémulo. Aquellas viajeras, mucho mejores que nosotros, nos acompañaron en nuestro reposo del mediodía. Es fácil ver a una pareja encaramada en las ramas más bajas del pino blanco, en las profundidades del bosque, a esta hora del día, silenciosa y solitaria. Tienen aspecto de ermitañas, como si nunca hubieran salido de los límites del bosque, pero las bellotas que encontraron en los bosques de Maine siguen en sus buches, aunque aún sin digerir. Cazamos a una de estas hermosas aves, que se había entretenido más tiempo de la cuenta en su rama, la desplumamos y la asamos junto a otras piezas, para llevárnoslas y usarlas para la cena, pues aparte de las provisiones que llevábamos con nosotros, nos abastecíamos principalmente del río y el bosque. Ciertamente, no parecía que estuviésemos dando a esta ave un trato digno al despojarla de sus plumas, sacarle las entrañas y asar su cadáver en las brasas. Sin embargo, perseveramos heroicamente, a la espera de una sabiduría más amplia. El mismo aprecio por la Naturaleza que despertaba nuestra simpatía hacia sus criaturas animaba a nuestras manos a acabar lo que habían empezado. Pues

seríamos honestos con el bando del que habíamos desertado; cumpliríamos nuestro destino, para así por fin, quizá, comprender la inocencia secreta de esas tragedias que el Cielo permite que sucedan sin cesar.

Las decisiones rápidas provocan resultados erróneos,
¡Cómo! ¿Marcharse tan rápido para estar separados tanto tiempo?
Hace falta un largo debate antes de hacer lo que se debe hacer,
El Cielo no está en suspenso, el Arrepentimiento no está fechado^[29].

Somos armas de doble filo, y con el mismo movimiento que afilamos nuestra virtud estamos sacando punta a nuestro vicio. ¿Dónde está el habilidoso espadachín que puede hacer cortes limpios, y no rasgar su trabajo con el otro filo?

La propia Naturaleza no ha provisto a sus criaturas del acabado más perfecto. ¿Qué es de todas esas aves que pueblan el cielo y el bosque para nuestro consuelo? Los gorriones parecen siempre alegres, nunca enfermizos. No vemos sus cuerpos tirados en el suelo. Y sin embargo, hay una tragedia al final de cada una de sus vidas. Perecen de manera miserable, pues ninguno de ellos es enterrado. Cierto, «ni uno solo caerá al suelo sin que lo disponga vuestro Padre». Pero, en cualquier caso, caen^[30].

En cambio, los cadáveres de varias ardillas desdichadas, las mismas que retozaban alegremente por la mañana, y que habíamos despellejado y eviscerado para la comida, corrieron distinta suerte: los abandonamos repugnados, movidos por un empuje tardío de humanidad, pues eran un recurso demasiado mezquino para nadie que no estuviese muriéndose literalmente de hambre. Sería perpetuar las prácticas de una época bárbara. Si hubiesen sido más grandes, nuestro crimen habría sido más pequeño. Sus cuerpos menudos y rojos, pequeños bultos de tejido sanguinolento, meros pedazos de venado, no «alimentarían el fuego^[31]». Los arrojamos con un impulso repentino, nos lavamos las manos y hervimos un poco de arroz. «¡Mirad la diferencia entre aquel que come carne y aquel al que perteneció! El primero siente un goce momentáneo, ¡mientras que al último se le ha privado de su existencia! [...] ¿Quién cometería tamaño crimen contra un pobre animal, que sólo se alimenta de las hierbas silvestres que crecen en los bosques, y cuyo estómago está azotado por el hambre?»^[32]. Recordábamos a una imagen del ser humano en la Edad de Piedra, cazando liebres montaña abajo. ¡Oh, miserable de mí! Y, sin embargo, las ovejas y los bueyes no son más que ardillas grandes, cuyas pieles se conservan y cuya carne se sazona, cuyas almas quizá no sean tan grandes en proporción a sus cuerpos.

Siempre debería haber algún tipo de florecimiento y maduración de los frutos de la naturaleza en la cocina. Algunos sencillos platos se imponen por sí mismos ante nuestra imaginación y nuestro paladar. En el maíz seco, por ejemplo, hay una simpatía manifiesta entre la semilla que estalla y la evolución más perfecta de la vida vegetal. Es una flor perfecta, con sus pétalos, como la houstonia o la anémona. En mi fuego, estas flores de cereal se expanden. He aquí la orilla donde crecieron. Puede

que las comidas sencillas y saludables siempre reciban esta bendición tan evidente.

Aquí estaba ese «puerto agradable» por el que habíamos suspirado, donde el agotado viajero podía leer el diario de algún otro marinero, cuya nave acaso había surcado mares más famosos y clásicos. En los banquetes de los dioses, a la comida le seguían la música y las canciones. Nos recostaremos ahora bajo los árboles de esta isla y pediremos como juglar a

ANACREONTE

Su fascinante canto no ha sido interrumpido, pues su lira,
Aunque él esté muerto, aún no duerme en el Hades^[33].

Recientemente pude hacerme con un viejo volumen de una librería londinense, una antología de los poetas griegos menores, y fue un placer poder leer una vez más estos nombres: Orfeo, Lino, Museo^[34], sonidos y ecos poéticos y tenues, que mueren en nuestros oídos de hombres modernos. Y también otros sonidos igual de sustanciales: Mimnermo, Íbico, Alceo, Estesícoro, Menandro^[35]. Ninguno de ellos vivió en vano, y podemos conversar con estas eminencias incorpóreas sin reticencia y de forma objetiva.

No conozco estudios más formativos que los clásicos. Cuando nos sentamos con ellos, la vida parece tranquila y serena, como si quedase muy lejos, y dudo mucho que exista un lugar desde el que se vea tan real, tan poco exagerada, como a la luz de la literatura. En las horas serenas contemplamos el recorrido de los autores griegos y latinos con mayor placer que el viajero que observa los paisajes más bellos de Grecia o Italia. ¿Dónde podríamos encontrar una sociedad más refinada? Ese camino que lleva desde Homero y Hesíodo hasta Horacio y Juvenal es más inspirador que la Vía Apia. Leer a los clásicos, o conversar con esos griegos y latinos del mundo antiguo a través de sus obras, es como caminar entre las estrellas y las constelaciones, un sendero elevado y tranquilo para viajar. De hecho, el verdadero erudito tendrá mucho de astrónomo en sus hábitos. No permitirá que las preocupaciones y distracciones obstruyan su campo de visión, pues las regiones más altas de la literatura, al igual que la astronomía, están por encima de la tormenta y la oscuridad.

Pero mientras pasamos junto a los cantos de estos vates, detengámonos un momento en el poeta de Teos.

En él hay algo curiosamente moderno. Se le vierte al inglés con mucha facilidad. ¿Es porque nuestros poetas líricos no han hecho más que tocar esa lira, en la que sólo sonarían temas ligeros, y de la que Simónides nos dice que no duerme en el Hades? Sus odas son como gemas de puro marfil, poseen una belleza etérea y evanescente, como las tardes de verano, *ὁ χρῆ σε νοεῖν νόου ανθει* —que ha de percibirse con la flor de la mente^[36]—, y nos muestran con cuánta levedad puede expresarse la belleza. Hemos de observarlas, como a las estrellas de menor magnitud, con el rabillo

del ojo, y no mirar hacia ellas para poder contemplarlas. Nos encantan con su serenidad, con su falta de exageración y pasión, con esa belleza floral que les es propia: no se nos sugiere, sino que hemos de aproximarnos a ellas y estudiarlas como un objeto natural. Sin embargo, puede que su mayor mérito sea la liviandad y, al mismo tiempo, la seguridad de su paso.

El tallo joven y tierno
Nunca se dobla cuando *ellos* caminan^[37].

Cierto, nunca ponen en tensión nuestros nervios. En ellas oímos constantemente el sonido de la lira, y nunca la nota de la trompeta. Pero no son vulgares, como algunos han sugerido, mas siempre se elevan por encima de la sensualidad.

Éstas son algunas de las mejores que han llegado hasta nosotros^[38].

DE SU LIRA

Quiero celebrar a los Atridas, quiero a Cadmo cantar. Las cuerdas de mi lira tan sólo en cambio Amor resuenan. Dos días haré mudé las cuerdas y, al fin, el instrumento entero. De Heracles las proezas dispúseme a cantar, mas la lira tornó a replicarme Amores.

Venid en buena hora, pues, Amores, que Amores solamente mi lira cantar quiere.

A LA GOLONDRINA

Tú, golondrina amiga, que cada año llegas, con la calor anidas y con los fríos te vas sobre el Nilo o sobre Menfis.

Amor sin tregua en cambio en mi corazón su nido teje...

PARA UNA COPA DE PLATA

Cuando labres, Hefesto, la plata, hazme ¡armas, no por cierto!, pues ¿qué hay de común entre la guerra y yo? Antes bien una copa, profunda cuanto puedas. Y grábame en ella no astros, ni el Carro ni el temible Orion. ¿Qué se me da de las Pléyades? ¿Pues qué del hermoso Boyero?

Ponme unos viñedos con racimos que pendan y Ménades vendimiando, y hazme a unos que pisen un lagar, los Sátiros risueños, de oro los Amores, y Citera riente junto al bello Dioniso, y Eros y Afrodita.

DEL MISMO

Tú celebras las conquistas de Tebas, y otro a los guerreros frigios, y yo en cambio celebro mis desastres.

No me quebrantó la caballería, ni la infantería, ni una flota. Sino un ejército nunca visto con los dardos de unos ojos.

A UNA PALOMA

Paloma encantadora, ¿de dónde, de dónde vuelas? ¿De dónde por el aire apresurada destilas tanto olor de esencias? ¿Cuál es el nombre de tu dueño y a quién sirves?

«Anacreonte me ha enviado ante un niño, ante Batilo, que ya es de todos amo y soberano. A Anacreonte me vendió Afrodita al precio de un himno de contados versos, de Anacreonte sólo servidora

soy.

»Y ahora ¡qué cartas tuyas conmigo llevo! Promete él de inmediato dejarme libre, pero esclava a su lado seguiré siendo, así me suelte. Pues, ¿a qué habré de volar por montes y por campos, posarme en la arboleda, picoteando cualquier fruto silvestre?

»Ahora como pan que de las manos arrebató del propio Anacreonte, me da de beber del vino con que brinda, y con sólo beber me entregaré a sus ritmos, y a mi amo... velaré con mis alas. Echada duermo sobre su lira misma.

Noticia cumplida has conseguido. Apártate ya, hombre, que me hiciste más charlatana aun que una corneja».

DEL AMOR

Con vara de jacinto duramente me trataba Amor: él iba al paso, a mí a la vez correr me hacía. Y por medio de raudas torrenteras, por espesuras, por abismos, yo corría bañado de sudor. Y a mi nariz trepaba, a punto de morirme, el corazón.

Y Eros, refrescándome la frente con sus alas delicadas, al tiempo me decía: «¿Pues no resistes las fatigas del amor?».

DE LAS MUJERES

Naturaleza cuernos dio a los toros, cascos a los caballos, presteza en sus patas a las liebres, a los leones la sima de sus dientes, el nadar a los peces, a las aves volar, a los hombres la cordura. Para las mujeres ya no tuvo.

¿Qué entonces les regala? La belleza en vez de todos los escudos y por las lanzas todas. Pues, con ser hermosas, hierro y llamas avasallan.

DE LOS AMANTES

En las ancas los caballos tienen marca de fuego y con sólo ver sus gorros reconocemos a los partos.

Yo a los enamorados de una mirada los distingo al punto, pues un sello sutil dentro del alma llevan.

A UNA GOLONDRINA

¿Qué prefieres que te haga, qué prefieres?, dime, golondrina. ¿Quieres que te coja y que te rape tus alas tan livianas, o que, aun mejor, como el Tereo aquel, te siegue la lengua de raíz?

¿Por qué de bellos sueños con son madrugador a Batilo me quitaste?

A UNA POTRA

¿Por qué, cruel, me esquivas, potra Tracia, y me lanzas miradas de reojo? ¿Insensible me juzgas a tus gracias?

El freno te echaré si al fin te agarro y —tenlo por seguro— empuñando yo las bridas, haré de tal manera que vueltas a la meta vayas dando.

Más paciendo dichosa en la pradera retozas, ya que ahora no te mete la espuela en el ijar hábil jinete.

CUPIDO HERIDO

Una mañana Eros, por una abeja posada entre las rosas, al no verla, fue picado. En un dedo de la mano viose herido y lanzó un grito. Corriendo y aun volando hasta la bella Afrodita fue a quejarse: «Perdido estoy, madre, perdido y ya muriendo: culebra minúscula con alas me ha alcanzado, la que llaman abeja los

labriegos». Y ella replicó: «Si ese aguijón, el de la abeja, así te duele, ¿cuánto dolor te imaginas que soportan, Amor, a los que eliges tú por blanco?».

Ya bien entrada la tarde, pues nos habíamos entretenido largo rato en la isla, desplegamos nuestra vela por primera vez, y durante una breve hora el viento del suroeste se convirtió en nuestro aliado. Sin embargo, el Cielo no quiso ser nuestro cómplice durante demasiado tiempo. Con la vela desplegada remontábamos lentamente el río por su orilla este, manteniéndonos alejados de las rocas, mientras que, desde lo alto de una colina que formaba el margen opuesto, varios leñadores hacían rodar troncos ladera abajo, para apilarlos junto al río. Podíamos ver sus hachas y sus palancas brillando al sol, y los troncos descendían levantando polvo, con un sonido estrepitoso que reverberaba a través de los bosques de nuestra orilla, como el rugido de la artillería. Sin embargo, el céfiro pronto nos apartó de la vista y del oído aquel trajín. Tras pasar junto a Read's Ferry, y a otra isla llamada de McGaw, llegamos a una zona de rápidos conocida como Moore's Falls, y entramos en «ese tramo del río, de nueve millas de largo, convertido, por ley, en el Canal de la Unión, que comprende seis cascadas independientes, en cada una de las cuales, así como en varios tramos intermedios, se han realizado trabajos^[39]». Tras franquear las Moore's Falls por medio de las esclusas, volvimos a echar mano de nuestros remos y continuamos alegremente nuestro trayecto, haciendo saltar al pequeño zarapito de roca en roca frente a nosotros. A veces remábamos lo bastante cerca de una casita junto a la orilla, aunque eran escasas y estaban muy alejadas, para ver los girasoles y las vainas de las amapolas, como pequeñas copas llenas con el agua del Lete, frente a la puerta, pero sin perturbar a la casa indolente a sus espaldas. Así avanzábamos, remontando con la fuerza del viento o de los remos este río amplio, calmo y plácido, flotando sobre rocas ocultas, donde podíamos ver al lucio en el fondo del agua transparente, ansioso por rodear un cabo lejano, por dar un gran giro, como en la vida de un hombre, y ver qué nuevas perspectivas se abrirían, observando en la distancia, en aquel nuevo campo, vasto y sereno, las casitas de los colonos, con el musgo de un siglo cubriendo sus tejados, y la tercera o cuarta generación a su sombra. Era extraño pensar en cómo el sol y el verano, las flores de la primavera y las hojas marchitas del otoño estaban vinculados a estas cabañas de la orilla, cómo todos los rayos que pintan el paisaje irradian desde ellas, cómo el vuelo del cuervo y las cabriolas del halcón toman como referencia sus tejados. Las orillas siempre fértiles y ricas nos acompañaban, bordeadas de vides y bullendo de vida con pajarillos y ardillas juguetonas. A veces eran el límite del campo de un agricultor o la parcela de una viuda, otras eran lugares más salvajes, donde la rata almizclera, ese pequeño fetiche del río, se arrastra furtivamente sobre las hojas de los alisos y las conchas de los mejillones, de los que el hombre y su recuerdo habían quedado desterrados.

Por fin la orilla infatigable e insumergible, que nunca se interrumpía, con sus bosquecillos frescos y sus pastos serenos, nos tentó a desembarcar, e intrépidos tocamos tierra en esta costa remota para estudiarla, sin que probablemente ningún

habitante humano lo haya sabido hasta este día. Pero aún recordamos los olmos retorcidos y hospitalarios que crecían incluso allí para nuestro deleite, y que no nos eran ajenos. Recordamos al caballo solitario en su pasto, y a las vacas pacientes, cuyo sendero hasta el río, tan sensatamente escogido para superar las dificultades del camino, nosotros seguimos, para llegar hasta ellas y perturbarlas mientras rumiaban a la sombra. Y, sobre todo, recordamos el aspecto calmo y libre de los manzanos silvestres, que nos ofrecían generosamente su fruta —esa fruta dura, redonda y brillante que, si bien no estaba madura, tampoco era veneno, también ella de Nueva Inglaterra, cuyos ancestros fueron traídos hasta aquí por los nuestros—. Esos árboles dulces conferían un aspecto civilizado y crepuscular a la que de lo contrario parecería una tierra bárbara. Alejándonos un poco más, remontamos a pie el cauce rocoso de un riachuelo que llevaba mucho tiempo sirviendo de desagüe para la naturaleza, saltando de roca en roca a través de bosques enmarañados, por el fondo de un barranco, que se iba haciendo más y más oscuro, como más y más roncós se volvían los murmullos del río. Al fin llegamos a un molino en ruinas, donde ahora crecía la hiedra, y la trucha nos observaba desde el caz desmoronado. Y allí imaginamos cuáles habrían sido los sueños y las conjeturas de los primeros colonos. Sin embargo, el día menguante nos obligó a embarcarnos de nuevo, y a recuperar el tiempo perdido con largos y vigorosos golpes de remo sobre las aguas ondeantes.

El paisaje seguía siendo salvaje y solitario, salvo cuando a intervalos de una o dos millas se veía el tejado de alguna casita sobre el margen del río. Como leímos, esta región fue otrora famosa por la manufactura de capotas de paja del tipo Leghorn, cuya invención se reivindica en esta región. Ocasionalmente, alguna atareada damisela llegaba a orillas del río para, al parecer, poner en remojo su paja, y se quedaba un rato viendo alejarse a los viajeros, flotando sobre las aguas, tratando de escuchar un fragmento de la canción que nosotros cantábamos.

Quizá fue así como el cazador indio,
Hace muchos años ya,
Deslizándose sobre las aguas,
Entonó en voz baja un canto natural.

Ahora se esconde el sol tras los sauces,
Ahora por las aguas resplandece,
Y ligeros, sobre el desgastado oleaje,
Llegan los espíritus de los valientes.

Justo antes de la puesta de sol llegamos a otras cascadas en el pueblo de Bedford, donde varios canteros estaban reparando las esclusas de una parte solitaria del río. Mostraron interés por nuestra aventura, en particular un hombre joven, de nuestra edad, que preguntó primero si nos dirigíamos a «Skeag» y, tras escuchar nuestra historia, y examinar nuestro equipamiento, nos hizo otras preguntas, pero siempre con tono moderado, y siempre volviendo a su trabajo, como si se tratara de una formalidad. Estaba claro que le habría gustado ir con nosotros y, por la manera en que

miraba río arriba, en sus ojos, así como en sus pensamientos, podían verse reflejados muchos cabos distantes y orillas boscosas. Cuando estuvimos listos, el joven dejó su trabajo y nos ayudó a pasar las esclusas con una suerte de entusiasmo tranquilo, diciéndonos que estábamos en Coos Falls. Y aún pudimos distinguir los golpes de su cincel pasados muchos golpes de remo desde que nos despidiésemos.

Esa noche queríamos acampar en una roca grande en medio del río, justo después de aquellas cataratas, pero la falta de carburante y la dificultad de fijar nuestra tienda con firmeza nos lo impidió. Así pues, hicimos nuestra cama en la orilla de enfrente, en el margen oeste, cerca de Bedford, en un lugar que supusimos retirado, pues no había casas a la vista.

MIÉRCOLES



El hombre es el enemigo y el destino del hombre.

Charles Cotton, «The World»

Aquella mañana temprano, mientras enrollábamos las pieles de búfalo y cargábamos el bote bajo el rocío, con las brasas aún humeantes, los canteros que trabajaban en las esclusas, y a quienes habíamos visto cruzar el río en su bote la noche anterior, mientras examinábamos la roca, se toparon con nosotros yendo al trabajo, pues habíamos instalado nuestra tienda justo en el camino hacia su bote. Ésta fue la única vez que alguien nos vio en nuestros sucesivos campamentos. Así pues, lejos de los caminos transitados y el polvo y el estruendo del viaje, observábamos el paisaje de forma tranquila y libre, a nuestro antojo. Hay senderos que hieren ligeramente a la Naturaleza, y hacen que el viajero la observe fijamente. En cambio, el río atraviesa sigilosamente el paisaje, sin intrusión, creándolo y adornándolo en silencio, y es igual de libre que el céfiro para ir y venir.

Mientras nos alejábamos remando de esta costa rocosa, antes del amanecer, el pequeño avetorillo, el genio de la orilla^[1], se entretenía en el margen, acaso explorando el barro en busca de comida, sin apartar un ojo de nosotros, por más que siguiese trabajando; o bien corría sobre las piedras húmedas, como un náufrago con su chubasquero, buscando pecios de caracoles y berberechos. Helo ahí marchándose ahora, con un vuelo renqueante, sin saber dónde se posará, hasta que una vara de arena clara entre los alisos tiente a sus patas. Y ahora, nuestra llegada inminente le obliga a buscar un nuevo retiro. Es un pájaro de la antigua escuela talesiana, y sin duda cree en la prioridad del agua sobre el resto de elementos; una reliquia de una era crepuscular y antediluviana que aún habita estos radiantes ríos americanos junto a nosotros, los yanquis. Hay algo venerable en esta raza de pájaros melancólica y contemplativa, que quizá caminaba ya sobre la tierra cuando aún estaba en un estado limoso e imperfecto. Puede que también sus huellas se puedan ver todavía en las piedras. Aún se entretiene en nuestros veranos resplandecientes, soportando valiente su destino, sin la simpatía del hombre, como si esperase una segunda venida de la que él no está seguro. Uno se pregunta si, mediante su reflexión paciente junto a rocas y cabos arenosos, no habrá despojado ya a la Naturaleza de todos sus secretos. ¡Qué rica experiencia debe de haber adquirido, apoyado sobre una pata y observando durante tanto tiempo, desde sus ojos sin brillo, el sol y la lluvia, la luna y las estrellas!

¡Cuántas cosas podría contarnos sobre aguas estancadas y juncos y nieblas nocturnas frías y húmedas! Merecería la pena tomarse el tiempo para observar de cerca esos ojos apagados, amarillentos, verdosos, que han estado abiertos y han visto durante esas horas, en esas soledades. Creo que mi propia alma tiene que ser de un verde vivo e imperceptible. He visto a estos pájaros en grupos de media docena, en las aguas más bajas, junto a la orilla, con los picos clavados en el barro del fondo, en busca de comida, con la cabeza completamente escondida, con el cuello y el cuerpo formando un arco sobre el agua.

Cohas Brook, el desagüe del lago Massabesic —que está a cinco o seis millas de distancia, ocupa una extensión de mil quinientos acres y es la masa de agua fresca más grande de todo el condado de Rockingham—, desemboca en el margen este del Merrimack, cerca de aquí. Mientras remábamos entre Manchester y Bedford, muy temprano, pasamos junto a un transbordador y franqueamos otras cataratas, las Goff's Falls, que los indios llamaban Cohasset, donde hay una aldea y un hermoso islote verde en medio del río. Desde Bedford y Merrimack se embarcaron los ladrillos con los que está hecha Lowell. Hará unos veinte años, o así nos contaron, un tal Moore, de Bedford, que tenía arcilla en su granja, firmó un contrato para proveer con ocho millones de ladrillos en dos años a los fundadores de la ciudad. Cumplió lo pactado en un año, y desde entonces los ladrillos han sido la principal exportación desde estos pueblos. Los granjeros encontraron así un mercado para su madera: una vez descargado un cargamento en los hornos, podían transportar de vuelta otra carga de ladrillos hasta la orilla, y así concluían una jornada de trabajo rentable. De este modo, todas las partes salían beneficiadas. Merecía la pena ver el lugar donde Lowell había sido «desenterrada^[2]». De la misma manera, Manchester está construida con ladrillos fabricados en un punto del río aún más al Norte, en Hooksett.

En este margen del Merrimack, cerca de Goff's Falls, en lo que es ahora el pueblo de Bedford, famoso «por su lúpulo y por sus bellas manufacturas domésticas^[3]», pueden verse las tumbas de los nativos. La tierra aún conserva aquí esta cicatriz, y el tiempo se encarga de desmigajar poco a poco los huesos de una raza. En cambio, todas las primaveras, sin excepción, desde que aquéllos pescasen y cazasen aquí por primera vez, el cuitlacoche rojizo ha pregonado la mañana desde la rama de un abedul o un aliso, y la raza inmortal de pájaros rojos sigue haciendo crujir con sus pasitos la hierba marchita. Sin embargo, estos huesos no crujen. Estos elementos en estado de descomposición se preparan lentamente para otra metamorfosis, para servir a nuevos maestros, y lo que fue la voluntad de los indios será pronto el vigor del hombre blanco.

Supimos que Bedford ya no era tan famosa como antes por su lúpulo, pues el precio está fluctuando y ahora los postes en los que se planta escasean. Así y con todo, si el viajero se aleja unas pocas millas del río, los hornos para el secado del lúpulo aún despertarán su curiosidad.

Aquella mañana nuestro viaje transcurrió con pocos incidentes, aunque el río era

ahora más rocoso y las cataratas más frecuentes que antes. Después de remar incesantemente durante muchas horas, atravesar las esclusas de algún lugar retirado por nuestra cuenta era un cambio agradable —por lo general no había un esclusero en los alrededores—: uno se quedaba sentado en el bote, mientras que el otro, a veces con gran esfuerzo, abría y cerraba las compuertas, esperando pacientemente hasta que las esclusas se llenasen. Ni una vez usamos las ruedas de las que habíamos dotado al bote. Aprovechando la fuerza de los remolinos, a veces flotábamos hasta las esclusas, casi llegando a las mismas cataratas; y, por la misma razón, cualquier madero flotante era arrastrado en círculos y absorbido por los rápidos antes de marcharse al fin río abajo. Estas antiguas estructuras grises, con sus brazos tranquilos extendidos sobre el río y bañados por el sol, parecían elementos naturales en medio del paisaje, y el martín pescador y el zarapito se posaban sobre ellas como si de un palo o una roca se tratase.

Seguimos remontando el río, remando plácidamente durante varias horas, hasta que el sol hubo alcanzado su cénit, con nuestros pensamientos marcando monótonamente el ritmo a nuestros remos. Lo único que variaba en el exterior eran el río y las orillas, que se alejaban o se acercaban, una vista que se abría y se cerraba continuamente ante nosotros, sentados de espaldas a la corriente. En el interior fluían los pensamientos que las Musas nos prestaban a regañadientes. Siempre pasábamos junto a orillas bajas seductoras, o márgenes cubiertos por plantas colgantes, en los que, sin embargo, nunca desembarcamos.

Que así de cerca veíamos
El paisaje de nuestra vida.

Podía verse cuánto tiempo llevaban los hombres regentando la tierra. El río más pequeño es un mar mediterráneo, un pequeño arroyo oceánico encerrado entre tierras, donde los hombres pueden navegar sin apartarse de los límites de sus granjas y a la luz de sus moradas. De no ser por los geógrafos, difícilmente habría sabido jamás qué enorme porción de nuestro planeta es agua: así de profunda es la ensenada donde he pasado la mayor parte de mi vida. Sin embargo, a veces me he aventurado hasta llegar a la desembocadura de mi Snug Harbor. Desde un antiguo fuerte en ruinas de Staten Island, he disfrutado observando durante todo un día alguna nave cuyo nombre había leído por la mañana a través del cristal del telégrafo, cuando se acercó por primera vez a tierra, con su casco elevándose y brillando bajo el sol. Desde el momento en que el piloto y los botes con periodistas más intrépidos habían ido a su encuentro, tras doblar el cabo, enfilarse el estrecho canal y llegar a la amplia bahía exterior, hasta que embarcaba en ella el funcionario de la salud pública, y hacía su parada de cuarentena, o proseguía su incontestable camino hasta los muelles de Nueva York. También era interesante ver a los periodistas menos atrevidos, que abordaban la nave cuando ya había pasado el estrecho^[4], desafiando las leyes de la peste, amarrando sus pequeños botes al mastodóntico lateral, escalando y

desapareciendo en el casco. Y luego podía imaginarme la trascendente noticia que el capitán les daba, y que ningún americano había escuchado hasta entonces: que Asia, África, Europa, todas se habían hundido. Así que al final el periodista paga el precio, y lo vemos descender por el lateral del barco con su fardo de periódicos europeos, aunque no por el mismo punto por el que subió, pues estos recién llegados no se quedan quietos ante los cotilleos, y alejarse con golpes de remo decididos, listo para vender su mercancía al mejor postor, con lo que dentro de poco leeremos algún titular sorprendente: «Últimas noticias: en el barco proveniente de...». Un domingo observé, desde una colina interior, la larga procesión de naves que se echaban a la mar, zarpando desde los muelles de la ciudad, atravesando el estrecho, doblando el cabo y entrando en la corriente marina. Las observaba hasta donde me alcanzaba la vista, con su marcha constante y sus velas de seda, esperando tener viajes afortunados. Sin embargo, no cabe duda, siempre había alguna destinada a acabar en el cofre de Davy Jones, a no regresar nunca a estas costas. Y también, en la tarde de algún día agradable, me divertía contando las velas que podía divisar: el sol poniente iba sacando más y más a la luz, cada vez más lejos en el horizonte, con lo que la última suma siempre era la mayor. Hasta que, cuando ya los rayos despuntaban desde el mar, el primer número se había doblado o triplicado, aunque ya no podía clasificarlos según los diferentes tipos de naves, barcas, veleros, goletas y balandras, sino que la mayoría no eran más que genéricas y vagas *embarcaciones*. Y luego la luz templada del crepúsculo revelaba, acaso, la casa flotante de algún marinero cuyos pensamientos ya se habían apartado de esta costa americana y estaban dirigidos a la Europa de nuestros sueños. También estaba sobre esa misma colina cuando una tormenta, que bajaba desde Catskills y Highlands, pasó sobre la isla, inundando la tierra. Y luego, cuando de repente volvió a dejarnos bajo la luz del sol, la vi adelantar uno a uno, con su enorme sombra y su oscura muralla de lluvia, a los barcos de la bahía. De repente sus velas brillantes colgaban oscuras, como los laterales de un granero, y parecían encoger ante la tormenta. Mientras que aún más lejos, en el océano, brillaban a través del oscuro velo las resplandecientes velas de aquellos barcos a los que la tormenta aún no había alcanzado. Y a medianoche, cuando ya todo en derredor era oscuridad, vi un campo de luz trémula y plateada en el mar lejano, el reflejo de la luz de la luna que manaba desde el océano, como si llegase desde el otro lado de los límites de nuestra noche, donde la luna atravesaba un cielo sin nubes, y a veces un puntito oscuro en medio, algún barco afortunado que proseguía su feliz viaje durante las horas nocturnas.

Pero para nosotros, marineros fluviales, el sol nunca surgía desde detrás de las olas del océano, sino de alguna arboleda verde, y se ponía tras la silueta de alguna montaña oscura. También nosotros éramos moradores de la orilla, como el avetoro matutino. También nosotros buscábamos pecios de caracoles y berberechos. Sin embargo, nos alegraba conocer la mejor y más bella de las orillas.

Mi vida es como un paseo por la playa,
En el mismo límite del borde del océano,
A veces mis pasos lentos penetran en sus olas,
Y otras soy yo quien les dejo inundarme.

Mi única ocupación, meticulosa tarea,
Colocar mi botín fuera del alcance de la marea:
Cada concha excepcional, cada guijarro moldeado,
Que pone en mis manos el océano amable.

Son pocos mis compañeros en la orilla,
Que desprecian esta arena y navegan por el mar,
Aunque a veces pienso que, para mí,
Es más fácil conocer su océano desde aquí.

El mar abierto no tiene algas carmesí,
Sus grandes olas no dejan perlas a la vista,
Desde la costa le tomo el pulso con mi mano,
Mientras converso con una gran tripulación naufragada.

Las pequeñas casas esparcidas a lo largo del río a intervalos de una milla o más solían estar fuera de nuestra vista, pero a veces, cuando remábamos junto a la orilla, escuchábamos el verso irritado de una gallina, u otro tenue sonido doméstico, que delataba su presencia. Las casas de los escluseros estaban particularmente bien simadas, en lugares retirados y altos, siempre junto a cascadas o rápidos, con las vistas del río más bellas y amplias —pues es justo antes de las cataratas donde el río suele ser más ancho, más parecido a un lago—, y desde allí esperan la llegada de los botes. Estas moradas humildes, sencillas y sinceras, donde el fuego del hogar seguía siendo la parte esencial, agradaban más a nuestros ojos de lo que lo habrían hecho de ser palacios o castillos. Como ya hemos dicho, de cuando en cuando, durante las horas de más calor de estos días, escalábamos los márgenes y nos acercábamos a alguna de estas casas para beber un vaso de agua y conocer a sus habitantes. Allí, en lo alto del margen frondoso, rodeadas por lo general de un pequeño huerto con maíz y judías, calabacines y melones, a veces una bonita parcela con lúpulo y una parra sobre las ventanas, parecían colmenas instaladas para recoger miel durante el verano. No he leído sobre ninguna vida arcadia que supere la opulencia y la serenidad de estos hogares de Nueva Inglaterra. A juzgar al menos por su dorado aspecto exterior, están sin duda en una Edad de Oro. A medida que te acercas a la puerta soleada, despertando al eco con tus pasos, sigues sin escuchar ruidos que salgan desde estas barracas de reposo, y temes que hasta el golpe más suave a la puerta les parezca grosero a estos soñadores orientales. Quizá nos abra una mujer yanqui e hindú, cuya hospitalidad queda, pero sincera, que mana de las profundidades insondables de una naturaleza tranquila, ha viajado hasta el extremo opuesto, y sólo teme imponernos su amabilidad. Pasas por el suelo recién fregado hasta llegar al brillante «vestidor» de puntillas, como si temieses perturbar las devociones del hogar —pues las dinastías orientales parecen haberse desvanecido desde que se pusiera aquí la mesa por última vez—, y luego llegas al frecuentado pozo, en cuyo fondo ves tu cara sin afeitar, que

ya habías olvidado, en yuxtaposición con la mantequilla recién hecha y la trucha que nada en el agua. «¿No querrá usted un poco de melaza y jengibre?», sugiere la tenue voz del mediodía. A veces encontramos allí sentado al hermano marinero, representante de la casa, que sólo sabe lo lejos que queda el puerto más cercano, no conoce más distancias, el resto no son más que mares y cabos lejanos. Jugando con un perro, o meciendo a un gatito en unos brazos estirados por las jarcias y los remos, que lucharon contra Bóreas^[5] y los vientos alisios, mira al extranjero, un tanto complacido, un tanto sorprendido, con ojo de marino, como si fuese un delfín a distancia de red. Los hombres acabarían creyéndolo, *sua si bona nôrint*^[6]: no hay valle del Tempe más sereno, no hay vidas más poéticas y arcadlas de las que pueden vivirse en estas casas de Nueva Inglaterra. Pensamos que, durante el día, sus habitantes se ocuparían de cuidar de las flores y del ganado, y que, durante la noche, como los pastores de la Antigüedad, se reunirían en las orillas del río para ponerle nombre a las estrellas.

Ese mediodía pasamos junto a una isla grande y muy arbolada, situada entre las cascadas de Short's Falls y Griffith's Falls. Era la más bella con la que nos habíamos cruzado, y tenía un bonito bosquecillo de olmos en la punta. De haber sido más tarde habríamos acampado allí gustosos. Poco más adelante pasamos junto a una o dos islas más. Los barqueros nos dijeron que no hacía mucho la corriente había provocado importantes cambios allí. Una isla siempre constituye un placer para mi imaginación, incluso la más pequeña, como el pequeño continente y la parte integrante del planeta que es. Tengo el capricho de construirme una cabaña en una. Incluso una isla desnuda y herbosa, que puedo ver en su totalidad de un vistazo, tiene para mí un encanto indefinido y misterioso. Suele haber islas así en el punto de encuentro de dos ríos, cuyas corrientes arrastran y depositan sus arenas en el remolino que se forma en su confluencia, como si fuese el útero de un continente. ¡Con qué delicada e inverosímil contribución se forma cada isla! ¡Qué gran hazaña realiza la Naturaleza al poner los cimientos y construir el futuro continente, a base de arenas doradas y plateadas y vestigios de los bosques, con un ajeteo formicante! Píndaro ofrece el siguiente relato del origen de Tera, donde, mucho tiempo después, Bato^[7] fundaría la Cirene libia. Tritón, encarnado en Eurípilo, obsequia con una porción de tierra a Eufemo, uno de los argonautas, cuando están a punto de volver a casa.

Sabía de nuestra prisa,
Y cogiendo expedito un puñado de tierra
Con su mano derecha, se lo entregó
Cual regalo al azar al extranjero.
El héroe no lo ignoró, saltó a la orilla,
Y estrechándole la mano
Recibió la tierra mística.
Pero la escucha ahora caer desde la cubierta,
Mezclándose con la sal
Por la noche, acompañando a las aguas del mar.

Más de una vez urgí a los descuidados
Sirvientes para que la cuidasen, mas se olvidaron.
Y ahora, en esta isla, la semilla inmortal de la vasta Libia
Se derrama antes de su hora.

Otro mito hermoso, también contado por Píndaro, narra cómo Helio, el Sol, miró un día hacia el mar —acaso cuando sus rayos se reflejaron por primera vez sobre un banco de arena brillante y en expansión—, y vio la bonita y fructífera isla de Rodas

Brotar desde el fondo del mar,
Capaz de alimentar a muchos hombres, ideal para los rebaños;

Y, tras el consentimiento de Zeus,

La isla surgió de entre las Aguas;
Y ahora pertenece al Padre creador de rayos penetrantes,
Señor de los caballos con aliento de fuego^[8].

¡Las islas móviles! ¡¿Quién no querría que su casa estuviese asediada por ese enemigo?! El habitante de una isla puede decir qué corrientes formaron el suelo que cultiva, y su tierra aún está siendo creada o destruida. Quizá ahí, ante su puerta, siga desembocando el río que hace años trajo hasta aquí el material para su granja, y que sigue trayéndolo o erosionándolo —¡ese elegante, tierno ladrón!—.

Poco después vimos el Piscataquog, o «río del agua brillante», desembocar a nuestra izquierda, y escuchamos las cataratas de Amoskeag Falls, más arriba. Según el *Diccionario geográfico*, cada año seguían bajándose grandes cantidades de madera por el Piscataquog hasta el Merrimack, y el río también cuenta con muchos lugares idóneos para molinos. Justo después de la desembocadura, pasamos junto a las cataratas artificiales donde los canales de la Manchester Manufacturing Company se vacían en el Merrimack. Son lo bastante impactantes como para tener un nombre y, si estuviesen en el paisaje de las cataratas Bash Bish, la gente vendría de todos los rincones para visitarlas. El agua cae desde treinta o cuarenta pies a lo largo de seis o siete terrazas de piedra empinadas y estrechas, probablemente para atenuar su potencia, y se convierte en una masa espumosa. Esta agua de canal no parecía inadecuada para el uso que se le daba, pero espumaba y se enfurecía con la misma pureza, y formaba un estrépito tan salvaje e impresionante, como un torrente de montaña. A pesar de brotar desde debajo de una fábrica, pudimos ver allí un arco iris.

Éstas son ahora las cataratas de Amoskeag Falls, que se han desplazado una milla río abajo. Sin embargo, no nos entretuvimos en examinarlas con detalle, pues nos apresuramos en dejar atrás el pueblo, que allí se congregaba, para silenciar en nuestros oídos el martillo que ponía los cimientos de otra Lowell en las orillas. En el momento de nuestro viaje, Manchester era un pueblo de unos dos mil habitantes, en el que nos detuvimos un momento para obtener algo de agua fresca, y donde un habitante nos dijo que él acostumbraba a ir a Goffstown, al otro lado del río, para

coger agua. Pero ahora, según me han dicho, y como en efecto he podido comprobar, cuenta con catorce mil habitantes. Desde una colina que hay en la carretera entre Goffstown y Hooksett, a cuatro millas de distancia, vi pasar una tormenta, y luego al sol abrirse paso y brillar sobre la ciudad erigida donde, nueve años antes, había desembarcado en los campos. Allí ondeaba la bandera de su museo, donde se podía ver «el único esqueleto perfecto de una ballena de Groenlandia en todos los Estados Unidos^[9]», y en su directorio también leí sobre un «Ateneo y Galería de Bellas Artes de Manchester».

Según el *Diccionario geográfico*, la caída de las Amoskeag Falls, las más importantes del Merrimack, es de cincuenta y cuatro pies en media milla. Las franqueamos sin ayuda y en medio de un gran bullicio, superando los sucesivos saltos de agua de esta escalera lluvial, bajo las divertidas miradas de una multitud de aldeanos, que veían cómo saltábamos al canal para evitar que nuestro bote acabase malparado, y tragando una buena cantidad de agua durante la faena. Se dice que Amoskeag, o Namaskeak, significa «gran lugar para la pesca». Aquí cerca era donde vivía el *sachem* Wannalancet, y la tradición dice que su tribu, cuando estaba en guerra con los mohawks, ocultaba sus provisiones en las cavidades de las rocas de la parte superior de estas cataratas. Los indios que afirmaban «que Dios las había tallado al efecto», comprendieron su origen y su uso mejor que la Royal Society, que en sus *Transactions*, escritas en el siglo pasado, hablaban de estas mismas cavidades diciendo que «parecían, simple y llanamente, artificiales^[10]». Estas «marmitas de gigante» pueden verse también en la Stone Flume de este mismo río, en el río Ottawa, en las cataratas de Bellows Falls del río Connecticut, en las rocas de caliza de las cataratas de Shelburne Falls del río Deerfield, en Massachusetts, y más o menos en lo alto de cualquier catarata. Puede que uno de los accidentes naturales más notables de este tipo en Nueva Inglaterra sea la famosa cuenca del Pemigewasset, una de las cabeceras del Merrimack, de entre veinte y treinta pies de ancho y una profundidad proporcional, un borde suave y redondeado, y un agua fresca, diáfana y verdosa. En Amoskeag el río se divide en muchos torrentes separados y riachuelos que discurren por entre las rocas, y el drenaje de los canales reduce tanto su volumen que el agua no cubre todo su cauce. En este punto hay una isla rocosa con numerosas marmitas de gigante que se inundan con las crecidas del río. Al igual que en Shelburne Falls, donde las vi por primera vez, tienen entre uno y cuatro o cinco pies de diámetro y otros tantos de profundidad, y son perfectamente redondas y regulares, con bordes curvados y suaves, como cálices. Su origen resulta evidente hasta para el más desatento de los observadores: una piedra arrastrada por el río se encuentra con un obstáculo y empieza a girar sobre sí misma en el punto donde se queda estancada, hundiéndose poco a poco, más y más, con el paso de los siglos, en la roca. Con las nuevas crecidas llega la ayuda de nuevas rocas, que quedan atrapadas y condenadas a girar allí durante un periodo indefinido, cumpliendo una suerte de penitencia, como la de Sísifo, por sus pecados rocosos, hasta que se desgastan o logran escapar

atravesando el fondo de su prisión, o hasta que quedan liberadas por alguna revolución de la naturaleza. Allí yacen piedras de varios tamaños, desde guijarros hasta rocas de uno o dos pies de diámetro. Algunas de ellas sólo descansan de su trabajo desde la pasada primavera, y otras, aún más arriba, llevan años tranquilas y secas —llegamos a ver piedras a dieciséis pies del nivel actual del agua—, mientras que otras siguen girando y no encuentran descanso en ninguna estación. En un caso, en Shelburne Falls, han conseguido atravesar toda la roca, con lo que una parte del río se cuela por ahí, adelantándose a la cascada. En Amoskeag, algunas de estas marmitas, de una arenisca marrón durísima, tenían alojada una piedra alargada y cilíndrica, del mismo material, que encajaba holgadamente. En una de ellas, de quince pies de profundidad y siete u ocho de diámetro, que casi había atravesado toda la piedra hasta llegar al agua, había una enorme roca del mismo material, suave, aunque de forma irregular. Por doquier se veían los restos o los vestigios de una cavidad en la roca. Las conchas rocosas de los remolinos. Como si a fuerza de ejemplos y por conmiseración, después de tantas lecciones, las rocas, el material más duro, se esforzaban por girar o fluir con la forma del más líquido. Las mejores herramientas para trabajar la piedra no son de cobre o acero, sino las dulces caricias del aire y el agua, que trabajan a su antojo, con todo el tiempo del mundo.

Algunas de estas cuencas llevaban formándose desde tiempos inmemoriales, pero había otras que incluso debieron de formarse en un periodo geológico anterior. Cuando, en 1822, se amplió la profundidad del Canal Pawtucket, los trabajadores encontraron rocas con marmitas, que probablemente estuvieron otrora en el lecho de un río. También nos cuentan que, en el pueblo de Canaan, en este estado, hay algunas que aún conservan las piedras en su interior, ubicadas en las tierras altas entre los ríos Merrimack y Connecticut, a casi mil pies de altura sobre ellos, lo que demuestra que las montañas y los ríos han cambiado de posición. Allí yacen piedras que quizá dejaron de girar antes incluso de que los pensamientos empezasen a dar vueltas en el cerebro de los hombres. Los periodos de la historia hindú y china, aunque se remontan a los tiempos en que la raza de los mortales se confunde con la de los dioses, no son nada en comparación con los periodos que estas piedras han vivido. Lo que empezó siendo una roca en los albores de los tiempos acabará siendo un guijarro tras ese combate desigual. Así, con este gasto de tiempo y de fuerzas naturales, se producen nuestros adoquines. Estos trabajadores mudos tienen muchas cosas que enseñarnos. En realidad son «sermones en la piedra y libros en las aguas que fluyen^[11]». En estos mismos huecos, decía, los indios escondían sus provisiones. Sin embargo, ahora ya no hay pan y sólo quedan sus antiguas vecinas, las rocas del fondo. ¿Quién sabe a cuántas razas han servido hasta la fecha? Mediante una ley así de simple, acaso fortuita, este universo nuestro se adaptó a sus habitantes.

Éstas, y otras por el estilo, han de ser nuestras antigüedades, a falta de vestigios humanos. Los monumentos de los héroes y los templos de los dioses que otrora quizá se erigieron en los márgenes de este río han vuelto ahora a su condición primigenia

de polvo y tierra. El murmullo de naciones desconocidas se ha apagado a lo largo de estas orillas, y Lowell y Manchester vuelven a estar, una vez más, sobre la pista del indio.

El hecho de que en otro tiempo fuese habitada por los romanos, y que alguna vez observaran el mar desde alguna de sus colinas, confiere a la propia naturaleza una gran dignidad. No tiene por qué avergonzarse de los vestigios de sus vástagos. ¡Con cuánta alegría nos informa el anticuario de que las vasijas romanas penetraron por tal estuario, o remontaron tal río de alguna isla remota! Sus monumentos militares aún permanecen sobre las colinas y bajo la tierra herbosa de los valles. La archirrepetida historia romana sigue escrita en caracteres legibles en todos los rincones del Viejo Mundo, y acaso en este mismo momento se esté desenterrando una nueva moneda, cuya inscripción repita y confirme su fama. Una moneda «*Judaea Capta*», con una mujer de luto bajo una palmera, que con un argumento y demostración silenciosa confirma las páginas de la historia:

La Roma viva era del mundo el único ornamento;
Y muerta es ahora su único monumento.

[...]

Aplastada por su propio peso yace ahora,
Y con sus túmulos testimonia su grandeza^[12].

Si alguien piensa que el valor y el patriotismo helenos son una invención de los poetas no tiene más que ir a Atenas, donde aún se ven, en las paredes del templo de Minerva, las marcas circulares dejadas por los escudos arrebatados al enemigo durante las Guerras Médicas, que se colgaron allí. No tenemos que irnos muy lejos para buscar pruebas vivas e irrefutables. El propio polvo adopta formas y confirma algunas historias que hemos leído. Tal y como dice Fuller, comentando el fervor de Camden: «Una urna rota, o una vieja verja que aún sobrevive y de las que ya no quedan en la ciudad, es toda una prueba^[13]». Cuando Solón^[14] se empeñó en demostrar que Salamina había pertenecido a los atenienses en el pasado, y no a los megareos, dispuso que se abriesen las tumbas y mostró que los habitantes de Salamina giraban las caras de sus muertos hacia el mismo lado que los atenienses, y al contrario de los megareos. Allí estaban para ser interrogados.

Algunas mentes son tan poco lógicas o argumentativas como la naturaleza. No pueden ofrecer razones o «intuiciones», sino que exhiben los hechos de manera solemne e indiscutible. Si surge una pregunta histórica, se dispone que se abran las tumbas. Su lógica silenciosa y práctica convence al mismo tiempo a la razón y al entendimiento. La única pregunta pertinente y la única respuesta satisfactoria son siempre de este tipo.

Nuestro propio campo posee reliquias tan antiguas y duraderas, y tan útiles, como cualquier otro. Rocas cubiertas por líquenes, y un suelo que, cuando es virgen, es humus virgen: el polvo mismo de la naturaleza. ¿Y qué, si no podemos leer en ellas

sobre Roma o Grecia, Etruria o Cartago, Egipto o Babilonia? ¿Acaso están por eso desnudos nuestros acantilados? El liquen sobre las rocas es un escudo tosco y sencillo que la Naturaleza imperfecta dejó suspendido allí en sus comienzos. Aún cuelga de ellas su trofeo rugoso. Y aquí también la mirada del poeta puede aún detectar los clavos de latón que sujetaron las inscripciones del Tiempo y, si tiene el don, descifrarlas con esta clave. Las murallas que rodean nuestros campos, así como la Roma moderna y hasta el mismísimo Partenón, están todas construidas con *ruinas*. Aquí puede escucharse el estruendo de los ríos, de los vientos antiguos que perdieron su nombre hace ya mucho tiempo y susurran a través de nuestros bosques. Pueden escucharse los primeros y tenues sonidos de la primavera, más antiguos aún que el verano de la gloria ateniense: el ceceo del paro, el grito del arrendajo, el trino del azulejo, y el zumbido de las

Abejas que vuelan
Sobre las flores risueñas del sauce^[15].

He aquí el amanecer gris para la Antigüedad, y nuestro futuro debería, cuando menos, retrotraerse a los futuros que hemos ido dejando atrás. Aquí están el arce rojo y las hojas de abedul, antiguas runas que aún no han sido descifradas, las candelillas, las piñas, las vides, las hojas de roble y las bellotas, no las formas grabadas en piedra, sino los objetos mismos, mucho más antiguos y venerables. Este mismo verano nos contaron la historia de un hombre canoso, maestro en todas las artes, que otrora llenó cada campo y cada arboleda con estatuas y arquitecturas sagradas, con motivos que Grecia ha recuperado últimamente, y cuyas ruinas se mezclan ahora con el polvo, pues no queda ni un solo bloque en pie. El sol secular y la lluvia infatigable los han desgastado, borrando hasta la última piedra de aquella cantera, y acaso los poetas finjan que los dioses enviaron el material desde el cielo.

¿Y qué, si el viajero nos habla de las ruinas de Egipto? ¿Acaso estamos tan enfermos o somos tan necios u ociosos como para sacrificar nuestra América y nuestro presente por la historia indolente y llena de lagunas que nos contó algún hombre? Carnac y Luxor son sólo nombres, o, si sus esqueletos aún siguen en pie, no son más que arena en el desierto, y al final bastará una ola del Mediterráneo para limpiar la suciedad incrustada en su grandeza. ¡Carnac! ¡Carnac! ¡Aquí está mi Carnac! Yo contemplo las columnas de un templo más grande y más puro.

Aquí está mi Carnac, cuya cúpula infinita
Alberga el arte perecedero y la casa del mortal.
Observa estas flores, vivamos en el presente,
Sin soñar tres mil años atrás.
Erijámonos, que sean esas columnas las que yazcan,
No nos encorvemos en busca de un trozo de metal.
¿Dónde está el espíritu de aquella época, si no en
El día de hoy, acaso en este mismo verso?
Tres mil años atrás no son el pasado,
Siguen viviendo en esta mañana de verano,

Y la Madre de Memnón nos saluda ahora con alegría,
Vistiendo en su rostro el resplandor juvenil.
Si las columnas de Carnac siguen en el valle erguidas,
Es que se han quedado a disfrutar de nuestras vidas.

En esta región vivió el famoso *sachem* Pasaconaway^[16], al que Gookin vio «en Pawtucket, cuando tenía alrededor de ciento veinte años^[17]». Estaba considerado un hombre sabio y un *powwow*^[18], y logró contener a su gente para que no fuese a la guerra contra los ingleses. Creían «que podía hacer hervir el agua, que las rocas se movieran, que los árboles bailaran y que un hombre se tornara llamas; que en invierno podía hacer brotar una hoja verde de las cenizas de otra marchita, crear una serpiente viva de la piel de una muerta, y muchos milagros similares^[19]». Según Gookin, en 1660, durante un gran banquete con baile, Pasaconaway pronunció su discurso de adiós a su gente, en el que dijo que, como era muy probable que no volviese a verlos reunidos a todos, les dejaría unas palabras como consejo: que se cuidasen muy mucho de discutir con sus vecinos ingleses, pues aunque al principio los indios pudiesen infligirles muchos daños, aquello acabaría revelándose como el camino hacia su propia destrucción. Él mismo, dijo, había odiado como nadie a los primeros ingleses, y había usado todas sus artes para destruirlos, o al menos para evitar su asentamiento, pero no pudo lograrlo por ningún medio. Gookin pensó que «posiblemente estaba poseído por un espíritu del mismo tipo del que poseyó a Balaán, que en Números 23, 23, dijo: “No valen presagios contra Jacob, ni conjuros contra Israel”». Su hijo Wannalancet siguió escrupulosamente su consejo, y cuando estalló la Guerra del Rey Felipe se retiró del lugar donde se libraba la batalla y se dirigió junto a sus seguidores a Penacook, en lo que ahora es la Concord de Nuevo Hampshire. A su regreso visitó al pastor de Chelmsford y, tal y como narra la historia de ese pueblo, «quiso saber si Chelmsford había sufrido mucho durante la guerra. Y cuando se le informó de que no, y de que había que agradecerse a Dios, Wannalancet respondió: “Y luego a mí”»^[20].

Manchester era el lugar de residencia de John Stark^[21], héroe de dos guerras y superviviente de una tercera, y en el momento de su muerte último de los generales americanos de la Revolución. Nació en la contigua Londonderry, futura Nutfield, en 1728. Ya en 1752 fue hecho prisionero por los indios mientras cazaba en los bosques cercanos al río Baker. Realizó un notable servicio como capitán de los *rangers* en la guerra contra los franceses, dirigió un regimiento de la milicia de Nuevo Hampshire en la Batalla de Bunker Hill, y luchó y ganó la Batalla de Bennington en 1777. Ya no estuvo de servicio durante la última guerra, y murió aquí, en 1822, a la edad de noventa y cuatro años. Su monumento se erige en lo alto del margen del Merrimack, una milla y media más al norte de las cataratas, y domina una vista de varias millas río arriba y abajo. Hacía evidente cuánto más impresionante es la tumba de un héroe que las casas de los vivos sin gloria. ¿Quién está más muerto, un héroe junto a cuyo monumento nos encontramos o sus descendientes, de los que nunca hemos oído

hablar?

Las tumbas de Pasaconaway y Wannalancet no están señaladas por ningún monumento a orillas de su río natal.

Cada pueblo por el que pasábamos, si decidimos creer al *Diccionario geográfico*, había sido el lugar de residencia de algún gran hombre. Sin embargo, aunque tocamos a muchas puertas, e incluso hicimos pesquisas particulares, no pudimos encontrar a ninguno que viviese todavía. En la entrada dedicada a Litchfield leemos: «El Hon. Wyseman Clagett acabó su vida en este pueblo». Según otra: «Era un erudito clásico, buen abogado, persona ingeniosa y poeta^[22]». Vimos su vieja casa gris justo antes del Great Nesenkeag Brook [...]. En la entrada dedicada a Merrimack: «El Hon. Mathew Thornton, uno de los firmantes de la Declaración de Independencia Americana, residió muchos años en esta localidad^[23]». Su casa también se veía desde el río [...]. «El Dr. Jonathan Gove, hombre distinguido por su gentileza, su talento y su capacidad profesional, residió en este pueblo [Goffstown]. Fue uno de los primeros médicos del país, y durante muchos años un miembro activo de la asamblea legislativa» [...]. «El Hon. Robert Means, que murió el 24 de enero de 1823 a la edad de ochenta años, vivió un largo periodo de tiempo en Amherst. Era de origen irlandés, y en 1764 llegó a este país donde, merced a su trabajo y su buen hacer en los negocios, adquirió una gran propiedad y un gran respeto». «William Stinson [uno de los primeros colonos de Dunbarton], nacido en Irlanda, llegó a Londonderry con su padre. Era un hombre muy respetado y muy útil». James Rogers era de Irlanda, y fue padre del comandante Robert Rogers. Recibió un disparo en el bosque al ser confundido con un oso. «El reverendo Matthew Clark, segundo pastor de Londonderry, era nativo de Irlanda. Anteriormente había sido oficial en el ejército y había destacado en la defensa del pueblo de Londonderry, cuando estuvo bajo el asedio del ejército del rey Jaime II^[24] durante los años 1688 y 1689. Poco después renunció a la vida militar en favor de la profesión clerical. Tenía una mente fuerte, marcada por un notable grado de excentricidad. Murió el 25 de enero de 1735 y fue llevado hasta su tumba, por petición propia, por sus antiguos compañeros de armas, entre los que había un buen número de los primeros colonos de este pueblo; el rey Guillermo había eximido a varios de ellos de pagar impuestos en todos los dominios británicos por su valor durante aquel asedio memorable». El coronel George Reid y el capitán David M'Clary, también ciudadanos de Londonderry, fueron oficiales «valientes y distinguidos». «El comandante Andrew M'Clary, nativo de este pueblo [Epsom], cayó en la Batalla de Breed's Hill». Muchos de estos héroes, como los ilustres romanos, estaban arando cuando llegaron noticias de la masacre de Lexington^[25], y en ese mismo momento dejaron los arados en medio del surco y se dirigieron al lugar de la acción. A varias millas del lugar en el que estábamos se erigió otrora un poste con un cartel que decía: «Tres millas para Squire MacGaw's^[26]»,.

Sin embargo, hablando en términos generales, la tierra está ahora muy yerma de

hombres, y dudamos de que haya tantos cientos como aquellos sobre los que leemos. Quizá sea porque estamos demasiado cerca.

La montaña Uncanoonuc, en Goffstown, podía verse desde Amoskeag, cinco o seis millas al oeste. Vista desde nuestro pueblo natal es el punto más al noreste, pero desde allí su azul es demasiado etéreo como para ser la misma que le gusta escalar a la gente como nosotros. Dicen que su nombre significa «los dos senos», pues cuenta con dos cimas separadas por una pequeña distancia. La más alta, que está a unos mil cuatrocientos pies sobre el nivel del mar, ofrece probablemente una vista más amplia del valle del Merrimack y de las tierras colindantes que cualquier otra colina, aunque la vista se ve mermada por la densidad de los bosques. Sólo se ven unas pocas partes del río, pero se puede seguir su curso merced a los tramos arenosos de sus márgenes.

Cuenta la historia que un poco al sur de Uncanoonuc, hará unos sesenta años, una anciana que salió a recoger poleo tropezó con el asa de un pequeño hervidor de metal entre la hierba muerta y los arbustos. Algunos dicen que también se encontraron pedernales, carbón vegetal y otros rastros de un campamento. Este hervidor, de casi un galón de capacidad, aún se conserva, y se usa para tintar tejidos. Se cree que perteneció a algún cazador francés o indio, que fue asesinado en una de sus salidas de exploración o caza y que nunca volvió a por su hervidor.

Sin embargo, a nosotros nos interesaba más oír hablar del poleo: es reconfortante que nos recuerden que la naturaleza salvaje genera productos listos para el uso del hombre. Los hombres saben que *algo* es bueno. Unos dicen que es la acedera, otros que es la dulcamara, o la corteza del olmo resbaladizo, la bardana, la nébeda, el calamento, el helenio o el poleo. Un hombre puede considerarse afortunado cuando la que es su comida es también su medicina. No existe ninguna hierba de la que éste o aquél no diga que es buena. Me alegra mucho oír esto, me recuerda al primer capítulo del Génesis. Pero ¿cómo pueden saber que es buena? Es todo un misterio para mí, que me deja siempre agradablemente decepcionado: lo increíble es que hayan llegado a ese conocimiento. Como todas las cosas son buenas, los hombres acaban por no saber distinguir entre el veneno y el antídoto. No cabe duda de que siempre hay dos prescripciones diametralmente opuestas: curar un catarro a base de ayuno o redoblando las comidas. Eso sí, hay que seguir los consejos de una escuela como si la otra no existiese. Por lo que a la religión y al arte de curar se refiere, todas las naciones están aún en un estado de salvajismo: en los países más civilizados, el sacerdote sigue siendo un *powwow*, y el médico un Gran Curandero. Pensemos en la reverencia que se muestra por doquier a la opinión de un médico. No hay nada que delate la credulidad de la raza humana con mayor claridad. La curandería^[27] es algo universal, y universalmente exitoso. En este caso, el dicho de que no hay impostura demasiado grande para la credulidad de los hombres se vuelve literalmente cierto. Los sacerdotes y los médicos jamás deberían mirarse a la cara, pues no tienen nada en común, y tampoco hay algo que pueda mediar entre ellos. Cuando uno va, el otro viene: no podrían caminar juntos sin echarse a reír, o sin que se instaurase un silencio

significativo entre ellos, pues la profesión de uno es una sátira de la del otro, y el éxito de éste implicaría el fracaso de aquél. Resulta sorprendente que el médico tenga que morir, y que el sacerdote viva. ¿A santo de qué el sacerdote nunca va a la consulta del médico? La razón es que los hombres creen que, a efectos prácticos, la materia es independiente del espíritu. ¿Pero qué es la curandería? Por lo general, es un intento de curar las enfermedades de un hombre tratando únicamente su cuerpo. Se necesitaría un médico que supiese atender al mismo tiempo el cuerpo y el alma, esto es, al hombre, que ahora no hace sino nadar entre dos aguas.

Tras pasar por las esclusas, avanzamos media milla por el canal usando las pértigas, hasta llegar a la parte navegable del río. Después de Amoskeag, el cauce se ensancha como si fuese un lago y durante una o dos millas avanza sin una sola curva. En este tramo había muchas barcazas dirigidas a Hooksett, unas ocho millas más arriba, y como ascendían vacías y con un viento favorable, un barquero nos ofreció remolcarnos si estábamos dispuestos a esperar un poco. Pero cuando nos acercamos descubrimos que pretendían que subiésemos a bordo, pues de lo contrario habríamos entorpecido demasiado sus movimientos. Sin embargo, como nuestro bote era demasiado pesado para izarlo, proseguimos nuestro trayecto río arriba, como habíamos hecho hasta entonces, mientras los barqueros comían. Al final acabamos echando el ancla en la orilla opuesta, bajo algunos alisos, para almorzar. Aunque la distancia era considerable, todos los sonidos flotaban sobre las aguas y nos llegaban desde la orilla opuesta y desde el muelle del canal, y podíamos ver a todos los que pasaban. Una a una fueron llegando varias barcazas, a intervalos de un cuarto de milla, todas empujadas hacia Hooksett por una ligera brisa, y una a una fueron desapareciendo tras un meandro, algo más arriba. Con sus amplias velas extendidas remontaban lentamente el río gracias a un viento indolente e irregular, como pájaros antediluvianos de una sola ala, como si los impulsase una misteriosa contracorriente. Era un movimiento solemne, lento y majestuoso. «Adentrarse» es la palabra que mejor expresa ese progreso gradual y constante de los barcos, que proceden así por mera rectitud, siguiendo su naturaleza, sin arrastrarse. Sus velas serenísimas eran como virutas lanzadas a la corriente de aire, para determinar hacia dónde soplaba. Por fin el barco con el que habíamos hablado llegó a nuestra altura, navegando por el medio del río, y cuando estuvo a corta distancia el timonel nos gritó para decirnos, con tono irónico, que si nos acercábamos ahora nos remolcarían. Sin embargo, hicimos caso omiso de su burla y nos quedamos tranquilamente a la sombra hasta acabar nuestra comida. Cuando el último barco desapareció tras el meandro con su vela hinchada, pues la brisa se había convertido ahora en céfiro, izamos nuestra vela y, tirando de remos, nos lanzamos rápidamente al río en persecución. Cuando estuvimos a su lado, mientras aquéllos invocaban en vano a Eolo para que acudiese en su ayuda, les devolvimos el cumplido proponiéndoles que, si nos echaban una soga, podíamos «remolcarlos nosotros a ellos». Propuesta para la que estos marineros del Merrimack no tenían una respuesta preparada. Y así fuimos adelantando poco a

poco a todos los barcos, hasta que volvimos a tener todo el río para nosotros.

Esa tarde recorrimos el tramo entre Manchester y Goffstwon.

Mientras flotamos aquí, lejos de aquel afluente a cuyos márgenes viven nuestros Amigos y parientes, nuestros pensamientos, como estrellas, surgen desde su horizonte tranquilo, pues allí circula una sangre más pura de aquella cuyas leyes descubrió Lavoisier —una sangre que no es sólo de parentesco, sino de amabilidad, cuyo latido aún palpita, desde cualquier distancia y para siempre—.

La amabilidad sincera es una afinidad pura y divina,
Que no se encuentra en la consanguinidad humana.
Es un espíritu, no un vínculo de sangre,
Superior a la familia y al rango.

Tras años de familiaridad vana, recordamos algún gesto lejano o algún comportamiento inconsciente que nos habla con más énfasis que las más sabias o dulces de las palabras. A veces nos percatamos de una amabilidad que ya quedó atrás, y nos damos cuenta de que hubo momentos en que los pensamientos de nuestros Amigos sobre nosotros eran tan puros y elevados que pasaban desapercibidos, como los vientos celestiales, sobre nuestras cabezas. Momentos en los que no nos trataban como éramos, sino como aspirábamos a ser. Allí, justo en aquel punto del río, comprendimos la nobleza de ese comportamiento silencioso, que no se olvida, que no se recuerda, y temblamos al pensar en el frío que lo envolvía ya todo, aunque en esa hora sincera pero tardía nos esforzamos por saldar estas deudas.

Según mi experiencia, las personas, cuando se convierten en el sujeto de la conversación, aunque sea con un Amigo, suelen ser el más prosaico y trivial de los hechos. El universo parece entrar en quiebra en el mismo momento en que empezamos a hablar sobre el carácter de los individuos. Todas nuestras conversaciones acaban cayendo en la difamación, y nuestros límites se hacen cada vez más pequeños a medida que avanzamos. ¿Por qué nos vemos incitados a tratar tan mal a nuestros antiguos Amigos cuando conocemos a otros nuevos? El ama de casa dice: «Nunca en mi vida había tenido una vajilla nueva, pero empecé a romper la vieja». Yo digo: «Hablemos mejor de las setas y de los árboles del bosque». Sin embargo, a veces podemos permitirnos recordarlos en privado.

Hace poco, ¡ay!, conocí a un joven amable,
Cuyos rasgos estaban modelados por la Virtud:
Aunque parecía destinado a ser el juguete de la Belleza,
Fue puesto al mando de la virtuosa fuerza.

Cada flanco que se abría era claro como el sol,
Imposible ver debilidad en su interior,
Pues sólo sirven las murallas y las puertas
Para disimular el pecado y las flaquezas.

No fue como el César invicto,
Que asaltó con esfuerzo y lucha la Casa de la Fama;

En otro sentido fue este joven glorioso,
Pues él mismo era un reino allá donde iba.

Ninguna fuerza impuso su victoria,
Ya que todo era fruto de su acuerdo;
Nadie más podía ver hacia dónde se dirigía,
Sino que todos formaban parte de su noble señor.

Se movía como la sutil neblina de verano,
Que serena desvela paisajes frescos ante nuestros ojos,
Y desata revoluciones sin murmullo,
Sin el crujido de una hoja bajo los cielos.

Tan de improviso fui absorbido por él,
Que casi me olvidé de rendirle homenaje;
Pero ahora, por duro que sea, he de reconocer
Que quizá lo habría amado mejor de haberlo amado menos.

A medida que nos acercábamos el uno al otro,
Un rígido respeto nos iba distanciando,
Y ambos parecíamos inaccesibles,
Tan desconocidos como la primera vez que nos vimos.

Cuando empatizábamos, los dos éramos uno,
De suerte que no pudimos cerrar el menor trato;
¿De qué nos vale ahora ser sabios,
Si la ausencia trama esta dualidad?

La eternidad no da nuevas oportunidades,
Y he de recorrer mi camino singular en soledad,
Recordando con tristeza que una vez nos conocimos,
Sabedor de que esa dicha se marchó y no volverá.

Desde ahora cantarán los astros mi tristeza,
Pues no tiene la elegía otro argumento;
Cada acorde de música tocará en mis oídos
El tañido por aquel que ya se ha ido.

Apresuraos en celebrar mi tragedia,
Tocad los acordes adecuados, bosques y campos;
Que esta tristeza vale más para mí
Que todos los placeres del pasado.

¿Es demasiado tarde para reparar el daño?
La distancia arrebató a mi débil mano
La cáscara vacía y la inútil veza,
Pero me ha dejado el trigo y la nuez.

Si no amo más que a esa virtud que es él,
Aunque sólo sea su fragancia en el aire de la mañana,
Seguiremos siendo los amigos más sinceros,
No conocerán los mortales amistad más excepcional.

La Amistad es evanescente para todos los hombres, y la recordamos como los relámpagos de los veranos del pasado. Es pura y cambiante como una nube estival — siempre hay un poco de vapor en el aire, no importa cuánto dure la sequía; e incluso está el abril lluvioso del refrán, que saca a mayo florido y hermoso—. Sin duda, de

cuando en cuando, pues su rastro nunca desaparece, flota a través de nuestro cielo. Surge, como la vegetación en tantos lugares, porque hay una ley que así lo dispone, pero nunca con una forma permanente, a pesar de ser igual de antigua y familiar que el sol y la luna, a pesar de que su regreso sea igual de certero. El corazón es inexperto para siempre. Estas visiones que nunca faltaban, que nunca defraudaban, se iban agrupando en silencio, como por arte de magia, como las nubes blancas y lanosas de los días más serenos y claros. El Amigo es una hermosa isla de palmeras que esquivo al navegante de los mares del Pacífico. Muchos son los peligros a los que se enfrentará, tormentas equinocciales y arrecifes de coral, antes de poder navegar con los constantes vientos alisios. Pero ¿quién no navegaría a través del motín y la tormenta y de todas las olas del Atlántico, para llegar a las fabulosas y retiradas costas de un hombre continente? La imaginación sigue aferrándose a la vaga tradición de

LA ATLÁNTIDA

Los ríos ocultos del amor, que fluyen
Más brillantes y profundos que el Flegetonte,
Nos aíslan para siempre, como el mar,
En un misterio atlántico.
Nadie alcanzó jamás nuestras costas legendarias,
Ningún marinero descubrió nunca nuestras playas;
Ahora apenas se ve nuestro espejismo,
Ni las olas verdes que flotan cercanas,
Pero los mapas más antiguos contienen
El perfil trazado de nuestro continente;
En tiempos antiguos, los días de verano
Mostraban a las islas occidentales,
A Tenerife y a las Azores,
Nuestras costas blancas y borrosas.

Pero no os hundáis aún, islas desoladas,
Pronto vuestra costa sonreirá con el comercio,
Y enviaréis mercancías preciosas
Hasta África o Malabar.
Sed hermosas y fértiles para la eternidad,
Por vuestras costas vírgenes
Príncipes y monarcas lucharán,
Para ver quién envía primero a vuestras tierras,
Y quién empeña las joyas de la corona,
Para reclamar como propio vuestro suelo lejano.

Colón navegó hacia el oeste de estas islas siguiendo la brújula del marinero, pero ni él ni sus sucesores las descubrieron. No estamos más cerca de ellas de lo que lo estuvo Platón. El explorador más tenaz y esperanzado descubridor de este Nuevo Mundo siempre frecuenta la periferia de su tiempo, y camina a través de la multitud más densa sin interrupción, como si fuese en línea recta.

Mar y tierra son vecinos,

Y acompañan en su faena
A quien en la orilla del océano, límite de la tierra,
Busca a su Amigo con afán y sinceridad.
Muchos viven en el interior,
Pero sólo él se sienta en la playa.
Ya reflexione sobre hombres o sobre libros,
Tendrá en las aguas clavada su mirada,
Leyendo siempre noticias sobre el mar,
Prestando atención a los destellos más leves;
Siente en la mejilla la brisa marina,
Con cada palabra del campesino,
Y en el ojo de cada compañero
Divisa un barco navegando;
En el rugido lúgubre del océano
Oye hablar de puertos lejanos,
De naufragios en costas alejadas
Y de las aventuras de los años pasados.

¿Quién no camina por un valle como atravesando el desierto, entre las columnas de Palmira? No hay sobre la tierra ninguna institución que haya establecido la Amistad, ninguna religión la enseña, ninguna escritura contiene sus máximas. No tiene ningún templo, ni siquiera una solitaria columna. Se rumorea que la tierra está aún poblada, pero el náufrago no ha visto huella alguna en la playa y el cazador sólo ha encontrado fragmentos de loza y de piedras labradas.

Sin embargo, nuestros destinos son necesariamente sociales. Nuestros trayectos no divergen, antes bien, la telaraña del destino va llenándose a medida que se teje, y nosotros quedamos más y más atrapados en el centro. Los hombres buscan esta alianza de manera natural, aunque lánguida, y sus acciones la vaticinan imperceptiblemente. Tendemos a poner énfasis en las semejanzas y no en las diferencias, y admitimos que en los cuerpos extranjeros hay muchos grados de calor por debajo de la temperatura de la sangre, pero ni uno de frío por encima.

Mencio dice: «Si alguien pierde una gallina o un perro, sabe perfectamente adonde ir a buscarlos; si uno pierde los sentimientos de su corazón, no sabe cómo volver a encontrarlos... El deber de la filosofía práctica consiste únicamente en buscar esos sentimientos del corazón que hemos perdido. Eso es todo^[28]».

Una o dos personas vienen a mi casa de cuando en cuando, pues allí les propongo la vaga posibilidad de conversar. Están tan febriles como silenciosas, y esperan que mi plectro pellizque las cuerdas de su lira. ¡Si sólo pudieran pronunciar o escuchar una frase sobre ese tema con el que sueñan! Hablan con voz queda, y no pretenden imponerse. Han escuchado noticias que nadie, ni siquiera ellos mismos, pueden comunicar. La que poseen es una riqueza que puede gastarse de innumerables formas. ¿Qué vinieron a buscar?

Ninguna palabra está más en boca de los hombres que Amistad, y, en efecto, ninguna idea resulta más familiar a sus aspiraciones. Todos los hombres sueñan con

ella, y su drama, que es siempre una tragedia, se representa a diario. Es el secreto del universo. Puedes recorrer toda la ciudad, puedes deambular por todo el país, y nadie hablará nunca de ella. Nuestra mente, en cambio, siempre la tiene presente, y las posibilidades que nos ofrece marcan nuestro comportamiento hacia todos los hombres y mujeres, y muchos de los ancianos, que conocemos. Y sin embargo, sólo puedo recordar dos o tres ensayos sobre el tema en toda la literatura. No es de sorprender que la mitología, y *Las mil y una noches*, y Shakespeare, y las novelas de Walter Scott nos entretengan —nosotros mismos somos poetas y cuentistas y dramaturgos y novelistas—. Interpretamos continuamente un papel en un drama más interesante que cualquiera que haya sido escrito. Estamos soñando que nuestros Amigos son nuestros *Amigos*, y que nosotros somos *Amigos* de nuestros Amigos. Nuestros Amigos reales no son sino familiares lejanos de aquellos a los que estamos vinculados. Nunca intercambiamos más de tres o cuatro palabras con un Amigo a lo largo de toda nuestra vida, al menos al nivel al que nuestros pensamientos y sentimientos llegan a elevarse. Uno sale a la calle dispuesto a decir: «¡Querido Amigo!», pero el saludo es: «¿Qué pasa, golfo?». Pero no importa: el corazón débil jamás hizo un Amigo verdadero. Ah, Amigo mío, ojalá llegue el momento, aunque sólo dure un instante, en el que cuando tú seas mi Amigo yo sea el tuyo.

¿De qué sirve el temperamento más amistoso si no hay horas consagradas a la Amistad, si la posponemos siempre a deberes y relaciones sin importancia? La Amistad es lo primero, la Amistad es lo último. Pero resulta igual de difícil olvidar a nuestros Amigos que hacerles responder a nuestro ideal. No es hasta que se despiden de nosotros cuando empezamos a hacerles compañía. ¡Con qué frecuencia nos vemos dándoles la espalda a nuestros Amigos reales para poder ir al encuentro de sus familiares ideales! Desearía poder ser digno Amigo de cualquier hombre.

Lo que solemos honrar con el nombre de Amistad no es un instinto muy profundo ni poderoso. A fin de cuentas, los hombres no aman locamente a sus Amigos. No suelo ver a los granjeros convertirse en profetas y sabios hasta rayar la locura merced a su Amistad con los otros. No suelen verse transfigurados y transformados por el amor en presencia de los otros. No los veo purificados, refinados y elevados por el amor hacia un hombre. Si uno baja un poco el precio de la madera, o le da a su vecino su voto en una reunión municipal, o le regala un barril de manzanas, o le presta su carro con frecuencia, esto se considera un ejemplo excepcional de Amistad. Tampoco las mujeres de los granjeros llevan vidas consagradas a la Amistad. No veo a la pareja de Amigos granjeros, independientemente de su sexo, preparada para plantarle cara al mundo. Sólo hay dos o tres parejas así en la historia. Decir que un hombre es tu Amigo significa, por lo general, que no es tu enemigo, nada más. La mayoría observa sólo las ventajas fortuitas e insignificantes de la Amistad, como que el Amigo puede ayudar en tiempos de necesidad con sus bienes, su influencia o su consejo. Sin embargo, quienes ven tales ventajas en esta relación demuestran estar ciegos ante la ventaja real, resultan ser completamente inexpertos en la relación misma. Estos

servicios son particulares y baladíes, en comparación con el servicio perpetuo y exhaustivo que constituye. Ni siquiera la mejor voluntad, armonía y amabilidad práctica son suficientes para la Amistad, pues los Amigos no viven en mera armonía, como algunos dicen, sino en melodía. No queremos que nuestros Amigos alimenten o vistan nuestros cuerpos —los vecinos son lo bastante atentos para eso—, sino que hagan lo propio con nuestros espíritus. Para esto, pocos son lo bastante ricos, por buena disposición que tengan. La mayoría de nosotros confunde, de forma idiota, a unos hombres con otros. Los necios sólo distinguen razas o naciones, clases a lo sumo, pero el hombre sabio distingue individuos. Un Amigo ve el carácter particular de un hombre en cada gesto y en cada acción que realiza, y así lo prolonga y lo mejora.

Pensemos en la importancia de la Amistad para la educación de los hombres.

Quien tiene amor y también juicio
Ve más allá que cualquier otro^[29].

Hará honesto a un hombre, le convertirá en un héroe, le convertirá en un santo. Es el estado del justo que trata con el justo, del magnánimo con el magnánimo, del sincero con el sincero, del hombre con el hombre.

Y otro poeta nos dice, y con razón, que

El amor no se encuentra entre las virtudes,
Porque es todas ellas convertidas en una^[30].

Todos los abusos que son objeto de reforma por parte del filántropo, del estadista y del ama de casa son enmendados de manera inconsciente en la conversación entre Amigos. Un Amigo es alguien que incesantemente nos hace el cumplido de esperar de nosotros todas las virtudes, y que es capaz de verlas en nosotros. Hacen falta dos personas para expresar la verdad —una que hable, otra que escuche—. ¿Cómo puede alguien tratar con magnanimidad a la madera y a la piedra? Si sólo tratamos con aquello que es falso y deshonesto, acabaremos olvidándonos de cómo se expresa la verdad. Sólo los amantes conocen el valor y la magnanimidad de la verdad, mientras que los comerciantes aprecian la honestidad barata, y los vecinos y los conocidos la urbanidad barata. En nuestras conversaciones cotidianas con los hombres, nuestras facultades más nobles permanecen inactivas, sometidas a la herrumbre. Ninguno nos hará el cumplido de esperar de nosotros la nobleza. Aunque tenemos oro para dar, sólo nos piden cobre. Le pedimos a nuestro vecino que permita ser tratado con veracidad, sinceridad y nobleza, pero aquél responde que no con su sordera. Ni siquiera escucha nuestra petición. Prácticamente nos dice: «Me contentaré con que no me trates “mejor de lo que me merezco”, con la misma falsedad, infamia, deshonestidad y egoísmo». La mayoría de nosotros se contenta con tratar y ser tratado así, y no pensamos que pueda existir una relación más real y noble entre la

mayoría de los hombres. Un hombre puede tener lo que se conoce como *buenos* vecinos y conocidos, e incluso compañeros, esposa, padres, hermanos, hermanas e hijos, que sólo tratan con él y entre ellos en estos términos. El Estado no demanda justicia a sus miembros, y cree poder apañárselas con una ínfima cantidad de ésta — poca más de la que estila el canalla—. Lo mismo ocurre con el vecindario y la familia. Eso que comúnmente llamamos Amistad es poco más que el respeto entre bandidos.

Sin embargo, a veces se nos dice que *amemos* al prójimo, es decir, que mantengamos una relación verdadera con él, para poder darle lo mejor de nosotros y poder recibir lo mejor de él. Entre aquellas personas que comparten una verdad sana, hay amor. Y en proporción a nuestra honradez y confianza en el prójimo nuestras vidas son divinas y milagrosas, y responden a nuestro ideal. Existen momentos de afecto en nuestra relación con los hombres y las mujeres mortales que ninguna profecía nos ha enseñado a esperar, que trascienden nuestra vida terrenal y nos anticipan el Paraíso. ¿Qué es este Amor que, como cualquiera de los dioses, puede surgir un buen día en pleno Goffstown, que revela un mundo nuevo y bello y fresco y eterno, en lugar del antiguo, cuando, para la mirada común, el universo está cubierto por una pátina de polvo, un mundo, por tanto, que no puede alcanzarse y que de hecho no existe? ¿Qué otras palabras, podríamos preguntar, son memorables y dignas de ser repetidas, si no aquellas que el amor ha inspirado? Es maravilloso que hayan sido pronunciadas alguna vez. En efecto, son pocas y excepcionales, pero, como un acorde musical, la memoria las repite y las modula sin cesar. Todas las demás palabras se desmoronan con el estuco que recubre el corazón. Ahora no deberíamos atrevernos a pronunciarlas en voz alta. No estamos preparados para escucharlas todo el tiempo.

Los libros para jóvenes hablan largo y tendido sobre la *selección* de los Amigos. Esto se debe a que, en realidad, no tienen nada que decir sobre los *Amigos*. Se refieren sólo a los compañeros y a los confidentes. «Recuerda que la dicotomía entre enemigo y Amigo procede de Dios^[31]». La Amistad surge entre dos personas que sienten una afinidad recíproca, y es un resultado perfectamente natural e inevitable. De nada servirán las grandes declaraciones y propósitos. En un principio, ni siquiera el habla tiene necesariamente que ver con ella, pues llega después del silencio, como los brotes de los injertos, que no echan hojas hasta mucho después de que el injerto haya agarrado. Es un drama en el que las partes no tienen ningún papel que interpretar. En este sentido, todos somos musulmanes y fatalistas. Los amantes impacientes e inseguros creen que tienen que decir o hacer algo bonito cada vez que se ven, que nunca tienen que mostrarse fríos. En cambio, quienes son Amigos no hacen lo que *creen* que tienen que hacer, sino lo que *tienen* que hacer. Para ellos, incluso su Amistad es, en cierto sentido, un fenómeno sublime.

El Amigo verdadero y esperanzado le hablará a su Amigo en unos términos como los que siguen:

«Nunca te pedí permiso para amarte, pues tengo el derecho. No te amo como algo privado y personal, que eres tú, sino como algo universal y digno del amor, *que yo he encontrado*. ¡Ah, si supieras cómo pienso en ti! Tu bondad es pura e infinita. Puedo confiar en ti para siempre. Jamás pensé que la humanidad fuese tan rica. Dame una oportunidad para vivir».

«Eres la realidad en el seno de la ficción; eres una verdad más extraña y admirable que la ficción. Acepta ser tan sólo lo que eres. Soy el único que jamás se interpondrá en tu camino».

«He aquí lo que me gustaría: tener la misma intimidad contigo que la que tienen nuestras almas; respetarte como respeto a mi ideal. Que jamás nos profanemos con palabras o actos, ni siquiera con un pensamiento. Que entre nosotros, de ser necesario, no haya ninguna relación».

«Te he descubierto; ¿cómo puedes estar oculto para mí?».

El Amigo sólo pide a cambio que su Amigo acepte y encarne religiosamente, y no deshonre, la glorificación que ha hecho de él. Cada uno cumple las expectativas del otro. Se muestran comprensivos con sus sueños.

Aunque el poeta diga que «El privilegio de la Amistad es atribuir la excelencia^[32]», nunca debemos alabar a nuestro Amigo, ni estimarlo por algo encomiable, ni dejarle pensar que puede agradarnos con cierto *comportamiento*, o *tratándonos* de una determinada manera. Esa amabilidad que tiene tan buena reputación en el resto de casos es lo último en lo que debe consistir esta relación, y no hay mayor agravio que pueda hacersele a un amigo que ofrecerle una bondad deliberada, una simpatía innecesaria para la naturaleza del Amigo.

Entre ambos sexos, como es natural, existe una atracción más fuerte, merced a las diferencias permanentes en su constitución, y por lo general, y con mayor certeza, se complementan entre ellos. Qué natural y sencillo es que ambos atraigan la atención del otro hacia sus propios intereses. Los hombres y mujeres de igual cultura, juntos, tienen sin duda un cierto valor el uno para el otro, más que el que tienen los hombres para los hombres. En esta sociedad ya existen una imparcialidad y una liberalidad natural, y creo que cualquier hombre sentiría más confianza al dar a leer sus libros favoritos a un círculo de mujeres inteligentes que a uno de hombres. La visita de un hombre a otro hombre suele ser una interrupción, mientras que los sexos se esperan de manera natural. Así y con todo, la Amistad no es respetuosa con los sexos, y puede que sea más rara entre sexos opuestos que dentro del mismo.

La Amistad es, en cualquier caso, una relación de igualdad perfecta, y no puede prescindir de cualquier señal externa relativa a obligaciones e intereses. El noble nunca puede tener un Amigo entre sus criados, ni el rey entre sus súbditos. No se trata de que ambas partes sean iguales en todos los sentidos, pero sí deben serlo en todo lo que atañe o afecta a su Amistad. El amor de uno está perfectamente equilibrado y representado por el del otro. Las personas son sólo los recipientes que contienen el néctar, y la paradoja hidrostática es el símbolo de la ley del amor. Encuentra su equilibrio y todos sus afluentes se elevan hasta su manantial, y hasta el cauce más estrecho equilibra el océano.

Y de amar son capaces tanto el pastor
Como el poderoso y noble señor^[33].

En este sentido, un sexo no es más tierno que el otro. El amor de un héroe es tan delicado como el de una doncella.

Confucio dice: «Nunca entables Amistad con un hombre que no es mejor que tú^[34]». He ahí el mérito de la Amistad, lo que la hace perdurar: se produce a un nivel más elevado del que *a priori* las partes reales podrían alcanzar. Los rayos de luz llegan hasta nosotros con una curvatura que hace que todos los hombres con los que nos encontramos parezcan más altos de lo que en realidad son. Ésas son las bases de la urbanidad. Mi Amigo es aquél al que puedo asociar con mi pensamiento más selecto. En mi ausencia, siempre lo imagino realizando tareas más nobles de aquellas que le ocupan cuando lo encuentro, e imagino que las horas que me dedica le son arrebatadas a una sociedad superior. El insulto más ultrajante que he recibido de un Amigo se produjo cuando aquél se comportó en mi presencia, sin avergonzarse, con esa permisividad hacia los propios errores que sólo la confianza barata permite, y aun así siguió hablándome en términos amistosos. Cuídate de que tu Amigo acabe aprendiendo a tolerar alguna de tus flaquezas, y surja así un obstáculo al progreso de vuestro amor. Y hay veces en las que ya hemos tenido bastante, incluso de nuestros Amigos, en las que inevitablemente empezamos a profanarnos los unos a los otros, y hemos de retirarnos religiosamente a la soledad y al silencio, la mejor manera de prepararnos para una noble intimidad. El silencio es la noche celestial en la conversación de los Amigos, donde se encuentra su sinceridad y donde se arraiga con más fuerza.

La Amistad nunca se establece como una relación comprensible. ¿Me pides que sea menos Amigo tuyo para poder entenderla? Sin embargo, ¿qué derecho tengo yo a pensar que otro albergará un sentimiento tan excepcional hacia mí? Es un milagro que requiere pruebas constantes. Es un ejercicio que pide la imaginación más pura y la fe más insólita. Se pronuncia mediante un comportamiento silencioso pero elocuente: «Estaré tan vinculado a ti como puedas imaginar, más incluso de lo que puedas creer. Gastaré la verdad, y toda mi fortuna, en ti». Y el Amigo responde en silencio a través de su naturaleza y su vida, y trata a su Amigo con la misma y divina cortesía. Nos conoce, literalmente, a las duras y a las maduras. Nunca nos pide una señal de amor, pero sabe distinguirla por los rasgos naturales que posee. No tenemos que andarnos con ceremonias cuando nos visita: no esperes que te invite, mas observa que me alegro de verte cuando vienes. Pedirte que vinieras sería pagar tu visita demasiado caro. Allá donde vive mi Amigo están todas las riquezas y todos los encantos de la existencia, y ningún pequeño obstáculo me mantendrá alejado de él. Deja que nunca te diga lo que no tengo que decir. Dejemos que nuestra relación nos supere por completo, y elevémonos hasta ella.

El lenguaje de la Amistad no está compuesto de palabras, sino de significados. Es una inteligencia por encima del lenguaje. Uno se imagina conversaciones interminables con su Amigo, en las que la lengua está suelta y los pensamientos se expresan sin vacilación ni límites. Sin embargo, la experiencia suele distar mucho de

esto. Los conocidos van y vienen, y tienen una frase lista para cada ocasión. Pero ¿cuán lánguidas serán las palabras pronunciadas por aquel cuyo aliento mismo es pensamiento y significado? Supongamos que vamos a despedirnos de un Amigo que se marcha de viaje, ¿qué otra señal exterior conocemos a parte de estrecharle la mano? ¿Tenemos preparado algún discurso rimbombante para la ocasión? ¿Algún frasquito de unguento que poner en su bolsillo? ¿Algún mensaje particular que queramos que transmita? ¿Alguna declaración que hubiésemos olvidado hacer? (¡Como si pudiésemos olvidarnos de algo!). No. Ya es mucho estrechar su mano y decir «Adiós», algo que podríamos omitir con tranquilidad, aunque hasta ahí ha llegado la costumbre. Si va a marcharse, resulta incluso doloroso que se quede demasiado tiempo. Si tiene que irse, dejémosle irse rápidamente. ¿Tenemos algunas palabras *finales*? ¡Ay! Sólo la palabra entre todas las palabras, que hemos buscado durante tanto tiempo y no hemos encontrado; no, aún no tenemos una *primera* palabra. Son pocas las personas a las que osaría dirigirme, con todo el respeto del mundo, por su nombre propio. Un nombre pronunciado es el reconocimiento del individuo al que pertenece. Quien puede pronunciar mi nombre correctamente, ése puede llamarme, y tiene derecho a mi amor y mis servicios. Aun así, la reticencia es la libertad y el abandono de los amantes. La reticencia hacia lo que hay de hostil o indiferente en sus naturalezas es lo que deja lugar a lo similar y armonioso.

La violencia del amor es igual de temible que la del odio. Cuando es duradera resulta serena y regular. Incluso sus famosos sufrimientos empiezan sólo con el declive del amor, pues pocos son en realidad amantes, aunque a todos les gustaría. Una prueba de la idoneidad de un hombre para la Amistad es que sea capaz de vivir sin aquello que es barato y apasionado. Una verdadera Amistad es tan sabia como tierna. Las partes se abandonan implícitamente a la guía de su amor, y no conocen más ley ni bondad que ésta. No es extravagante ni descabellada, pero lo que dice quedará establecido para siempre y se convertirá en un estereotipo. Es una verdad más verdadera, es una noticia mejor y más hermosa, que ninguna época deshonrará ni desmentirá jamás. Es una planta que crece mejor en las latitudes templadas, donde el verano y el invierno se van alternando. El Amigo es un *necessarius*, y se encuentra con su Amigo en un lugar sencillo, no entre alfombras y cojines, sino sobre la tierra y las rocas en las que se sentarán, obedeciendo a las leyes naturales y primitivas. Se encontrarán sin armar alboroto, y se despedirán sin suspirar de pena. Su relación implica que poseen las mismas cualidades que valora el guerrero, pues se necesita el mismo valor para abrir los corazones de los hombres que las puertas de los castillos. No es una mera simpatía para pasar el rato, ni un consuelo mutuo, sino una simpatía heroica, basada en las aspiraciones y el esfuerzo.

Cuando el hombre viva en paz
Y el miedo no tenga lugar,
Los guerreros fatigados
Se fundirán en abrazos^[35].

La Amistad que Wawatam profesa por Henry, el vendedor de pieles, descrita en las *Aventuras* de este último, está desnuda y deshojada, mas tiene flores y frutos, y la recordamos con satisfacción y seguridad. El guerrero imperturbable y austero, después del ayuno, la soledad y la mortificación del cuerpo, llega a la cabaña del hombre blanco y afirma que le ha visto en sueños, y desde ese momento lo adopta. Entierra el hacha, pues aprecia a su amigo, y juntos cazan y comen y preparan azúcar de arce. «Los metales se unen por la fundición, los pájaros y las bestias por motivos de conveniencia, los necios por el miedo y la estupidez, y los hombres justos se unen con una mirada^[36]». Antes de que Wawatam pruebe la «leche del hombre blanco» junto a su tribu, o se tome un cuenco de caldo humano preparado con los camaradas del vendedor de pieles, encuentra un lugar seguro para su Amigo, al que ha rescatado de correr una suerte similar. Al fin, tras un largo invierno pasado entre conversaciones tranquilas y alegres, viviendo en la espesura junto a la familia del jefe tribal, cazando y pescando, en primavera vuelven a Michilimackinac para vender sus pieles, y Wawatam se ve obligado a despedirse de su Amigo en la Île aux Outardes, desde donde éste, para evitar a sus enemigos, continuó hasta Sault de Sainte Marie, creyendo que sólo estarían separados poco tiempo. «Entonces nos despedimos», dice Henry, «con una emoción del todo recíproca. No me marché de aquel lugar sin estar infinitamente agradecido por los muchos actos de bondad que había vivido allí, ni sin mostrar el más sincero respeto por las virtudes de sus miembros que había presenciado. Toda la familia me acompañó a la playa, y apenas la canoa comenzó a alejarse, Wawatam empezó a suplicarle a Kichi Manito que cuidase de mí, su hermano, hasta que volviésemos a vernos. Llevábamos ya mucho tiempo demasiado lejos como para poder escuchar su voz, cuando Wawatam dejó de rogar por nosotros^[37]». No volvemos a oír hablar de él.

La Amistad no es tan cálida como se la imagina. En ella no hay demasiada sangre humana, y está constituida, antes bien, por una cierta indiferencia hacia los hombres y sus construcciones, hacia los deberes y las virtudes cristianas. Sin embargo, purifica el aire como la electricidad. En la relación de dos personas particularmente puras y fieles a sus instintos más elevados puede tener lugar la tragedia más cruda. Podríamos definirla como una relación esencialmente pagana, libre e irresponsable por naturaleza, que practica todas las virtudes de manera gratuita. No se trata sólo de la más elevada simpatía, sino de una sociedad pura y noble, una relación fragmentaria y divina, originada en tiempos antiguos y conservada a intervalos que, al acordarse de sí misma, no duda en ignorar los derechos y deberes más humildes de la humanidad. Requiere unas cualidades inmaculadas y divinas en su apogeo, y sólo existe a través de la condescendencia y la premonición del futuro más remoto. No amamos nada que sea meramente bueno, y no bello —si es que puede existir algo así—. La naturaleza siempre pone algún tipo de flor antes de cada fruto, y no sólo un cáliz a su alrededor. Cuando el Amigo sale de este paganismo y superstición, y destruye sus ídolos, convertido por los preceptos de un testamento más nuevo; cuando se olvida de su

mitología, y trata a su Amigo como a un cristiano, o de la mejor forma que pueda permitirse, entonces la Amistad deja de ser Amistad para convertirse en caridad. El mismo principio con que se establecieron las casas de beneficencia está empezando a trasladar la caridad a los hogares, estableciendo también allí dichas casas y fomentando unas relaciones más pobres.

En cuanto al número de personas que esta sociedad admite, ha de empezar en cualquier caso con una, la más noble y grande que conozcamos. En cuanto a saber si el mundo llegará más lejos, como afirma Chaucer,

Puede que haya más de una pareja de estrellas en el firmamento

esto es algo que está por demostrar,

Y sin duda será afortunado

Quien encuentre una entre un millar^[38].

No deberíamos rendirnos efusivamente a nadie si somos conscientes de que otra persona es más merecedora de nuestro amor. No obstante, la Amistad no tiene nada que ver con los números: el Amigo no cuenta a sus Amigos con los dedos, pues no son numerables. Cuantos más sean los incluidos en este vínculo, si es que de verdad están incluidos, más excepcional y divina será la calidad del amor que los reúne. Estoy dispuesto a creer que puede existir una relación igual de privada e íntima entre tres personas que entre dos. En verdad, no podemos tener demasiados amigos. En cierto sentido, nos apropiamos de las virtudes que apreciamos, y así al final acabamos siendo más idóneos para todas las relaciones de la vida. La Amistad vulgar tiende a ser estrecha y exclusiva, mientras que la noble no es exclusiva en absoluto: su profusión de amor diseminado es la humanidad que dulcifica a la sociedad y simpatiza con las naciones extranjeras, pues, aunque sus cimientos son privados, se trata en realidad de un asunto público y de una ventaja para todos, y el Amigo, más que el padre de familia, merece el reconocimiento del Estado.

El único peligro de la Amistad es que acabará. Es una planta delicada, aunque sea autóctona. Hasta la más mínima bajeza, aun cuando no nos percatemos de ella, la corrompe. Conviene que el Amigo sepa que esos defectos que observa en su Amigo atraen a sus propios defectos. El precio a pagar por nuestras sospechas consiste en descubrir lo que sospechábamos, no hay regla más invariable. Con nuestra estrechez y nuestros prejuicios decimos: «Esto es lo que quiero de ti, Amigo mío, y en tal cantidad, nada más». Quizá no haya nada lo bastante caritativo, lo bastante desinteresado, sabio, noble y heroico para una Amistad real y duradera.

A veces escucho a mis Amigos quejarse exquisitamente de que no aprecio su

exquisitez. Nunca les diré si lo hago o no. Es como si esperasen una palabra de agradecimiento por cada gesto o palabra exquisita que hacen o dicen. ¿Cómo saben que no fue apreciado como es debido? Puede que nuestro silencio sea más exquisito que su acción. Hay cosas sobre las que un hombre nunca habla, que son mucho más sublimes si se callan. Al escuchar las palabras más elevadas nos limitamos a prestar un oído silencioso. No sólo no hablamos sobre nuestras relaciones más sublimes, sino que las enterramos bajo una buena cantidad de silencio para no revelarlas jamás. Puede que ni siquiera nos conozcamos aún. En las conversaciones humanas la tragedia no empieza cuando se produce un malentendido sobre las palabras, sino cuando no se entiende el silencio. En ese caso jamás podrá haber una explicación. ¿De qué vale que alguien te ame, si no te comprende? Ese amor es una maldición. ¿Qué tipo de compañeros son aquellos que siempre andan presumiendo de que su silencio es más expresivo que el tuyo? ¡Qué estúpido e inconsiderado e injusto es comportarse como si fuésemos la única parte agraviada! ¿Acaso no tiene nuestro Amigo los mismos motivos para quejarse? Sin duda mis Amigos me hablan a veces en vano, pero ellos no son conscientes de las cosas que escucho y que ellos dicen. Sé que a menudo les decepciono al no darles palabras cuando ellos las esperaban, o al no darles las que ellos esperaban. Siempre que veo a mi Amigo le hablo; sin embargo, el que está a la expectativa, el hombre que es todo oídos, no es él. También se quejarán de que seas duro. A vosotros, que entendéis las cosas al revés, os advierto: la próxima vez que llore os lo haré saber. Piden palabras y acciones, cuando una relación verdadera es en sí misma palabra y acción. Si no saben estas cosas, ¿cómo pueden estar informados? A veces nos abstenemos de confesar nuestros sentimientos, no por orgullo, sino por miedo a no poder seguir amando a aquel que nos exigió esa prueba de nuestro afecto.

Conozco a una mujer que posee una mente infatigable e inteligente, interesada por su cultura y decidida a extraer de ella los máximos beneficios, y me encuentro con ella con gran placer. Es una persona natural, que me provoca, y no poco, y supongo que también ella se siente, a su vez, estimulada por mí. Sin embargo, nuestra relación no alcanza ese grado de confianza y de sentimiento al que las mujeres, al que todos, mejor dicho, aspiramos. Me alegra poder ayudarla, y ella también me ayuda a mí. Me encanta conocerla con un privilegio similar al del extranjero, y a menudo dudo en visitarla, como hacen de continuo sus otras Amigas. Pero mi naturaleza se detiene aquí, no sé muy bien por qué. Puede que ella no me exija lo suficiente: una exigencia religiosa. Algunas personas, por cuyos prejuicios y preferencias peculiares no siento ninguna simpatía, me inspiran confianza, y yo espero que también ellos confíen en mí como en un pagano religioso —un dios griego—. Yo también tengo principios, tan bien asentados como los suyos. Si esta persona pudiese comprender que, sin pretenderlo, me siento vinculado a ella, tanto cuanto nuestros destinos y nuestros Buenos Genios lo permiten, y que valoro nuestra relación, estaría más tranquilo y

muy agradecido. Siento que a sus ojos parezco descuidado, indiferente, sin principios, que no espero más ni me contento con menos. Si ella pudiese saber que tengo unas exigencias infinitas conmigo mismo, y también con los demás, podría ver que esta relación nuestra, sincera aunque incompleta, es infinitamente mejor que otra con menos reservas pero con unos cimientos falsos, sin el principio del crecimiento en su interior. Como compañero necesito a alguien que me exija lo mismo que mi propio *daimon*. Alguien así siempre sabrá ser tolerante. Aceptar algo inferior es un suicidio y corrompe las buenas relaciones. Valoro y confío en aquellos que aman y alaban mis aspiraciones más que mis actos. Si no te detienes a mirarme, sino que miras en la misma dirección que yo, y más allá, mi educación no podrá prescindir de tu compañía.

Mi amor ha de ser tan libre
Como el ala del águila,
Que sobrevuela la tierra, el mar
Y todas las cosas.

No he de bajar mi mirada
Y ponerla en tu salón,
No he de dejar mi cielo
Y mi luna nocturna.

No seas la red del cazador
Que detiene mi vuelo,
Astutamente dispuesta
Para llamar la atención.

Sé el viento favorable
Que me sostiene,
Y que sigue hinchando mi vela
Cuando ya te has marchado.

No puedo abandonar mi cielo
A tu antojo,
El amor verdadero vuela tan alto
Como el firmamento.

El águila no toleraría
Ver a su pareja así vencida,
El que aprendió a mirar
Justo por debajo del sol.

Hay pocas cosas más difíciles que ayudar a un Amigo en asuntos que no exigen la ayuda de la Amistad, sino sólo un servicio barato y trivial, si a la Amistad le falta la base de una relación eminentemente práctica. Tengo una relación muy amistosa, tanto a nivel social como espiritual, con una persona que no aprecia mi capacidad práctica, y que cuando solicita mi ayuda en estos asuntos ignora completamente con quién está tratando. Esta persona no usa mi capacidad, que en este sentido supera con mucho a la suya, sino sólo mis manos. En cambio, conozco a otra persona que es extraordinaria por su capacidad de discernimiento al respecto, que sabe cómo usar los

talentos ajenos de los que él carece, sabe cuándo no tiene que vigilar o supervisar, y cuándo interrumpirlo. Servirle es un placer excepcional, que todos los trabajadores conocen. El otro tipo de trato me hiere sobremanera. Es como si, después de la más amistosa y ennoblecedora de las conversaciones, tu Amigo te usase como un martillo, y clavase un clavo con tu cabeza, siempre de buena fe, cuando en realidad eres un digno carpintero, así como su buen Amigo, y tomarías gustoso un martillo para ayudarle. Esta falta de apreciación es un defecto que no pueden suplir todas las virtudes del corazón:

¿Cómo podemos confiar en los Buenos?
Sólo los Sabios son justos.
Utilizamos a los Buenos,
A los Sabios no los escogemos.
No hay nadie por encima de ellos,
Que conocen y aman a los Buenos,
Aunque no sean reconocidos
Por el común de los mortales.
No nos cautivan con sus ojos,
Mas nos traspasan con su consejo;
No sienten ninguna afinidad
Por el bienestar o el malestar privados,
Sino que gozan y suspiran con el universo,
Cuyo conocimiento engendra su simpatía.

Confucio dice: «Establecer vínculos de Amistad con alguien es entablar Amistad con su virtud. No debería haber ninguna otra razón para la Amistad^[39]». Sin embargo, los hombres también quieren que entablemos Amistad con su vicio. Tengo un Amigo que desea que vea bien aquello que sé que está mal. Pero si la Amistad quiere privarme de mis ojos, si quiere oscurecer mi día, yo no quiero nada de ella. Sus efectos deberían ser expansivos y liberalizadores en un grado inconcebible. La verdadera Amistad puede ofrecer el verdadero conocimiento, y no está basada en la oscuridad y la ignorancia. La falta de discernimiento no puede ser uno de sus componentes: si puedo ver las virtudes de mi Amigo con mayor claridad que las de otro, también sus defectos serán más evidentes. No tenemos tanto derecho a odiar a nadie como a nuestro Amigo. Los defectos no son menos importantes por estar siempre compensados por las correspondientes virtudes, y para un defecto no hay excusa que valga, aunque en muchos sentidos pueda parecer más grande de lo que en realidad es. Jamás he conocido a nadie que sepa soportar las críticas, que no pueda ser adulado, que no sobornaría a su juez o que se alegre de que siempre amemos a la verdad más que a él mismo.

Si dos viajeros recorren su camino juntos y en armonía, el uno ha de tener una percepción tan sincera y justa de las cosas como el otro, o de lo contrario el suyo no será precisamente un camino de rosas. Así y con todo, incluso un viaje con un hombre ciego puede ser agradable y de provecho si éste resulta afable, y si cuando hablas del paisaje se acuerda de que él está ciego pero tú puedes ver, y si no te

olvidas de que su sentido del oído probablemente esté más afinado por la falta de la vista. De lo contrario no os haréis compañía durante mucho tiempo. Un hombre ciego y otro que tenía la vista en perfecto estado caminaban juntos cuando llegaron al borde de un precipicio. «¡Cuidado, amigo mío!», dijo el segundo, «que hay aquí un precipicio escarpado, no sigas por este camino». «Ya lo sé, ya lo sé», dijo el otro, y dio un paso atrás^[40].

Es imposible decir todo lo que pensamos, incluso a nuestro Amigo más auténtico. Es más probable que nos despedamos de él para siempre antes de que nos quejemos, pues nuestra queja está demasiado bien fundamentada como para pronunciarla. No hay dos personas entre las que exista un entendimiento mayor, pero la denuncia de uno de un serio defecto del otro producirá un malentendido en proporción a su gravedad. Las inevitables diferencias constitutivas, un obstáculo para la Amistad perfecta, son siempre un tema tabú entre los Amigos. Ellos aconsejan a través de todo su comportamiento. Y sólo el amor puede reconciliarlos. Llegan fatídicamente tarde cuando empiezan a explicarse y a tratarse entre ellos como enemigos. ¿Quién aceptará una disculpa de un Amigo? No tienen que disculparse más que el rocío y la escarcha, que se marchan cada vez que sale el sol, y cuyos beneficios todos los hombres, en el fondo de sus corazones, reconocen. ¿Qué explicación expiará la necesidad misma de una explicación?

El amor verdadero no discute por motivos baladíes, por esos errores que dos conocidos pueden resolver con una explicación. Sólo discuten, por nimia que pueda parecer la causa, por razones apropiadas y fatales y eternas, que nunca podrán dejarse de lado. Su discusión, de haberla, se repetirá eternamente, a pesar de los rayos de afecto que una y otra vez bañarán en oro sus lágrimas —de la misma manera que el arco iris, por más que sea una señal hermosa e infalible, no promete buen tiempo para siempre, sino sólo durante un rato—. A lo largo de mi vida he conocido muy bien a dos o tres personas, pero jamás he escuchado un consejo que me fuese útil en asuntos que no fuesen triviales y pasajeros. Puede que uno sepa algo que el otro desconoce, pero ni siquiera la máxima cordialidad puede transmitir el requisito indispensable para hacer útil el consejo. Hemos de aceptarnos o rechazarnos por lo que somos. Me resultaría más fácil domar a una hiena que a mi Amigo. Está hecho de un material que ninguna herramienta de minería podrá trabajar. Un salvaje desnudo podrá derribar un roble con un tizón, y esculpir un hacha desde la roca por medio de la fricción, pero yo no puedo quitar ni la más ínfima esquirla del carácter de mi Amigo, ya sea para embellecerlo o para deformarlo.

El amante acaba por comprender que no existe ninguna persona completamente transparente y digna de fiar, sino que todo el mundo tiene un demonio en su interior que, a la larga, es capaz de cometer cualquier crimen. Sin embargo, como dijo cierto filósofo oriental: «Aunque la Amistad entre hombres buenos se vea interrumpida, sus principios permanecen inalterados. El tallo de la flor de loto puede romperse, pero las fibras permanecen conectadas^[41]». La ignorancia y la ineptitud con amor son mejores

que la sabiduría y la habilidad sin él. Puede haber cortesía, puede haber sensatez, y talante, y talento, y conversaciones brillantes, e incluso puede haber buena voluntad. Y sin embargo, las facultades más humanas y divinas suspiran por que se haga uso de ellas. Nuestra vida sin amor es como el coque y las cenizas. Los hombres pueden ser puros como el alabastro y el mármol de Paros, elegantes como una villa toscana, sublimes como el Niágara, pero si en sus banquetes no se mezcla el vino con la leche, más nos valdría ser hospedados por godos y vándalos.

Mi Amigo no pertenece a otra raza o familia de hombres, sino que es carne de mi carne, hueso de mi hueso. Él es mi verdadero hermano. Veo a su naturaleza avanzar a tientas, como la mía. No vivimos alejados el uno del otro. ¿Acaso no nos han vinculado los Hados de muchas maneras? En el *Visnú-Purana* leemos: «A los virtuosos les basta dar siete pasos juntos para entablar amistad, pero tú y yo hemos vivido juntos^[42]». ¿No significa nada que durante tanto tiempo hayamos compartido la misma hogaza de pan, bebido de la misma fuente, respirado el mismo aire en verano y en invierno, sentido el mismo calor y el mismo frío?! ¿No significa nada que las mismas frutas nos hayan refrescado a ambos, que las fibras de nuestros pensamientos nunca hayan sido distintas?!

La naturaleza tiene cada día su amanecer,
Pero los míos están muy alejados;
Aunque satisfecho, grito, porque en verdad
Creo que los míos son más brillantes.

Cuando mi sol finalmente se eleva,
Aunque sea ya mediodía,
Sus verdes praderas se sumen en una oscuridad
Que mi luz no puede traspasar.

A veces disfruto de su día,
Conversando con mi compañero,
Pero si intercambiamos un rayo de sol,
El calor de inmediato se mitiga.

A través de nuestra conversación escalo y observo,
Como desde una colina oriental,
Una mañana más brillante
De la que la naturaleza conforma.

Como si fuesen dos días en uno,
Dos domingos soleados reunidos,
Nuestros rayos recrean un sol,
Y el más hermoso día estival.

Tan cierto como que el ocaso de mi último noviembre me transportará al mundo etéreo y me hará recordar la rubicunda mañana de la juventud; tan cierto como que el último acorde musical que llegue a mis oídos decadentes me hará olvidar la edad; en suma, tan cierto como que las influencias de la naturaleza sobreviven durante el transcurso de nuestra vida natural, es que mi Amigo será para siempre mi Amigo, que

reflejará para mí un rayo divino, y que el tiempo fomentará y adornará y consagrará nuestra Amistad como hace con las ruinas de los templos. Así como amo a la naturaleza, como amo a los pájaros que trinan, a los rastrojos centellantes, a los ríos, a la mañana y a la noche, al verano y al invierno, así te amo a ti, Amigo mío.

Pero todo lo que pueda decirse sobre la Amistad es como la botánica para las flores. ¿Cómo puede el entendimiento tener en cuenta su amabilidad?

Incluso la muerte de los Amigos nos inspirará tanto como sus vidas. Dejarán consuelo para los dolientes, como dejan los ricos dinero para costear los gastos de sus funerales, y su recuerdo estará cubierto de unos pensamientos sublimes y agradables, como los monumentos de otros hombres están recubiertos de musgo. Pues nuestros Amigos no tienen sitio en el cementerio.

Hasta aquí lo que respecta a nuestros Amigos cisalpinos y cisatlánticos.

Y otra palabra de súplica y consejo para la gran y respetable nación de los Conocidos, allende las montañas: «¡Saludos!».

A mis vecinos más tranquilos, y a los más irreflexivos, les digo: procuremos aprovecharnos los unos de los otros, seamos cuando menos útiles, si no admirables, para los demás. Sé que las montañas que nos separan son altas, y que están cubiertas por unas nieves perpetuas, mas no desesperemos. Aprovechemos los días serenos de invierno para escalarlas. Si es necesario, limemos las rocas con vinagre, pues allí se extienden las verdes llanuras de Italia, listas para recibiros, y tampoco yo me demoraré en penetrar en vuestra Provenza. Armémonos de valor y golpeémosla en la cabeza, en el corazón o en cualquier órgano vital. Dependiendo del tipo, la madera puede estar bien seca y ser lo bastante sólida para soportar un uso tosco, y si se quiebra, hay mucha más en el lugar de donde la sacamos. Yo no soy una pieza de loza que pueda lanzarse contra mi vecino sin que corra peligro de romperse con el golpe, produciendo un chirrido que habría de durar hasta el fin de mis días. Soy, antes bien, uno de esos antiguos tajadores de madera, que a ratos preside la mesa, a ratos hace de taburete para ordeñar o de asiento para los niños, y al final acaba yéndose a su tumba adornado con cicatrices honorables, y no muere hasta que queda consumido. Lo único que puede chocarle a un hombre valiente es el tedio. Pensemos en todos los desplantes que ha experimentado a lo largo de su vida: puede que se haya caído en un abrevadero para caballos, que haya comido almejas de agua dulce o que haya llevado una camisa sin lavar durante una semana. De hecho, no podemos recibir un golpe a menos que tengamos una afinidad eléctrica con lo que nos golpea. Así pues, usadme a mí, que soy útil a mi manera, que soy uno de los muchos, desde la seta venenosa y el beleño negro hasta la dalia y la violeta, que suplican ser usados; usadme, si es que pudieseis encontrarme alguna utilidad, ya sea para preparar una bebida medicinal o el baño, como la bergamota y la lavanda, o para dar fragancia, como la verbena y el

geranio, o para alegrar la vista, como el cactus, o para estimular la reflexión, como el pensamiento. Dadme al menos estos usos humildes, si no otros más elevados.

Ah, queridos Extranjeros y Enemigos, cómo olvidarme de vosotros. Puedo permitirme daros la bienvenida, dejad que firme: «Por siempre vuestro, este sincero y muy obligado servidor». No tenemos nada que temer de nuestros enemigos, pues Dios tiene un ejército preparado al efecto. En cambio, no contamos con ningún aliado para luchar contra nuestros Amigos, esos vándalos despiadados.

Y una vez más, para todo el mundo,

Amigos, romanos, compatriotas y amantes^[43].

Dejemos que este odio puro aún sostenga
Nuestro amor, para que podamos ser
La conciencia de nuestro prójimo.
Y dejemos que nuestra simpatía
Salga justo de ahí.

Nos trataremos como dioses,
Y toda la fe que tenemos
En la virtud y en la verdad la pondremos
En ambos, y dejaremos la sospecha
Para los dioses inferiores.

Dos estrellas solitarias,
De lejanos sistemas ignotos,
Giran entre nosotros,
Pero con nuestra luz consciente nos
Dirigimos resueltos al mismo polo.

¿Qué necesidad confunde a la estrella?
El amor bien puede esperar,
Para él nunca es demasiado tarde,
Pues presencia de un deber el final,
Y del otro marca el comienzo.

No tendrá más uso
Que el color de las flores,
Sólo el invitado independiente
Pasea bajo sus enramadas,
Y hereda sus bienes.

Ningún discurso, por dulce que sea, lo posee,
Pero él distribuye un silencio más dulce
Entre sus compañeros,
Que de noche consuela,
Que de día felicita.

¿Qué le dice la lengua a la lengua?
¿Qué escucha el oído del oído?
Por los designios del destino,
Año tras año,
Se comunica.

El abismo del sentimiento se abre desnudo:
Ningún puente trivial de palabras,

Ni pasarela de gran arcada,
Puede franquear el foso que rodea
Al hombre sincero.

Ni cerraduras ni barrotes
Mantendrán fuera al enemigo,
Ajeno a la mina secreta
Allí donde la duda lo ha conducido.

Ningún centinela en la puerta
Dejará pasar al amigo,
Pero, como el sol elevado,
Él tomará el castillo,
Y brillará en sus murallas.

No conozco nada en el mundo
Que pueda escapar del amor,
Pues desciende bajo cualquier profundidad,
Y se eleva sobre cualquier altura.

Espera como espera el cielo,
A que las nubes se disipen,
Mas brilla siempre sereno
Con una luz eterna,
Tanto si se han marchado,
Como si siguen flotando.

Implacable es el Amor,
Podemos comprar al enemigo, o disuadirlo
De sus intenciones hostiles,
Pero él continúa sin descanso
Sobre la bondad inclinado.

Tras remar cinco o seis millas desde Amoskeag antes de la puesta de sol, y llegar a un agradable tramo del río, uno de nosotros desembarcó para buscar una granja donde poder reponer nuestras existencias, mientras que el otro se quedó navegando tranquilamente, explorando la orilla opuesta para encontrar un puerto apto para la noche. Mientras tanto, las barcazas empezaron a aparecer tras una curva a nuestras espaldas, avanzando junto a la orilla con la ayuda de las pértigas, toda vez que la brisa había cesado casi por completo. Esta vez no hubo oferta de ayuda, pero uno de los barqueros gritó para decir, a modo de venganza crudísima por haber sido los perdedores en la carrera, que había visto un pato joyuyo, que nosotros habíamos asustado, posado en lo alto de un pino blanco, media milla río abajo. Repitió la afirmación varias veces, y parecía visiblemente molesto por la evidente sospecha con la que era recibida esta información. Sin embargo, allí seguía posado el pato joyuyo, sin que nosotros lo molestásemos.

Después de un rato el otro viajero volvió de su expedición por el interior. Traía con él a uno de los nativos, un chiquillo rubio que tenía en la cabeza algunas historias, o una pequeña edición, de *Robinson Crusoe*, que había quedado fascinado al oír nuestras aventuras y le había pedido permiso a su padre para conocernos. Examinó, al principio desde lo alto del margen, nuestro bote y nuestros accesorios,

con los ojos resplandecientes, y deseaba poder ser ya uno de nuestros hombres. Era un chiquillo vivaz e interesante, y nos habría encantado poder subirlo a bordo, pero Nathan era aún el hijo de su padre, y todavía no tenía edad para decidir.

Comimos una hogaza de pan casero, y almizcle y sandía como postre, pues aquel granjero, un hombre inteligente y muy amable, cultivaba una gran parcela de sandías para los mercados de Hooksett y Concord. Al día siguiente, haciendo gala de la hospitalidad que le caracterizaba, nos hospedó y nos enseñó sus campos de lúpulo, su horno y la parcela de sandías, y nos avisó para que pasásemos por encima de la cuerda tensa que rodeaba a esta última a un pie del suelo, mientras señalaba a un pequeño emparrado en una esquina, donde estaba unida al gatillo de un arma en línea con la cuerda, y donde, según nos informó, gustaba de sentarse durante algunas noches agradables para defender sus posesiones de los ladrones. Franqueamos con cuidado la cuerda y compartimos con nuestro huésped el muy humano interés por el éxito de su experimento. Aquella noche en concreto los rumores en el aire hacían presagiar la llegada de ladrones, y la pólvora no estaba húmeda. El hombre era un metodista que había establecido su casa entre el río y la montaña Uncanoonuc, y pertenecía a aquel lugar, y allí se sentía en casa, alentado por viejas ideas políticas y por su propia tenacidad. Se ocupaba de sus sandías y seguía plantándolas cada año. Le sugerimos que añadiese a su cosecha nuevas variedades de semilla de melón y frutas con sabor exótico. Tuvimos que llegar a este lugar entre las colinas para conocer la benevolencia imparcial e insobornable de la Naturaleza. Las fresas y las sandías crecen igual de bien en el huerto de un hombre que en el de otro, y el sol se pone con la misma dulzura tras su colina, mientras que nosotros habíamos imaginado que sentía inclinación por unas pocas almas sinceras y leales que conocíamos.

Encontramos un puerto adecuado para nuestro bote en la orilla este, en la desembocadura de un arroyo que se vertía en el Merrimack, donde no molestaría a ningún bote que pasase durante la noche —pues suelen navegar junto a la orilla cuando remontan el río, ya sea para evitar la corriente o para tocar el fondo con sus pértigas— y donde podríamos acceder a ella sin pisar la orilla embarrada. Pusimos a enfriar una de nuestras sandías más grandes en el agua tranquila de la desembocadura de este arroyo, entre los alisos, pero cuando nuestra tienda estuvo montada y lista, y volvimos a cogerla, el río se la había llevado y no se veía rastro de ella. Así pues, subimos a nuestro bote en el crepúsculo y fuimos en busca de aquella propiedad, y al final, tras mucho esforzar la vista, descubrimos su disco verde a bastante distancia río abajo, flotando suavemente en dirección al mar junto a muchas ramitas y hojas que habían llegado desde las montañas aquella tarde, manteniendo un equilibrio tan perfecto que no había oscilado en absoluto, con lo que el agua no había entrado en la porción que habíamos retirado para acelerar el enfriamiento.

Mientras estábamos sentados en la orilla, dando por fin buena cuenta de nuestra cena, la luz clara del cielo hacia el Oeste bañaba los árboles al Este y se reflejaba en el agua. Disfrutamos de una noche tan tranquila que no habría nada que relatar. Casi

siempre pensamos que existen pocos grados en la escala de lo sublime, y que el grado más alto está sólo un poquito por encima del que ahora experimentamos. Pero nos engañamos: cuando llegan las visiones más sublimes, las primeras palidecen y se disipan. Nos sentimos agradecidos cada vez que una prueba interior nos recuerda la vigencia de las leyes universales, y es que sólo débilmente recordamos nuestra fe. De hecho, la fe no es una certeza memorizada, sino el uso y disfrute del conocimiento: aquello que sentimos cuando no tenemos que creer, sino que entramos en contacto real con la Verdad y estamos vinculados a ella de la manera más directa e íntima. De cuando en cuando las olas de una vida más serena pasan sobre nosotros, como los rayos de sol sobre los campos cubiertos de nubes. En los momentos más felices, cuando fluye más savia por el tallo marchito de nuestra vida, Siria e India se expanden desde nuestro presente como lo hacen en la historia. Todos los acontecimientos que configuran los anales de las naciones no son sino las sombras de nuestras experiencias privadas. Repentina y silenciosamente las épocas que llamamos «historia» se despiertan y brillan tenues en nosotros, y *ahí* hay espacio suficiente para que Alejandro y Aníbal marchen y conquisten. La historia que leemos, en resumen, sólo es un recuerdo más débil de unos acontecimientos que han ocurrido en nuestra propia experiencia. La tradición es un recuerdo débil y con lagunas.

Este mundo no es más que un lienzo para nuestra imaginación. Veo a hombres esforzándose, con infinito sufrimiento, por obtener de sus cuerpos lo que yo, con al menos el mismo sufrimiento, querría obtener de mi imaginación: toda su capacidad. Pues sin duda existe una vida de la mente por encima de las necesidades del cuerpo, e independiente de él. A menudo el cuerpo está alerta, pero la imaginación está aletargada; el cuerpo es grasiento, pero la imaginación es magra. Pero ¿de qué valen las demás riquezas si eso falta? «La imaginación es el aire de la mente^[44]», donde ésta vive y respira. Todas las cosas son como yo. ¿Dónde está la Oficina de Cambio? El pasado es tan heroico como nosotros lo veamos: es el lienzo sobre el que está pintada nuestra idea de heroísmo, y así, en un cierto sentido, conforma también el desvaído mapa de nuestro campo de batalla futuro. Nuestras circunstancias responden a nuestras expectativas y a las exigencias de nuestra naturaleza. Me he dado cuenta de que si un hombre cree que necesita mil dólares, y no puede convencerse de lo contrario, por lo general acabará teniéndolos: si sigue vivo y sigue pensándolo, llegarán los mil dólares, aunque sólo sea para comprar cordonerías. El mismo tiempo le llevará conseguir mil *mills*^[45] a alguien que encuentre igualmente difícil convencerse de que *los* necesita.

Los hombres son iguales de nacimiento en que,
Por su esencia y su condición, todos son idénticos.

Estoy asombrado por la singular pertinacia y la resistencia de nuestras vidas. El milagro es que, lo que es, *es*, cuando para el resto de las cosas resulta tan difícil, si no imposible, ser. El milagro es que caminamos por nuestros senderos particulares, antes

de caer muertos y cumplir nuestro destino, simple y llanamente porque tenemos que caminar por algún sendero; que todos los hombres pueden ganarse la vida, pero pocos pueden hacer algo más. Sólo puedo hacer tanto antes de que la salud y las fuerzas se vayan, y aun así es suficiente. Ahora el pájaro está posado fuera del alcance del fusil. Nunca soy rico, y nunca soy míseramente pobre. Se contraen deudas, pero las deudas están en el curso de los acontecimientos canceladas, pues siguen, por así decirlo, la misma ley por la que se contrajeron. Una vez escuché que cierto joven y cierta señorita se habían comprometido, y luego escuché que se rompió el compromiso, pero no supe los motivos en ninguno de los casos. Ahora creemos estar condicionados por la casualidad y las circunstancias; luego nos movemos lentamente, como en un sueño; y después corremos, como si estuviese escrito en nuestro destino, y todos los elementos son un obstáculo o una ayuda. No puedo cambiar de ropa más que cuando lo hago, y aun así me cambio de ropa, y ensucio la nueva. Me parece maravilloso que esto ocurra, aunque otros acontecimientos admirables que podría mencionar no ocurren. Nuestras vidas particulares parecen tener la misma fortuna, la misma fuerza y resistencia, que los atracaderos de roca sólida arrojados a la marea de las circunstancias. Cuando los demás caminos fracasan, avanzamos por nuestro sendero particular con una confianza singular e infalible. ¡Cuántos riesgos corremos! La hambruna y los incendios y la peste y las miles de formas en que puede cumplirse un destino cruel. Y, aun así, todos los hombres viven —hasta que mueren—. ¿Cómo lo logran? ¿No existe un peligro inmediato? Nos maravillamos innecesariamente cuando oímos hablar de un sonámbulo que camina sobre un tablón con total seguridad, pues nosotros mismos hemos caminado sobre un tablón durante toda nuestra vida, hasta llegar a esta cuerda sobre la que nos encontramos. Mi vida no esperará a nadie, y sigue madurando sin demora, mientras yo vago por las calles y regateo con este hombre y con aquél para poder vivir. Es tan indiferente y sencilla como el perro de un vagabundo, y se relaciona con los de su especie. Abrirá su propio cauce, como un río de montaña, y ni siquiera la cordillera más larga impedirá que acabe llegando al mar. Hasta ahora, por extraño que parezca, todas las personas y objetos inanimados, todos los elementos y estaciones que he encontrado, se adaptaban a mis recursos. No importa cuánta prisa e imprudencia ponga en mi camino, se me permite ser temerario. Franqueo los abismos en un abrir y cerrar de ojos, como si una caravana invisible transportase para mí los pontones necesarios. Y mientras desde las alturas oteo el tentador pero ignoto océano Pacífico del Porvenir, las piezas del barco —cuya quilla labrará sus olas y me llevará hasta las Indias— son transportadas por las montañas a lomos de mulas y llamas. El día no amanecerá de no ser por

LA MAÑANA INTERIOR

Empaquetadas en mi cabeza están todas las prendas
Que viste la naturaleza por fuera,

Y con el cambio horario de su moda
Ella repara las demás cosas.

En vano busco un cambio en el exterior,
Y no puedo encontrar diferencias,
Hasta que un nuevo rayo de paz inesperada
Ilumina mi mente más íntima.

¿Qué dora los árboles y las nubes,
Y pinta un cielo tan espléndido,
Si no aquella luz veloz y duradera
Con su rayo inalterable?

Cuando el sol recorre el bosque
En una mañana de invierno,
Allá donde su rayo silencioso penetra
La oscuridad de la noche se aleja.

¿Cómo podía saber el pino paciente
Que la brisa matutina llegaría,
O las humildes flores predecir
El zumbido del insecto al mediodía,
Hasta que la nueva luz lejana, con matinal
Alegría, comienza a fluir entre los árboles
Y le habla rápidamente al bosque
Durante millas y millas?

He escuchado en lo más íntimo de mi alma
Estas alegres noticias matutinas,
Y en el horizonte de mi mente
He visto estos colores orientales,

Como se escuchan en el crepúsculo del alba,
A los primeros pájaros que despiertan,
Recorriendo el bosque silencioso
Y rompiendo las pequeñas ramas.

O como se ven en los cielos orientales,
Antes de que el sol aparezca,
Los presagios del calor veraniego
Que nos envía desde lejos.

Semanas y meses enteros de mi vida estival se deslizan tenues como la neblina y el humo, hasta que al final, una mañana tibia, por casualidad, veo una nube de niebla descender por el río hasta el pantano, y floto junto a ella sobre los campos. Recuerdo las horas tranquilísimas de verano en que el saltamontes canta sobre los gordolobos. En esos momentos siento el coraje, pues su mero recuerdo es armadura suficiente para poder reírse de cualquier golpe de fortuna. A lo largo de nuestra vida escuchamos los acordes del arpa, ora más fuertes, ora más débiles, y la muerte no es más que «la pausa durante la que la explosión se recompone^[46]».

Nos quedamos despiertos un buen rato, escuchando los murmullos del arroyo, en el punto en que se encontraba con el río, donde estaba montada nuestra tienda. Había

una suerte de interés humano en su historia, que no cesa ni con las crecidas ni con las sequías de verano, y el ritmo más profundo del río quedaba completamente ahogado por su estruendo. Sin embargo, el arroyo, cuyas

Arenas y guijarros plateados entonan Eternas
Cancioncillas con la primavera^[47],

queda silenciado por las primeras heladas del invierno. En cambio, los ríos más potentes, en cuyo fondo nunca brilla el sol, obstruidos por las rocas hundidas y las ruinas de los bosques, de cuya superficie no se eleva ningún murmullo, son ajenos a los grilletes de hielo que encadenan a los miles de arroyos tributarios.

Esa noche soñé con algo que había tenido lugar mucho tiempo atrás. Se trataba de un desacuerdo con un Amigo, que no había dejado de atormentarme, por cuanto no tuviese motivos para culparme a mí mismo. Sin embargo, en mi sueño por fin se hacía una justicia ideal por sus sospechas, y yo recibía esa compensación que nunca había obtenido durante mis horas despiertas. Es imposible expresar cuán aliviado y alegre estaba, incluso una vez despierto, pues en los sueños nunca nos engañamos, ni somos engañados, y aquél parecía tener la autoridad de un juicio final.

Nos bendecimos y nos maldecimos a nosotros mismos. Algunos sueños, así como ciertas reflexiones despiertas, son sagrados. Donne canta de una persona

Cuyos sueños eran más devotos que la mayoría de las oraciones^[48].

Los sueños son la piedra de toque de nuestro carácter. Cuando recordamos algún fallo en nuestra conducta durante un sueño nos sentimos poco menos afligidos que si hubiese sido real, y la intensidad de nuestro dolor, que es nuestra expiación, mide el grado de separación entre dicho fallo y uno real. Pues en nuestros sueños no hacemos sino interpretar un papel que tenemos que haber aprendido y ensayado en nuestras horas despiertas, y sin duda también podríamos encontrar en ellas algún tipo de confirmación. Si esta mezquindad no tiene su origen en nosotros, ¿por qué nos sentimos afligidos? En los sueños nos vemos desnudos e interpretando nuestros caracteres reales, incluso con mayor claridad que con la que vemos a los otros despiertos. Sin embargo, una virtud inquebrantable e imponente obligaría incluso a esos sueños más fantásticos y borrosos a respetar su autoridad siempre vigilante. Tal y como acostumbramos a decir despreocupadamente, nunca deberíamos haber *soñado* con algo así. Vivimos nuestra vida más real cuando en sueños estamos despiertos.

Y, para mecerlo en su suave sueño,
Un arroyo fluyó desde la montaña
Y lloviznó sin cesar sobre su techo,
Mezclado con el murmullo del viento, como la canción
De un enjambre de abejas, y quedó sumido en el sueño.
Ningún otro ruido, ni los latosos gritos de la gente

Que aún molestan a la ciudad amurallada,
Podía escucharse allí, donde la Calma reinaba
Envuelta en un silencio eterno, lejos de sus enemigos^[49].

JUEVES



Él pisaba el suelo virgen del bosque, donde
El sol que todo lo ve lleva años sin brillar,
Donde se alimenta el arce, pasea el oso huraño,
Y el carpintero trabaja la madera del árbol más alto.

[...]

Pasaba gustoso la noche donde la oscuridad lo encontraba;
Y allí la mañana rojiza lo tocaba con su luz.

[...]

Adondequiera que vaya, el hombre sabio está en casa,
Su hogar es la tierra, la bóveda azul su salón;
Adonde su espíritu puro le lleve, ahí está su camino,
Iluminado y marcado por la luz misma de Dios.

Ralph Waldo Emerson, «Woodnotes»

Cuando esa mañana nos despertamos, escuchamos el sonido tenue, deliberado y ominoso de las gotas contra nuestro techo de algodón. La lluvia había tamborileado durante toda la noche y ahora el campo entero estaba húmedo, y las gotas caían en el río, y sobre los alisos, y en las praderas, pero en lugar de un arco en el cielo llegó el trino del gorrión cejiblanco que escuchamos durante toda la mañana. La fe alegre de este pajarillo servía para expiar el silencio del resto del bosque. Cuando pusimos el pie fuera de la tienda, un rebaño de ovejas, liderado por sus carneros, descendía por una cañada a nuestras espaldas, con una prisa descuidada y retozando a sus anchas, como si no las estuviese observando ningún hombre. Bajaban desde los pastos más altos, donde habían pasado la noche, para probar la hierba de la orilla del río. Sin embargo, cuando sus líderes divisaron nuestra tienda blanca a través de la neblina, se detuvieron de golpe, asombrados, apoyados en sus patas delanteras, dejando el torrente a sus espaldas, y todo el rebaño se quedó petrificado, esforzándose por resolver el misterio con sus cerebros ovinos. Al final, tras llegar a la conclusión de que no auguraba ningún peligro para ellas, se extendieron discretamente por todo el campo. Luego supimos que habíamos montado nuestra tienda en el mismo punto que pocos veranos antes había estado ocupado por un grupo de penobscots. A través de la neblina podíamos ver erigirse ante nosotros una elevación oscura y cónica, el Pinnacle de Hooksett, un punto de referencia para los barqueros, y también la montaña Uncanoonuc, muy lejos, al oeste del río.

Aquél fue el límite de nuestro viaje, pues tras unas cuantas horas más bajo la lluvia llegamos a las últimas esclusas, y nuestro bote era demasiado pesado como

para arrastrarlo rodeando los largos y numerosos rápidos que allí se producían. Sin embargo, continuamos a pie, siguiendo el margen del río, palpando nuestro camino con un palo a través del día lluvioso y nublado, escalando por los troncos resbaladizos en medio del sendero con el mismo placer y optimismo que si hubiésemos estado bajo el sol más radiante, oliendo la fragancia de los pinos y del barro húmedo bajo nuestros pies, alegres gracias a los sonidos de cascadas invisibles, sin poder ver las setas venenosas, ni las ranas errantes, ni las guirnaldas de musgo colgando de las píceas, ni los tordos moviéndose en silencio bajo las hojas. Nuestro camino seguía bien compacto en medio de aquel tiempo tan húmedo, como la fe, y nosotros lo seguíamos con confianza ciega. No obstante, logramos mantener nuestras reflexiones secas, y fue tan sólo la ropa lo que se mojó. En líneas generales fue un día nublado y lluvioso, con claros ocasionales en medio de la niebla, en los que el trino del gorrión molinero parecía anunciar horas de sol.

«Nada que le ocurra de manera natural a un hombre puede *herirle*, y los terremotos y las tormentas no son una excepción», dijo un hombre de genio, que en aquella época vivía unas pocas millas más arriba de nuestro camino^[1]. Cuando un aguacero nos obliga a cobijarnos bajo un árbol, podemos aprovechar esa oportunidad para realizar una inspección más minuciosa de algunas de las obras de la Naturaleza. Una vez me quedé medio día debajo de un árbol, durante una lluvia torrencial de verano, y aun así ocupé mi tiempo de manera agradable y provechosa hurgando con mirada microscópica en las fisuras de las cortezas, en las hojas o en las setas a mis pies. «Las riquezas son las sirvientas del tacaño; y los cielos llueven generosamente sobre las montañas^[2]». Tiene que ser un lujo poder pasar todo un día de verano contemplando, barbilla en mano, un pantano retirado, oliendo la madreSelva salvaje y el arándano en flor, mecido por la juglaría de los jevenes y los mosquitos, ¡qué maravilla! Un día pasado en compañía de aquellos sabios griegos, como los descritos en el *Banquete* de Jenofonte, no podría compararse con la mordacidad de las vides de arándanos en descomposición y la fresca sal ática del musgo. Doce horas de conversación agradable y familiar con la rana leopardo. El sol se eleva sobre los alisos y los cornejos, escala alegremente hasta su meridiano de dos palmos de anchura, y acaba marchándose a descansar tras una abrupta colina de poniente. ¡Qué placer escuchar el cántico del mosquito en un millar de capillas verdes, y al avetoro que empieza a tronar desde alguna fortaleza oculta como un cañón crepuscular! Sin duda uno podría sacar el mismo provecho empapándose en las aguas de un pantano durante todo un día que pasando a pie enjuto sobre la arena. ¿Acaso el frío y la humedad no son experiencias tan enriquecedoras como el calor y la sequedad?

Ahora, las gotas recorren nuestras barbas incipientes mientras estamos tumbados, empapados, en una cama de avena silvestre marchita, en la ladera de una colina frondosa. Ver las nubes agrupándose con el último soplido y suspiro mortal del viento, y luego escuchar el goteo regular desde innumerables ramitas y hojas por doquier, aumenta la sensación de comodidad interior y sociabilidad. Los pájaros se

acercan más y se muestran más familiares bajo el espeso follaje, y parecen estar componiendo nuevos acordes contra el sol desde sus ramas. ¿Qué nos importarían los entretenimientos de los salones y las bibliotecas, de poder acceder a ellos, en comparación con esto? Deberíamos seguir cantando, como antaño:

Me desharía gustoso de mis libros, no puedo leer,
Entre cada página mis pensamientos se desvían hacia
La pradera, donde encuentran mejor alimento,
Y no les importa el tema que los ocupa.

Plutarco fue bueno, como también lo era Homero,
La vida de nuestro Shakespeare merecería volver a ser vivida,
Pero lo que Plutarco leía no era bueno ni cierto,
Como tampoco los libros de Shakespeare, a menos que fueran hombres.

Aquí, mientras estoy tumbado bajo la rama de este nogal,
¿Qué me importan los griegos o la ciudad de Troya,
Si se están librando batallas más justas,
Entre las hormigas, en la cima de esta colina?

Ruega a Homero que espere hasta que sepa el resultado,
Si los dioses favorecerán a las rojas o a las negras,
O si algún Áyax se torcerá la falange
Intentando lanzar una piedra contra el ejército.

Dile a Shakespeare que espere hasta mi hora de ocio,
Que ahora estoy ocupado con esta gota de rocío,
¿Y no ves que las nubes preparan un aguacero?
Iré a su encuentro cuando el cielo esté despejado.

Esta cama de hierba y avena silvestre fue preparada
El pasado año con más lujo del que los monarcas acostumbran,
Un montón de trébol es la almohada para mi cabeza,
Y mis zapatos están bien recubiertos por las violetas.

Y ahora las nubes cordiales se han cerrado,
El viento se levanta suave para decir que todo va bien,
Las gotas dispersas caen rápidas y tenues,
Unas en el agua, otras en la campana de la flor.

Estoy empapado en mi cama de avena;
Mira ese globo descendiendo por el tallo,
Que ahora flota como un planeta solitario,
Y acaba hundido en el dobladillo de mi traje.

Gotean y gotean los árboles en todo el campo,
Y una riqueza extraña se destila en cada rama,
El viento entona todos los sonidos por sí solo,
Haciendo caer cristales sobre las hojas.

El sol avergonzado nunca volverá a dejarse ver,
Pues con sus rayos jamás pudo fundirme,
Mis cabellos empapados se convertirían en un elfo,
Que camina alegre con su abrigo perlado.

El Pinnacle es una pequeña colina arbolada y muy escarpada que se eleva unos

doscientos pies, junto a la orilla de las cataratas de Hooksett. Si la montaña Uncanoonuc es quizá el mejor punto desde el que observar el valle del Merrimack, esta colina ofrece la mejor vista del propio río. Me senté en su cima, una roca abrupta de unas pocas varas de largo, un día en que hacía mejor tiempo, cuando el sol se ponía y llenaba el valle con una inundación de luz. Desde allí se pueden ver varias millas del Merrimack, río arriba y abajo, amplio y recto, lleno de luz y de vida, con sus cataratas centellantes y espumosas; el islote que divide el cauce, la aldea de Hooksett, en la orilla que hay justo bajo nuestros pies, tan cerca que se puede conversar con sus habitantes o tirar una piedra a sus jardines; la laguna en medio del bosque, en su ladera occidental, y las montañas al norte y al noreste. Todos estos elementos crean una escena de una belleza y plenitud excepcional, que el viajero debería esforzarse por contemplar.

En una ocasión fuimos hospedados con gran hospitalidad en la Concord de Nuevo Hampshire, que nosotros insistimos en llamar *Nueva Concord*, siguiendo nuestra costumbre, para distinguirla de nuestro pueblo natal, del que, según nos contaron, tomó su nombre, desde donde salieron parte de los primeros colonos, aquél habría sido el lugar adecuado para concluir nuestro viaje. Uniendo Concord y Concord por estos ríos serpenteantes, pero esta vez atracamos nuestro bote varias millas al sur de su puerto.

La riqueza de las tierras de Penacook, ahora la Concord de Nuevo Hampshire, había sido observada por los exploradores, y, según el historiador de Haverhill, en el

año 1726 se hicieron unos progresos considerables en el asentamiento, y se abrió una carretera a través del bosque que unía Haverhill y Penacook. En el otoño de 1727, la primera familia, la del capitán Ebenezer Eastman, se mudó al lugar. Su tiro fue conducido por Jacob Shute, francés de nacimiento, y se dice que fue la primera persona en conducir un tiro a través del bosque. Poco después, según cuenta la tradición, un tal Ayer, un joven de dieciocho años, condujo un tiro compuesto por diez yuntas de bueyes hasta Penacook, cruzó el río a nado y labró parte de las tierras. Se cree que fue la primera persona que labró la tierra en aquella zona. Tras completar su trabajo, emprendió su vuelta al amanecer. Una yunta de bueyes se le ahogó mientras cruzaba de nuevo el río, y llegó a Haverhill alrededor de la medianoche. La manivela del primer aserradero fue fabricada en Haverhill y llevada hasta Penacook a lomos de un caballo^[3].

Pero nosotros descubrimos que la frontera ya no era aquel camino. Esta generación ha llegado al mundo fatalmente tarde para ciertas empresas. Adondequiera que vayamos sobre la *superficie* de las cosas, el hombre ya habrá estado allí antes que nosotros. Ya no podemos tener el placer de erigir la *última* casa —ésta se construyó hace ya mucho tiempo en la periferia de Astoria City—, y nuestras fronteras se han trasladado literalmente hacia el Mar del Sur, según las antiguas patentes. Sin embargo, aunque las vidas de los hombres estén más extendidas que nunca longitudinalmente, siguen siendo tan poco profundas como siempre. Es indudable, tal y como dijo el orador occidental, que: «Los hombres suelen vivir cubriendo la misma superficie; algunos viven de manera larga y estrecha, otros de manera ancha y corta^[4]». No obstante, siempre es una vida superficial. Un gusano es igual de buen viajero que un saltamontes o un grillo, y un colono mucho

más inteligente. Por más que trajinen, éstos nunca se alejarán de un salto de la sequía ni se acercarán al verano. No podemos evitar el mal corriendo delante de él, sino elevándonos o sumergiéndonos, de la misma manera que el gusano se escapa de la sequía y la helada perforando unas cuantas pulgadas. Las fronteras no están al este o al oeste, al norte o al sur, sino que allá donde un hombre *se enfrente* a un hecho, aunque ese hecho sea su vecino, hay un bosque virgen como el que hay entre él y Canadá, entre él y el sol poniente o, más lejos aún, entre él y *ese hecho*. Dejémosle construir allí una casa de madera, *enfrentándose a los hechos*, y que recomience en ese lugar una antigua guerra contra los franceses que dure siete o setenta años, o contra indios y *rangers*, o contra cualquier otra cosa que pueda interponerse entre él y la realidad. Y que salve la cabellera, si puede.

Ya no navegamos o flotamos sobre el río, sino que caminamos sobre la tierra firme como peregrinos. Saadi dice que puede viajar, entre otros: «El trabajador de a pie, que puede ganarse el pan con el trabajo de sus manos y no tiene que poner en juego su reputación por cada bocado, como han dicho los filósofos». Puede viajar quien pueda subsistir a base de los frutos silvestres y de los animales que se cazan en la mayoría de terrenos cultivados. Un hombre puede viajar lo bastante rápido y ganarse la vida por el camino. Algunas veces he trabajado durante un viaje, he hecho algún trabajo de hojalatería o reparado relojes con la alforja al hombro. Una vez alguien me pidió que trabajase en su fábrica, estableciendo condiciones y sueldo, al ver que lograba cerrar la ventanilla de un tren en el que viajábamos, cuando los otros pasajeros habían fracasado. «¿No has oído hablar de ese sufí que estaba clavando unos clavos en la suela de su sandalia? Un oficial de caballería le tiró de la manga y le dijo: “Ven y pon las herraduras a mi caballo”»^[5]. Más de un agricultor me ha pedido que le ayudase a recoger el heno cuando pasaba por sus campos. Una vez un hombre me pidió que le reparase el paraguas, tomándome por un paraguero, porque, estando de viaje, llevaba un paraguas en la mano mientras lucía el sol. Otro quiso comprarme una copa de hojalata al ver que llevaba una atada al cinturón y una sartén a la espalda. La forma más barata de viajar, y la forma de viajar más lejos en la menor distancia, es ir a pie, llevando un cazo, una cuchara, un sedal, un poco de comida india, algo de sal y de azúcar. Cuando llegas a un riachuelo o a una laguna, puedes pescar y cocinar los peces; o puedes hervir unas gachas de maíz; o comprar una hogaza de pan en la casa de un granjero por cuatro peniques, humedecerla en el próximo arroyo que cruce la carretera y mojarla en tu azúcar —con eso te bastará para un día entero—; o, quien esté acostumbrado a una vida más copiosa, puede comprar un cuarto de leche por dos centavos, desmigajar en ella el pan o las gachas y comérselo con su propia cuchara y su propio plato. Alguna de estas cosas, se entiende, ¡no todas de una vez! He viajado así varios cientos de millas sin parar a comer en ninguna casa, durmiendo en el suelo cuando era conveniente, y lo encontraba más barato y, en muchos sentidos, más provechoso, que quedarme en una

casa. Así las cosas, algunos se preguntan si no sería mejor viajar siempre. Sin embargo, yo nunca concebí el viaje como una forma de ganarme la vida. Una mujer sencilla de Tyngsborough, en cuya casa paré una vez a tomar un vaso de agua, me preguntó, cuando le dije, reconociendo el cubo, que me había detenido allí nueve años antes con el mismo propósito, si no era un viajero, suponiendo que llevaba viajando desde entonces y que ahora estaba de vuelta; suponiendo que la de viajero era una de las profesiones, más o menos rentables, que su marido no había escogido. Sin embargo, viajar en continuidad está muy lejos de resultar rentable. Empieza por desgastar las suelas de los zapatos, provocando llagas en los pies, y acaba por desgastar al hombre por completo, después de que su corazón se haya lacerado a base de comerciar. He podido observar que la vida que llevan quienes han viajado mucho es harto patética. El viaje verdadero y sincero no es ningún pasatiempo, sino que es tan serio como la tumba, o como cualquier otra parte del discurrir humano, y hace falta un prolongando periodo de prueba antes de emprenderlo. No hablo de aquellos que viajan sentados, los viajeros sedentarios cuyas piernas cuelgan durante todo el trayecto, meros símbolos inactivos de la acción —como la gallina clueca que se sienta sobre sus huevos, pero está sentada de pie—. Hablo, antes bien, de aquellos para los que viajar significa vida para las piernas y, en última instancia, también muerte. El viajero tiene que renacer en el camino, y ganarse el pasaporte de los elementos, que son los principales poderes que existen para él. Tendrá que experimentar por fin cómo se cumple esa antigua amenaza de su madre, que decía que lo iba a despellejar vivo: sus llagas se harán poco a poco más profundas, hasta que se curen hacia adentro, y entretanto no dará tregua a las plantas de sus pies; por la noche, el cansancio tiene que ser su almohada, para que así se curta para los días lluviosos. Así era como lo veíamos nosotros.

A veces nos alojábamos en una posada en medio del bosque, donde los pescadores de pueblos lejanos habían llegado antes que nosotros, y donde, para nuestro asombro, los colonos se pasaban al caer la noche para charlar un rato y escuchar las noticias, aunque sólo había un camino y no se veían más casas —como si hubiesen surgido de la tierra—. A veces leíamos allí periódicos viejos, cuando nunca antes habíamos leído los nuevos, y en el susurro de sus hojas escuchábamos el enérgico oleaje de las costas del Atlántico en lugar del susurro del viento entre los pinos. Para entonces, la caminata nos había abierto tanto el apetito que nos comíamos hasta el plato menos sabroso y nutritivo.

Un libro difícil y árido, escrito en una lengua muerta, que nos ha resultado imposible leer en casa pero por el que aún sentimos un aprecio prolongado, es la mejor lectura para llevarse a un viaje. En una posada rural, en la ruda compañía de unos cuantos mozos de cuadra y otros viajeros, he podido abordar por fin a los escritores de la edad de plata y bronce. Uno de los últimos servicios regulares que realicé para la causa de la literatura fue leer los trabajos de

Si nos hemos imaginado cuán divina es la tarea que se despliega ante el poeta, y nos acercamos también a este autor con la esperanza de encontrar por fin el campo bien trabajado, nos costará sobremanera discrepar con las palabras del prólogo:

*Ipse semipaganus
Ad sacra Vatum carmen affero nostrum.*

Yo, medio pagano,
Traigo mis versos al santuario de los poetas^[7].

Aquí no hay nada de la dignidad interior de Virgilio, ni de la elegancia y la vivacidad de Horacio, ni será necesario que ninguna sibila nos recuerde que desde aquellos poetas griegos, más antiguos, hay un triste descenso hasta llegar a Persio. Apenas si podemos distinguir un sonido armonioso en medio de esta riña discordante de las locuras de los hombres.

Podemos comprobar que la música tiene su lugar en el pensamiento, pero hasta ahora no lo ha tenido en el lenguaje. Cuando la Musa llega, esperamos de ella que remodele el lenguaje y le entregue su propio ritmo. Hasta ahora los versos gimen y sufren bajo su peso, en lugar de avanzar alegremente, cantando por el camino. Incluso la mejor oda puede parodiarse. De hecho, ella misma es una parodia, y tiene un sonido pobre y trivial, como la pisada de un hombre sobre los listones de una escalera. Homero y Shakespeare y Milton y Marvell y Wordsworth^[8] no son sino el susurro de las hojas y el crujido de las ramitas del bosque, pero aún no se ha escuchado el canto de ningún pájaro. La Musa nunca ha levantado su voz hasta cantar. Y, sobre todo, la sátira nunca será cantada. Un Juvenal^[9] o un Persio no casan sus versos con la música, sino que son, en el mejor de los casos, criticones comedidos. Se limitan a apartarse de los errores que condenan, de suerte que están más preocupados por el monstruo del que han escapado que por las hermosas posibilidades que tienen ante ellos. Dejémosles vivir durante una nueva generación y se alejarán de nuevo de su sombra hasta encontrar otros asuntos sobre los que reflexionar.

Mientras haya sátira, el poeta es, como quien dice, *particeps criminis*. Habría hecho mejor en reparar un poco menos en sí mismo, y ocuparse sólo de aquello que está más allá de toda sospecha. Si alumbramos el más mínimo vestigio de verdad, y aunque necesitemos el peso de todo nuestro cuerpo para dejar la huella más tenue, una eternidad no bastará para ensalzarla. En cambio, aunque ningún mal es tan grande, nos lamentamos por tener que concederle un instante de odio. La verdad nunca recrimina la falsedad, su propia franqueza es la corrección más severa. Horacio no habría escrito tan buenas sátiras de no haber estado inspirado por ella, así como por la pasión, y de no haber sentido tanto apego por su estilo. En sus odas, el amor siempre supera al odio, de suerte que hasta la más severa de las sátiras se canta a sí

misma, y el poeta queda satisfecho, aunque la locura no haya sido corregida.

Existe una especie de orden necesario en el desarrollo de los Genios: en primer lugar, la Queja; en segundo lugar, el Lamento; en tercer lugar, el Amor. La Queja, que es la condición de Persio, no se encuentra en los dominios de la poesía. De haber podido disfrutar de un bien superior, no tardaría en cambiar su indignación por el remordimiento. Jamás podemos sentir demasiada simpatía por el quejica, pues tras escrutar la naturaleza, llegamos a la conclusión de que ha de ser al mismo tiempo demandante y demandado, y que bien podría haber llegado a un acuerdo sin audiencia. Quien sufre un perjuicio es, en cierta medida, cómplice del criminal.

Quizá sería más cierto decir que el acorde más elevado de la Musa es, esencialmente, quejumbroso. Las del santo son aún *lágrimas* de felicidad. ¿Quién ha oído alguna vez cantar al *Inocente*?

No obstante, el poema más divino, o la vida de un gran hombre, es la más severa de las sátiras. Es tan impersonal como la Naturaleza misma, y como el susurro de sus vientos en los bosques, que siempre transmiten una pequeña reprimenda al que escucha. Cuanto mayor sea el genio, más afilada será la hoja de la sátira.

Por lo tanto, sólo nos ocupamos de los rasgos más excepcionales y fragmentarios, los que menos pertenecen a Persio, o mejor dicho, de las declaraciones más elevadas de su Musa. Pues lo que mejor dice Persio en un determinado momento es lo mejor que puede decir en cualquier momento. Los Espectadores y los Caminantes tampoco han dejado pasar la oportunidad de recoger de este jardín algunas frases dignas de ser citadas, pues así de agradable es encontrar a la más familiar de las verdades en un vestido nuevo —aunque, de haberla pronunciado nuestro vecino, la ignoraríamos tildándola de trillada—. De estas seis sátiras quizá se puedan seleccionar unos veinte versos, que son tan dignos como muchas reflexiones, y que regresarán a la mente del erudito casi con la misma facilidad que una imagen natural —aunque, cuando los traducimos a una lengua familiar, pierden ese énfasis insular que los hacía tan propicios para la cita—. La traducción no debería trivializar unos versos como los que siguen, comparando al hombre de religión verdadera con aquellos que, con celosa privacidad, entablarían gustosos un comercio secreto con los dioses, Persio dice:

*Haud cuivis promptum est, murmurque humilesque susurros
Tollere de templis; et aperto vivere voto.*

No todo el mundo puede sacar los murmullos y los quedos
Susurros de los templos, y vivir a juramento abierto.

Para el hombre virtuoso, el universo sólo es el *sanctum sanctorum*, y los *penetralia*^[10] del templo son el amplio mediodía de su existencia. ¿Por qué debería dirigirse a una cripta subterránea, como si fuese el único lugar sagrado de todo el mundo que aún no había profanado? El alma obediente no hará sino descubrir y familiarizarse más con las cosas, y escapar más y más hacia la luz y el aire libre,

como si desde ese momento estuviese harta de secretos, y ni siquiera el universo parecerá lo bastante amplio para ella. Al final, acaba olvidando incluso ese silencio que es coherente con la modestia verdadera, pero es precisamente esa falta de todo secretismo en sus revelaciones lo que las hace tan privadas para el oyente. Así pues, es deber de todo el mundo velar para que no se infrinja esa modestia.

Para el hombre que alberga un secreto en su interior, existe otro aún más grande sin explorar. Nuestros actos más indiferentes pueden ser objeto de secreto, pero todo aquello que hagamos con la mayor honradez e integridad, por virtud de su pureza, ha de ser transparente como la luz.

En la tercera sátira, Persio pregunta:

*Est aliquid quò tendis, et in quod dirigis arcum?
An passim sequeris corvos, testâve, lutove,
Securus quo pes ferat, atque ex tempore vivis?*

¿Existe algo por lo que te inclinas contra lo que apuntas tu arco,
O te comportas azarosamente, tratando de cazar cuervos a pedradas,
Sin preocuparte de hacia dónde te llevan tus pies, y viviendo *ex tempore*?

El mal sentido es siempre un sentido secundario. El lenguaje no parece hacerle justicia, sino que su significado se estrecha y se reduce ostensiblemente al describir cualquier mezquindad. La construcción más verdadera no se erige sobre él. Lo que podría convertirse fácilmente en una norma de sabiduría se le echa aquí en cara al haragán, y constituye la fachada de su ofensa. Es universal: tras la inquisición y el sermón más afilado —estruendo combinado de la reprimenda y el elogio—, el hombre inocente escuchará un débil sonido panegírico en sus oídos. Nuestros vicios siempre se encuentran en la misma dirección que nuestras virtudes, y en su mejor versión no son sino imitaciones plausibles de las segundas. La falsedad nunca logra alcanzar la dignidad de la falsedad completa, sino que sólo es un tipo de verdad inferior. Si fuese plenamente falsa, correría el peligro de volverse verdadera.

Securus quo pes ferat, atque ex tempore vivit,

es, pues, el lema del hombre sabio. Tal y como el sutil discernimiento del lenguaje nos ha enseñado, el sabio, con toda su negligencia, sigue estando seguro. En cambio, el haragán, a pesar de su preocupación, se siente inseguro.

No hay vida más extemporánea que la de un hombre sabio, pues vive en una eternidad que abarca todo el tiempo. La mente ingeniosa se remonta hasta Zoroastro, y más atrás, a cada instante, y vuelve al presente con su revelación. Toda la economía y toda la industria del pensamiento no le ofrecen al hombre provisión alguna para la vida: su crédito con el mundo interior no será mejor, ni más grande su capital. Hoy tiene que volver a probar fortuna, como ayer. La solución de todos los asuntos está en el presente. El tiempo no se mide más que a sí mismo. La palabra que está escrita se puede posponer, a diferencia de la que está en los labios. ¡Si esto es lo que dice este

momento, dejemos que lo diga! El mundo entero está ansioso por colaborar con quien se lanza a vivir sin su credo en el bolsillo.

En la quinta sátira, la mejor, encuentro:

*Stat contrà ratio, et secretam garrit in aurem,
Ne liceat facere id, quod quis vitiabit agendo.*

La razón se opone, y le susurra al espíritu
Que no es lícito hacer aquello que se convertiría en nuestra vergüenza.

Sólo aquellos que no ven cómo algo podría hacerse mejor están ansiosos por ponerse manos a la obra. Hasta el artesano más experto encontrará estímulo en esta reflexión, de modo que su torpeza no sea capaz de dañar aquello a lo que su habilidad podría no llegar a hacer justicia. No hago aquí una apología para dejar de hacer muchas cosas escudándonos en nuestra Incapacidad —¿acaso hay algo que no salga desfigurado e imperfecto de nuestras manos?—, sino sólo una advertencia para que se hagan menos chapuzas.

Las sátiras de Persio no pueden estar más lejos de la inspiración, pues son, huelga decirlo, un tema impuesto, no escogido. Quizá yo le haya dado valor a su obra al ver en él una sinceridad mayor de la evidente. Una cosa es segura: lo único a lo que podemos llamar Persio, que es para siempre independiente y coherente, *actuaba* con sinceridad, y esto justifica una visión seria del conjunto. El artista y su trabajo no han de separarse. El hombre más obstinadamente necio no puede apartarse de su necedad, pero juntos, la acción y el ejecutor, constituyen un hecho esencial. Sólo hay un escenario para el campesino y el actor. El bufón no puede sobornarnos para que nos riamos siempre de sus muecas: éstas deberían esculpirse a sí mismas en granito egipcio, para erigirse, como pirámides, sobre los cimientos del carácter del bufón.

Los soles se levantaban y se ponían, y nos seguían encontrando en el frío y húmedo sendero forestal que serpentea remontando el Pemigewasset, que ahora se parecía más al rastro de una nutria o una marta, o de un castor que arrastra su cepo, que al camino por el que las ruedas del viaje levantan polvareda, allí donde la única finalidad de los pueblos es mantener unida a la tierra. La paloma salvaje se sentaba segura sobre nuestras cabezas, en las ramas altas y muertas de los pinos marítimos, reducida al tamaño de un petirrojo. Los jardincillos de las posadas besaban las faldas de las montañas y, al pasar, levantábamos la mirada hasta las copas de los arces, cuyos tallos ondeaban en las nubes.

Ya muy al norte —pues seremos fieles a nuestra experiencia—, en Thornton, si no recuerdo mal, nos encontramos con un joven soldado en los bosques que se dirigía a una reunión militar con el uniforme completo. Caminaba por el medio del camino, a través del bosque profundo, con el mosquete al hombro y aire marcial, pensando en la guerra y en toda la gloria que acapararía. La de pasar junto a nosotros sin perder

credibilidad y con porte militar era una dura prueba para el joven, más difícil que muchas batallas. ¡Pobre hombre! En realidad tiritaba como un junco, embutido en esos finos pantalones militares, y para cuando nos cruzamos con él toda su dureza, que es la marca del soldado, se le había borrado de la cara. Pasó de largo como si estuviese conduciendo el rebaño de su padre con un casco a prueba de estoques. Era demasiado para él llevar una armadura extra, pues ya se las veía y se las deseaba para mover sus armas naturales^[11]. Y en cuanto a las piernas, eran como artillería pesada en un cenagal: ¡más valdría cortar las cuerdas y renunciar a ellas! Sus espinilleras se rozaban y luchaban entre ellas a falta de otros enemigos. Así y con todo, consiguió pasar y salir airoso con toda su munición, y vivió para luchar un día más. Además, no creo que este episodio levante ninguna sospecha sobre su honor y su valor real en el campo de batalla.

Tras seguir caminando a través de desfiladeros formados por los ríos, por las faldas y las cimas de colinas y montañas ancianas, por campos llenos de tocones, rocas, bosques y pastos, por fin cruzamos, sobre árboles postrados, el río Ammonoosuc, y respiramos el aire libre de la Tierra Sin Dueño. Así fue como remontamos el río del que nuestro Concord natal es tributario, hasta que el Merrimack se convirtió en el Pemigewasset, que brincaba a nuestro lado. Y pasamos su manantial, el salvaje Ammonoosuc, cuyo cauce esmirriado se cruzaba de una zancada, y nos guiaba hacia su nacimiento lejano entre las montañas. Hasta que al final, ya sin su guía, pudimos alcanzar la cima del Agiocochook.

Dulces días, tan fríos, tan serenos, tan claros,
Nupcias del cielo y la tierra,
El dulce rocío llorará esta noche vuestra caída,
Pues habéis de morir^[12].

Cuando volvimos a Hooksett el hombre de las sandías, en cuyo granero habíamos colgado la tienda y las pieles de búfalo y otras cosas para que se secaran, ya estaba recolectando sus lúpulos, ayudado por muchas mujeres y niños. Quisimos comprar una sandía, la más grande de su campo, para llevárnosla como lastre. Era de Nathan, que podía venderla si así lo deseaba. Se la habían entregado cuando aún estaba verde, y no había día en que no se la comiera con los ojos. Después de la pertinente consulta con «Padre», cerramos el trato: teníamos que comprarla por nuestra cuenta y riesgo, ya estuviese verde o madura, y pagar «lo que deseen los señores». Resultó estar madura, y es que ya habíamos adquirido una buena experiencia en la selección de esta fruta.

Tras encontrar nuestro bote sano y salvo en su muelle, bajo la montaña Uncanoonuc, emprendimos el viaje de regreso al mediodía, con el viento y la corriente a nuestro favor, sentados tranquilamente y conversando, u observando en silencio el último punto de cada tramo recto del río, hasta que una curva lo ocultaba por completo. Como ya estaba bien entrada la estación, un viento constante soplaba

desde el Norte, y a veces podíamos desplegar nuestra vela y quedarnos descansando, apoyados en los remos, sin por ello perder tiempo. Los leñadores que desde la cima del alto margen, a treinta o cuarenta pies del agua, arrojaban madera que luego sería transportada río abajo hicieron una pausa para ver alejarse nuestro bote. De hecho, para entonces los barqueros ya nos conocían bien, y nos saludaban como si fuésemos la patrulla de aduanas del río. Mientras navegábamos rápidamente río abajo, atrapados entre dos montículos de tierra, los sonidos de aquella madera rodaban hasta la orilla, incrementando el silencio y la inmensidad del mediodía, y nos imaginamos que sólo se escuchaban los ecos primitivos. La visión de una gabarra lejana, que empezaba a asomar desde el otro lado de un cabo, también aumentó, por contraste, la soledad.

A través del estruendo y el caos del mediodía, incluso en la ciudad más oriental, se observa la naturaleza fresca y salvaje y primitiva, donde moran los etíopes y los indios y los escitas. ¿Qué es allí el eco, qué la luz y la sombra, el día y la noche, el océano y las estrellas, el terremoto y el eclipse? Los trabajos de los hombres quedan por doquier engullidos por la inmensidad de la Naturaleza. El mar Egeo no es más que un lago Hurón para el indio. También podemos encontrar toda la sofisticación de la vida civilizada en los bosques, vistiendo quizás un atuendo silvano. Las escenas más salvajes tienen un aire de domesticidad y sencillez incluso para el ciudadano, que, cuando escucha la carcajada del carpintero de pechera en el claro, recuerda que la civilización ha causado allí pocos cambios. La ciencia es bienvenida en los rincones más recónditos del bosque, pues la naturaleza también obedece allí las mismas y antiguas leyes civiles: el viento cambia de dirección y el sol se abre paso entre las nubes hasta para la pequeña mariquita que camina sobre el tocón de un pino. En la naturaleza más salvaje no sólo encontramos el material de la vida más cultivada, y una suerte de anticipación de su desenlace, sino que ya hay una sofisticación mayor de la que haya logrado jamás el hombre. Hay papiro junto a la orilla del río, y juncos que iluminan, y sólo el ganso vuela en el cielo, años antes de que nacieran los eruditos o se inventasen las letras. Desde el principio han estado toscamente al servicio del hombre, pero quizá éste aún no los haya usado para expresarse. La Naturaleza está preparada para acoger en su seno las obras de arte humanas más bellas, pues ella misma es un arte tan perfecto que el artista nunca aparece en su trabajo.

El Arte no está domesticado y la Naturaleza no es salvaje en el sentido ordinario de la palabra. Una obra de arte humana y perfecta también sería salvaje o natural en el buen sentido. El hombre sólo domestica a la Naturaleza para poder acabar haciéndola aún más libre de lo que la encontró, aunque quizá nunca lo haya logrado hasta ahora.

Con esta brisa propicia, y la ayuda de nuestros remos, pronto llegamos a las cataratas de Amoskeag, y a la desembocadura del Piscataquoag, y reconocimos, mientras

navegábamos rápidamente junto a ellas, muchas orillas e islotes hermosos en los que habíamos posado los ojos durante el trayecto de ida. Nuestro bote era como aquel que describe Chaucer en su *Sueño*, con el que el caballero se marchó de la isla,

Para viajar a su boda,
Y volvió con una anfitriona,
Con la que se podría uno casar para bien y para mal...
La barca era como la mente de un hombre:
Le traía lo que deseaba,
Y la mismísima reina, como lo oyen,
Solía en esa barca jugar.
No necesitaba mástil ni timón,
Nunca supe de una igual,
Ni capitán que la dirigiese,
Pues navegaba por la mente y el placer,
Sin dificultad, de Este a Oeste,
Todo era uno, ya hubiera calma o tempestad^[13].

Así navegamos aquella tarde, pensando en el dicho de Pitágoras, aunque no teníamos particular derecho a recordarlo: «Resulta hermoso cuando la prosperidad coincide con el intelecto, como cuando se navega con un viento próspero, y las acciones se realizan observando la virtud, como observa el piloto la posición de las estrellas^[14]». El mundo entero descansa en todo su esplendor para aquel que mantiene un equilibrio en su vida, y se mueve tranquilamente por su camino sin violencia secreta, como quien navega río abajo y sólo tiene que dirigir su barca, manteniéndola en medio del camino y rodeando las cataratas. Las aguas ondeaban en nuestra estela, como los tirabuzones de un chiquillo, mientras manteníamos un rumbo constante, y bajo la proa observábamos

El suave balanceo,
De las olas delicadas que se abrían
A medida que atravesábamos el amable elemento
Como sombras que se deslizan por sueños serenos^[15].

Las formas de la belleza caen de manera natural en el camino de quienes llevan a cabo su propia obra, como caen las virutas rizadas del cepillo del carpintero y se apiña el serrín en torno al barreno. La ondulación es el más dulce e ideal de los movimientos, provocado por un fluido que cae sobre otro. Las olas son un vuelo más elegante. Desde la cima de una colina podemos ver en ellas la repetición infinita de las alas de las aves. Las dos líneas *onduladas* que describen el vuelo de los pájaros parecen copiadas de las olas.

Los árboles constituían un cercado admirable para el paisaje, bordeando el horizonte por doquier. Los árboles aislados y las arboledas que habían quedado en pie en aquel tramo parecían dispuestos de manera natural, aunque el agricultor sólo hubiese consultado a su propia conveniencia, pues también él forma parte del esquema de la Naturaleza. El Arte jamás podrá igualar el lujo y la exuberancia de la

Naturaleza. En el primero todo está a la vista, pues no puede permitirse ocultar la riqueza; sin embargo, es tacaño en comparación con la Naturaleza, pues, aun cuando ésta sea escasa y pobre en el exterior, nos satisface con la garantía de la generosidad de sus raíces. En los pantanos, donde sólo despunta aquí y allá un árbol de hoja perenne entre las alfombras ondulantes de musgo y arándanos, la desnudez no sugiere pobreza. La píceca solitaria, de la que rara vez me había percatado en los jardines, me atrae en lugares como éstos, y ahora comprendo por primera vez por qué los hombres intentan hacerla crecer junto a sus casas. Sin embargo, y por perfectos que puedan ser los especímenes de ciertos jardines, allí su belleza es en gran medida ineficaz, pues no tenemos esa garantía de riqueza similar bajo ellos y a su alrededor, que resalta su belleza. Como hemos dicho, la Naturaleza es un arte mayor y más perfecto, el arte divino, aunque existan similitudes entre sus acciones y las del arte humano, incluso en los detalles y las nimiedades. Cuando el pino colgante cae sobre el agua, el sol y las olas, y el viento que lo frota contra la orilla, confieren a sus ramas unas formas fantásticas, blancas y suaves, que parecen obra de un torno. El arte del hombre ha imitado sabiamente esas formas que toda la materia tiende a adoptar, a imagen de las hojas y la fruta. Una hamaca colgando en una arboleda asume la forma exacta de una canoa, más ancha o más estrecha, de bordes más altos o más bajos, como si hubiera más o menos personas en ella, y se balancea en el aire con el movimiento del cuerpo como la canoa en el agua. Nuestro arte deja sus virutas y su polvo alrededor; su arte se exhibe incluso en las virutas y en el polvo que nosotros hacemos. Se ha perfeccionado a sí misma tras una eternidad practicando: el mundo está bien conservado, la inmundicia no se acumula, el aire de la mañana es claro, incluso hoy, y el polvo no se posa sobre la hierba. Contemplemos ahora cómo la noche se cierne sobre los campos, cómo las sombras de los árboles se arrastran más y más en la pradera, y en breve las estrellas vendrán a bañarse en estas aguas retiradas. Los proyectos de la Naturaleza son seguros y nunca fracasan. Si me despertase de un profundo sueño podría saber en qué lado del meridiano está el sol por el aspecto de la naturaleza y por el canto de los grillos. Y sin embargo, ningún pintor puede plasmar esta diferencia. El paisaje contiene un millar de esferas que indican la división natural del tiempo, las sombras de un millar de agujas que marcan la hora.

No sólo de la esfera del reloj
Este fantasma silencioso, día tras día,
Con un ritmo invisible, incesante, lento,
Roba años, meses y momentos;
También de la roca escarchada y del anciano árbol,
De las orgullosas murallas de Palmira desmoronadas,
De Tenerife, que desde lo alto el mar domina,
Y de cada pequeña brizna de hierba^[16].

Este toma y daca, ahora a este lado del sol, ahora a este otro, es casi el único juego al que los árboles saben jugar, el drama del día. En los profundos desfiladeros,

a los pies de la cara este de las colinas, la Noche hace acto de presencia antes de tiempo, incluso a mediodía, y a medida que el Día se retira ella se introduce en sus trincheras, deslizándose de árbol en árbol, de cerca en cerca, hasta que al final toma la ciudadela diurna, y despliega sus fuerzas por el valle. Es probable que la mañana sea más luminosa que la tarde no sólo por la mayor transparencia de su atmósfera, sino porque tendemos a mirar, de manera natural, hacia el Oeste, como adelantándonos en el día, de suerte que por la mañana vemos el lado soleado de las cosas y por la tarde la sombra de cada árbol.

Ya está bien entrada la tarde, y un viento fresco y pausado está soplando sobre las aguas, creando largas filas de ondas brillantes. El río ha cumplido con su trabajo, y ahora parece que, en lugar de fluir, se ha tumbado en toda su extensión y se dedica a reflejar la luz. La neblina sobre los bosques es como el jadeo inaudible, o mejor dicho, como la suave transpiración de la naturaleza en reposo, que brota desde una miríada de poros hacia la atmósfera atenuada.

Un 31 de marzo, hace ciento cuarenta y dos años, probablemente a esta hora de la tarde, remaban a toda prisa río abajo por este tramo, entre los bosques de pinos que a la sazón bordeaban estos márgenes, dos mujeres blancas y un chiquillo, que habían abandonado una isla en la desembocadura del Contoocook antes del amanecer. Llevaban poca ropa para aquella época del año, de estilo inglés, y movían sus remos con torpeza, pero con energía nerviosa y determinación, y en el fondo de su canoa yacían las cabelleras aún sangrantes de diez aborígenes. Eran Hannah Dustan y su niñera, Mary Neff, ambas de Haverhill, y un niño inglés de nombre Samuel Lennardson, escapando de su cautiverio entre los indios. El 15 de ese mismo mes, Hannah Dustan había sido obligada a levantarse de la cama donde se recuperaba de su parto y, medio vestida, con un pie descalzo, en compañía de su niñera, comenzó una marcha incierta, en medio de un tiempo aún inclemente, a través del bosque y la nieve. Había visto a sus siete hijos mayores huir con su padre, pero no conocía su suerte. Había visto los sesos de su bebé desparramados contra un manzano, y su casa y las de sus vecinos habían sido reducidas a cenizas. Cuando llegó a la tienda de su captor, situada en una isla del Merrimack, unas veinte millas al norte de donde estamos ahora, le dijeron que ella y su niñera pronto serían trasladadas a un lejano asentamiento indio, donde tendrían que correr baquetas desnudas^[17]. La familia de este indio estaba formada por dos hombres, tres mujeres y siete niños, además de un niño inglés, que encontraron allí prisionero. Cuando tomó la decisión de intentar escapar, Hannah Dustan le dijo al niño que preguntara a uno de los hombres cómo podría acabar con un enemigo de la manera más rápida, y hacerse con su cabellera. «Golpéalos aquí», le dijo aquél, llevándose el dedo a la sien, y también le enseñó cómo cortar una cabellera. En la mañana del 31 se levantó antes del amanecer, despertó a su niñera y al chiquillo y, usando los tomahawks de los indios, los mataron a todos mientras dormían, salvo a su niño favorito y a una *squaw* herida que escapó

con él hacia los bosques. El niño inglés golpeó al indio que le había dado la información en la sien, tal y como éste lo había instruido. Luego recogieron todas las provisiones que pudieron encontrar, cogieron el tomahawk y el arma del jefe y, tras barrenar todas las canoas menos una, emprendieron su huida hacia Haverhill, a unas sesenta millas por el río. Sin embargo, tras recorrer poca distancia, y temiendo que nadie creyese su historia si acababan viviendo para contarla, decidieron volver al *wigwam* silencioso, arrancaron las cabelleras de los muertos y las pusieron en una bolsa como prueba. Luego regresaron a la orilla, ya en el crepúsculo, y recomenzaron su viaje.

A primera hora de aquella mañana se cometió ese acto, y ahora, quizás, esas mujeres cansadas y ese niño, con la ropa manchada de sangre y la mente atravesada ora por la determinación, ora por el miedo, están preparando una comida apresurada a base de maíz seco y carne de alce, mientras su canoa se desliza bajo las raíces de estos pinos cuyos tocones aún se erigen en el margen. Están pensando en los muertos que han dejado atrás, en aquella isla solitaria río arriba, y en los guerreros vivos e implacables que van en su busca. Cada hoja marchita que ha dejado el invierno parece conocer su historia, y su crujido parece repetirla y delatarlos. Un indio acecha detrás de cada pino y cada roca, y sus nervios no pueden soportar el repiqueteo del pájaro carpintero. O se olvidan de los peligros que acechan y los actos cometidos al imaginar los destinos de sus seres queridos, preguntándose si, de lograr escapar de los indios, podrán encontrarlos aún con vida. No se detienen a cocinar en los márgenes, y sólo desembarcan para franquear las cataratas. La canoa de abedul robada se olvida de su dueño y les hace un buen servicio, y la corriente rápida los transporta suavemente, con lo que sólo usan los remos para dirigir el rumbo y mantenerse en calor con el ejercicio. El hielo flota por el río, la primavera está comenzando, la crecida saca de sus madrigueras a la rata almizclera y al castor, el ciervo los mira desde el margen, unos pocos pájaros del bosque, de canto tenue, cruzan volando el río hacia la orilla norte, el águila pescadora navega y grita sobre sus cabezas, y los gansos vuelan por el cielo con sorprendente estruendo. Sin embargo, no observan estas cosas, o quizás las olvidan rápidamente. No sonríen ni charlan en todo el día. A veces pasan junto a una tumba india, rodeada por estacas, en el margen, o junto a la estructura de un *wigwam*, con unos cuantos trozos de carbón que se han quedado allí, o junto a los tallos marchitos que siguen crujiendo en el solitario maizal. El abedul privado de su corteza, o el tocón chamuscado del árbol que se quemó para ser convertido en canoa, son los únicos rastros del hombre —un hombre salvaje y fabuloso para nosotros—. A ambos lados, el bosque primitivo se extiende sin interrupción hasta Canadá, o hasta los «Mares del Sur». Para el hombre blanco, una espesura lúgubre y terrible, pero para el indio un hogar adaptado a su propia naturaleza, alegre como la sonrisa del Gran Espíritu.

Mientras nosotros deambulamos tranquilamente por esta tarde de otoño, en busca de un lugar lo bastante retirado donde poder descansar en paz esta noche, ellos, en esa

fría tarde de marzo de hace ciento cuarenta y dos años, con el viento y la corriente a su favor, ya se han deslizado fuera de nuestra vista. No para acampar, como haremos nosotros, durante la noche, sino que mientras dos duermen uno dirige la canoa, y puede que la rápida corriente los lleve hasta los asentamientos, incluso hasta la casa de John Lovewell o el Salmon Brook, antes del amanecer.

Según el historiador, escaparon de milagro a las muchas patrullas de indios, y llegaron a sus casas sanos y salvos con sus trofeos, por los que el Tribunal General les pagó cincuenta libras. La familia de Hannah Dustan pudo volver a reunirse al completo, excepción hecha del bebé cuyos sesos fueron desparramados contra el manzano, y han sido muchos los que más tarde han vivido para decir que comieron la fruta de aquel árbol^[18].

Parece haber pasado muchísimo tiempo, pero el episodio sucedió mientras Milton escribía su *Paraíso perdido*. Sin embargo, su antigüedad no es menor por eso, pues no regulamos nuestro tiempo histórico siguiendo el patrón inglés, como no seguían los ingleses el romano, ni los romanos el griego. «Hemos de mirar mucho tiempo atrás», dice Raleigh, «para encontrar a los romanos dando leyes a las naciones, y a sus cónsules triunfales llevando a Roma a reyes y príncipes encadenados; para ver a los hombres ir a Grecia en busca de la sabiduría, o a Ofir en busca de oro. Y ahora, de su antigua condición, sólo queda un pobre recuerdo en papel^[19]». Y sin embargo, en cierto sentido, no hay que mirar tan atrás para encontrar a los penacooks y a los pawtuckets usando arcos y flechas y hachas de piedra a orillas del Merrimack. Desde esa tarde de septiembre, y entre esas orillas cultivadas, aquellos tiempos parecían más remotos que la Edad Media. Al mirar un antiguo cuadro de Concord, pintado hace sólo setenta y cinco años, con esa vista hermosa y abierta y la luz sobre los árboles y los ríos, como si fuese mediodía, descubro que nunca había pensado que el sol brillase en aquella época, o que otrora los hombres vivieran a plena luz del día. Aún más difícil nos resulta imaginar al sol brillando sobre las colinas y los valles durante la Guerra del Rey Felipe, sobre el camino de Church o, más tarde, de Lovewell o Pagus^[20], aun en pleno verano. Antes bien, pensamos que debieron vivir y luchar sumidos en un crepúsculo sombrío o en la noche.

La edad del mundo es lo bastante grande para nuestra imaginación, incluso según el relato de Moisés, y no tiene que tomar años prestados de su edad geológica. Desde Adán y Eva pasamos de un salto al diluvio, y luego atravesamos las monarquías antiguas, Babilonia y Tebas, Brahma y Abrahán, hasta llegar a Grecia y los argonautas, desde donde podemos volver a empezar, haciendo paradas en Orfeo y la Guerra de Troya, las pirámides y los juegos olímpicos, Homero y Atenas; y luego, tras tomar aire, llegamos a la construcción de Roma, y continuamos nuestro viaje hacia Odín y Cristo, hasta llegar a... América. Es un buen trecho, pero bastaría con juntar las vidas de sesenta ancianas, como las que viven en la falda de la colina,

pongamos de un siglo cada una, para abarcar todo el recorrido. Cogidas de la mano cubrirían el espacio que separa a Eva de mi propia madre. Una mera reunión para tomar el té —aunque de un tamaño respetable— cuyos cuchicheos versarían sobre la Historia Universal. Remontándonos en el tiempo y partiendo de mí mismo, la cuarta mujer amamantó a Colón, la novena era la niñera del Conquistador normando, la decimonovena era la virgen María, la vigésimo cuarta era la sibila de Cumas, la trigésima estuvo en la Guerra de Troya y su nombre era Helena, la trigésimo octava era la reina Semíramis y la sexagésima Eva, madre de la humanidad. Y hasta aquí lo que teníamos que decir sobre aquella

Vieja mujer que vive en la falda de la colina,
Y que si aún no se ha marchado, allí sigue^[21].

No está muy lejana la nieta que presencie la muerte del Tiempo.

Nunca podemos sobrepasar sin peligro los hechos reales de nuestros relatos. A diferencia de lo que algunos suponen, no existen ejemplos de pura invención. Escribir una verdadera obra de ficción no es más que tomarse el tiempo y la libertad de describir ciertos elementos con más exactitud de lo normal. Un relato sincero de lo real es la poesía más excepcional, pues el sentido común siempre tiene un punto de vista superficial y apresurado. Aunque no estoy muy familiarizado con los trabajos de Goethe, debo decir que una de sus principales virtudes como escritor era que se contentaba con dar una descripción exacta de las cosas y del efecto que causaban sobre él tal y como las veía. La mayoría de viajeros no se respeta lo suficiente como para limitarse a hacer eso: convierten los objetos y los acontecimientos que los rodean en lo principal, pero siguen imaginándose posiciones y relaciones más favorables que las reales, de suerte que su relato no nos resulta valioso en absoluto. En su *Viaje a Italia*, Goethe avanza a ritmo de caracol, pero siempre tiene presente que la tierra está bajo sus pies y el cielo sobre él. Su Italia no es la mera patria de *lazzaroni* y *virtuosi*, hogar de ruinas espléndidas, sino que es una tierra sólida cubierta de hierba, iluminada de día por el sol y de noche por la luna. Incluso las pocas lluvias quedan registradas con todo detalle. Habla como un espectador imparcial, cuyo único objetivo es describir fielmente lo que ve y, en la mayoría de los casos, en el orden en que lo ve. Ni siquiera sus reflexiones interfieren con sus descripciones. En una parte del libro habla de una ocasión en que dio una descripción tan brillante y sincera de una antigua torre a los campesinos que se habían reunido en torno a él, que quienes habían nacido y crecido a su sombra tuvieron que levantar las cabezas para, usando sus propias palabras, «poder contemplar con los ojos los elogios que habían escuchado sus oídos [...]. Y no añadí nada más, ni siquiera la hiedra que durante siglos había decorado sus paredes». Así pues, sería posible que las mentes inferiores produjesen libros de un valor incalculable, si no fuese porque esta misma moderación es precisamente prueba de una superioridad del espíritu, pues los sabios no son mucho más sabios que los demás, salvo porque respetan su propia sabiduría.

Algunos, pobres de espíritu, se limitan a registrar lastimeramente lo que les ha ocurrido. En cambio, otros hablan de cómo ellos han ocurrido para el universo, y del juicio que han dado sobre las circunstancias. Ante todo, Goethe se mostraba afable y benévolo con todo el mundo, y jamás escribió una palabra desagradable, ni siquiera descuidada. En una ocasión, un niño cartero gimotea diciendo: «*Signor, perdonate, questa è la mia patria*», a lo que él confiesa: «A mí, pobre norteño, se me llenaron como de lágrimas los ojos^[22]».

Toda la educación y la vida de Goethe fueron las de un artista. Carece de la inconsciencia del poeta. En su autobiografía describe fielmente la vida del autor de *Wilhelm Meister*. Pues en ese libro la sabiduría, extraña y serena, se mezcla con una cierta tendencia a la mezquindad o a la exageración de las nimiedades, y da lugar a un hombre atildado y parcial, o simplemente bien educado —una magnificación del teatro hasta el punto de que la vida misma se convierte en un escenario, con lo que es nuestro deber estudiar bien nuestro papel e interpretarlo con propiedad y precisión—, de manera que resulta evidente que el defecto de su educación es, por así decirlo, su plenitud meramente artística. La naturaleza se encuentra con trabas, aunque al final logra causar una impresión insólitamente universal en el muchacho. Se trata de la vida de un niño de ciudad, cuyos juguetes son cuadros y obras de arte, que se asombra con el teatro y las procesiones reales y las coronaciones. Y así como el joven estudiaba minuciosamente el orden y los rangos en la procesión imperial, y no podía soportar perderse nada, el hombre buscaba ganarse una posición en la sociedad acorde a sus aptitudes y respetabilidad. Sin embargo, se sintió defraudado por muchas de las cosas con las que disfruta el chico salvaje. De hecho, él mismo tiene ocasión de decir, en su propia autobiografía, cuando por fin escapa hacia los bosques, carentes de murallas: «Hay una cosa cierta: sólo los sentimientos vagos e incontenibles de los jóvenes y de las naciones incultas se adecuan a la experiencia de lo sublime, que tal vez se presente ante nosotros a través de objetos externos, pero que carece de forma o bien está moldeado en formas que nos son incomprensibles, envolviéndonos con una grandeza que nos sobrepasa». También dice sobre él mismo: «Había vivido entre pintores desde mi infancia, y estaba acostumbrado a mirar los objetos como ellos hacían, desde el punto de vista del arte^[23]». Y eso fue lo que hizo hasta el final. Estaba incluso demasiado *bien educado* como para poder estar completamente educado. Dice que no tuvo ninguna relación con los niños de las clases más bajas de la ciudad. El niño debería tener la ventaja de la ignorancia así como la del conocimiento, y es afortunado si recibe su cuota de abandono y exposición a la vida.

Las leyes de la Naturaleza rompen las reglas del Arte^[24].

El Hombre de Genio puede ser al mismo tiempo, y de hecho suele serlo, un Artista, pero no hay que confundirlos. El Hombre de Genio, por lo que a la humanidad se refiere, es un creador, un hombre inspirado o demoníaco, que produce

un trabajo perfecto en consonancia con leyes aún inexploradas. El Artista es aquel que detecta y aplica las leyes tras observar las obras del Genio, ya sean del hombre o de la naturaleza. El Artesano es aquel que se limita a aplicar las reglas que otros han detectado. Nunca ha existido un hombre de puro Genio, como tampoco ha habido ninguno que careciese completamente de él.

La poesía es el misticismo de la humanidad.

Las expresiones del poeta no pueden analizarse; su verso es una sola palabra, cuyas sílabas son a su vez palabras. De hecho, no hay *palabras* lo bastante dignas para ser puestas al servicio de su música. ¿Pero qué importa si no escuchamos siempre las palabras, si escuchamos la música?

Muchos versos no logran ser poesía porque no fueron escritos en el momento de crisis exacto, aunque puedan estar inconcebiblemente cerca. De hecho, que pueda escribirse poesía no es sino un milagro, pues no es un pensamiento recuperable, sino un matiz robado a un inmenso pensamiento que se aleja.

Un poema es una expresión sin divisiones ni trabas que madura y cae en la literatura, y que recibe sin divisiones ni trabas a aquellos para los que maduró.

Si puedes pronunciar lo que nunca escucharás, si puedes escribir lo que nunca leerás, habrás realizado algo excepcional.

El trabajo que escogemos debería ser el nuestro,
Pues Dios no pone trabas.

La inconsciencia del hombre es la conciencia de Dios.

Los cimientos de la sinceridad son profundos. Incluso las piedras que forman las murallas tienen sus cimientos debajo de la escarcha.

Aquello que se produce con una pincelada libre nos cautiva, como las formas de los líquenes y las hojas. En lo accidental hay un cierto grado de perfección que nunca logramos de manera consciente. Pasemos una pluma llena de tinta por una hoja de papel, doblemos el papel antes de que la tinta se seque, en dirección transversal a esta línea, y obtendremos una figura regular y tenuemente sombreada, que en algunos aspectos será más bella que un dibujo elaborado.

El talento de la composición es muy peligroso —supone abordar el corazón de la vida de un plumazo, como el indio que arranca una cabellera—. Siento que mi vida crece hacia afuera cuando puedo expresarla.

En su viaje desde el Brennero a Verona, Goethe escribe:

El Adigio fluye ahora con más suavidad, y forma en muchos lugares amplios bancos de arena. En tierra, junto al agua, en las laderas de las colinas, todo está plantado tan cerca que se diría que las plantas van a asfixiarse entre ellas: vides, maíz, moreras, manzanos, perales, membrillos y nogales. El saúco menor se lanza vigorosamente sobre las paredes. La hiedra trepa con sus fuertes tallos por las rocas y se extiende sobre ellas; la lagartija se desliza entre los recovecos, y todo lo que ocurre aquí y allá me recuerda a los cuadros más maravillosos de la historia del arte. Las mujeres con sus cabellos recogidos, los pechos

desnudos y las chaquetas ligeras de los hombres; los excelentes bueyes que llevan a casa desde el mercado, los pequeños asnos con sus cargas: todo constituye un Heinrich Roos^[25] vivo y animado. Y ahora que cae la tarde, flotando en el aire tranquilo descansan algunas nubes sobre las montañas —en los cielos hay más cosas detenidas que en movimiento— y justo cuando se pone el sol el canto de los grillos empieza a crecer más y más. Entonces, por una vez, se siente uno como en casa en el mundo, y no escondido o en el exilio. Me siento satisfecho como si hubiese nacido y crecido aquí, y estuviese ahora volviendo desde una expedición a Groenlandia o a la caza de ballenas. Incluso el polvo de mi Patria, que se arremolina en torno al carro y que no veía desde hacía tanto tiempo, es bienvenido. El tintineo, como campanadas de los grillos, es a la vez adorable, penetrante y propicio. Es maravilloso escuchar el silbido de los chiquillos traviesos imitando a estos ejércitos de cantantes, da la impresión de que se realzan los unos a los otros. La propia tarde es perfectamente tranquila, como el día.

Si alguien que viviese en el Sur llegara hasta aquí y escuchase mi euforia, me consideraría harto pueril. ¡Ay! Lo que expreso aquí lo he conocido largo tiempo mientras sufría bajo un cielo adverso, y ahora puedo sentir con alegría esta felicidad que es excepción, y de la que deberíamos disfrutar para siempre, como una eterna necesidad de la muerte^[26].

Así «navegábamos con la mente y el placer^[27]», como dice Chaucer, y todas las cosas parecían fluir con nosotros. La misma orilla y las colinas lejanas se disolvían con el aire puro; el material más duro parecía obedecer la misma ley que el más fluido, y en el fondo, a la larga, es efectivamente así. Los árboles no eran sino ríos de savia y de fibra de madera, que fluían desde la atmósfera y desembocaban en la tierra a través de sus troncos, de igual manera que sus raíces fluían hacia la superficie. Y en los cielos había ríos de estrellas, y vías lácteas, que ya empezaban a resplandecer y a ondear sobre nuestras cabezas. Había ríos de piedras sobre la superficie de la tierra, y ríos de minerales en sus entrañas, y nuestros pensamientos fluían y circulaban, y aquella porción de tiempo no era sino la hora corriente. Deambulemos, pues, por donde nos plazca, el universo está construido a nuestro alrededor y nosotros seguimos siendo su centro. Si miramos al cielo veremos que es cóncavo, y si pudiésemos observar un abismo igual de profundo veríamos que también sería cóncavo. El cielo se curva hacia la tierra en el horizonte, porque nosotros estamos en el suelo llano. Yo establezco sus límites. Aquellas estrellas tan bajas parecen reacias a marcharse, y en su camino tortuoso se acuerdan de mí y vuelven sobre sus pasos.

Ya habíamos dejado atrás, a plena luz del día, el enclave de nuestro campamento de Coos Falls, y acabamos montando nuestra tienda en la orilla oeste, en la zona norte del pueblo de Merrimack, casi enfrente de la gran isla en la que pasamos el mediodía en nuestro trayecto de ida, cuando remontábamos el río.

Allí nos acostamos aquella noche de verano, en una zona inclinada del margen, a un par de varas de nuestro bote, que estaba encallado en la arena, y justo delante de una delgada línea de robles que bordeaba el río, sin molestar a más habitantes que a las arañas de la hierba, que se acercaban atraídas por la luz de la lámpara y caminaban sobre nuestras pieles de búfalo. Cuando sacamos la cabeza de la tienda, los árboles se veían borrosos a través de la neblina, y un rocío frío se posaba sobre la hierba, que parecía alegrarse de la llegada de la noche, y junto al aire húmedo inhalamos una fragancia intensa. Tras dar buena cuenta de nuestra cena de chocolate

caliente, pan y sandía, pronto nos cansamos de conversar y escribir en nuestros diarios y, tras apagar la linterna que colgaba del mástil de la tienda, nos quedamos dormidos.

Por desgracia, muchas cosas que debieran haber quedado plasmadas en nuestro diario fueron omitidas, pues por cuanto teníamos por regla escribir en él todas nuestras experiencias, tal determinación es muy difícil de mantener, ya que esta experiencia relevante rara vez nos permite acordarnos de tal obligación, de suerte que los acontecimientos más nimios quedan registrados, mientras aquélla se ve con frecuencia olvidada. No resulta sencillo escribir en un diario lo que nos interesa en cada momento, pues escribir no es lo que nos interesa.

Cada vez que nos despertábamos en medio de la noche, con el eco de nuestros sueños resonando aún en la mente medio despierta, tenía que pasar un rato, y soplar el viento con más fuerza de la habitual, haciendo ondear las cortinas de la tienda, para que recordásemos que estábamos durmiendo en el margen del Merrimack, y no en nuestra alcoba. Al tener la cabeza a ras de hierba, escuchábamos los remolinos y los sorbidos del río, que fluía hacia el mar besando las orillas a su paso, con su poderosa corriente haciendo ora más ruido que de costumbre, ora volviendo a su goteo tenue y límpido, como si nuestro balde de agua tuviese una gotera, y el agua cayese sobre la hierba a nuestro lado. El viento, que hacía crujir los robles y los avellanos, parecía una persona desvelada y desconsiderada que, a media noche, se mueve de aquí para allá, poniendo las cosas en orden, a veces removiendo incluso cajones enteros de hojas con un soplido. Parecían estar organizándose a toda prisa preparativos en la Naturaleza al completo, como si llegase un visitante distinguido: un millar de sirvientas se encargaría de barrer todos sus pasillos durante la noche, y un millar de ollas tendría que hervir para el festín del día siguiente. Tal era el bullicio entre susurros que parecía haber diez mil hadas volando para coser en silencio la alfombra nueva que revestiría la tierra y las flamantes cortinas que adornarían los árboles. Luego el viento se calmó y se extinguió, y nosotros, como él, volvimos a sumirnos en el sueño.

VIERNES



El Barquero mantenía su rumbo
Fijo, con resolución constante:
Jamás retrocedía, ni buscaba extenuar
A sus brazos cansados por el arduo esfuerzo,
Barriendo con sus remos la acuosa pradera.

Edmund Spenser, *The Faerie Queene*

El manto del verano se vuelve
Oscuro, y ahora parece un vestido tintado.

John Donne, «An Anatomy of the World»

Mientras permanecíamos tumbados, despiertos mucho antes del amanecer, escuchando las ondas del río y el susurro de las hojas, preguntándonos si el viento soplaría río arriba o abajo, si sería propicio o adverso para nuestro viaje, ya sospechábamos que el tiempo había cambiado, pues había en aquellos sonidos una fresca otoñal. El viento de los bosques sonaba como una cascada incesante que corría rugiendo entre las rocas, e incluso nos sentimos estimulados por la actividad inusual de los elementos. Quien escuche el ondear de los ríos en estos días desesperados no perderá por completo la esperanza. Aquella noche se había producido el cambio de estación: nos fuimos a la cama en verano y nos despertamos en otoño, pues el verano se convierte en otoño en un instante inimaginable del tiempo, como una hoja que gira.

Encontramos nuestro bote al amanecer, justo como lo habíamos dejado, como si estuviese esperándonos allí, en la orilla, en el otoño, en el frío y empapado de rocío, y vimos nuestras huellas aún frescas en la arena húmeda de alrededor —todas las hadas se habían marchado o estaban escondidas—. Aún no eran las cinco de la mañana cuando lo empujamos hacia el interior de la niebla y, tras saltar dentro, nos bastó un golpe de remo para perder de vista la orilla y comenzar a deslizarnos sobre el rápido río, con los ojos alerta en busca de rocas. Sólo podíamos ver el agua amarilla y borbotante, y un denso banco de niebla formando un pequeño jardín a nuestro alrededor. Pronto pasamos junto a la desembocadura del Souhegan, y por el pueblo de Merrimack, y a medida que la neblina se fue disipando, y no fue necesario estar continuamente atentos a las rocas, vimos pasar las nubes viajeras, vimos el primer tono rojizo sobre las colinas, el río que fluía, las casitas en los márgenes, y luego la propia orilla, tan serena y fresca y brillante por el rocío; y más tarde, ya entrado el

día, vimos pasar los colores de la vid, vimos al jilguero sobre el sauce, al carpintero de pechera volando en bandadas, y cuando estuvimos lo bastante cerca de la orilla, pudimos constatar por las caras de los hombres que, como nos imaginamos, el Otoño había comenzado. Las casas parecían más acogedoras y reconfortantes, y sus moradores sólo se dejaban ver un instante, antes de marcharse tranquilamente y cerrar la puerta, retirándose hacia el interior, al hogar del verano.

Y ahora el frío rocío otoñal se ve
Cubriendo todo el verde;
Y los campos esquilados marcan
El rápido declive del año^[1].

Escuchamos el suspiro del primer viento otoñal, y hasta el agua había adquirido un tono más gris. El zumaque, la viña y el arce ya estaban cambiados, y el algodoncillo se había vuelto de un amarillo más oscuro e intenso. En todos los bosques las hojas se apresuraban a madurar, listas para su caída, pues las venas llenas y el brillo vivo son propios de la hoja madura, y no de la hoja marchita de los poetas. También sabíamos que los arces, que estaban entre los primeros en ser despojados de sus hojas, pronto se erigirían como columnas de humo bordeando el límite de la pradera. Ya se escuchaba el mugido salvaje del ganado en los pastos y por los caminos, marchando sin cesar de aquí para allá, como temiendo el marchitamiento de la hierba y la llegada del invierno. También nuestros pensamientos empezaron a susurrar.

Cuando camino por las calles de nuestro pueblo de Concord el día de la feria anual de ganado, que suele coincidir con la época en que las hojas de los olmos y los plátanos empiezan a esparcirse por el suelo con la respiración del viento de octubre, los espíritus que alegran su savia parecen tan revolucionados como cualquier joven granjero en su día libre, y encaminan mis pensamientos hacia el bosque lejano y susurrante, donde los árboles se están preparando para su campaña de invierno. Este festival otoñal, donde los hombres se reúnen en grandes multitudes por las calles con la misma regularidad y siguiendo una ley igual de natural que la que hace a las hojas amontonarse y crujir a los lados del camino, está vinculado en mi cabeza, de manera natural, con el declive del año. El mugido del ganado por las calles suena como una sinfonía ronca o un bajo que acompaña el crujido de las hojas. El viento sopla por doquier, espigando cada brizna de paja suelta que ha quedado en los campos, y también cada granjero parece moverse con él —vistiendo su mejor chaquetón, un chaleco color sal y pimienta y pantalones sueltos, llamativo atuendo de dril o estambre o pana, y, a pesar de todo, llevando también su sombrero de pelaje—, en dirección a las ferias rurales y a las exhibiciones de ganado, hacia esa Roma entre los pueblos donde se reúnen los tesoros de cada año. Campo a través salta las cercas con la ayuda de sus manos callosas y despreocupadas, que nunca han aprendido a estar

quietas, entre el mugido de los becerros y el balido de las ovejas: Amos, Abner, Elnathan, Elbridge...

Desde las escarpadas montañas cubiertas de pinos hasta el valle^[2].

Adoro a estos hijos de la tierra con sus grandes y afables corazones que se dirigen como un rebaño tumultuoso de feria en feria, como si temiesen que no hubiese tiempo entre sol y sol para verlas todas, pues el sol no es más paciente ahora que durante la siega del heno.

Sabios predilectos de la Naturaleza, viven en el mundo
Sin quedarse perplejos por su vehemencia^[3].

Corriendo de aquí para allá, ansiosos por ver los vulgares espectáculos de ese día, ora siguiendo con gran tumulto al negro inspirado cuya laringe desata las melodías de todo el Congo y el golfo de Guinea por nuestras calles, ora viendo la procesión de un centenar de yuntas de bueyes, todos augustos y graves como Osiris, o los rebaños de ganado bien cuidados o de vacas lecheras tan inmaculadas como Isis o Io. Quienes no sienten por la Naturaleza amor

En absoluto
Volverán de este gran festival convertidos en sus amantes^[4].

Puede que lleven sus bestias más bellas y sus frutos más ricos a la feria, pero todos quedan eclipsados por el espectáculo de los hombres. Éstos son días estimulantes de otoño, en que los hombres se desplazan en multitudes entre el crujido de las hojas, como fringílicos en migración. Ésta es la verdadera cosecha del año, donde el aire no es sino la respiración de los hombres y el sonido de las hojas se funde con el pisoteo de la multitud. Hoy en día leemos sobre los festivales, los juegos y las procesiones de los antiguos griegos y los etruscos con algo de incredulidad o, cuando menos, con poca simpatía. Pero qué natural e irreprimible resulta para cada pueblo realizar algún saludo cordial y palpable a la Naturaleza. Los coribantes, las bacantes, los trágicos toscos y primitivos con su procesión y su canto de cabra^[5], y toda la parafernalia de las Panateneas^[6], que parecen tan anticuados y peculiares, tienen su homólogo en la actualidad. El campesino siempre será un mejor griego de lo que el erudito puede apreciar, y la tradición antigua aún sobrevive, mientras que los anticuarios y los estudiosos encanecen conmemorándola. Los granjeros se arremolinan en las ferias del día obedeciendo a la misma ley antigua, que no fue promulgada por Solón o Licurgo, y con la misma naturalidad que los enjambres de abejas siguen a su reina.

Merece la pena tomarse el tiempo de observar a los campesinos, cómo fluyen hacia la ciudad; a la sobria gente del campo, ahora todos ansiosos, con los cuellos de las camisas y los abrigos bien levantados —cuellos tan anchos que parecen haberse

puesto la camisa al revés, la parte de arriba abajo, pues la moda siempre tiende al exceso—, y con una insólita ligereza en su paso, charlando circunspectos entre ellos. También el caminante más relajado aparecerá sin duda tras escuchar el primer ruido de la reunión, y al día siguiente volverá a su agujero, como la cicada periódica, que cada diecisiete años sale del subsuelo para poner sus huevos. Lleva un abrigo siempre desgastado, y aunque es más elegante que el traje de los domingos del granjero, nunca va vestido. Viene a ver el espectáculo, a enterarse de lo que pasa —a saber «qué se cuece», si es que se cuece algo—, a ver a unos cuantos hombres borrachos, las carreras de caballos y las peleas de gallos, impaciente por hacer temblar las patas de las mesas y, sobre todo, a contemplar al «cerdo rayado». Este caminante es, de hecho, la criatura que más disfruta de la ocasión: vacía sus bolsillos y su alma en este río y allí nada durante todo el día. Ama sinceramente toda esta efusión social y no hay en él ninguna reserva de sobriedad.

Me encanta observar a estos rebaños de hombres alimentándose efusivamente de tales placeres burdos y succulentos, como se alimenta el ganado de las hojas y los tallos de las plantas. Aunque entre ellos hay muchos especímenes humanos encorvados y lisiados, reducidos a espinas y corteza y deformados por las circunstancias adversas, como la tercera castaña de la cápsula —de suerte que nos sorprende ver ciertas cabezas llevando un sombrero en condiciones—, no hay que temer que la raza fracase o titubee con ellos, pues, como los manzanos silvestres que crecen entre estos setos, aún producen frutos dulces e intensos. Así se refuerza la naturaleza generación tras generación, a medida que sus bonitas y sabrosas variedades se van extinguiendo, cumpliendo su periodo de vida. Así es esta raza humana. Pensemos en qué barato ha de ser el material del que están hechos tantos y tantos hombres.

El viento propicio soplaba con constancia, así que mantuvimos nuestra vela desplegada y no nos retrasamos ni un instante en toda la mañana, sino que desde primera hora hasta el mediodía navegamos sin descanso río abajo. Con las manos sobre el timón, que estaba bien hundido en el río, o recurriendo a los remos, a los que rara vez renunciábamos, sentíamos cada latido en las venas de nuestro corcel, y cada batido de las alas que nos empujaban. La corriente de nuestros pensamientos giraba de forma tan repentina como los meandros del río, que continuamente nos ofrecía nuevas vistas hacia el Este o el Sur, aunque somos conscientes de que los ríos fluyen con mayor rapidez y a menor profundidad en estos tramos. Las leales orillas nunca se apartaron de nosotros, aunque siempre siguiendo su propio curso. Así pues, ¿por qué razón tendríamos nosotros que apartarnos de ellas?

Un hombre no puede persuadir ni atemorizar a su propio Genio. Pero para conciliarlo, se necesita una conducta más noble de la que el mundo solicita o sabe apreciar. Estos pensamientos alados son como pájaros, y no serán manoseados; ni siquiera las gallinas se dejan tocar como los cuadrúpedos. Nunca ha habido nada más

desconocido y sorprendente para un hombre que sus propios pensamientos.

Al genio más excepcional es a quien más le cuesta sucumbir y amoldarse a los caminos del mundo. El genio es la peor madera si lo que el poeta busca es navegar con la brisa de la popularidad. Las aves del paraíso están obligadas a volar constantemente contra el viento, para que sus vistosos ornamentos, haciendo presión contra sus cuerpos, no les impidan el movimiento.

El mejor navegante es aquel que puede pilotar con la menor ayuda del viento, y que puede obtener fuerza motriz de los mayores obstáculos. Casi todos empiezan a virar y cambiar de rumbo apenas el viento deja de soplar por la popa, y como entre los trópicos no sopla desde todos los puntos de la rosa, hay algunos puertos que jamás podrán alcanzar.

El poeta no es un atracadero desprotegido e imaginario, que requiere instituciones y edictos particulares para su defensa, sino el hijo más duro de la tierra y del Cielo, y por su mayor fuerza y resistencia sus compañeros extenuados reconocerán a Dios en él. A fin de cuentas, son los devotos de la belleza quienes han hecho el verdadero trabajo pionero en el mundo.

El poeta será popular a pesar de sus defectos, y también a pesar de sus virtudes. Golpeará la cabeza del clavo y no sabremos el tamaño de su martillo. Nos da la libertad de su hogar y su corazón, que es mejor que ofrecerle a alguien la libertad de una ciudad.

Los grandes hombres, desconocidos para su generación, tienen su fama entre los grandes nombres que les han precedido, y toda su gloria terrenal procede de los elevados juicios de éstos, más allá de las estrellas.

Orfeo no escucha los acordes que salen de su lira, sino sólo aquellos que le son inspirados, pues el acorde original precede al sonido, de la misma manera que el eco lo sucede. El resto pertenece sólo a rocas y árboles y bestias.

Cuando estoy en una biblioteca donde se encuentra documentado todo el saber del mundo, pero ninguno de los documentos, un mero tesoro acumulado que no es realmente acumulativo, donde los trabajos inmortales están lomo con lomo con antologías que no sobrevivieron al mes de su publicación, y las telarañas y el moho ya se han expandido desde las tapas de éstas a las de aquéllos, y recuerdo qué es la poesía, me doy cuenta de que Shakespeare y Milton no previeron caer en tan baja compañía. ¡Ah, que el trabajo de un verdadero poeta tenga que verse tan pronto arrastrado hacia tal agujero polvoriento!

El poeta sólo escribirá para sus semejantes. Se limitará a recordar que vio la verdad y la belleza desde su posición, y espera el momento en que una visión tan hermosa se cierna con esa misma libertad sobre ese mismo panorama.

A menudo nos vemos inclinados a compartir nuestras reflexiones con nuestros vecinos, o con los viajeros solitarios que nos cruzamos por el camino, pero la poesía es una conversación que desde nuestro hogar y soledad le habla a toda la Inteligencia. Nunca susurra a un oído privado. Sabiendo esto, quizá podamos comprender esos

sonetos que dicen dirigirse a individuos particulares, o «A la ceja de una amante^[7]». Que nadie se sienta halagado por ellos.

No hay duda de que existe una diferencia importante entre los hombres de genio, o los poetas, y los hombres que carecen de él, pues estos últimos no son capaces de aferrar y enfrentarse al pensamiento que les visita —aunque esto sólo se debe a que son demasiado vagos para poderlo expresar, o para que deje siquiera una impresión consciente—. Aquello que acelera o retrasa la sangre de sus venas y llena sus tardes con un placer cuya procedencia desconoce expresa una garantía evidente de la organización más elevada del poeta.

Hablamos del genio como si fuese una mera habilidad, y el poeta sólo pudiese expresar lo que los otros hombres conciben. Sin embargo, con relación a su tarea, el poeta es menos talentoso que cualquiera; el escritor de prosa tiene de hecho mayor habilidad. O fijémonos en el talento que posee el herrero, cuyo material es flexible en sus manos. Cuando el poeta se siente más inspirado le estimula un aura que jamás teñirá los atardeceres de los hombres comunes. Sin embargo, luego su talento se desvanece, y deja de ser un poeta. Los dioses no le conceden una habilidad superior a las demás, nunca ponen sus dones en las manos del poeta, sino que lo envuelven y lo sustentan con su aliento.

Decir que Dios le ha dado a un hombre muchos y grandes talentos suele significar que ha puesto Sus cielos al alcance de su mano.

Cuando el frenesí poético nos posee, corremos y rasgamos pluma en mano, concentrados sólo en los gusanos, llamando a nuestros compañeros en derredor, como el gallo, y disfrutando de la polvareda que levantamos. Sin embargo, no detectamos dónde está la joya, que quizá, entretanto, hemos alejado o vuelto a cubrir.

Tampoco el cuerpo del poeta se alimenta como el de los otros hombres, sino que en ocasiones prueba el néctar y la ambrosía genuinos de los dioses y vive una vida divina. Por medio de sanos y estimulantes arrebatos de inspiración, su vida se conserva hasta una apacible senectud.

Algunos poemas sólo son para las vacaciones. Son refinados y dulces, pero su dulzura es la del azúcar, no la que el esfuerzo confiere al pan amargo. El poeta ha de vivir con el mismo aliento con el que declama su verso.

La gran prosa, igual de elevada, merece que le demos un reconocimiento mayor que al gran verso, pues implica una altitud permanente, una vida más impregnada de la grandeza del pensamiento. A menudo el poeta sólo hace una irrupción, como el soldado parto, y vuelve a marcharse, disparando mientras se retira. En cambio, el escritor de prosa conquista como un romano y funda colonias.

El poema verdadero no es el que el público lee. Existe siempre un poema no impreso sobre papel, que coincide con la producción de éste, estereotipado en la vida del poeta: *aquello en lo que se ha convertido a través de su trabajo*. La pregunta no es cómo puede expresarse la idea en piedra, o sobre un lienzo, o en papel, sino hasta qué punto ha obtenido forma y expresión en la vida del artista. Su verdadero trabajo

no estará expuesto en la galería de ningún príncipe.

Mi vida ha sido el poema que habría escrito,
Pero no podía a la vez pronunciarlo y vivirlo.

LA DEMORA DEL POETA

Veo en vano alzarse a la mañana,
En vano observo el Oeste enrojecer,
Mirando indolente hacia otros cielos,
Esperando a la vida por otros senderos.

Rodeado de esta infinita riqueza exterior,
Por dentro sigo siendo pobre,
Los pájaros despiden cantando a su verano,
Pero mi primavera aún no ha comenzado.

¿Debería pues aguardar al viento otoñal,
Obligado a buscar un día más sereno,
Sin dejar atrás lugar donde anidar,
Ni bosque donde aún resuene mi canto?

Este día crudo y ventoso, y el chirrido de los robles y los pinos de la orilla, nos hizo recordar climas más norteños que el griego, y mares más fríos que el Egeo.

Los versos auténticos de Ossian, o esos poemas antiguos que llevan su nombre, aunque cuenten con menos fama y alcance, están hechos, en muchos aspectos, de la misma pasta que la *Ilíada*. Ossian reivindica la dignidad del bardo tanto como Homero, y en su época no conocemos más sacerdote que él. De nada servirá llamarlo pagano porque personifica al sol y le habla. ¿Y qué, si sus héroes «alababan a los espíritus de sus padres^[8]», a sus formas tenues, livianas e insustanciales? Nosotros no alabamos sino a los espíritus de nuestros padres en formas más sustanciales. No podemos por menos de respetar la fe vigorosa de los paganos, que de algún modo logran creer firmemente, y nos sentimos inclinados a decirle a los críticos que se sienten ofendidos por sus ritos supersticiosos: no interrumpáis las oraciones de estos hombres. ¡Como si nosotros supiéramos más sobre la vida humana y sobre un Dios que los paganos y los antiguos! ¿Acaso la teología inglesa abarca los descubrimientos más recientes?

Ossian nos recuerda las épocas a un tiempo más toscas y más refinadas, a Homero, a Píndaro, a Isaías y a los indios americanos. En su poesía, como en la de Homero, sólo vemos los rasgos más sencillos y duraderos de la humanidad, esas partes esenciales de un hombre, como las que Stonehenge muestra de un templo; sólo vemos los círculos de piedras levantadas. Los fenómenos vitales adquieren un tamaño casi irreal y gigantesco cuando se los observa a través de su niebla. Como toda la poesía más antigua y elevada, se distingue por los pocos elementos en las vidas de sus héroes. Los vemos sobre el campo de batalla, reducidos a huesos y cartílagos, entre las estrellas y la tierra, una llanura infinita para sus acciones. Llevan una vida

tan sencilla, árida y eterna, que no necesita separarse de la carne, y se transmite por completo de generación en generación. Hay poquísimos objetos que distraigan su mirada, y su vida está tan libre de responsabilidades como el curso de las estrellas que observan.

Los reyes iracundos, sobre túmulos desmoronados,
Observan desde detrás de sus escudos
El rumbo de las estrellas errantes,
Que brillantes viajan hacia el Oeste^[9].

A estos héroes no les cuesta mucho vivir, no necesitan demasiados accesorios. Son de ese tipo de hombres que sólo pueden verse desde lejos, a través de la niebla, y no tienen ropas ni dialectos, sino que para comunicarse usan una lengua propia, y en cuanto a las ropas siempre habrá pieles de animales y cortezas de árboles. Viven de año en año merced al vigor de su constitución. Sobreviven a las tormentas y a las lanzas de sus enemigos, realizan unas cuantas gestas heroicas, y luego

Los túmulos responderán preguntas sobre ellos,
Durante eras y eras.

Ciegos y enfermizos, pasan el resto de sus días escuchando los cantos de los bardos, palpando las armas que tumbaron a sus enemigos. Y cuando al fin mueren, con una convulsión de la naturaleza, el bardo nos permite echar un vistazo breve y borroso al futuro, tan claro como lo fueron sus vidas. Cuando Mac-Roine fue asesinado,

Su alma fue al encuentro de sus padres belicosos,
Para perseguir jabalíes de niebla
En islas inhóspitas y tempestuosas.

El túmulo del héroe se erige, y el bardo canta un acorde breve y significativo, que será suficiente epitafio y biografía.

Los débiles guerreros encontrarán allí su arco,
Y en vano intentarán tensarlo.

En comparación con esta vida sencilla y fibrosa, nuestra historia civilizada parece la crónica de la debilidad, de la moda y de las artes de la opulencia. No obstante, el hombre civilizado no echa de menos el refinamiento en la poesía de la época más tosca, que le recuerda que la civilización no hace más que vestir a los hombres: fabrica zapatos, pero no fortalece las plantas de sus pies; confecciona tejidos de una textura más fina, pero no toca la piel. Dentro del hombre civilizado el salvaje sigue ocupando la posición de honor. Somos esos sajones de ojos azules y pelo rubio, esos normandos fibrosos y morenos.

La profesión del bardo tenía mayor prestigio en aquellos días merced a la

importancia de la fama. Su tarea era registrar las gestas de los héroes. Cuando Ossian escucha las composiciones de los bardos menores, exclama:

Fui recogiendo esos estridentes relatos
Y los reproduje en mis cantos.

Su filosofía vital está expresada en el comienzo del tercer Canto de Ca-Lodin:

¿De dónde han brotado las cosas que existen?
¿Y hacia dónde van los años que pasan?
¿Dónde esconde el Tiempo sus dos cabezas,
Con una densa tristeza impenetrable,
Y su superficie marcada sólo por las gestas heroicas?
Veo a las generaciones antiguas,
El pasado parece borroso,
Como objetos que la tenue luz de la luna
Refleja desde un lago lejano.
Veo, en efecto, los rayos de la guerra,
Pero allí moran los tristes olvidados,
Todos aquellos que no enviaron sus gestas
Hasta tiempos lejanos y gloriosos.

Los guerreros innobles mueren y caen en el olvido:

Llegan extranjeros a construir una torre
Y arrojan sus cenizas sobre ella;
Hay espadas oxidadas y cubiertas de polvo;
Una, doblada hacia adelante, dice:
«Estas armas pertenecieron a héroes pasados;
Jamás escucharemos cantadas sus alabanzas».

La grandeza de los símiles es otro rasgo que caracteriza a la gran poesía. Ossian parece hablar un lenguaje gigantesco y universal. Las imágenes y los cuadros ocupan mucho espacio en el paisaje, como si sólo pudieran verse desde los laterales de las montañas, o desde las llanuras con amplios horizontes, o a través de los brazos de mar. El engranaje es tan inmenso que no puede sino ser natural. Oivana le dice al espíritu de su padre, «el canoso Torkil de Torne», aparecido en los cielos:

Te marchas flotando como los barcos que se alejan.

Así pues, cuando las huestes de Fingal y Starne se acercan a la batalla,

Con un murmullo elevado, como los ríos lejanos,
El ejército de Torne retrocede.

Y cuando se ven obligados a retirarse,

Arrastrando sus lanzas tras ellos,
Cudulin se adentra en el bosque oscuro,
Como el fuego que se aviva antes de morir.

Tampoco Fingal quería un público cuando hablaba:

Un millar de orantes inclinados
Para escuchar el canto de Fingal.

Las amenazas también habrían disuadido a cualquier hombre, pues la venganza y el terror eran reales. Trenmore amenaza al joven guerrero que encuentra en una playa extranjera:

Tu madre encontrará tu cadáver en la orilla,
Mientras ve alejarse sobre las olas
Las velas de quien mató a su hijo.

Si los héroes de Ossian lloran es por exceso de fuerza, y no por debilidad. Es el sacrificio o libación de las naturalezas fértiles, como la piedra que transpira bajo el calor del verano. Apenas si nos percatamos de que se han derramado lágrimas, parece que el llanto sólo fuese cosa de héroes y bebés. Su alegría y su pena están hechas del mismo material, como la lluvia y la nieve, el arco iris y la niebla. Cuando Filian cayó derrotado en la batalla, y sintió vergüenza en presencia de Fingal,

Se retiró de inmediato
Y se inclinó afligido sobre un río
Con las mejillas bañadas de lágrimas.
De cuando en cuando apartaba sus grises
Cabellos con la lanza invertida.

Crodar, ciego y anciano, recibe a Ossian, hijo de Fingal, que llega en su ayuda durante la guerra:

«Mis ojos han fracasado», dice, «Crodar está ciego.
¿Tienes la misma fuerza que tus padres?
Alarga tu brazo, Ossian, hacia este viejo cano».
Extendí mi brazo hacia el rey.
El héroe anciano cogió mi mano
Y lanzó un profundo suspiro.
Las lágrimas corrían sin cesar por su mejilla.
«Eres fuerte, hijo del poderoso,
Mas no tan temible como el príncipe de Morven
[...]
Organicemos mi banquete en el salón,
Dejemos cantar a cada juglar de dulce voz;
Grande es aquel que está entre mis murallas,
Hijos del oleaje de Cromá».

Incluso el propio Ossian, héroe y bardo, rinde tributo a la fuerza superior de su padre Fingal.

Cuán hermosa, hombre poderoso, era tu mente,
¿Por qué triunfó Ossian sin su fuerza?

Mientras navegábamos raudos con el viento a favor, y el río borbotaba bajo nuestra popa, los pensamientos otoñales fluían por nuestra cabeza con la misma constancia, y nos fijábamos menos en lo que ocurría en la orilla que en las evocaciones e impresiones atemporales que la estación despertaba en nosotros, anticipando en cierta medida el progreso del año.

Ahora escucho, cuando antes sólo tenía oídos,
Ahora veo, cuando antes sólo tenía ojos,
Ahora vivo cada instante, cuando antes sólo vivía años,
Y distingo la verdad, yo, que antes sólo era sensible al saber.

Sentados mirando río arriba, estudiábamos el paisaje gradualmente, como quien desenrolla un mapa: roca, árbol, casa, colina y pradera adquirirían posiciones nuevas a medida que el viento y el agua cambiaban la escena, y en las metamorfosis de los objetos más sencillos había suficiente variedad para entretenernos. Visto desde aquí, el paisaje nos parecía nuevo.

Hasta el manto de agua más familiar, visto desde la cima de una colina desconocida, ofrece un placer nuevo e inesperado. Tras viajar unas cuantas millas ni siquiera reconocemos el perfil de las colinas que dominan nuestro pueblo natal, y puede que ningún hombre conozca lo bastante bien la vista desde la colina más cercana a su casa, ni logre recordarla con nitidez cuando regresa al valle. Por lo general, tras alejarnos un poco ya no sabemos en qué dirección están las colinas que albergan en su seno nuestras casas y granjas. Como si al principio nuestro nacimiento hubiese separado las cosas, y hubiésemos sido incrustados en la naturaleza como una cuña: hasta que la herida sana y la cicatriz desaparece no empezamos a descubrir dónde estamos y que la naturaleza es una e ininterrumpida. Un momento importante en la vida de un hombre que siempre ha vivido en la ladera este de una montaña, y la ha visto al oeste, se produce cuando rodea la montaña y la ve desde el otro lado. Así y con todo, el universo es una esfera cuyo centro está donde está la inteligencia. El sol no es tan céntrico como un hombre. Desde la cima de una colina aislada, en medio del campo abierto, nos parece estar sobre el umbo de un escudo inmenso: el paisaje cercano parece menos elevado que el más remoto, y va ascendiendo hacia el horizonte, que es el borde del escudo: villas, campanarios, bosques, montañas, unos sobre otros, hasta que todos son engullidos por los cielos. Las montañas más lejanas del horizonte parecen elevarse directamente desde la orilla de esa laguna en medio del bosque en la que casualmente nos encontramos. En cambio, desde la cumbre de la montaña, no sólo ésta, sino un millar de lagunas más cercanas y más grandes pasan desapercibidas.

Vistas a través de este aire puro las labores del agricultor, su arado y su siega, tenían a nuestros ojos una belleza que él nunca había visto. ¡Qué afortunados éramos, que no poseíamos ni un acre de tierra junto a estas orillas, que no habíamos renunciado a nuestra posesión absoluta del paisaje! Aquel que sabe cómo apropiarse

del valor verdadero de este mundo habría de ser el hombre más pobre de la tierra. ¡Pobre hombre rico! Lo único que tiene es lo que ha comprado. En cambio, lo que yo veo es mío. Soy uno de los grandes propietarios de las tierras del Merrimack.

Los hombres cavan y bucean pero no pueden gastar mi riqueza,
Pues aún no me he apropiado de ninguna mercancía parcial,
Ni he enviado a las indias ningún barco armado
Que me despoje de mis posesiones orientales.

Aquel que, tanto en verano como en invierno, puede hallar placer en sus propios pensamientos es el hombre rico, y disfruta de los frutos de la riqueza. ¡¿Que compre una granja?! ¿Qué tengo yo para pagar una granja que vaya a aceptar el granjero?

Cuando vuelvo a visitar algún lugar de mi infancia me alegra constatar que la naturaleza se conserva tan bien. Y es que el paisaje es algo real, y sólido, y sincero, y yo aún no lo he pisado. Hay un agradable tramo a orillas del Concord, llamado Conantum, que recuerdo bien: la antigua granja abandonada, el pasto desolado con su sombrío peñasco, el bosque abierto, el río a pocos pasos, la pradera verde en el centro y el huerto de manzanos silvestres cubierto de musgo; lugares en los que uno podría tener miles de reflexiones y no llegar a ninguna conclusión. Es una escena que no sólo puedo recordar, como una visión, sino que puedo volver a visitarla en persona, y encontrarla igual, inexplicable y humilde con su agradable monotonía. Cuando mis pensamientos son sensibles a los cambios, me encanta observar y sentarme en rocas que *he* conocido, y husmear en su musgo, y ver esa inmutabilidad tangible. No se me encanece el pelo al sentarme sobre rocas siempre grises, al igual que no reverdezo bajo los árboles de hojas perennes. Existe algo en el paso mismo del tiempo con lo que el propio tiempo se recupera.

Como hemos dicho, resultó ser un día frío y ventoso, y cuando llegamos al riachuelo de Penichook Brook nos vimos obligados a quedarnos envueltos en nuestros mantos, mientras el viento y la corriente nos transportaban. Avanzábamos rápidamente sobre la superficie ondulante, pasando ora junto a lejanas tierras cultivadas y cercas que separaban innumerables granjas, sin pensar en las diferentes vidas que separaban, ora junto a largas filas de alisos o arboledas de pinos y robles, ora junto a alguna casa desde la que las mujeres y los niños nos observaban, hasta que desaparecíamos de su vista, superando los confines de su más larga caminata sabatina. Nos deslizamos junto a la desembocadura del Nashua, y poco después junto a la del Salmon Brook, sin más pausa que la del viento.

Salmon Brook,
Penichook,
Aguas dulces de mi cerebro,
¿Cuándo podré ver,
O echar el anzuelo,
En vuestras olas otra vez?

¿Volveré a encontrar

Las anguilas plateadas,
Las nasas de madera,
Los cebos que aún me fascinan,
Y las libélulas
Que flotan sobre el río?

Las sombras se perseguían sin tregua sobre los troncos y las praderas, y su alternancia estaba en armonía con nuestro estado anímico. Podíamos distinguir las nubes que proyectaban cada una de ellas, aunque nunca estaban demasiado altas. Cuando una sombra cruza el paisaje del alma, ¿dónde está la sustancia? Probablemente, si fuésemos lo bastante sabios, veríamos con qué virtud estamos en deuda en cada momento de alegría del que disfrutamos. Sin duda nos lo habremos ganado alguna vez, pues los regalos del Cielo nunca son del todo gratuitos. La abrasión y el deterioro constante de nuestras vidas constituyen la tierra de nuestro crecimiento futuro. Cuando la madera que ahora maduramos se convierta en moho virgen, determinará el carácter de nuestro segundo crecimiento, ya sea de roble o de pino. Todos los hombres arrojan una sombra, no sólo la de su cuerpo, sino la de su espíritu imperfecto. Se trata de su pena. Que miren hacia donde quieran: siempre estará en contra del sol, será corta al mediodía, larga a la tarde. ¿Nunca la habéis visto? Pero, con respecto al sol, es más ancha en su base, aunque no mayor que la propia opacidad del hombre. La luz divina baña casi todo nuestro entorno, y ya sea por la refracción, ya por una cierta luminosidad propia o, como algunos creen, por la transparencia —si logramos permanecer inmaculados—, somos capaces de alumbrar nuestro lado sombrío. En cualquier caso, nuestra pena más oscura tiene ese color bronceado de la luna eclipsada. No existe mal que no pueda disiparse, como la oscuridad, si dejamos entrar una luz más potente. Las sombras, con respecto a la fuente de luz, son pirámides cuyas bases nunca son más grandes que las sustancias que las arrojan; la luz, en cambio, es un cúmulo esférico de pirámides, cuyas cúspides son el mismísimo sol, de suerte que el universo brilla con una luz ininterrumpida. Pero si la luz que usamos es la de una cerilla diminuta e irrisoria, la mayoría de objetos arrojará una sombra más grande que ellos mismos.

Los lugares en que nos habíamos detenido o donde habíamos pasado la noche durante nuestro trayecto río arriba ya habían adquirido un ligero interés histórico para nosotros, pues con nuestro rápido avance estábamos desandando los varios días de viaje remontando el río. Cuando alguno de nosotros desembarcaba para estirar las piernas pronto estaba mucho más atrás que el compañero, y se veía obligado a aprovechar las curvas del río, a vadear arroyos y barrancos a toda prisa, para recuperar el espacio perdido. Los márgenes y las praderas distantes ya tenían un tono más sobrio y profundo, pues el aire de septiembre los había despojado de su orgullo estival.

¿Y qué es una vida? El próspero atuendo
De la orgullosa pradera de verano, que hoy

Viste su felpa verde, y mañana será heno^[10].

El aire era, efectivamente, ese «refinado elemento^[11]» que describe el poeta. Visto contra los pastos y las praderas rojizas, tenía una textura más fina y nítida que antes, como si se hubiese limpiado las impurezas del verano.

Tras cruzar la frontera de Nuevo Hampshire llegamos al tramo en forma de herradura, a la altura de Tyngsborough, donde el margen es más elevado y regular. Desembarcamos aprisa y lo escalamos para poder ver más de cerca las flores otoñales: las margaritas, la vara de oro, la milenrama y la trichostema color violeta (*Trichostema dichotoma*), humildes flores a orillas del camino, y, resistiendo aún, la campanilla y la *Rhexia virginica*. Esta última, cuyas flores de un rosa intenso crecen en el límite de las praderas, tenía un aspecto demasiado alegre en comparación con el resto del paisaje, como un lazo rosa en el tocado de una mujer puritana. Las margaritas y la vara de oro componían la librea que la naturaleza vestía en aquel momento; la segunda bastaba para expresar toda la madurez de la estación, y derramaba su suave brillo sobre los campos, como si el sol de verano, ahora en declive, le hubiese legado sus colores. El solsticio floral llega poco después del pleno verano, cuando las partículas de luz dorada, el polvo solar, caen cual semillas sobre la tierra, como quien dice, y dan lugar a estas flores. En la falda de cada colina y en cada valle brotaban innumerables margaritas, coreopsis, tanacetos, varas de oro, y toda la raza de las flores amarillas, cual brahmanes devotos, girando sin interrupción con su luminaria de la mañana a la noche.

Veo a la vara de oro con su intenso brillo,
Como los rayos del sol amanecido,
Una pluma dorada de luz amarilla
Que roba el rayo espléndido del dios del día.

Los rayos violetas de la margarita dibujan
En la orilla innumerables estrellas,
Y la milenrama está teñida de colores pálidos
Como la luz de la luna que flota sobre el mar.

Veo preparado al bosque esmeralda
Para quitarse de nuevo su atuendo,
Y ya los olmos distantes manchan el cielo
Con las hojas amarillas en sus ramas.

El orgulloso nenúfar ya no nada
Describiendo círculos blancos,
La lengua de buey ya no crece
Imitando el tono del cielo.

Otoño, tu corona y la mía comparten
Los mismos colores, pues yo
Disfruto del más rico de los cielos,
Mientras desaparece mi compañía onírica.

Nuestro cielo es púrpura, pero el viento

Glacial llora sobre los árboles y la hierba verde,
Y aunque hoy hace un buen día, detrás acecha
El instante que trae de la mano al invierno.

Así de claros parecemos, somos así de fríos,
Así de rápido marchitamos,
Pero en nuestras noches brillan estrellas
Que seguirán exigiendo su día soleado.

Así cantaba una vez un poeta de Concord^[12].

Hay un interés particular en estas flores tardías, que esperan junto a nosotros la llegada del invierno. El aspecto del hamamelis tiene algo de brujo^[13], pues florece a finales de octubre y en noviembre, con unos tallos y pétalos tan irregulares y angulosos que parecen los cabellos de las Furias, o pequeñas serpentinatas. También su florecimiento, en este periodo insólito, en el que otros arbustos ya han perdido sus hojas y sus flores, parece cosa de brujería. Lo que es seguro es que no florece en el jardín de ningún hombre; tiene todo un país de las maravillas a su disposición en las laderas de las colinas.

Hay quien cree que hoy en día el viento no lleva hasta el viajero la fragancia natural y original de la tierra, descrita por los primeros navegantes, y que la pérdida de muchas plantas autóctonas y hierbas aromáticas y medicinales —por culpa del ganado que pasta y los cerdos que arrancan las raíces—, que otrora perfumaban la atmósfera y la hacían saludable, es la fuente de tantas enfermedades que predominan ahora. La tierra, dicen, lleva mucho tiempo sometida a unos métodos de cultivo extremadamente artificiales y lujosos para satisfacer el apetito de los hombres; se ha convertido en una pocilga y un estercolero, donde los hombres aceleran el declive ordinario de la naturaleza para su provecho.

Según la crónica de un antiguo habitante de Tyngsborough, ya fallecido, junto a cuya granja estábamos pasando, una de las mayores crecidas de este río se produjo en octubre de 1785, y su altura quedó marcada por un clavo en el tronco de un manzano que había detrás de su casa. Uno de sus descendientes me lo enseñó, y calculé que estaría al menos a diecisiete o dieciocho pies por encima del nivel actual del río. Según Barber, en el año 1818, en Bradford, el río creció veintiún pies por encima de la altura máxima habitual del agua. Antes de la construcción del ferrocarril entre Lowell y Nashua, el ingeniero jefe hizo unas pesquisas entre los habitantes de los márgenes para saber hasta qué altura máxima tenían constancia de que hubiese crecido el río. Cuando llegó a esta granja fue conducido hasta el manzano, y como a la sazón ya no se veía el clavo, la señora de la casa situó su mano sobre el tronco para decir a qué altura recordaba el clavo durante su infancia. Entretanto, el viejo ingeniero introdujo su mano en el árbol, que estaba hueco, y sintió la punta del clavo, justo a la altura de la mano de la mujer. Ahora el punto está claramente marcado por

una muesca en la corteza. Sin embargo, como nadie más recordaba que el río hubiese crecido tanto, el ingeniero desestimó aquella declaración. He podido saber que más tarde hubo una crecida que llegó a nueve pulgadas de las vías, a la altura de Biscuit Brook. Una crecida como la de 1785 habría cubierto el ferrocarril con dos pies de agua.

Las revoluciones de la naturaleza cuentan historias tan bellas y hacen revelaciones tan interesantes en las orillas de este río como en las del Eufrates o el Nilo. Ese manzano, situado a varias varas del río, es conocido como el «manzano de Elisha», en honor a un afable indio que antiguamente estuvo al servicio de Jonathan Tyng y que, junto a otro hombre, fue asesinado aquí por los de su misma raza durante una de las guerras indias —conocimos los detalles de la historia en el sitio en cuestión—. Lo enterraron cerca del lugar, aunque nadie conocía exactamente el punto. Sin embargo, durante la inundación de 1785, fue tal el peso del agua sobre la tumba que la tierra se asentó donde otrora fuese perturbada, y cuando la crecida remitió, un lugar hundido, con la forma y el tamaño exacto de la tumba, reveló su ubicación. Pero ahora había vuelto a perderse, y ninguna inundación futura podrá detectarla —no obstante, sin lugar a dudas, la Naturaleza sabrá cómo señalarla a su debido tiempo, de ser necesario, con métodos aún más minuciosos e inesperados—. Así pues, no sólo está la crisis en que el espíritu deja de inspirar y expandir el cuerpo, marcado por un montículo fresco en el cementerio, sino que también está la crisis en que el cuerpo deja de ocupar lugar como tal en la naturaleza, marcado por una ligera depresión de la tierra.

Nos sentamos un rato a descansar en el borde del margen occidental, rodeados por las hojas brillantes de la variedad roja del laurel de montaña, justo encima de la punta de la Isla Wicasuck, desde donde podíamos observar algunas gabarras cargando arcilla en la otra orilla del río, y desde donde también se veían las tierras del granjero, del que ya he hablado con anterioridad, que una noche nos acogió con gran hospitalidad en su casa. En su agradable granja, además de abundantes ciruelos de playa (*Prunus littoralis*), que crecían salvajes, cultivaba ciruelos de Canadá (*Prunus nigra*), hermosas manzanas Porter, algunos melocotones y amplias parcelas de calabazas y sandías que vendía en el mercado de Lowell. El manzano de Elisha también daba una fruta autóctona muy apreciada por la familia. El granjero cultivaba también melocotoneros de la variedad india^[14], que, como nos mostró satisfecho, se parecía más al roble en el color de la corteza y la disposición de las ramas, y era más resistente al peso de los frutos o la nieve que otras variedades —crecía con mayor lentitud, y sus ramas eran duras y resistentes—. Allí también estaba su vivero de manzanos autóctonos, plantados muy juntos, en la orilla, que no le llevaban mucho trabajo y que vendía a los granjeros vecinos cuando tenían cinco o seis años. Basta ver un solo melocotón colgando de su tallo para tener una sensación de fertilidad paradisíaca y opulencia. Esto nos recordó incluso a una antigua granja romana, descrita por Varrón^[15]: «César Vopisco, durante su defensa de la ley agraria ante los

Censores, afirmó que las tierras de Rosea eran el jardín [*sumen*, el bocado de cardenal] de Italia, y que si se clavaba en ellas una vara ya no se vería al día siguiente, merced al crecimiento de la vegetación^[16]». Puede que esta tierra no fuese excepcionalmente fértil, pero con el tiempo pensamos que esta misma anécdota podría contarse de la granja de Tyngsborough.

Cuando pasamos junto a la Isla Wicasuck vimos, en su riachuelo, un barco de paseo con un joven y una señorita, algo que nos alegró mucho, pues demostraba que en aquella zona había gente a la que nuestra excursión no le sería completamente ajena. Antes de eso, un barquero al que hicimos algunas preguntas sobre la isla, y que nos dijo que era una propiedad en litigio, sospeché que poseíamos parte de ella. Aunque le aseguramos que era la primera vez que oíamos hablar del tema, y le explicamos como buenamente pudimos por qué nos habíamos acercado a verla, no creyó una palabra de lo que dijimos, y nos ofreció, muy serio, cien dólares por nuestro título. Las otras pequeñas embarcaciones con las que nos encontramos estaban recogiendo madera a la deriva. De esta manera, algunas de las gentes más pobres que viven junto al río se hacen con todo el carburante que necesitan. Mientras uno de nosotros desembarcaba no muy lejos de la isla para buscar provisiones entre las granjas cuyos tejados veíamos —pues nuestras existencias se habían agotado—, el otro, sentado en el bote anclado en la orilla, se quedaba a solas con sus pensamientos.

Cuando no hay nada nuevo sobre la tierra, el viajero siempre puede recurrir a los cielos, que no dejan de pasar una nueva página ante nuestra vista. El viento establece la tipografía sobre este fondo azul, donde el curioso siempre podrá leer una nueva verdad. En ellos hay cosas escritas con una tinta finísima y sutil, más transparente que el zumo de lima, que no deja trazas para el ojo diurno, y sólo la química de la noche revela. El firmamento diurno de todo hombre se corresponde en su mente con el resplandor de la visión en su hora más estrellada.

No se tarda mucho en recorrer los continentes y hemisferios de este mundo, pero una región infinita y siempre inexplorada escapa por todos lados de nuestra mente, y se dirige más allá del ocaso. No podemos trazar ninguna carretera ni camino transitado hacia ella, y la hierba brota de inmediato en el sendero, pues hasta allí viajamos principalmente con nuestras alas.

A veces vemos los objetos como a través de una fina neblina, en sus relaciones eternas, erigiéndose como las ruinas de Palenque^[17] y las pirámides, y nos preguntamos quién las construyó, y con qué propósito. Si vemos la realidad de las cosas, ¿qué nos importa ya lo superficial y lo evidente? ¿Qué son la tierra y todos sus intereses al lado de esa profunda conjetura que los atraviesa y los dispersa? Mientras estoy aquí sentado, escuchando las olas romper en esta orilla, estoy absuelto de todos mis compromisos con el pasado, y el consejo de naciones bien podría reconsiderar sus votos, pues los anula el sonido de un guijarro. En ocasiones, aún recuerdo en sueños aquella agua ondulante.

A menudo, cuando me giro en mi almohada,
Escucho el ritmo de las olas contra la orilla,
Nítido, como si fuese pleno día,
Y estuviese navegando junto a Nashua.

Con nuestra vela desplegada navegamos raudos, dejando atrás Tyngsborough y Chelmsford; cada uno sostenía con media mano un pastel de manzana que habíamos comprado para celebrar nuestro regreso, y con la otra media un fragmento del periódico en el que estaba envuelto, devorando aquél con un deleite dividido y leyendo las noticias que se habían producido desde que zarpamos. Ahora el río se abría para dejar paso a un tramo largo, ancho y recto, que navegamos alegremente, impulsados por una brisa vigorizante y propicia, con una expresión despreocupada en nuestros rostros y una velocidad que sorprendió sobremanera a varios barqueros con los que nos cruzamos. El viento soplaba desde el horizonte como una inundación sobre el valle y la llanura, todos los árboles se doblaban con sus ráfagas, y las montañas, como chiquillos, le ponían la mejilla. La vela que se hinchaba, el río que fluía, el árbol que se agitaba, el viento que cambiaba: todos eran movimientos majestuosos y constantes. La tramontana no tenía reparos en colaborar con los aparejos de nuestro bote, y nos empujaba bondadosamente. A veces navegábamos con la misma suavidad y constancia que las nubes del cielo, observando el ir y venir de las orillas y los movimientos de nuestra vela: el juego de su latido se parecía mucho a nuestras propias existencias, tan frágiles y a la vez tan llenas de vida, tan silenciosas cuando trabajan más duro, tan ruidosas e impacientes cuando son menos eficaces, ora doblándose con un generoso impulso de la brisa, luego agitándose y allanándose con una especie de suspense humano. Nuestra vela era la escala que medía los cambios de temperatura en atmósferas lejanas, y nos resultaba fascinante que la brisa con la que jugaba llevase, como un chiquillo, tanto tiempo en la calle. Y así navegábamos, incapaces de volar, pero casi, trazando un largo surco en los campos del Merrimack, en dirección a Concord, con las alas desplegadas, pero sin levantar nunca los pies del acuoso terreno. Labrábamos con elegancia, camino a casa, con la ayuda de nuestra yunta vigorosa y diligente: viento y río, que tiraban juntos; el primero era un cabestro salvaje, emparejado con su colega más sosegado. Era lo más parecido a volar, como cuando el pato pasa a ras de agua y la atraviesa con un batido de sus alas, y ha de sacudirse las gotas antes de poder volver a elevarse. ¡Qué pronto nos habríamos quedado encallados de elevarnos unos pocos pies sobre la orilla!

Llegados a la gran curva que había justo antes de Middlesex, desde donde el río fluye treinta y cinco millas hacia el este antes de llegar al mar, por fin perdimos la colaboración del viento propicio, a pesar de todos nuestros esfuerzos por hacer una bordada larga e inteligente que nos acercase a las esclusas del canal. Cuando llegamos a ellas, al mediodía, las franqueamos con la ayuda de nuestro viejo amigo, el amante de las matemáticas avanzadas, que parecía contento de vernos volver sanos y salvos tras cruzar tantas esclusas. Sin embargo, no nos detuvimos a conversar sobre

alguno de sus problemas, aunque en otro momento podríamos haber pasado tranquilamente y con mucho gusto todo un otoño entregados a ellos, sin preguntarle nunca de qué religión era. Es muy poco frecuente, y algo excepcional, encontrarse al aire libre con un hombre que albergue un pensamiento valioso en su mente que no tenga nada que ver con el trabajo de sus manos. Detrás de los negocios y el trajín de todos los hombres debería haber un cierto grado de serenidad y un tiempo para la labor imperturbable, de la misma manera que en el arrecife que rodea una isla coralina siempre hay una zona de aguas tranquilas, donde se van acumulando los depósitos que acaban elevándose sobre la superficie.

El ojo que puede apreciar la belleza desnuda y absoluta de una verdad científica es mucho más excepcional que el que se siente atraído por la verdad moral. Son pocos los que detectan la moralidad de aquélla o la ciencia de ésta. Aristóteles definió el arte como «λόγος τοῦ ἔργου ἄνευ ὕλης», *la razón de la obra sin la materia*^[18]. Sin embargo, la mayoría de los hombres prefiere tener algo de leña, y no sólo la razón; exige que la verdad esté revestida de la carne y la sangre y los colores cálidos de la vida; prefiere la afirmación parcial porque se amolda y los cuantifica mejor a ellos y a sus mercancías. No obstante, la ciencia sigue existiendo por doquier como certificadora de pesos y medidas.

Hemos escuchado muchas cosas sobre la poesía de las matemáticas, pero muy poco se ha cantado. Los antiguos tenían un concepto más preciso de su valor poético que nosotros. La afirmación más nítida y hermosa de cualquier verdad tiene que adoptar, en última instancia, la forma matemática. Podríamos simplificar así las reglas de la filosofía moral, como las de la aritmética, para que una misma fórmula pudiese expresarlas a ambas. Todas las leyes morales se trasladan sin problemas a la filosofía natural, pues a menudo sólo tenemos que restaurar el significado primitivo de las palabras que las expresan, o prestar atención a su sentido literal, en lugar de al metafórico. Participan ya de la filosofía *sobrenatural*. Todo el conjunto de lo que ahora llamamos verdad moral o ética ya existía en la Edad de Oro como una ciencia abstracta. O, si lo preferimos, podemos decir que las leyes de la Naturaleza son la moralidad más pura. El Árbol del Conocimiento es un Árbol del Conocimiento del bien y del mal. Quien ama sus estudios y no espera aprender algo a través de la actitud, tanto como de la atención, no es un verdadero hombre de ciencia. Quedarse en el descubrimiento de meras coincidencias o de leyes parciales e irrelevantes es un enfoque pueril. El estudio de la geometría es un ejercicio mental baladí y ocioso si no se aplica a sistemas más grandes que el solar. Las matemáticas deberían estudiarse no sólo junto a la física, sino junto a la ética, *eso son las matemáticas aplicadas*. El hecho que más nos interesa es la vida del naturalista. La ciencia más pura sigue siendo biográfica. Nada dignificará ni elevará a la ciencia mientras esté tan sumamente separada de la vida moral de su estudioso, mientras éste profese una religión distinta a la que enseña, y alabe un santuario extranjero. Antiguamente la fe

de un filósofo era idéntica a su sistema, o, en otras palabras, a su visión del universo.

Mis amigos se equivocan cuando me comunican ciertos hechos con tanta minuciosidad. Su presencia, incluso sus exageraciones o sus afirmaciones vagas, son para mí hechos igual de válidos. Ni siquiera siento ningún respeto por los hechos, a menos que vaya a usarlos, y en la mayor parte de los casos soy independiente de lo que escucho, y puedo permitirme ser impreciso o, en otras palabras, poner otros hechos más urgentes en su lugar.

El poeta usa los resultados de la ciencia y la filosofía, y generaliza sus deducciones más amplias.

El proceso de descubrimiento es muy sencillo: una aplicación sistemática y constante de leyes conocidas a la naturaleza hace que las leyes desconocidas se revelen por sí solas. Casi cualquier *forma* de observación acabará por resultar exitosa, pues lo más necesario es el método: basta con determinar y establecer algo a cuyo alrededor pueda concentrarse la observación. ¡Cuántas nuevas conexiones puede revelarnos una mera regla de madera, y a cuántas cosas aún no ha sido aplicada! ¡Qué fantásticos descubrimientos se han hecho, y quizá se sigan haciendo, con una plomada, una palanca, una brújula topográfica, un termómetro o un barómetro! Allá donde haya un observatorio y un telescopio, cualquiera puede esperar ver enseguida nuevos mundos. Me atrevería a decir que los científicos más destacados de nuestro país, y quizá de nuestra época, o bien están sirviendo a las artes, en lugar de a la ciencia pura, o bien realizando trabajos minuciosos pero subalternos en departamentos específicos. No realizan aproximaciones constantes y sistemáticas al hecho central. Cuando se hace un descubrimiento, la atención de todos los observadores se concentra enseguida en él, lo que conlleva muchos descubrimientos análogos, como si su trabajo no estuviese ya establecido, sino que hubieran estado todo el tiempo descansando sobre sus remos. Hace falta una observación constante y precisa, acompañada de una cantidad suficiente de teoría que la oriente y la discipline.

Pero, por encima de todo, hace falta genio. A medida que nuestros libros de ciencia se vuelven más precisos, corren el riesgo de perder la frescura y el vigor y la capacidad de apreciar las verdaderas leyes de la Naturaleza, que es un claro mérito de las a menudo falsas teorías de los antiguos. Me siento atraído por el ligero orgullo y la satisfacción, el estilo enfático e incluso exagerado, con los que algunos de los naturalistas más antiguos hablan de las operaciones de la Naturaleza, aunque están más capacitados para apreciar los hechos que para discriminarlos. Sus afirmaciones no pierden todo su valor cuando se refutan: quizá no sean hechos, pero son sugerencias para que la propia Naturaleza actúe. «Los griegos», dice Gesner, «tenían un dicho común (*λαγός καθεύδων*, o liebre dormida) para las falsificaciones y los farsantes, pues la liebre ve mientras duerme, en lo que es una obra excepcional y admirable de la Naturaleza, donde el resto del cuerpo descansa, los ojos permanecen siempre vigilantes^[19]».

La observación está tan despierta, y los hechos se suman con tanta velocidad al conjunto de experiencias humanas, que parece que el teórico siempre irá con retraso, condenado a llegar a conclusiones imperfectas. Sin embargo, la capacidad de percibir una ley es muy poco frecuente en cualquier época del mundo, y apenas si depende del número de hechos observados. Los sentidos del primitivo le transmitirán los suficientes hechos para convertirlo en filósofo. Los antiguos aún pueden hablarnos con autoridad, incluso sobre geología o química, aunque se crea que estos estudios han nacido en los tiempos modernos. Se habla mucho sobre el progreso de la ciencia en estos siglos. Yo me atrevería a decir que los resultados útiles de la ciencia se han acumulado, pero que, hablando en términos estrictos, no ha habido una acumulación de conocimiento para la posteridad, habida cuenta de que el conocimiento sólo se adquiere mediante la experiencia correspondiente. ¿Cómo podemos *saber* lo que simplemente nos *dicen*? Un hombre sólo puede interpretar la experiencia de otro a través de la suya propia. Leemos que Newton descubrió la ley de la gravedad, ¿pero cuántos de los que han oído hablar de su famoso descubrimiento han reconocido la misma verdad que él? Puede que ninguno. La revelación que entonces se le hizo no ha sido sustituida por una revelación hecha a un sucesor.

Vemos caer el *planeta*,
Y nada más.

En una crítica del *Viaje de descubrimiento antártico* de Sir James Clark Ross, hay un pasaje que muestra hasta qué punto un grupo de hombres puede quedar fácilmente impresionado por un objeto sublime, y que también es un buen ejemplo del paso de la sublimidad al ridículo. Después de describir el descubrimiento del continente antártico, visto en un principio a cien millas de distancia sobre campos de hielo —formidables cadenas montañosas de entre siete y catorce mil pies de altura, cubiertas de nieve y hielo eterno, envueltas en una grandeza solitaria e inaccesible, mientras el tiempo es perfecto y hermoso, y el sol brilla sobre el paisaje helado; un continente donde sólo se puede acceder a sus islas, en las que no se ve «ni el menor rastro de vegetación», y donde sólo en algunos puntos las rocas despuntan a través de su cubierta de hielo, para convencer al espectador de que la tierra formaba el núcleo y de que aquello no era un iceberg—, el pragmático crítico británico continúa su relato, haciendo lo que mejor sabe hacer: «En la tarde del 22 de enero, la expedición llegó a la latitud de 74° 20', y a las diecinueve horas, tras pisar tierra [¡Tierra! ¿Dónde se supone que la encontraron?], creyó haber llegado a una mayor latitud sur que la alcanzada por el difunto capitán James Weddel^[20], intrépido marinero, y por lo tanto mayor que la de cualquiera de sus predecesores, con lo que se obsequió con una ración extra de grog a sus miembros, como recompensa por su perseverancia^[21]».

Cuidémonos muy mucho, marineros de los siglos recientes, de darnos aires por nuestros Newtons y nuestros Cuviers^[22]. Sólo nos merecemos una ración extra de grog.

Nos esforzamos en vano para persuadir al viento de que soplara a través del largo pasillo del canal, que en este tramo cruza directamente los bosques, y nos vimos obligados a recurrir al antiguo recurso de la cuerda. Cuando llegamos al Concord, no tuvimos más remedio que volver a remar con fuerza, pues ni el viento ni la corriente estaban a nuestro favor, aunque para aquella hora la crudeza del día se había desvanecido y sentíamos de nuevo el calor de las tardes de verano. Este cambio en el tiempo resultó propicio para nuestro estado de ánimo contemplativo, y nos hizo más proclives a tener sueños aún más profundos mientras estábamos a los remos. Nuestra imaginación flotaba descendiendo el río del tiempo, tal y como habíamos descendido por el Merrimack, hasta llegar a los poetas de un periodo más sosegado que los que nos habían ocupado durante la mañana. Chelmsford y Billerica parecían antiguas ciudades inglesas en comparación con Merrimack y Nashua, y muchas generaciones de poetas civilizados podrían haber vivido y cantado allí.

¡Qué gran contraste había entre la poesía austera e inhóspita de Ossian y la de Chaucer, o la de Shakespeare y Milton, por no hablar de la de Dryden y Pope y Gray! Nuestro verano de poesía inglesa, como el de la griega y latina antes, parece bien encaminado hacia su otoño, cargado con la fruta y el follaje de la estación, con brillantes tonos otoñales. Sin embargo, pronto el invierno dispersará su miríada de hojas amontonadas y sombreadas, y dejará sólo unas pocas ramas desoladas y fibrosas para sostener la nieve y la escarcha, chirriando con las ráfagas de los tiempos. No podemos evitar tener la sensación de que la Musa ha descendido un poco en su vuelo cuando llegamos a la literatura de las épocas civilizadas. Ahora oímos hablar de diferentes épocas y estilos de poesía: es bucólica, lírica, narrativa y didáctica. En cambio, la poesía de los monumentos rúnicos es de un solo estilo y para todas las épocas. El bardo ha perdido, en gran medida, la dignidad y la sacralidad de su oficio. En tiempos antiguos le llamaban *profeta*, pero hoy en día se cree que todos los hombres ven lo mismo. Ya no cuenta con la rabia del bardo, y sólo concibe el hecho, cuando otrora estaba listo para realizarlo. Las huestes de guerreros preparados para la guerra no podían ignorar ni prescindir del anciano bardo. Sus cantos se escuchaban en las pausas de la batalla. No existía el peligro de que sus contemporáneos le hiciesen caso omiso. En cambio, ahora, la del héroe y la del bardo son profesiones ajenas. Cuando llegamos al agradable verso inglés, todas las tormentas han dejado paso a un cielo despejado y nunca más volverá a haber truenos ni relámpagos. El poeta se ha encerrado puertas adentro, y ha cambiado el bosque y los riscos por la chimenea, la cabaña del gaélico y Stonehenge, con sus círculos de piedras, por la casa del hombre inglés. Ningún héroe aguarda junto a la puerta, preparado para echarse a cantar o acometer una gesta heroica; en su lugar hay un sencillo inglés que cultiva el arte de la poesía. Vemos la agradable chimenea y

escuchamos el crepitar de los troncos en cada verso.

A pesar de la amplia humanidad de Chaucer, y de los muchos placeres sociales y domésticos que encontramos en sus versos, hemos de estrechar en cierta medida nuestra visión para observarlo, pues ocupó menos espacio en el paisaje y no se extendió sobre colinas y valles como hizo Ossian. Así y con todo, visto desde este lado de la posteridad, como el padre de la poesía inglesa, precedido por un largo silencio o confusión en la historia, despojado de cualquier acorde de melodía pura, nos resulta fácil venerarlo. Pasando por alto a los primeros poetas continentales, pues nos estamos ciñendo al agradable archipiélago de la poesía inglesa, Chaucer es el primer nombre, después de esa época neblinosa en que vivió Ossian, que podría retener verdaderamente nuestra atención. De hecho, aunque representa a una cultura y a una sociedad tan distintas, podría considerársele en muchos sentidos el Homero de los poetas ingleses. Quizá sea el más juvenil de todos; volvemos a él como se vuelve al pozo más puro, a la fuente más apartada del camino de la vida accidentada. En comparación con otros poetas posteriores, Chaucer es tan natural y alegre que casi podríamos considerarlo una personificación de la primavera. Su Musa ofrece al lector atento una visión de su tiempo, y cuando lo lee detenidamente parece pertenecer a la Edad de Oro. Sigue siendo la poesía de la juventud y de la vida, más que del pensamiento, y aunque su estilo moral es obvio y constante, aún no se ha disipado el sol y la luz de sus versos, aunque los acordes más elevados de la Musa son, en su mayor parte, una suerte de queja sublime y no un canto tan libre como el de la naturaleza. La alegría con la que el sol brilla de la mañana a la tarde nunca se ha cantado. La Musa se consuela a sí misma, y no se siente cautivada, sino reconfortada. Hay una catástrofe implícita y un elemento trágico en todos sus versos; tiene menos de la alondra y el rocío matutino que de los ruiseñores y las sombras vespertinas. Sin embargo, en Homero y Chaucer hay más elementos de la inocencia y serenidad de la juventud que en los poetas más modernos y morales. La *Ilíada* no es una lectura de domingo, sino matinal, y los hombres se aferran a esta antigua canción, pues aún tienen momentos de vida laica y libre, que les abre el apetito. Para los inocentes no existen ni los querubines ni los ángeles. En momentos excepcionales nos elevamos sobre la necesidad de la virtud hasta una eterna luz de mediodía, bajo la cual podemos limitarnos a vivir bien y respirar el aire ambrosíaco. La *Ilíada* no representa ningún credo ni opinión, y la leemos con una extraña sensación de libertad e irresponsabilidad, como si caminásemos por nuestra tierra natal y fuésemos autóctonos de ese suelo.

Chaucer tenía todas las costumbres del literato y el erudito: nunca había época lo bastante agitada como para que no pudiese encontrar un poco de sosiego sedentario. Estaba rodeado por el estruendo de las armas: las Batallas de Hallidon Hill y Neville's Cross^[23], y las de Crécy y Poitiers^[24], aún más memorables, se libraron durante su juventud; sin embargo, éstas no importaron demasiado a nuestro poeta, pero sí, y mucho, Wyckliffe^[25] y su reforma. Siempre se consideró un privilegiado

por poder sentarse y conversar con los libros, y contribuyó a establecer la clase literaria. Su estatus como uno de los padres de la lengua inglesa bastaría para dar relevancia a sus trabajos, incluso a aquellos con poco mérito poético. Fue tan humilde como Wordsworth al preferir su sencilla pero vigorosa lengua sajona, en una época en la que era descuidada por la corte y aún no había alcanzado la dignidad de la literatura, y rindió a su país un servicio similar al que hizo Dante a Italia. Si el griego basta para los griegos, y el árabe para los árabes, y el hebreo para los judíos, y el latín para los latinos, el inglés debería bastarle a él, pues cualquiera de estas lenguas servirá para mostrar «rutas tan diversas como verdaderas que marquen a los distintos pueblos el camino correcto hacia Roma^[26]». En el *Testamento del amor*, escribe: «Dejemos que los clérigos redacten en latín, pues ellos poseen la ciencia y conocen su materia, y también que los franceses redacten en francés sus doctas palabras, pues son afines a sus bocas, y plasmemos nosotros nuestras fantasías con las palabras que aprendimos de la lengua de nuestras damas».

Quien haya llegado hasta Chaucer de manera natural, a través de los exiguos pastos de la poesía sajona y prechauceriana, sabrá apreciarlo mejor. Aun así, después de este régimen nos parecerá tan humano y tan sabio que aún podríamos juzgarlo erróneamente. En la poesía sajona que nos queda, en los albores de la poesía inglesa y en la poesía escocesa contemporánea, hay menos elementos que recuerden al lector la tosquedad y el vigor juvenil que la debilidad de la senectud. Se trata en su mayoría de una mera tradición de la imitación, y sólo de cuando en cuando vemos tenues matices de auténtica poesía. En estos poemas encontramos a menudo la falsedad y la exageración de la fábula, pero sin los elementos imaginarios que la compensen, y en vano buscamos la antigüedad restaurada, humanizada, con una jovialidad nueva merced a su afinidad natural con el presente. En cambio, Chaucer sigue siendo fresco y moderno, y el polvo nunca se levanta en los caminos que recorre. Ilumina todo el trayecto y nos recuerda que las flores florecían, que los pájaros cantaban y que los corazones latían en Inglaterra. Ante la mirada sincera del lector, el óxido y el musgo del tiempo desaparecen poco a poco, revelando el verdor de la vida original. Chaucer era un hombre sencillo y familiar, y respiraba como respiran los hombres modernos.

No hay sabiduría que pueda ocupar el lugar de la naturaleza humana, y es esto lo que descubrimos en Chaucer. Por fin podemos llegar hasta su puerta y sentirnos con derecho a frecuentarlo. Era un digno ciudadano de Inglaterra, mientras que Petrarca y Boccaccio vivían en Italia, Guillermo Tell en Suiza y Tamerlán^[27] en Asia, Bruce^[28] en Escocia, y Wyckliffe, y Gower, y Eduardo III, y Juan de Gante, y el Príncipe Negro^[29] eran sus compatriotas y contemporáneos: todos nombres vigorosos y estimulantes. La fama de Roger Bacon^[30] llegaba desde el siglo precedente, y el nombre de Dante aún poseía la influencia de una presencia viva. En su conjunto, Chaucer nos impresiona al ser más grande que su reputación. No tiene nada que envidiar a Homero y Shakespeare, y podría tener la cabeza bien alta en su presencia. Entre los primeros poetas ingleses es señor y anfitrión, y como tal tiene autoridad. La

afectuosa mención que los poetas ingleses que le sucedieron hacen de él, paragonándolo con Homero y Virgilio, ha de entenderse teniendo en cuenta su carácter y su influencia. El rey Jacobo y Dunbar de Escocia hablan de él con más amor y reverencia de lo que lo hace cualquier autor moderno sobre sus predecesores del siglo pasado. Esta relación casi pueril no tiene parangón en la actualidad. Casi siempre lo leemos sin sentido crítico, pues no defiende su propia causa, sino que habla para sus lectores, y posee esa grandeza de la seguridad y la confianza que confiere la popularidad. Chaucer confía en el lector, y habla en privado con él, sin callarse nada. A cambio, el lector deposita una gran confianza en él: sabe que no le miente y lee su historia con indulgencia, como si fuese el circunloquio de un niño, aunque luego descubre que ha hablado con más franqueza y economía de palabras que un sabio. Nunca se muestra desalmado,

Pues todo lo pensaba primero con el corazón,
Antes de que cualquier palabra saliera de su boca.

Y eran tan novedosos todos sus temas en aquellos días que, en lugar de inventar, sólo tenía que limitarse a contar.

Admiramos a Chaucer por su robusta inteligencia inglesa. La altura desde la que nos habla con gran facilidad en su prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, como un miembro más de la compañía allí reunida, confinada a la excelencia. Sin embargo, aunque su obra está llena de sentido común y humanidad, carece de toda trascendencia. Puede que, por lo que a las descripciones pintorescas de personajes se refiere, no tenga igual en la poesía inglesa; sin embargo, es esencialmente cómica, pues el genio más elevado nunca está presente. El humor, por cuanto abarque y por genial que sea, ofrece una visión más estrecha que el entusiasmo. A su propio estilo refinado Chaucer añadió todo el saber cotidiano y la sabiduría de su época, y en todas sus obras su extraordinario conocimiento del mundo, su elegante percepción del carácter humano, su excepcional sentido común y su sabiduría proverbial son evidentes. Su genio no vuela como el de Milton, sino que es afable y sencillo, y muestra una gran ternura y delicadeza, pero está exento de heroísmo: sólo es un ejemplo más grande de humanidad, con todas sus flaquezas. Chaucer no es heroico, como Raleigh, ni pío, como Herbert, ni filosófico, como Shakespeare, sino que es el hijo de la Musa inglesa, ese hijo que es el padre del hombre. A menudo el encanto de su poesía sólo reside en una naturalidad rebotante, en una sinceridad perfecta, y se comporta como un niño más que como un hombre.

La ternura y la delicadeza de su carácter son evidentes en todos sus versos. Las palabras más sencillas y humildes llegan como si nada a sus labios. Nadie puede leer el «Cuento de la priora», comprender el estado de ánimo en que fue escrito, donde el niño canta «*O alma redemptoris mater*», o el relato de la deriva por el mar de Constance con su hijo, en el «Cuento del jurista», sin sentir la inocencia y la sofisticación innatas del autor. Tampoco podemos negar la pureza esencial de su

carácter, ignorando que hay que saber comprender las costumbres de la época. El suyo era un *pathos* sencillo y de una delicadeza femenina, a la que Wordsworth sólo se acerca ocasionalmente, sin llegar nunca a igualar. Nos sentimos tentados a decir que su genio era femenino, no masculino. Sin embargo, es una feminidad que rarísima vez se encuentra en las mujeres, aunque sean tan capaces de apreciarla. Quizá incluso no se encuentre en absoluto en las mujeres, sino que sea tan sólo el lado femenino del hombre.

Este amor por la Naturaleza, tan puro y genuino y pueril, difícilmente se encuentra en ningún poeta.

Vemos el carácter hartamente confiado y afectuoso de Chaucer en su manera familiar, aunque inocente y reverente, de hablar de su Dios. Piensa en él sin ninguna reverencia falsa, sin mayor ostentación que el céfiro que sopla en su oído. Si la Naturaleza es nuestra madre, entonces Dios es nuestro padre. En Shakespeare y Milton encontramos menos amor y menos verdad sencilla y práctica. ¡Con qué poca frecuencia vemos expresada en nuestra lengua inglesa cualquier muestra de afecto hacia Dios! Sin duda, no hay sentimiento menos frecuente que el amor a Dios. Herbert es casi el único en expresarlo: «¡Ah, mi querido Dios!»^[31]. Nuestro poeta usa palabras similares con propiedad, y cada vez que ve a una persona u otro objeto bello, se enorgullece de la «maestría» de su Dios. Incluso le recomienda que haga de Dido su prometida:

Si ese Dios que creó el cielo y la tierra
Hubiese sentido amor por la belleza y la bondad,
Y por la feminidad, la verdad y el decoro^[32].

Pero para justificar nuestro elogio hemos de remitirnos a sus propios trabajos: al prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, al relato de *Gentillesse*, de la *Flor y la Hoja*, a las historias de *Griselda*, *Virginia*, *Ariadne* y la *duquesa Blanche*, entre otras. Hay muchos poetas con más gusto y mejores maneras, capaces de apartar su insipidez; pero no nos entretendremos demasiado en este genio de carácter negativo y volveremos a Chaucer con pasión. Ciertas naturalezas, a pesar de ser hartamente toscas y estar poco desarrolladas, tienen un mayor nivel de perfección que otras más refinadas y mejor equilibradas. Incluso el payaso tiene gusto, y sus dictados, a los que hace caso omiso, son más elevados y puros que aquellos a los que obedece en ocasiones el artista. Si bien tenemos que deambular por muchos pasajes livianos y prosaicos en Chaucer, al menos sentimos la satisfacción de saber que no es una insipidez artificial, sino que está perfectamente reflejada en muchos pasajes de la vida. Confesamos que, por lo general, somos proclives a concentrar los momentos dulces y a acumular los placeres. En cambio, siempre hay que suponer que el poeta habla como un viajero, que nos conduce a través de un paisaje variado, de una eminencia a otra. Puede que, después de todo, nos resulte más agradable encontrar un pensamiento elevado en su escenario natural: sin duda el destino lo ha rodeado de ese marco por algún motivo.

La naturaleza esparce por doquier sus nueces y sus flores, y nunca las acumula en montones. Éste era el suelo en el que creció, y ésta es la hora a la que floreció. Si el sol, el viento y la lluvia vinieron aquí para cuidar y hacer crecer la flor, ¿no tendríamos nosotros que venir para arrancarla?

Un poema verdadero no se distingue tanto por una expresión afortunada, o por cualquier pensamiento que evoque, cuanto por la atmósfera que lo rodea. La mayoría sólo tiene los contornos de la belleza y nos choca como nos chocan la imagen y el comportamiento de un extraño. En cambio, los versos verdaderos nos llegan de manera indistinta, como el aliento de la misma simpatía, y nos envuelven con su espíritu y su fragancia. Mucha de nuestra poesía tiene las mejores maneras, pero ningún carácter. Refleja sólo una precisión y elasticidad insólitas del discurso, como si su autor hubiese tomado un electuario, y no un trago embriagador. Tiene el contorno nítido de la escultura y es una crónica de los tiempos pasados. Bajo la influencia de la pasión todos los hombres hablan con esa claridad, pero la ira no es siempre divina.

Hay dos clases de hombres a los que se les llama poetas. Uno cultiva la vida, el otro el arte; uno busca comida para alimentarse, el otro para saborearla; uno sacia su hambre, el otro agrada al paladar. Hay dos tipos de escritura, ambas grandiosas y poco frecuentes: la una es la del genio, el hombre inspirado; la otra la del intelecto y el gusto, en los intersticios de la inspiración. La primera está por encima de todo análisis, siempre es correcta, y dicta las leyes de la propia crítica. Vibra y late, llena de vida, eternamente. Es sagrada y ha de leerse con reverencia, como se estudian los trabajos de la naturaleza. Hay pocos ejemplos de un estilo sostenido de este tipo. Todos los hombres hablan, es cierto, pero al hablante no le preocupa que quede constancia de lo dicho. Este estilo elimina toda relación personal con su autor; no ponemos sus palabras en nuestros labios, sino su sentido en nuestros corazones. Es el río de la inspiración, que borbotea, ora aquí, ora allá, ora en este hombre, ora en aquél. No importa a través de qué cristales de hielo se vea, que sea una fuente o la corriente marina que fluye bajo tierra. Lo encontramos en Shakespeare, en Alfeo, en Burns, en Aretusa^[33], siempre idéntico. La otra escritura es serena y sabia, muestra reverencia al genio y está ávida de inspiración. Es siempre consciente, en el mayor y en el menor grado, y consiste en el dominio más perfecto de las facultades. Vive en un sosiego como el del desierto, y en ella los objetos son tan nítidos como los oasis y las palmeras en el horizonte de arena. El tren del pensamiento se mueve a un ritmo suave y controlado, como una caravana. Aquí la pluma no es más que un instrumento en las manos del poeta —no rebosa vida, como haría un brazo más largo—, y deja una tenue capa de barniz o brillo sobre todo su trabajo, del que las obras de Goethe ofrecen un ejemplo extraordinario.

Hasta ahora no ha existido una crítica justa y serena. No analizamos nada en toda su sencillez, nada que se limite a estar en el regazo de la belleza eterna. Antes bien,

nuestros pensamientos, al igual que nuestros cuerpos, han de ataviarse con las modas más recientes. Nuestro gusto es demasiado delicado y particular: le dice «no» al trabajo del poeta, pero nunca «sí» a su esperanza. Le invita a adornar sus deformidades, y no a deshacerse de ellas por expansión, como el árbol con su corteza. Somos gentes que viven bajo una luz radiante, en casas de nácar y porcelana, y sólo bebemos vinos suaves, gente cuyos dientes se irritan con la más mínima amargura natural. Si nos hubiesen consultado, la espina dorsal de la tierra no sería de granito, sino de espato de Bristol. Un autor moderno habría muerto durante su infancia en una época más tosca. Pero el poeta es algo más que un escaldo, «que suaviza y bruñe el lenguaje^[34]»; es un Cincinato^[35] de la literatura, y no ocupa sólo el extremo occidental del mundo. Como el sol, seleccionará con indiferencia sus rimas, y con toda libertad entretejerá con sus versos el mundo y sus rastros.

En estos libros antiguos el estuco se desmoronó hace ya mucho tiempo. Lo que leemos es aquello que fue esculpido en granito. Sus proporciones son toscas y gigantescas, en lugar de contar con acabados suaves y delicados. Los trabajadores de la piedra pulen sólo los ornamentos de sus chimeneas, pero erigen sus pirámides con rudeza. Existe una sobriedad en ese aspecto tosco, como el del granito sin tallar, que le habla a lo más profundo de nosotros. En cambio, la superficie bruñida sólo cautiva al globo ocular. El verdadero acabado es el trabajo del tiempo, y el uso que se le dé a un objeto. Los elementos aún están bruñendo las pirámides; el arte puede barnizar y bañar de oro, pero nada más. La obra del genio está tallada con tosquedad desde el principio, porque se anticipa al paso del tiempo, y tiene una suerte de pulido incrustado, que sigue presente cuando los fragmentos se desmoronan, una cualidad propia de su sustancia. Su belleza es al mismo tiempo su fuerza, que brilla en todo su esplendor.

El gran poema ha de contar con el sello de la grandeza, así como con su esencia. El lector pasa sin problemas sobre la poesía contemporánea más superficial, y se impregna con toda la vida y la promesa del presente, como el peregrino que va al templo y escucha los cantos más débiles de los devotos. En cambio, el gran poema tendrá que hablarle a la posteridad, atravesando sus desiertos y franqueando las ruinas de sus murallas más lejanas, merced a la grandeza y la belleza de sus proporciones.

Pero aquí, en la corriente del Concord, donde habíamos permanecido físicamente durante todo este tiempo, la Naturaleza, que es superior a todos los estilos y épocas, está componiendo ahora, con semblante pensativo, su poema «Otoño», que no tendrá parangón con ningún trabajo del hombre.

En verano vivimos de puertas para afuera, y sólo tenemos impulsos y sentimientos dirigidos a la acción. Por lo general, hemos de esperar a la quietud y las noches más largas de otoño e invierno para que se asiente algún pensamiento. Entonces comprendemos que detrás del crujir de las hojas, y de los montones de grano, y de los racimos desnudos de uva, se encuentra el campo de una vida

completamente nueva, que ningún hombre ha vivido. Comprendemos que incluso esta tierra fue hecha para habitantes más misteriosos y nobles que los hombres y las mujeres. En los colores de los atardeceres de otoño vemos los portales de otras casas distintas a las que ocupamos, y que no distan mucho geográficamente:

Hay un lugar más allá de aquella colina en llamas,
Desde donde derraman las estrellas su tenue brillo,
Un lugar más allá de todos los lugares, del que jamás
Zarpó ningún pensamiento malvado o impuro^[36].

A veces un mortal siente la Naturaleza en su interior. No es su Padre, sino su Madre la que se agita dentro de él, haciéndolo inmortal a través de su propia inmortalidad. De cuando en cuando reivindica nuestro parentesco, y algunos glóbulos de sus venas se deslizan en las nuestras.

Yo soy el sol otoñal,
Y mi carrera la corren vendavales de otoño;
¿Cuándo dará sus flores el avellano
O madurará la uva bajo mi emparrado?
¿Cuándo convertirán las lunas de la cosecha y
Del cazador mi medianoche en mediodía?
Soy todo amarillo y marchito,
Y mi núcleo es tierno.
Las nueces caen en mis bosques,
El invierno acecha en mi espíritu,
Y el crujido de la hoja seca
Es la música perenne de mi tristeza.

A un rimador inepto la Musa le habló en prosa, con estas palabras:

La luna ya no refleja el día, sino que crece hasta su dominio absoluto, y el campesino y el cazador reconocen en ella a su amante. Las margaritas y las varas de oro reinan a ambos lados del camino, y las flores eternas de la vida no se marchitan. Los campos son segados y despojados de su orgullo, pero un verdor interior aún los corona. El cardo extiende su manto sobre la laguna, la viña se viste de hojas amarillas, y nada perturba la vida grave del hombre. Pero detrás de las mieses, y bajo la hierba, se esconde un fruto maduro que los segadores no han recogido, la verdadera cosecha del año, que produce para siempre, regado y madurando anualmente. El hombre nunca corta el tallo que sostiene a este sabroso fruto.

Los hombres aún no viven, en ningún lugar del planeta, ni en Oriente ni en Occidente, una vida *natural*, a cuyo alrededor crezca la vid, a la bondadosa sombra del olmo. El hombre la profanaría con su mano, de suerte que la belleza del mundo permanece velada para él. No sólo necesita ser espiritualizado, sino *naturalizado*, sobre el suelo de la tierra. ¿Quién puede concebir qué hermoso techo podrían extender los cielos sobre él, qué estaciones se pondrían a su servicio y qué trabajo dignificaría su vida?! Sólo los convalecientes levantan el velo de la naturaleza. La inmortalidad de su vida haría inmortal su morada. Los vientos serían su aliento, las estaciones sus estados de ánimo, y podría impartir serenidad hasta a la propia Naturaleza. Sin embargo, el hombre que conocemos es efímero como el paisaje que

le rodea, y no aspira a una existencia duradera. Cuando descendemos hasta la aldea lejana, visible desde la cima de la montaña, los nobles habitantes con que la habíamos poblado en nuestras mentes se han marchado, dejando sólo una plaga de alimañas por sus calles desoladas. Es la imaginación de los poetas la que pone esos valerosos discursos en boca de sus héroes. Podrán fingir que las últimas palabras de Catón fueron:

Conozco la tierra, el aire y los mares, y todas
Las alegrías y los horrores de su paz y de sus guerras;
Y ahora veré el estado de los Dioses y las estrellas^[37],

Pero éstas no son las reflexiones ni el destino de los comunes mortales. ¿Qué es ese cielo que esperan, si no supera sus expectativas? ¿Están preparados para uno mejor del que pueden imaginar ahora? ¿Dónde está el cielo de quien muere sobre un escenario, en un teatro? Nuestro cielo está aquí o no está en ningún sitio.

Aunque vemos cuerpos celestes moverse
Sobre la tierra, labramos y amamos este suelo^[38].

No podemos imaginar nada más bello que algo que hayamos experimentado. «El recuerdo de la juventud es un suspiro^[39]». Durante la edad adulta nos entretenemos relatando los sueños de nuestra infancia, pero ya hemos olvidado la mitad de ellos para cuando aprendemos a hablar. Deberíamos ser seres nacidos de la tierra así como del cielo, γηγενεῖς^[40], como se decía de los titanes de la Antigüedad, o en un sentido mejor que el suyo. Ha habido héroes para los que este mundo parecía preparado expresamente, como si la creación por fin hubiese tenido éxito, cuya vida cotidiana era la materia de la que están hechos nuestros sueños, y cuya mera presencia realzaba la belleza y la amplitud de la propia Naturaleza. Por dondequiera que caminasen,

Largior hic campos æther et lumine vestit
Purpureo: Solemque suum, sua sidera nôrunt^[41].

«Un aire más vigoroso sopla sobre los campos, cubriéndolo de una luz púrpura; y ellos conocen a su propio sol y a sus propias estrellas». Nos encanta oír hablar a algunos hombres, aunque no escuchamos lo que dicen. El aire mismo que respiran es rico y perfumado, y el sonido de sus voces llega hasta el oído como el crujir de las hojas o el crepitar del fuego. Están a una gran profundidad. Los cielos son sus cómplices, como si nunca hubiesen estado bajo su techo, y miran a las estrellas con una luz de respuesta. Sus ojos son como luciérnagas, y sus movimientos elegantes y fluidos, como si ya hubiesen encontrado un lugar para ellos, como los ríos que fluyen a través de los valles. Las distinciones que hace la moral, entre correcto e incorrecto, entre sentido y sinsentido, resultan baladíes y han perdido su significado, además de su naturaleza pura y primitiva. Cuando observo las nubes que se extienden en masas

espléndidas por el cielo, oscuras y amenazantes, o brillando con una luz suave, o doradas por los rayos del sol de poniente, como las almenas de una ciudad celestial, su grandeza parece desperdiciada por la mezquindad de mi tarea. Esta tapicería es demasiado lujosa para una acción tan miserable. Apenas si soy digno de vivir fuera de estas murallas.

A menos que no pueda elevarse
Sobre sí mismo, ¡qué pobre criatura es el hombre^[42]!

Nos encantaría poder crear con nuestra música, aunque sólo fuera durante un instante, un tipo de relación más elevada de la que podemos alcanzar con nuestro esfuerzo cotidiano. Los acordes vuelven a nosotros mejorados por el eco, como cuando un amigo lee nuestros versos. ¿Por qué han pintado así los frutos, por qué les han conferido esa fragancia, si no para satisfacer un simple apetito animal?

Le pregunté al erudito, su consejo era generoso,
Pero me mostró un camino demasiado intrincado^[43].

Quizá esto implique que vivimos en los confines de un reino distinto y más puro, desde donde esas fragancias y sonidos manan hasta nosotros. Los límites de nuestra parcela están marcados con flores, cuyas semillas llegaron volando desde los campos adyacentes, más Elíseos: ésas son las macetas de los dioses. Los mejores frutos y las fragancias más dulces, que llegan hasta nosotros arrastrados por el viento, delatan la cercanía del otro reino. Allí también vive Eco^[44], y allí están los estribos del arco iris.

Una raza más noble y mejor alimentada
Festeja y disfruta sobre nuestras cabezas,
Y nosotros, hombrecillos, sólo podemos
Recoger las migajas de su mesa.
Suya es la fragancia de los frutos,
Y nuestra la pulpa y las raíces.
¡Qué bello es el instante en que vemos
Asombrados la tierra olímpica!

No tenemos que rezar por un mejor paraíso que el que puedan ofrecernos los sentidos puros: una vida *puramente* sensorial. Nuestros sentidos actuales no son más que los rudimentos de lo que están llamados a convertirse. En comparación con éstos, ahora estamos sordos y ciegos y mudos, sin olfato ni gusto ni tacto. Todas las generaciones descubren que se ha disipado su vigor divino, y que todos los sentidos y facultades se han desperdiciado y corrompido. Los oídos no fueron hechos para darles esos usos triviales que los hombres suelen creer, sino para escuchar los sonidos celestiales. Ni los ojos creados para esos usos rastreros que los desgastan, sino para contemplar una belleza ahora invisible. ¿No podemos *ver* a Dios? ¿Vamos a quedarnos embelesados con esta vida, como si fuera una mera alegoría? ¿Acaso no es la Naturaleza, bien entendida, eso mismo de lo que solemos creer que es sólo el

símbolo? Cuando el hombre corriente mira al cielo, que todavía no ha profanado demasiado, cree que es menos vulgar que la tierra, y habla con reverencia de «los Cielos». Sin embargo, el vidente hablará en ese mismo tono de «las Tierras», y de su Padre que está en ellas. «El que hizo lo de *dentro*, ¿no hizo también lo de *fuera*?»^[45]. Así pues, ¿qué significa educar, si no desarrollar esos gérmenes divinos que llamamos «sentidos»? Para que así los individuos y los estados traten con magnanimidad a la generación sucesiva, y no le dejen caer en la tentación —no le dejen bizquear los ojos, ni prestar oído a las blasfemias—. Pero ¿dónde está el profesor instruido? ¿Dónde están las escuelas *normales*?

Un sabio hindú dijo: «Al igual que la bailarina, tras haberse mostrado al espectador, deja de bailar, también la Naturaleza deja de manifestarse, una vez se ha mostrado al alma [...]. En mi opinión, no hay nada más discreto que la Naturaleza: una vez que es consciente de que ha sido vista, no vuelve a exponerse a la mirada del alma^[46]».

Es más sencillo descubrir un nuevo mundo, como hizo Colón, que introducirse en un recoveco de éste, que parecemos conocer tan bien: perdemos de vista la tierra, la brújula cambia y la humanidad se amotina; aun así, la historia sigue acumulándose como la inmundicia ante el portal de la naturaleza. Pero basta un instante de cordura, con los sentidos bien alerta, para enseñarnos que hay una naturaleza detrás de lo ordinario, sobre la que hasta ahora sólo tenemos un ligero derecho preferencial y una reserva occidental. Vivimos a las afueras de esta región. La madera tallada, las ramas flotantes y los colores del cielo al atardecer son todo lo que sabemos de ella. No dejemos que los encantos del clima se impongan sobre nosotros. No dejemos, amigos, que, quienesquiera que lo intenten, nos engañen y nos persuadan para comportarnos bien y ganar así la sal de nuestras gachas eternas. Esperemos un poco, y no compremos ninguna parcela en este claro, confiando en que pronto aparezcan suelos más ricos. Éste que pisamos ahora no es más que un terreno débil; yo sentí mis raíces en uno más fértil en el pasado. Un día vi un ramo de violetas en un jarrón de cristal, ligeramente atadas con una brizna de paja, que me recordaron a mí.

Soy un manojo de esfuerzos vanos,
Unidos por casualidad,
Balanceándose aquí y allá, con unos lazos
Tan sueltos que parecen hechos,
En mi opinión,
Para un clima más benigno.

Un ramo de violetas desarraigadas,
Mezcladas con acederas,
Atadas por una brizna de paja
Que otrora se enredase en sus brotes;
Ésa es la ley
A la que estoy sometido.

Un ramillete que el Tiempo recogió de
Esos bellos Campos Elíseos,
A toda prisa, junto a hierbas y tallos rotos,
Es la ruidosa muchedumbre
Que desperdicia
El día que se le ofrece.

Aquí florezco durante un instante sin ser visto,
Bebiéndome mi savia,
Sin raíces en la tierra
Que mantengan verdes mis ramas,
Erguido
En un sencillo jarrón.

Algunos capullos tiernos se quedaron en mi tallo
En una imitación de la vida,
Pero ¡ah!, mis hijos no sabrán,
Hasta que el tiempo los marchite,
La desgracia
A la que se ven sometidos.

Pero ahora lo veo claro, no fui arrancado en vano,
Para ser colocado en el jarrón
De la vida hasta que muriese,
Sino que una amable mano me llevó
Vivo
A un lugar extranjero.

El campo expoliado pronto redimirá sus horas,
Y con la llegada de un nuevo año,
Bien lo sabe Dios, y un aire más libre,
Dará más frutas y verá brotar
Flores más hermosas,
Mientras yo aquí languidezco.

Este mundo tiene muchos anillos, como Saturno, y ahora vivimos en el más excéntrico. Ningún hombre puede afirmar deliberadamente que vive en el mismo planeta, o comparte época, con la flor que han arrancado sus manos. Aunque parezca que sus pies lo pisan, están separados por espacios y eras inconcebibles, y no hay peligro de que le haga daño. ¿Qué saben los botánicos? Nuestras vidas deberían estar entre el líquen y la corteza. Puede que el ojo vea para la mano, pero no para la mente. Aún estamos naciendo, y hasta ahora no tenemos sino una visión borrosa del mar y la tierra, del sol, la luna y las estrellas, y no veremos con claridad hasta que hayan pasado al menos nueve días. La búsqueda del sitio arqueológico de la antigua Troya por parte de viajeros y geógrafos no puede por menos de calificarse como patética. Ni siquiera está cerca de donde ellos creen. Cuando algo decae y desaparece, ¡qué anónimo ha de parecer el lugar que ocupó!

Las anécdotas de la astronomía moderna me causan el mismo efecto que esas ligeras revelaciones de lo Real que le son concedidas al hombre de cuando en cuando, o mejor dicho, de eternidad en eternidad. Cuando recuerdo la historia de ese tenue brillo en nuestro firmamento que nosotros llamamos Venus, considerada por los

hombres antiguos, y la mayoría de hombres modernos, una chispa de luz vinculada a un astro hueco girando en torno a nuestra tierra, pero que ahora, se ha descubierto, ha resultado ser *otro mundo* en sí mismo; cuando recuerdo cómo Copérnico, tras razonar sobre el asunto durante largo y paciente tiempo, predijo con total confianza, antes de que el telescopio se inventara, que si alguna vez los hombres podían verlo con mayor claridad de lo que lo hacían entonces, descubrirían que tenía fases como nuestra luna, y que un siglo después de su muerte se inventó el telescopio, y que Galileo verificó su predicción; cuando recuerdo todo esto, no pierdo la esperanza de que quizá, incluso aquí y ahora, podamos conocer alguna información precisa sobre ese otro mundo que el instinto de la humanidad lleva tanto tiempo prediciendo. De hecho, todo lo que llamamos ciencia, y también todo lo que llamamos poesía, es una partícula de dicha información, y es todo lo precisa que puede llegar a ser, aunque sólo llegue hasta los confines de la verdad. Si podemos razonar con tal precisión, y si se producen unas confirmaciones tan pasmosas de nuestros razonamientos sobre los llamados objetos naturales y sobre unos acontecimientos tan infinitamente apartados del alcance de nuestra visión natural que la mente duda de sus cálculos, incluso cuando son confirmados por la observación, ¿por qué no podrían nuestras especulaciones penetrar con la misma profundidad en el estrellado universo inmaterial, del que el primero no es más que su homólogo exterior y visible? No cabe duda de que disponemos de unos sentidos igual de capacitados para penetrar en los espacios de lo real, lo sustancial, lo eterno, como lo están los sentidos exteriores para penetrar en el universo material. Veias, Manu, Zoroastro, Sócrates, Cristo, Shakespeare, Swedenborg: he aquí algunos de nuestros astrónomos.

En nuestras órbitas se producen perturbaciones por la influencia de astros periféricos, y ningún astrónomo ha determinado aún los elementos de ese mundo sin descubrir que los produce. En el transcurso habitual de mis pensamientos percibo una secuencia natural e ininterrumpida; cada uno implica la presencia del siguiente, y, de producirse una interrupción, está ocasionada por un nuevo objeto que se presenta ante mis *sentidos*. Sin embargo, la transición escarpada, y brusca, e inexplicable por estos medios, es la que se produce entre lo que llamamos una visión de las cosas desde el sentido común —estrecha y parcial en comparación—, y una visión infinitamente expandida y liberadora; entre ver las cosas como los hombres las describen y verlas como los hombres no pueden describirlas. Esto implica la presencia de un sentido que no es común, sino muy poco frecuente, en la experiencia del hombre más sabio; un sentido que es más sensible o consciente que el sentido común.

¡Por qué recintos deambula el astrónomo! Sus cielos son superficiales, y la imaginación, como el viajero sediento, anhela atravesar su desierto. La mente errante rompe con impaciencia los grilletes de las órbitas astronómicas, cual telarañas en un rincón de su universo, y se lanza allá donde la distancia no llega y las leyes que la ciencia ha descubierto pierden fuerza y vigencia. La mente conoce una distancia y un espacio del que todas las sumas combinadas ni siquiera constituyen una unidad de

medida: el intervalo entre lo que *parece* y lo que *es*. Sé que hay muchas estrellas, sé que están lo bastante lejos, que son lo bastante brillantes y fieles a sus órbitas, ¿pero de qué valen todas ellas? Son más y más tierra baldía al Oeste —un territorio estrellado—, que acaso podamos convertir en estados esclavistas, de llegar a colonizarla. La única estrella que me interesa es la que dista del suelo la altura de un hombre, y aun así se trata de un interés pasajero. Luego me despediré de todos los cuerpos que he conocido.

Todo hombre sabio se erigirá sobre un terreno que pueda sostenerlo bien, y el que tenga un peor sentido del equilibrio no se atreverá a pisar esas laderas por las que otro quizás camine con seguridad, sino que preferirá dejar sin recoger los arándanos que allí crecen. Puede que alguna primavera una crecida mayor de lo normal los haga flotar al alcance de su mano, aunque quizá para entonces ya estén aguados y picados por la escarcha. He visto estos arándanos resacos en los desvanes de muchos hombres pobres, y en muchos arcones de la Iglesia y cofres del Estado; basta un poco de agua y calor para que vuelvan a alcanzar su tamaño y su belleza originales, y añadiéndoles la cantidad de azúcar adecuada, la humanidad podrá preparar con ellos la salsa de nuestro plato nacional^[47].

Lo que llamamos «sentido común» es excelente en su ámbito, y de un valor tan incalculable como la virtud de la conformidad en el ejército y la marina —pues allí hace falta la subordinación—. Sin embargo, un sentido fuera de lo común, que sólo es común entre los sabios, es más excelente y mucho menos frecuente. Algunos aspiran a la excelencia desde la subordinación: que Dios los ayude. Lo que dice Fuller sobre los profesores universitarios puede aplicarse universalmente: «Una pequeña dosis de insipidez en un profesor universitario lo hace más apto para abordar asuntos seculares^[48]».

Aquel que carece de fe, y se siente afligido
Porque la necesita, posee una creencia verdadera;
Y aquel que se siente afligido porque su aflicción es tan pequeña,
Posee una verdadera aflicción, y la mejor de todas las fes^[49].

O quizá podamos encontrar un estímulo en los versos de este otro poeta:

Hasta ellos llegó Fido, el mariscal de campo:
Era débil cuando su madre le dio a luz,
Un chiquillo enfermizo y enclenque al principio,
Que siempre recibía entre lágrimas al sol matutino;
Pero los años le confirieron tamaño y poderío,
Y convertido en robusto campeón y poderoso caballero
Siempre brillaba en el campo de batalla su armadura.

Arroja las montañas al mar con su poderosa mano;
Detiene e invierte el curso impetuoso del sol;
La Naturaleza rompe las leyes de la Naturaleza a su orden;

Ninguna fuerza del Infierno o del Cielo resiste a su poder;
Si un acontecimiento queda lejano él lo convierte
En presente con una premonición maravillosa;
Demostrando que los sentidos son ciegos, al mostrarse ciego para el sentido^[50].

«Ayer, al amanecer», dice Hafiz^[51], «Dios me liberó de todas las aflicciones terrenales; y en medio de las tinieblas de la noche me obsequió con el agua de la inmortalidad^[52]».

En la historia de la vida de Saadi, contada por Dowlat Shah, leemos esta frase: «El águila del alma inmaterial del jeque Saadi sacudió de su plumaje el polvo de su cuerpo^[53]».

Así de meditabundos remábamos en dirección a casa, donde buscaríamos algún trabajo otoñal del que ocuparnos y con el que contribuir al paso de las estaciones. Puede que la Naturaleza se mostrase condescendiente y nos usara sin nuestro conocimiento, como cuando contribuimos a esparcir sus semillas durante nuestros paseos, llevando de campo a campo cadillos y cizaña en la ropa.

Normalmente todo se encuentra
Sobre el suelo de esta tierra,
Los espíritus y los elementos
Tienen sus descendientes.

Noche y día, año tras año,
Aquí y allá, arriba y abajo,
Éstas son nuestras propias cualidades,
Éstos son nuestros remordimientos.

Y vosotros, dioses de la orilla,
Que permanecéis para siempre,
Veo vuestro promontorio lejano,
Que se extiende en todas direcciones;

Escucho los dulces sonidos vespertinos
De vuestra región que nunca marchita;
Dejad de engañarme con el tiempo,
Y llevadme a vuestra tierra.

A medida que fue avanzando la tarde, mientras remontábamos remando sin prisa el río sereno, atrapados entre márgenes aromáticos en flor, donde habíamos instalado por primera vez nuestra tienda, y nos acercábamos cada vez más a los campos donde habíamos pasado nuestras vidas, nos pareció detectar los colores de nuestro cielo natal en el horizonte, al sudoeste. Justo en ese momento el sol se estaba poniendo tras una colina boscosa: era un ocaso tan bello que sólo acabaría por alguna razón que los hombres ignoraban, y había de ser marcado con colores más radiantes de lo normal en el pergamino de los tiempos. Aunque las sombras de las colinas estaban

empezando a cernirse sobre las aguas, todo el valle ondulaba con una luz suave, más pura y memorable que la de la luna. Pues así es como se despide el día incluso en los valles más solitarios, donde no ha puesto pie el hombre. Vimos dos garzas (*Ardea herodias*), con sus patas largas y esbeltas recortadas contra el cielo, viajando sobre nuestras cabezas. Su vuelo elevado y silencioso, como si hubiesen emprendido el camino al caer la noche, no iba a posarse, claro, en un pantano cualquiera de la superficie de la tierra, sino al otro lado de nuestra atmósfera. Eran un símbolo que podía ser objeto de estudio, ya estuviese impreso en el cielo o esculpido entre los jeroglíficos de Egipto. Dirigidas hacia alguna pradera más al norte, prosiguieron con su vuelo majestuoso e inmóvil, como las cigüeñas de un cuadro, hasta acabar desapareciendo detrás de las nubes. Densas bandadas de mirlos volaban ahora sobre el cauce del río, como si estuviesen realizando un corto peregrinaje hacia alguno de sus santuarios, o celebrando el magnífico ocaso.

Y así, como hace el peregrino, al que la noche
Oscura se apresura a encerrar en su camino,
Piensa en tu hogar, alma mía, y piensa bien
En el tiempo que le queda al día de tu vida:
Tu sol se pone al Oeste, ya quedó atrás tu mañana,
Y no te fue concedido nacer una segunda vez^[54].

El sol poniente creía que todos los hombres estaban descansando, sumidos en un estado contemplativo. Sin embargo, el hijo del granjero silbaba con más ahínco mientras desde los pastos conducía a las vacas de vuelta a casa, y el carretero se abstenía de hacer restallar su látigo, y guiaba a su yunta con voz queda. Los últimos vestigios de la luz del día desaparecieron por fin, y mientras remábamos en silencio de espaldas a la casa, a través de la oscuridad, en la que sólo se veían unas pocas estrellas, no teníamos mucho que decir. Permanecíamos absortos en nuestros pensamientos, o escuchando el sonido monótono de los remos, una suerte de música rudimentaria, ideal para el oído de la Noche y la acústica de sus paredes tenuemente iluminadas.

Pulsæ referunt ad sidera valles^[55],

«Y en los valles se oía el eco del sonido de las estrellas».

Mientras mirábamos hacia arriba, en silencio, hacia aquellas luces lejanas, recordamos que quien explicó por primera vez que las estrellas eran mundos fue un hombre de una imaginación excepcional, que hizo un gran regalo a la humanidad. En la crónica de Bernáldez está registrado que durante el primer viaje de Colón los nativos «señalaron a los cielos, haciendo señas de que creían que allí estaban todo el poder y la santidad^[56]». Tenemos motivos para estar agradecidos por los fenómenos celestiales, pues responden principalmente al ideal de los hombres. Las estrellas son lejanas y discretas, pero brillantes y duraderas como nuestras experiencias más

hermosas y memorables. «Deja que la profundidad inmortal de tu alma te guíe, pero mantén siempre los ojos clavados en el cielo^[57]».

Así como la compañía más sincera se aproxima cada vez más a la soledad, también el discurso más excelso acaba por sumirse en el Silencio. Todos los hombres pueden escuchar el Silencio, en todas las épocas, en todos los lugares. Él es cuando escuchamos hacia el interior, mientras el sonido es cuando escuchamos hacia el exterior. La creación no ha suplantado al Silencio, sino que constituye su estructura visible. Todos los sonidos son sus siervos y sus proveedores, y no sólo proclaman que su señor es, sino que es un señor excepcional, al que hay que buscar con gran tesón. Están tan vinculados al Silencio que no son más que burbujas en su superficie, que estallan de inmediato, como prueba de la potente y prolífica corriente submarina. Son una tímida declaración del Silencio, aptos únicamente para nuestros nervios auditivos cuando chocan entre ellos y lo sustituyen. En la medida en que hacen esto, y realzan e intensifican el Silencio, son la armonía y la más pura melodía.

El Silencio es el refugio universal, la secuela de todos los discursos insulsos y las acciones necias, un bálsamo para todas nuestras desazones, al que damos la bienvenida por igual tras la saciedad y la decepción. Es ese fondo donde la brocha del pintor no puede llegar, ya sea un maestro o un mediocre, y que, por incómoda que sea la figura en primer plano, sigue siendo nuestro santuario inviolable, que ninguna mezquindad puede mancillar, donde nadie puede molestarnos.

El orador abandona su individualidad, y es más elocuente cuanto más calle. Escucha mientras habla, y es un oyente entre su audiencia. ¿Quién no ha oído Su estruendo infinito? El Silencio es el megáfono de la Verdad, el único oráculo, los verdaderos Delfos y Dodona^[58], que reyes y cortesanos harían bien en escuchar, y del que no obtendrán jamás una respuesta ambigua. Pues a través de Él se han hecho todas las revelaciones, y en la medida en que los hombres han consultado su oráculo interior han obtenido un conocimiento claro, y se dice de su época que ha sido ilustrada. En cambio, cuando han deambulado hasta un Delfos extranjero y pedido consejo a su sacerdotisa enloquecida, sus años han sido oscuros y plúmbeos. Muchas fueron las épocas ruidosas y parlanchinas que llevan largo tiempo sin emitir ningún sonido. En cambio, la era griega, silenciosa y melódica, suena y resonará por siempre en los oídos de los hombres.

Un buen libro es el plectro con el que se pellizcan nuestras liras, que de lo contrario permanecen en silencio. Es habitual que atribuyamos a la obra escrita el interés que pertenece a nuestra propia secuela no escrita —aunque, en comparación, la primera está sin vida—. Esta secuela es la parte más indispensable de todos los libros. El objetivo del autor debería ser decir de una vez por todas, y enfáticamente: «Dijo», ἐφη, ε. Esto es lo máximo a lo que puede aspirar el escritor. Si hace de su obra un rompeolas contra el que pueda romper el oleaje del Silencio, habrá hecho algo bueno.

Sería inútil que me esforzase en interrumpir el Silencio, pues éste no puede plasmarse en inglés. Durante seis mil años los hombres lo han traducido con la fidelidad que les era propia, y aun así no es mejor que un libro sellado. Un hombre puede hablar y hablar con total confianza durante un tiempo, pensando que domina su argumentación y que algún día agotará su tema. Sin embargo, también él acabará por callar, y los hombres sólo recordarán lo bien que había empezado, pues cuando al fin sea engullido por Él, la desproporción entre lo dicho y lo callado serán tan vasta que el hombre no parecerá más que la burbuja de esa superficie donde desapareció. En cualquier caso, nosotros seguiremos adelante, como esas golondrinas de los acantilados chinos, construyendo nuestros nidos con la espuma de las palabras, que quizá algún día sean el pan de la vida para quienes viven a orillas del mar.

Ese día hicimos unas cincuenta millas entre vela y remo, y ahora, bien entrada la noche, nuestro bote rozaba las espadañas de su puerto de origen, y su quilla reconocía el barro de Concord, donde una leve marca de su contorno seguía impresa en los cálamos aromáticos aplastados, que apenas se habían levantado desde nuestra salida. Desembarcamos alegres, de un salto, en la orilla, sacamos el bote del río y lo amarramos a su manzano silvestre, cuyo tronco aún conservaba la marca de la rozadura que la cadena había dejado durante las crecidas de la primavera.



HENRY DAVID THOREAU (Concord (EE. UU.), 1817 - Ibídem, 1862). Escritor y ensayista estadounidense. Nacido en el seno de una familia modesta, se graduó en Harvard en 1837 y volvió a Concord, donde inició una profunda amistad con el escritor Ralph Waldo Emerson y entró en contacto con otros pensadores trascendentalistas. En 1845 se estableció en una pequeña cabaña que él mismo construyó cerca del pantano de Walden a fin de simplificar su vida y dedicar todo el tiempo a la escritura y la observación de la naturaleza. En este período surgieron *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* (1849), descripción de una excursión que diez años antes había realizado con su hermano, y, finalmente, *Walden* (1854), que tuvo una notable acogida.

En 1846, concluida su vida en el pantano, Thoreau se negó a pagar los impuestos que el gobierno le imponía, como protesta contra la esclavitud en América, motivo por el cual fue encarcelado; este episodio le llevó a escribir *Desobediencia civil* (1849), donde establecía la doctrina de la resistencia pasiva que habría de influir más tarde en figuras de la talla de Gandhi y Martin Luther King. Cercano a los postulados del trascendentalismo, su reformismo partía del individuo antes que de la colectividad, y defendía una forma de vida que privilegiara el contacto con la naturaleza.

Notas

[1] Tal y como indica el propio Thoreau, estos versos pertenecen a las *Metamorfosis* de Ovidio 1, 39-42, y el autor realiza la traducción en el texto original. Los tres poemas epigráficos que los preceden son de la cosecha de Thoreau, como todos los que aparecen a lo largo del libro, salvo que una nota al pie especifique lo contrario. Asimismo, todas las notas, a menos que se especifiquen como propias del traductor, son de los editores. <<

[1] Términos que el inglés toma prestados de la lengua de los nativos americanos y que hacen referencia, respectivamente, a un hombre y una mujer casados. <<

[2] Ralph Waldo Emerson (1803-1882), ensayista y poeta americano, padre del trascendentalismo. Vivió en Concord desde 1835 y fue el mentor de Thoreau. <<

[3] Lemuel Shattuck (1793-1859) fue un librero, editor, historiador y estadista americano, amén de un auténtico pionero en el campo de la sanidad pública. Es autor de *A History of the Town of Concord*, publicada en Boston en 1835. <<

[4] De *south* y *borough*, «del condado del Sur» (N. del T.). <<

[5] Fechas, respectivamente, de la Guerra de la Independencia y la Guerra anglo-americana. <<

[6] El «viejo Johnson» es Edward Francis Johnson (1598-1672), primer historiador de Nueva Inglaterra, de origen inglés, que con su obra pretendía acabar con los prejuicios de sus compatriotas sobre esta colonia y sus habitantes. En este pasaje se cita su *A History of New England, or Wonder-Working Providence of Sions Saviour in New England*, publicada en Londres en 1654. <<

[7] Janto es el nombre sagrado y Escamandro el nombre terrenal de un dios-río que discurría junto a Troya. <<

[8] Cita de la obra *Troilo y Crésida*, IV vv. 1548-1549, de Geoffrey Chaucer (1343-1400), poeta, filósofo y escritor, autor de los célebres *Cuentos de Canterbury*.

<<

[9] Montaña de la región de Beocia, Grecia, donde según la mitología se retiraban las Musas. <<

[10] Cita del poema «Cooper's Hill», vv. 1-4, de *Sir John Denham* (1615-1669), poeta inglés. <<

[1] Estos versos, parte de un fragmento del *Tiestes* de Eurípides, aparecen citados en las *Obras morales* de Plutarco. La traducción usada por Thoreau se publicó en Londres en 1718, aunque la fuente directa pudo ser un cuaderno de Emerson, en el que este autor atribuía los versos a Píndaro. <<

[2] El 19 de abril de 1775 los milicianos de Concord se enfrentaron a las tropas inglesas en North Bridge, si bien la Revolución comenzó propiamente cuando, ese mismo día, los ingleses mataron a dos patriotas en Lexington Green. <<

[3] Cita del poema «Concord Hymn» de Emerson, vv. 1-8. <<

[4] La Batalla de Bunker Hill tuvo lugar en junio de 1775 en Boston y se la considera una de las más sangrientas de toda la Guerra de la Independencia americana. Laconia es una región al sur del Peloponeso. <<

[5] Alusión a *Musgos de una vieja casa parroquial* (1846), tercera colección de relatos cortos de Nathaniel Hawthorne (1804-1864), escritor americano, autor de *La letra escarlata*, residente en Concord y cercano a Thoreau. <<

[6] Diosa romana de las estaciones. <<

[7] Chaucer, *Troilo y Crésida*, IV v. 1549. <<

[8] Izaak Walton (1593-1683), escritor inglés, autor de la obra *The Compleat Angler, or the Contemplative Man's Recreation*. <<

[9] Río del norte de Inglaterra. <<

[10] Subtítulo de la obra de Walton. <<

[11] Jean Louis Rodolphe Agassiz (1807-1873), zoólogo y geólogo suizo con el que Thoreau mantuvo múltiples intercambios de muestras y correspondencia. <<

[12] John Josselyn (1638-1675), explorador inglés que realizó uno de los primeros viajes consagrados al estudio de la flora y la fauna. <<

[13] Literalmente, río «mina de cobre» (N. del T.). <<

[14] Cima más alta del estado de Maine, cuyo nombre indio significa «la más grande de las montañas». Thoreau lo coronó varias veces y lo relata en su obra *Los bosques de Maine*. <<

[15] Uno de los ríos del infierno según la mitología griega. <<

[16] La fuente de estas líneas es la edición de Joseph Ritson de *Robin Hood* (1832), 1, 98. <<

[17] Cita de Quarles, *Emblemes*, II, 15, vv. 8-10. <<

[18] Antigua ciudad italiana, situada en la desembocadura del río Tíber, donde según la mitología habría desembarcado Eneas a su regreso de Troya. <<

[19] Esta frase, ligeramente alterada por Thoreau, es una cita de la obra de Shakespeare *Julius Caesar*, acto IV, escena III, v. 27. <<

[20] En inglés, Thoreau nos dice que esos sonidos son prueba del estado de *health or sound* de la naturaleza. En este contexto, ambos adjetivos significan «sano»: la naturaleza está sana, pues. Sin embargo, *sound* (literalmente, «sonido») también introduce un matiz importante para este pasaje que perdemos en la traducción (N. del T.). <<

[1] William Ellery Channing (1818-1901), poeta trascendentalista americano, amigo y primer biógrafo de Thoreau. <<

[2] Pierre du Gua Sieur de Monts (1558-1628), explorador francés y fundador de la primera colonia permanente en Canadá. <<

[3] Alusión a los *Oráculos de Zoroastro*, parágrafo 158, que Thoreau encontró en *The Phenix: A Collection of Old and Rare Fragments*, publicado en Nueva York en 1835.

<<

[4] En inglés, Thoreau habla de *meeting-house*, edificios donde tenía lugar una reunión pública, tanto de carácter civil como, muy frecuentemente, religioso (N. del T.). <<

[5] Hârûn al-Rachîd ben Muhammad ben al-Mansûr (763-809), califa abasida de Bagdad que aparece en diversas escenas de *Las mil y una noches*. <<

[6] Cita del poema de William Ellery Channing «The River», vv. 1-7. <<

[7] Nueva cita del poema «Boat Song», de Channing, vv. 16-20. <<

[8] Cita del poema «The Elixir», vv. 9-12, de George Herbert (1593-1633), poeta y orador inglés. <<

[9] Cita de *New England's Memorial* (1826), de Nathaniel Morton (1613-1686), secretario de la colonia de Plymouth. <<

[10] Ciudad italiana célebre por su sistema defensivo, concebido en el siglo XII por el arquitecto Alberto Pitention. <<

[11] En español en el original. <<

[12] Este fragmento podría pertenecer a una balada de la época. <<

[13] Ciro II el Grande (559-529 a. C.), fundador del imperio persa. Autorizó la reconstrucción del templo de Jerusalén destruido por Nabucodonosor. <<

[14] Estos pasajes pertenecen a una petición realizada en 1728 y recogida en *History of Concord*, de Lemuel Shattuck. <<

[15] Shittim es el nombre hebreo que designa la acacia de la que se extrajo la madera para construir el Arca de la Alianza. <<

[16] Puerto y región de Yemen célebre por sus riquezas. <<

[17] Lugares a los que se hace referencia en la descripción de esta controversia, recogida en la ya mencionada *History of Concord*. <<

[18] Cita del poema de Felicia Hemans «The Landing of the Pilgrim Fathers in New England», v. 40, recogido en *The Poetical Works of Mrs. Hemans*, publicado en dos volúmenes en Filadelfia en 1832. <<

[19] Un *wigwam* es una vivienda cupulada de una sola estancia usada por ciertas tribus nativas norteamericanas. Se construyen con un armazón de postes arqueados, habitualmente de madera, que se cubren con diversos materiales para formar el techo. Los detalles de la construcción varían con cada cultura y con la disponibilidad. Algunos de los materiales usados como cobertura incluyen hierba, maleza, corteza, juncos, esteras, cañas, pieles o tejidos. <<

[20] Entre los indios algonquinos, el *sachem* era el líder del clan. Actuaba ora de gobernante, ora de juez; en los conflictos entre pueblos, hacía de diplomático, mientras que en las guerras era el comandante en jefe (N. del T.). <<

[21] Zona cercana a Nápoles famosa por sus manantiales medicinales. <<

[22] Garganta al norte de Tesalia reputada como lugar predilecto de las Musas. <<

[23] John Evelyn (1620-1706), escritor, periodista y jardinero inglés. <<

[24] Archipiélago situado al sur del océano Pacífico, entre cuyas islas se cuentan Tahití y Bora-Bora. <<

[25] Cita de *Polynesian Researches* (1829), de William Ellis (1794-1872), médico, pintor y explorador británico, así como autor del primer estudio etnográfico del Pacífico. <<

[26] Cita de *Castara*, tercera parte, vv. 29-30, del poeta inglés William Habington (1605-1654), que Thoreau encontró en *The Works of the English Poets, from Chaucer to Cowper*, recopilación de Alexander Chalmers publicada en veintiún volúmenes en Londres en 1810. Esta antología de Chalmers, a la que volveremos en varias notas de este libro, era una fuente primaria de Thoreau en materia de poesía inglesa. <<

[27] Bardo escocés del siglo III, autor de poemas en gaélico cuya traducción al inglés, a cargo de James Macpherson (1736-1796), obtuvo un inmenso éxito en Europa. <<

[28] Richard Arkwright (1732-1792), ingeniero inglés, inventor de una máquina de coser que revolucionó la industria de la época. <<

[29] Cita de *Confesión del amante*, libro IV, vv. 2427-2432, de John Gower (1330-1408), poeta inglés. <<

[30] Cita de «A Poem Against Idleness, and the History of Sardanapalus», vv. 125-127, 134-137, de John Lydgate (1370-1450), poeta inglés. <<

[31] Cita de *Mystagogus Poeticus, or The Muses Interpreter* (1848), de Alexander Ross (1591-1654), poeta inglés. <<

[32] Endimión es un rey de Élide, enamorado de Selene (la luna), y Memnón, hijo de Eos (la aurora), será matado por Aquiles durante la Guerra de Troya. <<

[33] Hijo de Helio (el sol), orgulloso y bravucón, murió al ser incapaz de controlar los caballos del carro de su padre. <<

[34] Neptuno fue descubierto el 23 de septiembre de 1846 por Johann Gottfried Galle (1812-1910). <<

[35] Alusión a la frase «relato de la divina Troya», en *Il penseroso* de Milton, v. 100.

<<

[36] Citas de la obra de Joseph Wolff *Narrative of a Mission to Bokhara*, publicada en Nueva York en 1845. <<

[37] Puede que esa frase formase parte del lenguaje popular en la década de 1840, cuando se publicó este libro. Una posible fuente es el *Hamlet* de Shakespeare: «Le hablaré con dagas, mas no usaré ninguna» (acto III, escena II, 396). <<

[38] Cita de *Trabajos y días*, vv. 770-771. <<

[39] Cita de *History of Dunstable*, de Charles J. Fox (1811-1846), historiador americano. <<

[40] Cita de la *Ilíada* de Homero 1, 196, que podemos traducir así: «En su corazón ella [Hera] los amaba a ambos por igual y los cuidaba». <<

[41] Alusión al libro *Polynesian Researches*, de William Ellis, publicado en 1832. <<

[42] Cita de *The American Crisis* de Thomas Paine (1737-1809), intelectual y revolucionario americano. <<

[43] Cita de la *Ilíada* de Homero, vv. 1259-1263, en traducción de Thoreau. <<

[44] *Monday* (de *moon* y *day*: lunes, o día de la luna) y *Sunday* (de *sun* y *day*: domingo, o día del sol) (N. del T.). <<

[45] Alusión a la *Jerusalén liberada*, del poeta italiano Torquato Tasso (1544-1595).

<<

[46] Salmos 137, 5. <<

[47] Salmos 137, 1. <<

[48] Emmanuel Swedenborg (1688-1772), científico, filósofo y teólogo sueco. <<

[49] Cita de *Translation of Several Principal Books, Passages, and Texts of the Veds* (1832), de Rajah Rammohun Roy Bahadoor (1772-1833), fundador de un importante movimiento por el renacimiento de la filosofía hindú en el siglo XIX. <<

[50] Cita de Quarles, *A Feastfor Wormes*, «Meditation 5», vv. 37-40. <<

[51] Cita de Quarles, *Emblemes*, I, 8, vv. 1-3. <<

[52] Famoso fragmento shakespeariano de *Como gustéis*, acto II, escena VII, vv. 139-140. <<

[53] Citas de «To My Dearly Loved Friend, Henry Reynolds», vv. 106, 109, de Michael Drayton (1563-1631), poeta inglés. <<

[54] Cita de *Life of Sir Thomas Browne*, en *Sir Thomas Browne's Works* (1835), de Samuel Johnson (1709-1784), poeta inglés. <<

[55] Cita del poema «To the Memory of the Incomparable Paire of Authors, Beaumont and Fletcher», v. 44, que aparece en los poemas de Beaumont seleccionados por Chalmers para su antología. <<

[56] Este pasaje pertenece al *Gulistán*, obra del poeta persa Saadi (Mushrif-ud-Din Abdullah, 1184-1283/1291 ?), traducido al inglés por James Ross y publicado en Londres en 1823. <<

[57] Cita de «Select Sentences of Sextus the Pythagorean», un apéndice de la *Vida pitagórica* de Jámblico, traducido por Thomas Taylor y publicado en Londres en 1818. <<

[58] *Pilgrim's Progress*, obra del predicador inglés John Bunyan (1628-1688) publicada en 1678. <<

[59] Esta serie de citas bíblicas pertenece al Evangelio según San Mateo 6, 33; 6, 19; 19, 21; 16, 26; 17, 20; 24,35. En esta edición todas las citas bíblicas provienen de la *Nueva Biblia Española*, en traducción dirigida por Luis Alonso Schökel y Juan Mateos. <<

[60] Construida en el siglo XIX e inaugurada en 1833, esta institución era una casa de acogida para «cuidar de los marineros ancianos, decrépitos y exhaustos» (N. del T.).

<<

[61] Conspirador ateniense cuya historia es relatada por Plutarco en sus *Vidas paralelas*. <<

[62] Cita del *Gulistán* de Saadi. <<

[63] Richard Baxter (1615-1691), teólogo inglés. <<

[64] Cita de *Historical Collection of the Indians of New England*, de Daniel Gookin (1612-1687), colono en Virginia y Massachusetts. <<

[65] Puede que Thoreau tuviese acceso a manuscritos originales a la hora de citar este pasaje, pues el episodio descrito se imprimió en la década de los cincuenta (después de la publicación de esta obra), en *Records of the Governors and Company of the Massachusetts Bay*, editada por Nathaniel B. Shurtleff. <<

[66] Cordel o cinturón de abalorios usado tradicionalmente como moneda por algunos pueblos amerindios, que lo consideraban sagrado (N. del T.). <<

[67] El «diario» de John Winthrop (1588-1649, fundador de la colonia de Massachusetts) citado por Thoreau es *The History of New England from 1630 to 1649*, publicado en Boston entre los años 1825 y 1826. <<

[68] La frase «indios devotos», encontrada en numerosas historias de Nueva Inglaterra, entre ellas la de Daniel Gookin, hace referencia a los indios que se habían convertido al cristianismo. <<

[69] Thomas Hutchinson (1711-1780, gobernador de la colonia de Massachusetts) recoge la correspondencia que el Tribunal General mantuvo con Cromwell sobre los indios en su *The History of Massachusetts Bay*, publicada en Londres en 1765. <<

[70] Miantonimo († 1643) fue un jefe de los indios narragansett. <<

[71] John Webster (1590-1661) fue gobernador de la colonia de Connecticut. <<

[72] Montes cercanos al monte Olimpo. <<

[73] Fuente sobre el monte Helicón. <<

[74] Uno de los grandes ríos de Escocia. <<

[75] Cita de William Alexander, conde de Stirling (1570-1640) y autor del poema «A Paraenesis to Prince Henry», vv. 36, 38-40, que Thoreau encontró en la antología de Chalmers. <<

[76] Cita del artículo «Poetry», publicado en *The Herald of Freedom* el 9 de septiembre de 1841, firmado por Nathaniel Rogers (1794-1846), destacado abolicionista americano. <<

[77] No hay que confundir la Concord a orillas del río Merrimack, en el estado de Nuevo Hampshire, con la Concord a orillas del río Concord, pueblo natal de Thoreau situado en el estado de Massachusetts, al que los viajeros no volverán hasta el próximo sábado (N. del T.). <<

[78] Se desconoce el origen de las tres frases entrecomilladas de este párrafo. <<

[79] Pasaje escrito por el naturalista David Humphreys Storer (1804-1891) y recogido en *Fishes of Massachusetts*, aparecido en la encuesta zoológica y botánica *Reports on the Fishes, Reptiles, and Birds of Massachusetts*, publicada en Boston en 1830. <<

[80] Cita del historiador Jeremy Belknap (1744-1796) recogida en *The History of New Hampshire*, publicada en Boston en 1813. <<

[81] Cita de *A Description of New England*, escrita por el capitán y navegante John Smith (1580-1631) y recogida en las *Collections* de la Massachusetts Historical Society publicadas en 1837. <<

[82] Cita del poema «Thanks for a Summer Day», vv. 85-88, 121-124, de Alexander Hume (1560-1609) que Thoreau encontró en la obra de James Sibbald *Chronicle of Scottish Poetry*, publicada en Edimburgo en 1802. <<

[83] El *Diccionario geográfico* al que Thoreau hace referencia aquí es la obra de John Hayward *New England Gazetteer*, publicado en Concord, Nuevo Hampshire, en 1839. <<

[84] Estos fragmentos, traducidos justo debajo por Thoreau, pertenecen a las *Bucólicas* de Virgilio, égloga VII, vv. 48 y 54. <<

[85] Aquí empiezan siete pasajes de la *Ilíada* de Homero, todos traducidos por Thoreau en la versión original: XI, vv. 62-66, 84-91; VIII, vv. 553-565; XV, vv. 78-84; I, vv. 156-157, vv. 247-249; XI, vv. 722-726. Para la versión española hemos usado la traducción rítmica de Agustín García Calvo (Lucina, 1995). <<

[86] Cita de la obra de Philip J. Bailey (1816-1902), *Festus*, publicada en Londres en 1839. <<

[87] Cita del *Bhagavad Gita*, IV 28, 31. La traducción inglesa manejada por Thoreau corría a cargo de Charles Wilkins y fue publicada en Londres en 1785. <<

[88] Cita de Quarles, *Emblemes*, II, 9, vv. 43-44. <<

[89] Cita de Quarles, *A Feast for Wormes*, «Meditation 1», vv. 45-46. <<

[90] Cita de Quarles, *Job Militant*, «Meditation 13», vv. 23-24. <<

[91] Versos de un fragmento sin título escrito por el filósofo cínico Crates de Tebas (368-285 a. C.) y traducidos por Thoreau. <<

[92] Juego de palabras intraducible, pues el inglés *chest* significa «pecho», además de «cofre» (N. del T.). <<

[93] Cita de un poema sin título de William Ellery Channing. <<

[94] Cita del poema de Habington «To My Honoured Friend and Kinsman, R. St. Esquire», vv. 41-44, que Thoreau encontró en la antología de Chalmers. <<

[95] El Lyceum era un movimiento que promovía la educación de los adultos en los estados del Norte y el Este a través de una red informal de salas instaladas en escuelas, iglesias y edificios públicos, en las cuales se impartían conferencias sobre historia, política, arte, botánica, etc. El Lyceum de Concord fue creado en 1828 y por él pasaron los principales intelectuales y escritores de Nueva Inglaterra. <<

[96] Cita del poema de Emerson «Ode to Beauty», vv. 60-63. <<

[97] Nombre solar de Apolo. <<

[98] Cita del poema de Emerson «The Problem», vv. 11-12. <<

[99] Este extracto, así como la frase «reinado de Isabel» en la siguiente línea y el fragmento que la sigue, son citas del poeta e historiador inglés Samuel Daniel (1562-1619) en su homenaje a Filotas, vv. 74-76, 77, 81-82; los siguientes dos fragmentos también son de Daniel, *Musophilus*, vv. 947-952, 431-34. Thoreau encontró todos estos pasajes en la antología de Chalmers. <<

[100] James Knox Polk (1795-1849) fue el undécimo presidente de los Estados Unidos. <<

[101] *Sir Philip Sidney* (1554-1586) y *Edmund Spenser* (1552-1599), dos de los grandes poetas isabelinos. <<

[102] *Sir* Walter Raleigh (1554-1618), poeta, corsario, oficial y explorador inglés. <<

[103] El «viajero francés Botta» es Paul Emile Botta (1802-1870), cuyo *Notice sur un voyage dans l'Arabie heureuse*, publicado en París en 1841, se cita aquí. La fuente de Thoreau es una reseña en el *Athenaeum*, n.º 740, publicada el 1 de enero de 1842. <<

[104] Benjamin Jonson (1572-1637), dramaturgo inglés próximo a Shakespeare. <<

[105] La referencia a la «boca inspirada» de la sibila es de Heráclito, citado en los *Diálogos píticos* de Plutarco, que Thoreau encontró en la obra de Heinrich Ritter *The History of Ancient Philosophy*, traducida por J. W Morrison y publicada en cuatro volúmenes en Londres, entre los años 1838 y 1846. <<

[106] Para citar los apuntes biográficos del escritor inglés John Aubrey (1626-1697) sobre Thomas Fuller, John Hales, Edmund Halley y William Holder, Thoreau se remite a la obra de Aubrey *Lives of Eminent Men*, en *Letters Written by Eminent Persons... and Lives of Eminent Men*, ed. John Walker (Londres, 1813): 2: 354, 364, 365-366, 398-399. <<

[107] *Rivus* (arroyo), *fluvius* (río), *lacus* (lago), *amnis* (torrente) (N. del T.). <<

[108] Cita de las *Metamorfosis* de Ovidio, 1, 41-42, traducida por Thoreau justo encima. <<

[109] Thoreau se refiere a la ya mencionada *History of Dunstable*, de Charles J. Fox.

<<

[110] Conflicto armado entre los indios y los colonos ingleses del sur de Nueva Inglaterra, uno de los más sangrientos de todas las llamadas Guerras Indias. <<

[111] Citas de *Historical Account of the Doings and Sufferings of the Christian Indians in New England in the Years 1675, 1676, 1677*, obra escrita por Daniel Gookin y publicada por la American Antiquarian Society, en 1836. <<

[112] Cita de *History of Dunstable*, de Charles J. Fox. <<

[113] Cita de *Five Hundred Points of Good Husbandry*, X, stanza 19, del poeta y agricultor Thomas Tusser (1524-1580), que Thoreau pudo haber encontrado en el cuaderno de Emerson. <<

[114] Cita de *History of Dunstable*, de Charles J. Fox. <<

[1] Esta última cita es de la obra de William Browne *The Shepherd's Pipe*, égloga IV, v. 170, que Thoreau encontró en la antología de Chalmers. (Thoreau se equivoca al atribuir este verso a las *Britannia's Pastorals* de Browne). <<

[2] Cita de «Hey Now the Day Daws», vv. 25-32, del poeta escocés Alexander Montgomery (1550-1598), que Thoreau encontró en la ya mencionada antología de Sibbald. <<

[3] John Ledyard (1751-1789), explorador americano que realizó la vuelta al mundo.

<<

[4] Las citas que describen la expedición del explorador y capitán americano John Lovewell (1691-1725) son del poema «Lovewell's Fight Song», recogido en la obra de John Farmer y J. B. Moore *Collections: Historical and Miscellaneous*, publicada en Concord en 1824. Las citas son, respectivamente, el epígrafe del poema, los vv. 3-4, 30, 57-64, 71-72, y los versos que cierran el poema. <<

[5] Capitán Myles Standish (1584-1656), oficial inglés y consejero militar en la colonia de Plymouth. <<

[6] Capitán Benjamin Church (1639-1718), carpintero y oficial americano. <<

[7] Cita de *History of Concord*, de Lemuel Shattuck. <<

[8] Cita del poema «Lovewell's Fight. A Song», vv. 81-92; 101-104, recogido en la ya citada obra de Farmer y Moore *Collections*. <<

[9] El «antiguo diario» citado aquí es la *History of Concord*, de Lemuel Shattuck. <<

[10] Cita del poema «Lovewell's Fight. Song», vv. 51-52. <<

[11] Cita de *History of Dunstable*, de Charles J. Fox. <<

[12] Planicie aluvial del Ganges. <<

[13] El *Oxford English Dictionary* cita esta frase, «new lights», para describir a gente que apoya «nuevas doctrinas (especialmente teológicas y eclesiásticas)», con lo que «aseguran disponer de una iluminación superior». <<

[14] Cita de la ya mencionada *The History of New Hampshire*, de Jeremy Belknap. <<

[15] El «poeta» es Shakespeare, que en *Julius Caesar*, acto IV, escena III, v. 218, escribe: «Existe una marea en los asuntos de los hombres». <<

[16] Como el propio Thoreau indica a continuación, la cita es de la *Jitopadesa* de Visnú Sharma, una colección de fábulas redactadas en sánscrito entre los siglos IV y VI antes de nuestra era, cuya traducción al inglés a cargo de Charles Wilkins fue publicada en Bath en 1787. <<

[17] Cita de «Locksley Hall», vv. 137-138, de Lord Alfred Tennyson (1809-1892). <<

[18] Situado en Yemen. <<

[19] Los escritos del «viajero y naturalista francés Botta» fueron reseñados de manera anónima en el *Athenaeum*. <<

[20] *Celastrus edulis*. De uso tradicional en la península arábiga, y de cuyas hojas se obtiene una sustancia psicotrópica. <<

[21] Cita de los *Oráculos de Zoroastro*, n.º 181, publicados en el ya mencionado *The Phenix*. <<

[22] Ciudad de la ruta de la seda, situada en Uzbekistán. <<

[23] Cita de *Narrative of a Mission to Bokhara*, la ya anteriormente aludida obra de Joseph Wolff. <<

[24] En Boston. <<

[25] Al parecer, este dicho era común en la época de Thoreau. <<

[26] Cita de los *Oráculos de Zoroastro*, n.º 154, publicados en *The Phenix*. <<

[27] Cita de la obra de Samuel Daniel *Musophilus*, vv. 477-80, que Thoreau encontró en la antología de Chalmers. <<

[28] Cita de los *Meteorológicos* aristotélicos. La traducción al inglés es de Thoreau.

<<

[29] Cita del *Gulistán*, de Saadi. <<

[30] Ambos fragmentos son del poeta inglés Charles Cotton (1630-1687): «The Morning Quatrains», vv. 35-36, que Thoreau encontró en la antología de Chalmers; el segundo es de «The Lording Peasant», vv. 57-60, que Thoreau leyó en la antología de Thomas Evans *Old Ballads*, publicada en Londres en 1810. <<

[31] Alusión a la noche que Thoreau pasó en prisión tras negarse a pagar impuestos recaudados por un «Estado esclavista» y que iniciaba entonces la invasión de México, origen de su célebre ensayo *La desobediencia civil* <<

[32] Gigante mitológico de cien brazos y cincuenta cabezas de fuego. <<

[33] Gigante con cien ojos. <<

[34] Protector del Vellocino de Oro. <<

[35] Las «conferencias dudleianas» fueron una serie de prestigiosas conferencias sobre religión impartidas en la Universidad de Harvard en 1745 por Paul Dudley (1675-1751), fiscal general de Massachusetts. <<

[36] *Pius Æneas* es un nombre común para Eneas. Thoreau, en este pasaje, hace referencia al final del libro segundo de la *Eneida* de Virgilio. <<

[37] Cita del poema «The Jolly Pinder of Wakefield, with Robin Hood, Scarlet, and John», vv. 13-16, en la obra *Robin Hood*, edición de Joseph Ritson. <<

[38] Cita del poema «Obsequies of the Lord Harrington, Brother to the Countess of Bedford», vv. 51-52, de John Donne (1572-1631). <<

[39] Onesícrito (360-290 a. C.), historiador griego que acompaña a Alejandro en su campaña en Asia. <<

[40] Nombre dado por los griegos a ciertos filósofos indios que probablemente meditaban desnudos. <<

[41] Cita de la *Geografía* de Estrabón. La traducción es del propio Thoreau, desde la obra *Strabonis rerum geographicarum libri*, publicada en dos volúmenes en Ámsterdam en 1707. <<

[42] Cita del libro *Confucius et Mencius: Les Quatre livres de philosophie morale et politique de la Chine*, traducido al francés por M. G. Pauthier y publicado en París en 1841, en traducción del propio Thoreau. <<

[43] Thoreau indica que esta frase es de Chateaubriand, aunque no se conoce su fuente en las obras de este autor. <<

[44] Los wólof, que Thoreau identifica como fuente de este dicho, son un pueblo de Senegal. Se desconoce la fuente exacta de Thoreau para este pasaje. <<

[45] Citas de *Antígona* de Sófocles, traducidas por Thoreau, vv. 65-79 y 445-457. <<

[46] Según el hinduismo, Manu es el progenitor de la humanidad. La fuente de Thoreau para esta máxima de Manu es Sir William Jones, traductor de *Institutes of Hindu Law; or, The Ordinances of Manu, According to the Gloss of Culluca*, recogido en la obra *Jones's Works*, publicada en Londres en 1799. <<

[47] Citas del *Bhagavad Gita*. <<

[48] El «traductor francés» al que se hace referencia, y que a su vez Thoreau tradujo al inglés, es M. G. Pauthier, en su introducción a la ya mencionada *Confucius et Mencius: Les Quatre livres*. <<

[49] Los pasajes escritos por Warren Hastings (1732-1818), primer gobernador la India británica, y citados por Thoreau pertenecen a su epístola introductoria al *Bhagavad Gita*. <<

[50] Citas del *Bhagavad Gita*. <<

[51] El padre de Thoreau tenía una fábrica de grafito y lapiceros, en la que Thoreau tomó parte activa y cuyas innovaciones permitieron a la familia producir los mejores lápices del continente. <<

[52] Es un personaje del *Mahabharata*, secretario y consejero del rey ciego Kaurava Dritarastra. <<

[53] Epopeya sánscrita de la mitología hindú comparable en su relevancia a la Biblia.

<<

[54] *Sir* Charles Wilkins (1749-1836), tipógrafo y orientalista inglés, célebre por haber sido el primer traductor del *Bhagavad Gita* al inglés. <<

[55] La frase «*Ex oriente lux*» (luz de Oriente) era el lema del Fondo de Traducción Oriental. <<

[56] Tal y como Thoreau indica, su fuente para los pasajes aquí citados es la obra del lingüista inglés William Jones (1746-1794), *Institutes of Hindu Law*. Las *Leyes de Manu*, compuestas entre los siglos XIII y XIV antes de nuestra era, reglan la vida social y religiosa en la India y constituyen la base del sistema de las castas. <<

[57] Nombre de dos cadenas montañosas indias que descienden respectivamente hacia el mar de Omán y el golfo de Bengala. <<

[58] Juego de palabras con la palabra inglesa *gloss*, que significa «glosa», además de «brillo, lustre». Así pues, también podríamos entender esta frase como: «Constituye una nueva glosa de las praderas...». Sí optamos por traducir con glosa en otros dos casos de este mismo párrafo, más adelante (N. del T.). <<

[59] Alusión a *Historical and Descriptive Account of British India*, obra del geógrafo inglés Hugh Murray (1779-1846) publicada en Nueva York en 1832. <<

[60] En esta cita y en las que aparecen a principios del siguiente párrafo, Thoreau vuelve a las *Leyes de Manu*, en Jones, *Institutes of Hindu Law*. <<

[61] La fuente de Thoreau para este pasaje de la «Crónica árabe de Alwákidi» es la obra del orientalista inglés Simon Ockley (1678-1720), *The Conquest of Syria, Persia, and Egypt, by the Saracens*, publicada en Londres entre 1708 y 1718. <<

[62] Conviene saber que *dark ages* («edad oscura») en inglés también refiere a la Edad Media (N. del T.). <<

[63] Edwin de Northumbria (585-633), rey de Northumbria que se convirtió al cristianismo y lo implantó en su reino. <<

[64] Cita de *History of the Anglo-Saxons*, obra del historiador inglés Sharon Turner (1768-1847), publicada en Londres en 1807. <<

[65] Los versos entre comillas son del poema de Tennyson «Locksley Hall», vv. 183-184. El verso final es de Thoreau. <<

[66] Cita del poema de *Sir* Walter Scott (1771-1832), «Thomas the Rhymer», III, vv. 33-36. <<

[67] En las mitologías griega y romana, las Oceánides eran unas ninfas hijas de Océano y Tetis. <<

[68] Cita de *A Report on the Trees and Shrubs Growing Naturally in the Forests of Massachusetts*, de George Barrell Emerson (1797-1881, pariente lejano de Ralph Waldo Emerson), publicado en Boston en 1846. <<

[69] Thoreau vuelve aquí al capitán Lovewell, cuya expedición ha sido descrita en este mismo capítulo. La frase entrecomillada es probablemente de Thoreau. <<

[70] Juego de palabras de Thoreau, porque *to cut a swath* puede entenderse, literalmente, como « segar una franja », pero en inglés la expresión también puede referirse a « causar impresión, dejar marca ». Thoreau la combina con la palabra *handsome* [*he cut a handsome swath at a hundred and five!*], con lo que podemos concluir que el hombre, además de seguir siendo un segador fornido, aún estaba de buen ver (N. del T.). <<

[71] Río cercano a las Montañas Blancas, en Nuevo Hampshire. <<

[72] Cita de *History of Dunstable*, de Charles J. Fox. <<

[73] Cita de *Historical Account of the Doings and Sufferings of the Christian Indians*, de Daniel Gookin. <<

[74] El más alto del estado de Massachusetts, que Thoreau coronó en diversas ocasiones y sobre el que escribió un ensayo: «A Walk to Wachusett». <<

[75] En *El viaje del peregrino*, de John Bunyan, el protagonista, Cristiano, descubre los espléndidos jardines de las Montañas de las Delicias en el camino a la Tierra Encantada y la Ciudad Celeste. <<

[76] Protagonista de *The History of Rasselas, Prince of Abissinia*, obra de Samuel Johnson publicada en 1759. <<

[77] La «balada de Robin Hood» a la que Thoreau hace referencia aquí es «Robin Hood's Progress to Nottingham», vv. 71-74, en la obra de Ritson *Robin Hood*. <<

[78] Cita de *History of Dunstable*, de Charles J. Fox. <<

[79] Las «autoridades más fidedignas» a las que cita Thoreau son los vv. 1-8 del poema «Gentle River, Gentle River», que encontró en la obra de Thomas Percy *Reliques of Ancient English Poetry*, publicada en tres volúmenes en Filadelfia en 1823. El poema es una traducción de una balada en español, «Río Verde, Río Verde».

<<

[80] Cita de *Historical Account of the Doings and Sufferings of the Christian Indians in New England in the Years 1675-1677*, de Daniel Gookin. <<

[81] Cita del poema «Lovewel's Fight. A Song», vv. 5-8. <<

[82] Ligera variación del verso «*Strata jacent passim sua quaeque sub arbore poma*», de las *Bucólicas* de Virgilio, égloga VII, v. 54, que Thoreau ya cita en el capítulo «Domingo» y que traducía como: «Las manzanas yacen esparcidas por doquier, cada una bajo su árbol». <<

[83] Alusión al poema de Milton «Sobre Shakespeare», v. 4. <<

[84] Cita de *Robin Hood*, edición de Joseph Ritson. <<

[85] Primer «jardín-cementerio» de los Estados Unidos, fundado en 1831 en Cambridge, Massachusetts. <<

[86] Cita de «Hohenlinden», v. 6, poema de Thomas Campbell (1777-1844) incluido en *The Poetical Works of Thomas Campbell*, publicado en Baltimore en 1810. <<

[87] Cita del poema de Felicia Hemans «The Voice of Music», vv. 21-22, recogido en su ya citado *Poetical Works*. <<

[88] Cita del *Shakuntalá*, de Kalidás, traducido al inglés por *Sir William Jones* y publicado en Londres en 1790. <<

[89] Thoreau saca la cita de Plutarco sobre Platón de su «Sobre la superstición», en *Obras morales*. <<

[90] Cita de *Vida pitagórica*, de Jámblico, ya referido anteriormente en el capítulo «Domingo». <<

[91] Cita de *El paraíso perdido* de Milton, II, vv. 535-538. <<

[1] Cita de *The History of New Hampshire*, de Jeremy Belknap. <<

[2] Se desconoce la fuente de Thoreau para esta cita. <<

[3] La frase griega, que Thoreau traduce como «el fantasma de una sombra» es de Píndaro, *Oda pítica VIII*, v. 99. <<

[4] Este fragmento poético pertenece al poema de Giles Fletcher (1586-1623), «Christ's Victory in Heaven», vv. 300-302, que Thoreau pudo haber leído en la antología de Chalmers. <<

[5] Esta serie de citas, empezando con «Adulando a las cimas...» y acabando con «mundo desolado», pertenece al «Soneto 33» de Shakespeare. El primer verso es el segundo del soneto, y el siguiente el cuarto. Con «sol celestial» se cita el v. 14. El tercer fragmento es de los vv. 5-6, y la frase «mundo desolado» del v. 7. <<

[6] Cita del poema de Giles Fletcher «Christ's Victory in Heaven», vv. 337-344. <<

[7] Cadena montañosa en el estado de Nueva York. <<

[8] El «historiador simpático y observador» citado aquí es Belknap, autor de *The History of New Hampshire*. La cita bíblica de Belknap es de Job 24, 8. <<

[9] Cita del poema de Giles Fletcher «Christ's Triumph after Death», vv. 17-22. <<

[10] Cita de la ya mencionada obra de John Hayward *New England Gazetteer*, entrada de «Merrimack, New Hampshire». <<

[11] La fuente de Thoreau para este pasaje es probablemente una cita de John W. Barber, recogida en su *Historical Collections* (Worcester, Massachusetts, 1841), que Barber cita a su vez del trabajo de Nathaniel Lawrence «Historical Sketch of Tyngsborough», incluido en las *Collections* de la Massachusetts Historical Society, publicadas en 1816. <<

[12] Alusión al poema mitológico *Hero y Leandro*, comenzado por Christopher Marlowe (1564-1593) y concluido, a la muerte del primero, por George Chapman (1559-1634). Fue publicado en Chiswick en 1821. <<

[13] En el original encontramos un juego de palabras intraducible: los viajeros afirman haber disparado a una *buoy* (boya), que suena peligrosamente cercano a *boy* (chico). De ahí la perplejidad del hombre (N. del T.). <<

[14] Cita de la *Jitopadesa*, de Visnú Sharma. <<

[15] Cita de *The Faerie Queene*, libro III, canto V, v. 39, de Edmund Spenser. <<

[16] Aquí Thoreau repite la cita de Spenser, *The Faerie Queene*, libro III, canto V, v. 39, de Edmund Spenser. <<

[17] Este extracto poético es un fragmento de una balada isabelina caída en el olvido, que Thoreau pudo haber encontrado en la nota introductoria de Percy a «The Beggar's Daughter of Bednall-Green», en la obra *Reliques of Ancient English Poetry*, anteriormente citada. <<

[18] Alusión a Mateo 10, 29: «¿No se vende un par de gorriones por unos cuartos? Y, sin embargo, ni uno solo caerá al suelo sin que lo disponga vuestro Padre». <<

[19] Cita de la *Jitopadesa*, de Visnú Sharma. <<

[20] Cita de *History of Concord*, de Lemuel Shattuck. <<

[21] Cita de las *Metamorfosis* de Ovidio, 1, 133-134, traducida por el propio Thoreau.

<<

[22] Thoreau se refiere a la obra *Travels and Adventures in Canada and the Indian Territories between the Years 1760 and 1776* (1809) de Alexander Henry (1739-1824), trampero y comerciante de pieles. <<

[23] Del Lete uno de los cinco ríos del Hades según la mitología griega; más concretamente, el del olvido (N. del T.). <<

[24] Cita del poema de Emerson «The Humble Bee», v. 38. <<

[25] Samuel Hearne (1745-1792), explorador inglés de los territorios del noroeste del continente americano. <<

[26] Cita de *History of Dunstable*, de Charles J. Fox. <<

[27] La frase «*ubique gentium sunt?*» (o, más comúnmente, «*Ubi sunt?*») significa: «¿Dónde está la gente?». <<

[28] Este pasaje sobre el abuelo de John Hogkins, «un indio penacook», y la carta de John Hogkins al Gobernador que le sigue están sacados de la *History of New Hampshire* de Jeremy Belknap. <<

[29] Cita de Quarles, *Emblemes*, XI, 13, vv. 45-48. <<

[30] Nueva alusión a Mateo 10, 29. <<

[31] La frase «alimentar el fuego», de origen incierto, podría haber tenido un uso idiomático en época de Thoreau. <<

[32] Citas de la *Jitopadesa*, de Visnú Sharma. <<

[33] *Epigrama sobre Anacreonte*, vv. 9-10, compuesto por el poeta lírico griego Simónides de Ceos (siglo VI-V a. C.). La traducción al inglés es de Thoreau. <<

[34] Lino es uno de los tres hijos de Apolo y Urano; Museo de Atenas es un poeta griego semilegendario, alumno o hijo de Orfeo. <<

[35] Mimnermo (siglo VII a. C.), poeta elegíaco griego; Íbico (siglo VI a. C.), poeta lírico griego; Alceo (siglo VII a. C.), poeta lírico griego; Estesícoro (siglo VI a. C.), poeta griego; Menandro (siglo IV a. C.), autor cómico griego. <<

[36] Esta frase en griego, seguida de su traducción en el texto de Thoreau, es de Zoroastro, citado en la obra de Ralph Cudworth *The True Intellectual System of the Universe*, publicada en cuatro volúmenes en Londres en 1820. <<

[37] Cita de la balada anónima «The Fairy Queen», vv. 45-46. <<

[38] Entre las siguientes odas, que en tiempos de Thoreau solían atribuírsele a Anacreonte, sólo la que se titula «A una potra» parece ser un original de este poeta griego del siglo v a. C. Thoreau tradujo los poemas de una colección publicada en Heidelberg en 1598. Para nuestra traducción, hemos usado la versión de Máximo Briosio en *Anacreónticas*, CSIC, 1981. La traducción del poema «A una potra», que no aparece en la versión de Briosio, es de José María Díaz-Regañón. <<

[39] No se ha encontrado la fuente de este fragmento, acaso sacado de un diccionario geográfico. <<

[1] La frase «el genio de la orilla», que Thoreau no entrecomilla, pertenece al poema de Milton *Lícidas*, v. 183, cuya temática elegíaca sin duda permea todo este libro. <<

[2] La razón por la que Thoreau entrecomilla esta palabra es incierta. <<

[3] Cita de la ya mencionada obra de John Hayward *New England Gazetteer*, entrada de «Bedford, New Hampshire». <<

[4] Que separa Staten Island y Brooklyn. <<

[5] Personificación del viento del norte en la mitología griega. <<

[6] Cita de las *Geórgicas* de Virgilio, II, v. 458 y que podríamos traducir así: «Si llegasen a conocer todas sus bendiciones». <<

[7] Bato fundó la colonia de Cirene en Libia en el año 630 a. C. tras consultar al oráculo de Delfos. <<

[8] Citas de Píndaro que pertenecen, respectivamente, a la *Oda pítica* IV, vv. 34-43; *Oda olímpica* VII, vv. 62-63; y *Oda olímpica* VII, vv. 69-71. En la versión original están todos traducidos por Thoreau. <<

[9] La frase que hace alusión a un esqueleto de ballena probablemente esté sacada de alguna publicación local sobre el museo. <<

[10] Citas de las *Philosophical Transactions*, publicadas por la Royal Society de Londres en 1717, y recogidas en *The History of New Hampshire*, de Jeremy Belknap.

<<

[11] Alusión a la obra de Shakespeare *Como gustéis*, acto II, escena I, vv. 15-16. <<

[12] Cita del poema de Edmund Spenser «The Ruines of Rome», vv. 405-406 y 76-77.

<<

[13] Cita del historiador inglés Thomas Fuller (1608-1661). La fuente de Thoreau para esta frase es el trabajo del ensayista Charles Lamb (1775-1834), «Specimens from the Writings of Fuller», recogido en *The Prose Works of Charles Lamb*, publicado en Londres en 1838. <<

[14] Solón (638-558 a. C.), hombre de Estado ateniense y poeta lírico. <<

[15] Cita del poema de Giles Fletcher «Christ's Triumph After Death», vv. 14-15, que Thoreau encontró en la antología de Chalmers. <<

[16] Pasaconaway (1550/1570-1679), jefe indio de la tribu de los penacook, padre de Wannalancet (1619-1697). <<

[17] Cita de *Historical Account of the Doings and Sufferings of the Christian Indians in New England in the Years 1675-1671*, de Daniel Gookin. <<

[18] Líder espiritual entre los nativos americanos. El nombre tiene su origen en una palabra algonquina que designaba las reuniones entre los diferentes pueblos indios para festejar y socializar. <<

[19] Cita de *The History of the Colony of Massachusetts Bay*, de Thomas Hutchinson.

<<

[20] Cita de *Historical Account of the Doings and Sufferings of the Christian Indians in New England in the Years 1675-1677*, de Daniel Gookin. <<

[21] John Stark (1728-1822), general destacado durante la Batalla de Bennington (1777) de la Revolución americana. <<

[22] Las fuentes de Thoreau para la vida del «Hon. Wyseman Clagett» son Hayward, *New England Gazetteer*, entrada de «Litchfield, New Hampshire», y Fox, *History of Dunstable*. <<

[23] La fuente de Thoreau relativa al Hon. Matthew Thornton (1714-1803, médico y político) y los otros personajes célebres de Nueva Inglaterra nombrados en los fragmentos sucesivos es igualmente Hayward, *New England Gazetteer*, entrada de «Merrimack, New Hampshire». <<

[24] Jaime II (1633-1701), rey de Inglaterra y Escocia. <<

[25] Una de las primeras batallas de la Revolución americana, acaecida el 19 de abril de 1775. <<

[26] Se desconoce la fuente de la frase que cierra este pasaje. <<

[27] Conviene saber que *quackery*, la palabra usada por Thoreau en el original, y que traducimos como «curandería», también significa en inglés «charlatanería» (N. del T.). <<

[28] Thoreau encontró este pasaje de Mencio en la obra de M. G. Pauthier *Confucius et Mencius: Les quatre livres*. La traducción del francés es de Thoreau. <<

[29] Cita de «An Elegie, or Friends Passion, for His Astrophill», vv. 143-144, del poeta inglés Matthew Royden (1550-1622), que Thoreau encontró en la antología de Chalmers. <<

[30] John Donne es el «otro poeta», y la cita es de su poema «To the Countess of Huntingdon», vv. 129-130. <<

[31] Se desconoce la fuente de esta cita. <<

[32] Fuente desconocida. <<

[33] Cita de «Another of his Cynthia», vv. 27-28, atribuido al poeta inglés Lord Brooke Fulke Greville (1554-1628), que Thoreau encontró en *England's Helicon*, publicado en Londres en 1812. <<

[34] Cita de las *Analectas* de Confucio, que Thoreau encontró en *The Phenix*. <<

[35] Cita del poema de Richard Edwards «The Renuing of Love», vv. 37-40, que aparece en *Old Ballads*, la ya mencionada antología de Thomas Evans. <<

[36] Cita de la *Jitopadesa*, de Visnú Sharma. <<

[37] «Henry» es Alexander Henry, cuyo *Travels and Adventures in Canada* (Nueva York, 1809) se cita en este párrafo. La expresión «leche del hombre blanco» es la forma con que Thoreau expresa la observación de Henry de que a menudo los indios llamaban «leche» al ron. <<

[38] El primer pasaje de Chaucer es de *El parlamento de las aves*, v. 595; el segundo pertenece a *The Romaunt of the Rose*, vv. 5.533-5.534 <<

[39] El autor de este dicho, que Thoreau atribuye erróneamente a Confucio, es Mencio. La fuente es la obra de M. G. Pauthier *Confucius et Mencius: Les quatre livres*. La traducción del francés es de Thoreau. <<

[40] Este pasaje podría estar sacado de la obra de Shakespeare, *El rey Lear*, acto IV, escena IV. <<

[41] Cita de la *Jitopadesa*, de Visnú Sharma. <<

[42] Tal y como Thoreau indica, la cita es del *Visnú-Purana*, traducido al inglés por H. H. Wilson y publicado en Londres en 1840. <<

[43] Thoreau parece añadir «y amantes» a la famosa frase de Marco Antonio en la shakespeariana *Julius Caesar*, acto III, escena II, v. 73: «Amigos, romanos, compatriotas». Puede que también se inspire en la frase de Brutus, de la misma obra: «Romanos, compatriotas y amantes» (acto III, escena II, v. 13). <<

[44] Cita de la obra *Festus*, de Philip J. Bailey. <<

[45] Un *mill* representa una milésima parte de dólar. Esos mil *milis* son por tanto un simple dólar. <<

[46] Cita de una carta de Thomas Gray (29 de junio de 1760), incluida en *The Poems of Mr. Gray, To which are Prefixed Memoirs of his Life and Writings*, editado por William Mason y publicado en cuatro volúmenes en York en 1778. <<

[47] Cita del poema «Another of the Same Nature [as Marlowe's "Passionate Shepherd to His Love"] Made Since», vv. 11-12, de autor desconocido, que Thoreau encontró probablemente en *England's Helicon*. <<

[48] Cita de la obra de John Donne *Of the Progress of the Soul. The Second Anniversary*, v. 464. <<

[49] Cita de *The Faerie Queene*, libro I, canto I, v. 41, de Edmund Spenser. <<

[1] Thoreau se refiere a Nathaniel Rogers, y la cita es de su artículo «It Rains», publicado en *The Herald of Freedom* el 4 de julio de 1845. <<

[2] Máxima de origen desconocido. <<

[3] El historiador citado en este fragmento es Benjamin L. Mirick, autor de *The History of Haverhill, Massachusetts*, publicada en Haverhill en 1832. <<

[4] El «orador occidental» es Moses Strong, en su artículo «Wiskonsan-Trial of J. R. Vineyard!», que firmó con las iniciales E. G. B. y publicó en el *New York Daily Tribune* el 4 de noviembre de 1843. <<

[5] Ésta y la anterior son citas del *Gulistán*, de Saadi. <<

[6] Aulus Persius Flaccus (34-62), poeta y autor satírico romano. <<

[7] Este extracto de Persio, y los cuatro siguientes, son de sus *Sátiras*: Prólogo, vv. 6-7; Sátira II, vv. 6-7; Sátira III, vv. 60-62; Sátira III, v. 62; Sátira V, vv. 96-97. Las traducciones inglesas son del propio Thoreau. <<

[8] Andrew Marvell (1621-1678), poeta metafísico inglés; John Milton (1608-1674), poeta inglés, autor del célebre *Paraíso perdido*; William Wordsworth (1770-1850), poeta romántico inglés. <<

[9] Decimus Junius Juvenalis (siglo I-II), poeta romano, autor de unas famosas *Sátiras*, al que se le reconoce la autoría de la conocida frase *panem et circenses*. <<

[10] Los *penetralia* eran el santuario o el espacio más secreto de un lugar. <<

[11] Peliagudo juego de palabras, pues en inglés *arm* significa «brazo», además de «arma» (N. del T.). <<

[12] Cita del poema de George Herbert «Virtue», vv. 1-4. <<

[13] Cita de la obra *Chaucer's Dream*, vv. 1362-1364, vv. 1375-1384, aunque probablemente Thoreau se equivoca al atribuirle el poema a Chaucer. Actualmente el poema se conoce como «Isle of Ladies». <<

[14] Este «dicho de Pitágoras» es de Jámblico, recogido en la ya citada *Vida pitagórica*. <<

[15] Cita del poema de Channing «The River», vv. 14-17. <<

[16] Cita del poema «The Dial», vv. 18-25, de James Montgomery (1771-1854), que aparece en el cuaderno de Emerson. <<

[17] Castigo tradicional de las tribus indias norteamericanas que consiste en forzar a los prisioneros a correr entre dos filas de hombres que los golpean con palos. <<

[18] Entre las muchas versiones de esta famosa historia de Nueva Inglaterra, Thoreau se basó principalmente en la que Benjamin L. Mirick escribe en su *History of Haverhill, Massachusetts*, citada anteriormente. <<

[19] Cita del «A Discourse of the Original and Fundamental Cause of War» de Walter Raleigh, recogido en *The Works of Sir Walter Raleigh*, publicados en Oxford en 1829.

<<

[20] Pagus era un jefe indio, enemigo jurado de John Lovewell. <<

[21] En la época de Thoreau, estos versos formaban parte de una conocida canción infantil. <<

[22] Tal y como Thoreau indica, está citando (y traduciendo) las entradas del 14 de septiembre de 1786 y del 23 de marzo de 1787 del *Viaje a Italia* de Goethe, incluido en *Werke*, publicado en cincuenta y cinco volúmenes en Stuttgart, entre 1828 y 1833.

<<

[23] Cita de *The Auto-Biography of Goethe*, editada por Parke Godwin y publicada en Nueva York en 1846. <<

[24] Cita de Quarles, *Divine Fancies*, IV, 117 («To My Booke»), v. 36. <<

[25] Johann Heinrich Roos (1631-1685), pintor alemán. <<

[26] Con estas dos citas Thoreau vuelve, en su propia traducción, al *Viaje a Italia* de Goethe. Entrada del 11 de septiembre de 1786. <<

[27] Cita del poema *Chaucer's Dream*, v. 1382, que no pertenece en realidad, como aclarábamos más arriba, a Chaucer. <<

[1] Cita de la obra *Hieroglyphikes of the Life of Man*, XIV, vv. 17-20, de Francis Quarles (1592-1644), poeta inglés. <<

[2] Cita de la obra de Christopher Marlowe *Hero y Leandro*, I, v. 116. <<

[3] Cita del poema «A Pastoral Elegy on the Death of Sir William Drummond», vv. 97-98, incluido en *The Poems of William Drummond of Hawthornden*, publicado en Londres en 1833. <<

[4] Cita de la obra de Christopher Marlowe *Hero y Leandro*, I, v. 96. <<

[5] La etimología de la palabra griega τραγωδία significa, literalmente, «canto de cabra». Quizá el origen de la palabra derive del sacrificio de este animal que se hacía antes de las representaciones. <<

[6] Festividades religiosas anuales en honor al nacimiento de la diosa Atenea. Los coribantes eran bailarines que celebraban el culto a Cibele. Las bacantes eran mujeres consagradas a los misterios de Dionisos. <<

[7] Alusión a un pasaje del shakespeariano *Como gustéis*, acto II, escena II, vv. 148-149. <<

[8] Con esta pregunta Thoreau cita y critica un comentario sobre Ossian hecho por el historiador escocés Malcolm Laing (1762-1818) en «Dissertation on the Poems of Ossian», incluido en la obra de Patrick Macgregor, *The Genuine Remains of Ossian*, publicada en Londres en 1841. La naturaleza espuria de los poemas ossianicos se desconocía en la época de Thoreau. <<

[9] Esta cita ossianica y las que le siguen son las traducciones en verso de Patrick Macgregor, publicadas en su *The Genuine Remains of Ossian*, citado en la nota anterior. <<

[10] Cita de Quarles, *Emblemes*, III, 13, vv. 19-21. <<

[11] Se desconoce la fuente de Thoreau para esta cita. <<

[12] El «poeta de Concord» es Channing, amigo de Thoreau, en su poema «Autumn», vv. 5-16, 29-32, 41-52. <<

[13] Intraducible juego de palabras con el nombre inglés de este género de plantas, *witch-hazel*, que podríamos traducir como «avellano de las brujas», y su aspecto (N. del T.). <<

[14] O «melocotonero sangriento», del inglés *blood peach*, por su pulpa rojiza (N. del T.). <<

[15] Marcus Terrentius Varro (116-27 a. C.), escritor y filósofo romano. <<

[16] Esta descripción de Varrón se incluye en *De re rustica, o Sobre la agricultura*, I, VII, v. 10, y está traducida por Thoreau. <<

[17] Ciudad maya en el estado de Chiapas. <<

[18] Cita de la aristotélica *Partes de los animales*, que Thoreau encontró citada en la ya mencionada *The True Intellectual System of the Universe*, de Ralph Cudworth. <<

[19] Thoreau localizó este pasaje del naturalista suizo Conrad Gesner (1516-1565) en la obra del también naturalista Edward Topsell (1572-1625), *The Historie of Foure-Footed Beastes. Collected out of all the Volumes of Conradvs Gesner*, publicada en Londres en 1607. <<

[20] James Weddel (1789-1834), navegante y cazador de focas británico. <<

[21] En este pasaje sobre el *Viaje de descubrimiento antártico* de Sir James Clark Ross, Thoreau cita una crítica anónima de la obra de Ross (1800-1862, explorador polar y naturalista británico), «Voyage of Discovery and Research in the Southern and Antarctic Regions», publicada en *North British Review*, n.º 7, en 1848. <<

[22] Georges Léopold Chrétien Frédéric Dagobert Cuvier (1769-1832) fue el primer gran promotor de la anatomía comparada y de la paleontología. <<

[23] Durante la Guerra de Independencia de Escocia, el rey Eduardo III de Inglaterra derrota a los escoceses en Hallidon Hill, y en Neville's Cross murieron quince mil escoceses y fue hecho prisionero el rey escocés David II en 1356. <<

[24] La Batalla de Crécy fue una victoria aplastante de la armada inglesa contra la caballería francesa al comienzo de la Guerra de los Cien Años, y la Batalla de Poitiers consolidó la derrota de los franceses en 1356. <<

[25] John Wyckliffe (1320-1384), teólogo, predicador y traductor inglés. <<

[26] Esta cita de Chaucer pertenece a las conclusiones de su *Tratado del astrolabio*. Las citas chaucerianas que siguen son del *Testament of Love* (Prólogo), *Court of Love*, (vv. 1308-1309) y *The Prioress's Tale*, v. 189. <<

[27] Tamerlán (1336-1405), el último de los grandes conquistadores nómadas de Asia central. <<

[28] Roberto I, apodado Roberto The Bruce (1274-1329), rey de Escocia. <<

[29] Eduardo III (1312-1377), rey Inglaterra; Juan de Gante (1340-1399), duque de Lancaster; Eduardo Plantagenet (1330-1376), hijo mayor de Eduardo III, apodado el Príncipe Negro tras su muerte. <<

[30] Roger Bacon (1214-1294), filósofo y alquimista inglés. <<

[31] Cita del poema de George Herbert «Affliction», v. 65. <<

[32] «Nuestro poeta» es Chaucer, y el fragmento pertenece a *The Legend of Good Women*, vv. 1039-1041. <<

[33] Aretusa, ninfa de la que el dios Alfeo cae enamorado. <<

[34] Alusión al ensayo de Thomas Percy (1729-1811), «Essay on the Ancient Minstrels in England», recogido en *Reliques of Ancient English Poetry*. <<

[35] Lucius Quinctius Cincinnatus (520-430 a. C.), cónsul y general romano, arquetipo de todas las virtudes republicanas. <<

[36] Cita del poema de Giles Fletcher «Christ's Victory in Heaven», vv. 41-44. <<

[37] Este «fingimiento» de las «últimas palabras de Catón» corre a cargo de George Chapman, en su *Caesar and Pompey* (edición desconocida), II, v. 159-161. <<

[38] Cita de «Elegy 18», vv. 33-34, de John Donne. <<

[39] Cita de la obra de Simon Ockley *Sentences of Ali Son-in-Law of Mahomet*, incluida en el segundo volumen de su *Conquest of Syria (History of the Saracens)*.

<<

[40] Esta palabra griega, que Thoreau traduce como «nacido de la tierra», puede encontrarse en la obra de Esquilo *Prometeo encadenado*, donde se describe a los titanes. <<

[41] Cita de la *Eneida* de Virgilio, VI, vv. 640-641, traducida por Thoreau justo debajo. <<

[42] Cita del poema de Samuel Daniel «To the *Lady* Margaret, Countess of Cumberland», vv. 95-96, que Thoreau encontró en la antología de Chalmers. <<

[43] Cita de Quarles, *Emblemes*, IV, 11, vv. 32-33. <<

[44] Ninfa enamorada de su propia voz. <<

[45] Con esta frase, Thoreau invierte el orden de los elementos en Lucas 11, 40: «¡Insensatos! El que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro?». <<

[46] El «sabio hindú» citado aquí es Isvara Krishna, en su *Sankhia kárika*, traducida al inglés por Henry Thomas Colebrooke y publicada en Oxford en 1837. <<

[47] El pavo asado del Día de Acción de Gracias suele acompañarse con salsa de arándanos (N. del T.). <<

[48] Cita de Thomas Fuller, publicada en la obra de Charles Lamb «Specimens from the Writings of Fuller», recogida en *The Prose Works of Charles Lamb*. <<

[49] Cita de Quarles, *Divine Fancies*, III, 97 («On Faith»), vv. 1-4. <<

[50] Cita de Phineas Fletcher, *The Purple Island*, IX, vv. 127-133, vv. 141-147, que Thoreau encontró en la antología de Chalmers. <<

[51] Khwajeh Chams ad-Din Mohammad Hafez-e Chirazi (1315-1390), poeta persa.

<<

[52] La cita de «Hafiz» proviene de un ensayo introductorio escrito por James Ross en el *Gulistán*, de Saadi. <<

[53] Thoreau encontró esta cita en la obra de James Ross citada en la nota anterior. <<

[54] Cita del poema «No Trust in Tyme», vv. 9-14, del escocés William Drummond (1585-1649). <<

[55] Cita de las *Bucólicas* de Virgilio, égloga VI, v. 84, traducida inmediatamente después por Thoreau. <<

[56] La «crónica de Bernáldez» que aquí se cita es un extracto de la *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, de Andrés Bernáldez, que Thoreau encontró en las *Collections* de la Massachusetts Historical Society, publicada en 1843. <<

[57] Cita de los *Oráculos de Zoroastro*, n.º 181, publicados en *The Phenix*. <<

[58] Santuario oracular dedicado a Zeus. <<